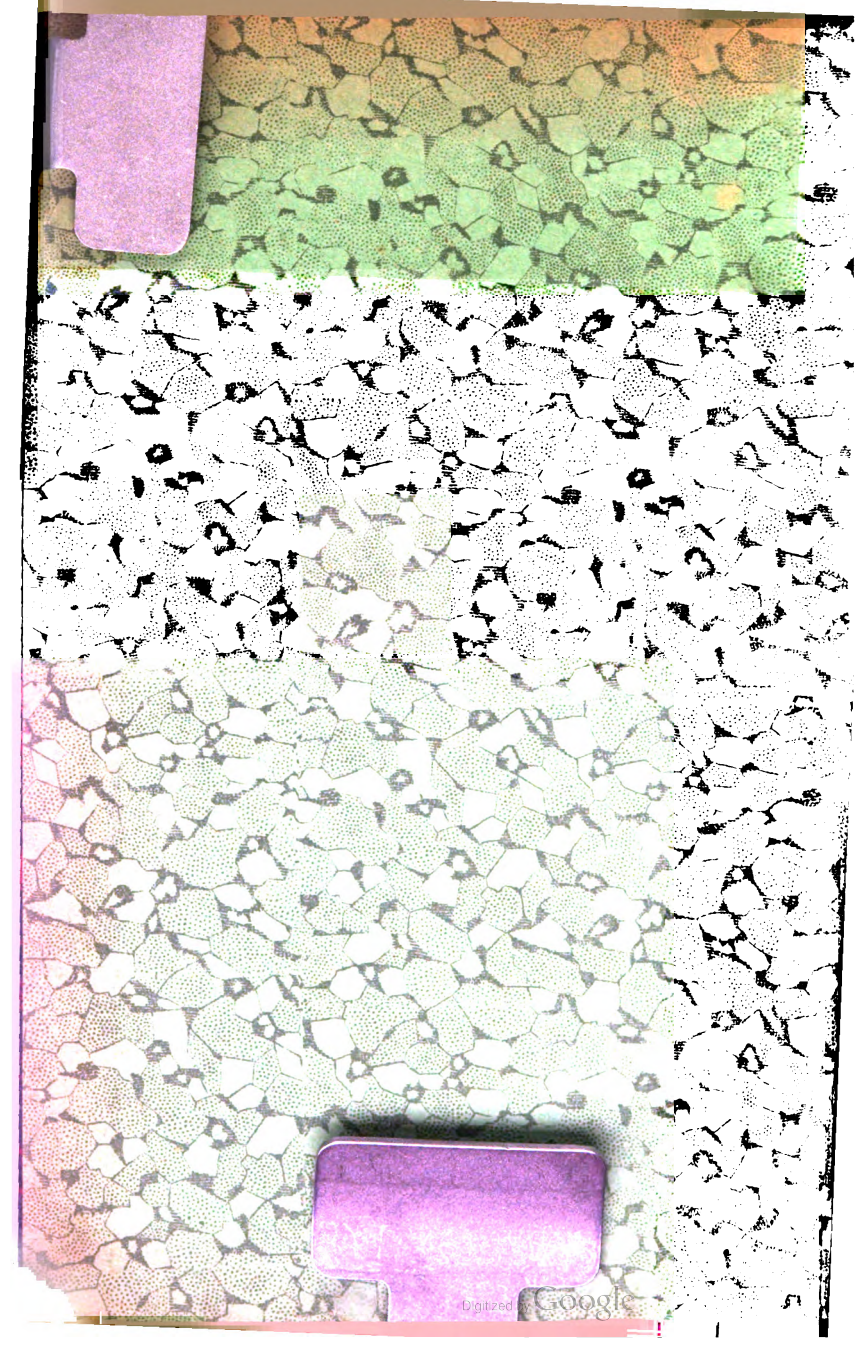
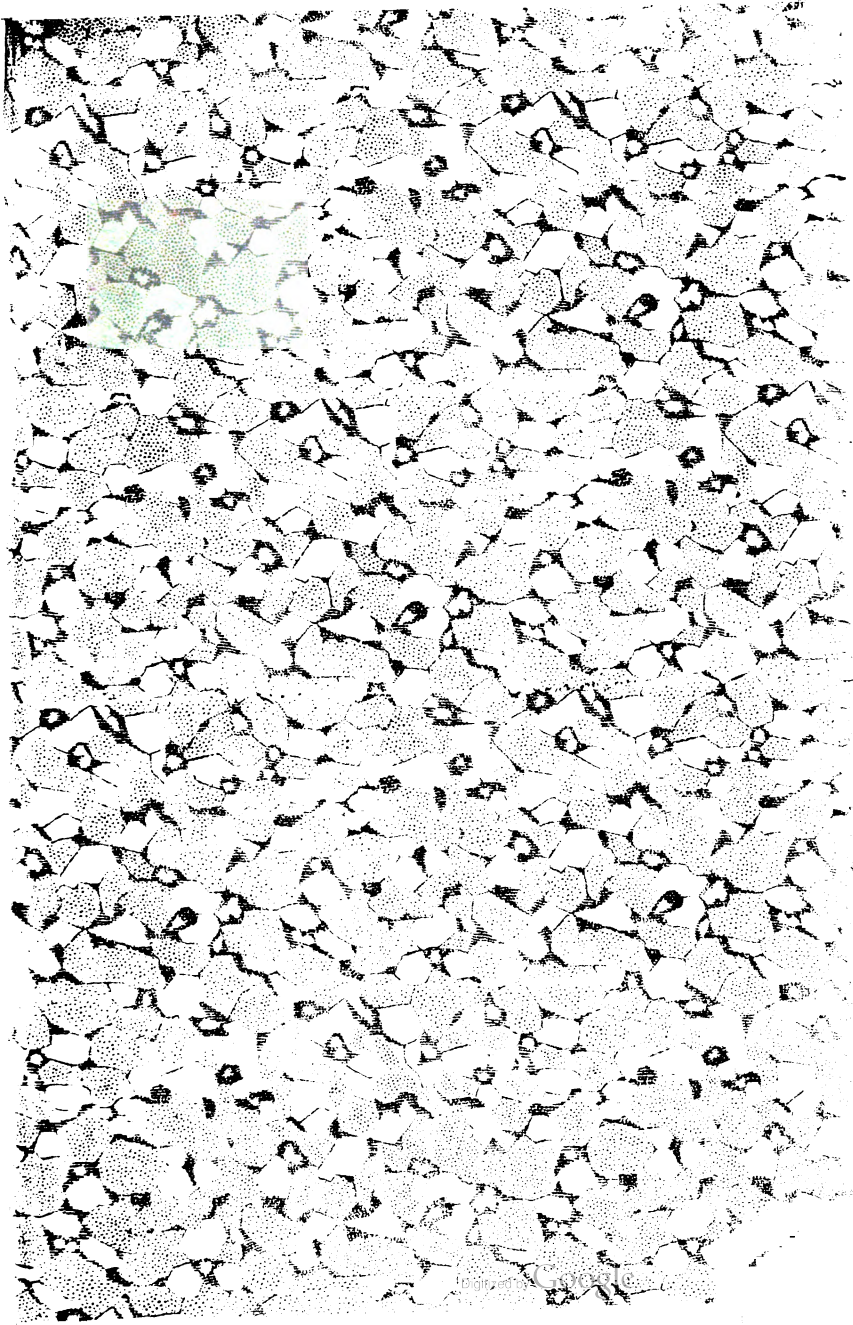


# Paraíso perdido

John Milton













PARAÍSO PERDIDO.

(2)

# BIBLIOTECA CLASICA.

**Doce reales cada tomo en toda España.**

	Tomos.
<b>OBRAS PUBLICADAS.</b>	
HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla.....	3
CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i> .....	2
HERODOTO.— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
ALCALA GALIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i> .....	1
VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las églogas</i> , traducción en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
MACAULAY.— <i>Estudios literarios</i> .....	1
— <i>Estudios históricos</i> .....	1
— <i>Estudios políticos</i> .....	1
— <i>Estudios biográficos</i> .....	1
— <i>Estudios críticos</i> .....	1
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> .....	1
Traducción directa del inglés de M. Jue- rías Bänder.	
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i> .....	2
CICERON.— <i>Tratados didácticos de la elocuencia</i> , traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo...	2
SALUSTIO.— <i>Conjuración de Catilina</i> .— <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín.....	1
TÁCITO.— <i>Los anales</i> , traducción directa del latín de don Carlos Coloma.....	2
— <i>Las historias</i> , traducción del mismo.....	1
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción directa del griego por D. Antonio Renz Romanillos.....	5
ARISTOFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Federico Baráibar.....	3
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS.—( <i>Teócrito</i> , <i>Bión</i> y <i>Mosco</i> ). Traducción directa del griego, en verso, por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traducción de D. Juan Nicasio Gallego.....	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego, con notas, por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i> .....	1
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublevación de Nápoles</i> .....	1
CALDERON DE LA BARCA.— <i>Teatro selecto</i> .....	4
HURTADO DE MENDOZA.— <i>Obras en prosa</i> .....	1
SCHILLER.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del alemán por Eduardo de Mier.....	2
JULIO CESAR.— <i>Los Comentarios</i> .....	2
XENOFONTE.— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i> .....	1
— <i>La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor</i> .....	1
MILTON.— <i>Paraiso perdido</i> .....	1

MADRID.—IMPRESA CENTRAL Á CARGO DE V. SAIZ, COLEGIATA, 6.

Y. 12401001

BIBLIOTECA CLASICA  
TOMO LI

---

# PARAÍSO PERDIDO

POEMA ÉPICO

DE

JUAN MILTON

TRADUCIDO EN VERSO CASTELLANO

POR

D. J. DE ESCOQUIZ

---

TOMO II

---

MADRID  
LUIS NAVARRO, EDITOR  
COLEGIATA, NÚM. 6





1001061954



---

---

# PARAÍSO PERDIDO.

---

## LIBRO SEXTO.

---

### SUMARIO.

CONTINÚA Rafael su narración. Refiere á Adán cómo Miguel y Gabriel tuvieron orden de marchar el frente de los Angeles buenos contra las legiones rebeldes. Descripción del primer combate en el Cielo. Satanás y sus legiones se retiran al favor de la noche. Junta éste un consejo, inventa máquinas infernales, que en el combate siguiente causan algun desorden en el ejército de Miguel, pero al fin los Angeles buenos arrancan y arrojan sobre ellas montes y riscos que las sepultan. Aumentándose más y más el desorden, el Eterno envía á su hijo, á quien estaba reservado el honor de aquella victoria. Llega al campo de batalla, revestido del poder de su Padre, y prohibiendo á sus Angeles que tomen parte en ella, abanza él sólo sobre su carro y se precipita, con el rayo en la mano, sobre las legiones enemigas, que desordena y destroza en el momento; las persigue hasta la extremidad del Cielo y las precipita en el fondo del abismo, que su Divina justicia les había preparado. Después de éste triunfo vuelve el Mesías á su Padre.

- »Por la espaciosa etérea llanura
- »Siguió toda la noche su camino
- »El intrépido Abdiel, raudo volando,
- »Sin que intentase el enemigo bando
- »Estorbarle. Por grados, ya la oscura

- »Sombra al albor cedía matutino
- »De la aurora, que abría presurosa,
- »Con sus dedos de rosa,
- »Al sol las puertas de oro del oriente.
  - »En el monte de Dios, una honda cueva:
- »Hay, cerca de su trono, desde donde
- »Alternativamente
- »La noche sale, sin parar, ó el día.
- »Este esparce gozoso su luz nueva,
- »Cuando la noche tímida se esconde
- »En su seno, y la noche, cuando él entra,
- »Por los aires su negro carro guía.
- »Jamás el día con la noche encuentra,
- »Al entrar ni al salir, pues sus dos puertas
- »Cuidan las Horas de tener abiertas,
- »Y al paso que uno de ellos sale fuera
- »Por la una, por la opuesta entra á carrera
- »Huyendo su contrario. De este modo,
- »La hermosa variedad completa todo
- »El deleite del Cielo. Mas, ya ahora
- »Con la temprana luz, que el Cielo dora,
- »Ve Abdiel cubiertas todas las distantes
- »Empíreas llanuras de banderas,
- »Caballos, carros y armas fulminantes,
- »Y reconoce al punto las guerreras
- »Milicias celestiales ordenadas,
- »Que vestidas de acero cristalino,
- »Despedían centellas inflamadas,
- »Rel ámpagos y fuegos, deslumbrando
- »La vista, un mar de luz representando.
  - »Llegado aquel guerrero peregrino
  - »Al campo, como Dios todo sabía,
  - »De las noticias que él darle podía,
  - »Entre los Serafines se coloca,
  - »Puesto que en el ejército le toca.

»Allí, con entusiasmo recibido,  
»Todos le aplauden, todos le rodean,  
»De cerca al noble siervo ver desean  
»Que fiel á su Señor, con encendido  
»Celo, tales peligros ha arrostrado.  
»Por un impulso general llevado  
»Ante el Eterno trono, entre festivas  
»Aclamaciones y gozosos vivas,  
»Triunfante se presenta á su adorado  
»Rey divino, y de en medio de la densa  
»Nube de oro, que templa de su inmensa  
»Luz los fulgores, una majestuosa  
»Voz de este modo le habla cariñosa:  
—«¡Animo, amigo fiel de tu alto Dueño,  
Animo! que has salido de tu empeño  
De modo, que equivale á una victoria  
Ilustre lo que has hecho. ¡Con qué aliento  
No has sostenido mi Divina gloria!  
Tu conducta ha de ser un monumento,  
De tu constancia, eterno. Tú has sabido  
Ser aun más que valiente;  
A mil afrentas viles hacer frente,  
Sin alterarte; afrentas tan crueles,  
Que al tormento más duro han excedido.  
Con mi aprobación sola satisfecho,  
A los ultrajes has opuesto el pecho.  
¡Vé pues, ahora, seguido de mis fieles  
Guerreros, vé á domar esos furoros  
Que con tanta nobleza despreciaste,  
De una turba de esclavos, conjurada  
Contra su dueño! ¡Lleva los terrores  
Adonde los insultos encontraste!  
¡Duro, la rebelión castiga osada  
De esos ingratos, que mis sacras leyes  
Desprecian, y no quieren por sus Reyes

Ni á mi Verbo, ni á mí! ¡Parte volando  
 Tambien, bravo Miguel! ¡Tú, que constante  
 Con tal celo me sirves, toma el mando  
 De mis tropas, y oprime esa arrogante  
 Plebe! ¡La irresistible fuerza acabe  
 Lo que indultar en la bondad no cabe!  
 Y tú, Gabriel amado, á mis soldados  
 Haz que estas nuevas órdenes conozcan,  
 Y á Miguel por su Jefe reconozcan.  
 ¡Id, por mi justa cólera guiados!  
 ¡No haya paz, no haya tregua, ni indulgencia  
 Para esos fementidos conjurados!  
 ¡Castigad, confundid sus delinquentes  
 Tramas, armad los brazos vengadores  
 De fuego y hierro! ¡todos los rigores  
 Prueben de mi justicia, la violencia  
 De un Dios airado, ya que mis clementes  
 Bondades despreciaron! ¡Arrojadlos  
 De los fines del Cielo! ¡Despojadlos  
 De la felicidad! Ya la sentencia  
 Se ha pronunciado. El Caos tiene abiertas,  
 Para admitirlos, sus eternas puertas,  
 Y el Infierno sus bocas insaciables,  
 Guardando esas víctimas culpables.»—

»Apenas habla, nubes tenebrosas  
 »El santo monte esconden, torbellinos  
 »Furiosos braman, y columnas de humo,  
 »Mezcladas con ardientes remolinos  
 »De llamas, lo rodean. Espantosas  
 »Señales de que la ira del Dios sumo  
 »Se ha despertado. No menos horrible,  
 »Atruenan los contornos invisible  
 »La etérea trompeta. A sus acentos,  
 »Y al compás de celestes instrumentos,  
 »Del eterno los fieros escuadrones,



- »Ordenados siguiendo sus pendones,
- »En silencio profundo van marchando,
- »La guerra y la venganza respirando.
- »Los Jefes, por las filas discurriendo,
- »Con el desnudo acero dirigiendo
- »La concertada marcha, en la brillante
- »Armadura, en el aire y fulminante
- »Vista, parecen Dioses que han tomado
- »Las armas por un Dios mas elevado:
- »¡ Por el Mesías! Nada su divino
- »Ardor puede estorbar en el camino.
- »Montes, peñascos, ríos, encrespadas
- »Olas del vasto mar alborotado,
- »Simas profundas, selvas dilatadas,
- »Mundos enteros, todo lo superan,
- »Nada rompe sus filas arregladas.
- »Ni el viento ni el relámpago pudieran
- »La presteza igualar del fiero vuelo
- »Con que se avanzan, sin tocar al suelo.
- »Tal, para darte idea, los alados
- »Pueblos en escuadrones separados,
- »A tu presencia el vuelo dirigieron,
- »Cuando á que los nombrases acudieron.
- »Conforme del Empíreo se alejan
- »Con vuelo infatigable
- »Los celestes guerreros, atrás dejan
- »Una multitud varia, innumerable,
- »De provincias, de reinos y de estados,
- »Que si con vuestra tierra comparados
- »Fuesen, ésta con toda su atmosfera,
- »Junto al menor, pequeña pareciera.
- »En fin al horizonte, ven delante,
- »Por la parte del norte, una llanura,
- »Que á lo lejos figura
- »Un vasto mar de fuego coruscante.

- » Conforme se aproximan, admirados
- » Ven una mies de hierro de aflados
- » Dardos, un bosque inmenso entretrejido
- » De banderas, escudos y morriones,
- » Cuyo vario grabado colorido
- » Mostraba del orgullo los blasones.
  - » A Satanás, al enemigo osado
  - » De Dios conocen, que con su malvado
  - » Ejército á ellos viene dirigido,
  - » Proyectando asaltar el mismo día
  - » El monte santo, y á su Eterno dueño
  - » Usurpar la celeste monarquía:
  - » Tal de aquel temerario era el empeño.
  - » ¡ Proyecto vano! Presto á sus expensas
  - » Reconocieron él y sus inmensas
  - » Legiones que era un necio infausto sueño.
  - » Nosotros, por el pronto penetrados
  - » De horror profundo, el paso detuvimos,
  - » Al ver contra el Señor el detestable
  - » Delirio de aquel pueblo innumerable,
  - » Los Angeles contra Angeles armados,
  - » El Cielo contra el Cielo: los que fuimos
  - » Hasta entonces hermanos, reputados
  - » Hijos de un común padre, que dichosos,
  - » De unos mismos derechos disfrutando,
  - » En un mismo banquete, la ambrosía
  - » Y el néctar, embriagados de alegría,
  - » Saboreamos unidos, amorosos,
  - » Y fraternales himnos acordando
  - » Con las sonoras liras, ensalzando
  - » Al Dios, que nos hacia venturosos,
  - » ¡ Divididos, armados, implacables,
  - » Hacernos guerra! ¡ Pero se ha acabado
  - » Aquel tiempo feliz! Ahora, con vario
  - » Horrendo tono, gritos espantables

- » De rabia suenan de uno y otro lado.
- » Al centro del ejército contrario,
- » Sobre un carro que al sol en lo brillante
- » Disputa, con terrible y majestuosa
- » Presencia, en pie aparece el arrogante
- » Satanás: una nube luminosa
- » De fieros Querubines le rodea,
- » Que armada de oro puro, centellea.
- » Al suelo salta furibundo al vernos,
- » Y ordena todo para acometernos.
- » Ambas huestes están ya cara á cara,
- » Un estrecho intervalo las separa:
- » ¡Intervalo terrible,
- » Que hace el próximo encuentro más horrible
- » A la imaginación! Entrambas frentes,
- » En líneas sin término seguidas,
- » A modo de dos muros relucientes,
- » El Cielo inmenso ocupan extendidas,
- » Los aceros calando,
- » Y una á otra con la vista amenazando.
- » Antes que la señal de la batalla
- » Se dé, cual torre enorme que á un violento
- » Terremoto con torpe movimiento
- » Se agita, Satanás se avanza al frente
- » De sus legiones. Una fina malla
- » Le cubre todo, de resplandeciente
- » Oro, topacios, perlas, encarnados
- » Rubíes, y diamantes, hermanados
- » Con arte primoroso.
- » Sufrir no puede Abdiel el orgulloso
- » Aire de su rival. Hacia él se avanza,
- » Blandiendo fiero la acerada lanza,
- » Y á pesar suyo, al ver su majestuoso
- » Semblante, sorprendido,
- » De esta manera exclama enfurecido:

—«¡Qué es lo que veo, Dios eterno y justo!  
¡Cómo puede aun brillar tu sello augusto  
En esa frente, en donde la insolencia  
Ha ocupado el lugar de la inocencia!  
¡Cómo puede el delito revestirse  
De ese porte divino!

Pero de esas reliquias del destino,  
Que antes gozó, no tiene que aplaudirse.  
En vano su soberbia endurecida  
Le hace alzar tan osado la cabeza.  
Ya que de él la razón no ha sido oída,  
De mi brazo, tal vez, la fortaleza  
Le hará otro efecto. Tengo de mi parte  
La justicia, ¡oh mi Dios! y has de dignarte  
También de concederme la victoria.  
Con ambas cosas, es cierta mi gloria,  
Y el temerario, por mis pies hollado,  
Conocerá, de rabia devorado,  
Lo que es la fuerza, á la justicia unida.»—

»Esto dicho al Arcángel, que al mirarle,  
»Renovando la furia concebida  
»En la anterior disputa, va á encontrarle,  
»Se acerca, y de este modo le provoca:  
—«¡Conque te vuelvo á hallar, vil sedicioso!  
En vano, alucinado por tu loca  
Presunción, en tus fuerzas confiabas,  
Y en tu elocuencia: en vano esperanzabas  
Al Cielo seducir con tu engañoso  
Proyecto, ó de tu Dios hollar la corte  
Indefensa. ¿Pensabas que en el Norte,  
Sin saberlo él, tus tramas urdirías,  
Y fácilmente le sorprenderías?  
¡Estúpido! ¿Y á quién? A aquel terrible  
Dios, á quien ocultarse es imposible,  
A quien todo lo ve, lo considera,

Que es dueño en un momento, según quiera,  
De producir ejércitos enteros  
En número mayor que los guerreros  
Que tú cuentas, ó de una sola ojeada,  
Si por sí se bajase á combatirte,  
Cual te sacó primero de la nada,  
A la nada de nuevo reducirte,  
A tí, tus armas, carros, y bridones,  
Banderas, y soberbios escuadrones,  
O sepultaros en la noche eterna.  
Ya ves que seducir no has conseguido  
A todos: que no falta quien discierna,  
No obstante tu malvada hipocresía,  
Tus funestas astucias: que ha tenido  
Tu Dios vasallos nobles que fielmente  
Su causa abracen. Poco lo creía  
Esa orgullosa turba de villanos,  
De su número ufanos,  
Ni tú el primero, cuando con ardiente  
Celo, solo y sin miedo, os hice frente.  
La época de cumplirse ya ha llegado  
Los males que yo os he pronosticado,  
Y en que vas, aunque tarde, á costa tuya  
A aprender, sin que el día se concluya,  
Que el sabio á la razón debe agregarse,  
Aunque á la multitud vea extraviarse.  
—Está bien, ¡Serafín desconocido!  
¡Pero infeliz de tí!—replica fiero  
Satanás:—estoy muy agradecido  
A tu vuelta: con eso, tú el primero  
Expiarás tu audacia; tú que fuiste  
El que en aquel senado majestuoso  
De tantos Dioses, solo te atreviste  
A levantar el grito sedicioso.  
¡A qué hablas de amos ni de omnipotentes?



Tales bajezas no reconocemos  
Mis guerreros ni yo: como valientes  
Nuestros sacros derechos sostendremos:  
Sí: contra vuestro Dios, contra vosotros  
Mas celebro, repito, que á nosotros  
Vuelvas: una esperanza, segun veo,  
Lisonjera, tu aliento ha despertado.  
Sin duda habrás contado  
Conseguir de mis ruinas un trofeo.  
Acércate, cobarde fugitivo,  
Acércate; que sepan mis rivales  
Por tí, con qué agasajo á sus iguales  
En mi campo recibo.  
Antes, con todo, porque no se queje,  
Ni tú, ni otro cual tú, de que te deje  
Sin respuesta formal, por un momento  
Dilato el castigar tu atrevimiento.  
»Lo confieso, hasta ahora yo creía,  
Perdona mi altivez, que consistía  
En la libertad sola nuestra dicha  
Celeste; pero veo, por desdicha,  
Que ese Dios sujetar ha conseguido  
A una esclavitud dura y vergonzosa  
La parte, á la verdad, más numerosa,  
Mas también la más vil, de todo el Cielo.  
Rebaño á la bajeza reducido,  
¿Qué premio os da por vuestro humilde celo?  
Insípidos placeres, y canciones,  
Son vuestra ocupación, vuestras virtudes;  
El manejo de liras y laúdes,  
Vuestras evoluciones  
Militares. Así tiene pagado  
Un ejército entero de cantores,  
O por mejor decir, de aduladores  
Eternos, á ensalzarle destinado:

Ven, pues, con esa valerosa gente  
 A embestirnos; verás cómo mis bravos  
 Guerreros os enseñan prontamente  
 La diferencia que hay de los esclavos  
 De un déspota, al aliento belicoso  
 De un pueblo libre, fiero y generoso.  
 —Tú sí,—responde Abdiel,—tú sí que debes  
 Avergonzarte de la vil cadena  
 Que arrastras: tú, que de la odiosa  
 Soberbia eres esclavo, y que te atreves  
 De bajeza á graduar la más gloriosa  
 Obligación. Tu injuria, á boca llena,  
 Como por Dios, también es rechazada  
 Por la naturaleza horrorizada:  
 Ambos dicen que debe estar sujeto  
 Todo viviente al sér el más perfecto,  
 Y obedeciendo á la naturaleza,  
 Sé que á Dios obedezco. La grandeza  
 De Dios y su bondad son imperiosos  
 Títulos, que el respeto  
 Y la obediencia exigen; aunque fuera  
 Un hado ciego, como blasfemastes,  
 No sus decretos todopoderosos,  
 El que á todos nosotros el sér diera,  
 Aquel Dios, y no el hado que inventastes,  
 Siendo el primero en la sabiduría,  
 También en el poder serlo debía.

«¡Hablas de servidumbre! ¿Y quién es siervo,  
 Sino el que escoge un amo tan protervo  
 Como él? ¿El que desleal, abandonando  
 A su dueño, insultando  
 A su bondad, emplea aquel talento  
 Que le debe, cual lo haces tú al presente,  
 En ser de la maldad el instrumento?  
 ¿Que eres tú mismo mas que un miserable

Esclavo de la envidia detestable  
 Que el bien que perder te hizo tu insolente  
 Soberbia en tu interior ha producido?  
 ¡Calumniador blasfemo! de esa fiera  
 Lengua infernal los impetus modera:  
 Vé á reinar al abismo: él es tu nido.  
 El Cielo es para Dios, y su divina  
 Protección basta para que triunfemos,  
 Y á tí, y toda esa turba sujetemos  
 A las duras cadenas que os destina.  
 Para Satanás son, como el glorioso  
 Imperio para el Todopoderoso.  
 Cobarde fugitivo me has llamado,  
 Dándome de valor sabias lecciones;  
 Aprovecharlas quiero, y de contado  
 A mi maestro traigo aquestos dones.»—

»Al decir esto, su terrible espada  
 »Cae cual rayo sobre el reluciente  
 »Morrión de Satanás rápidamente,  
 »Y junta al pecho su cabeza osada.  
 »Ni la vista, ni el mismo pensamiento,  
 »Aun menos el broquel, podido hubiera  
 »Precaver la presteza del violento  
 »Golpe, que le aturdió de tal manera,  
 »Que después que diez pasos sin sentido  
 »Retrocedió, en el suelo arrodillado,  
 »Cayera totalmente, si en su lanza  
 »Enorme no se hubiera sostenido.  
 »Tal un erguido monte, á la pujanza  
 »De un terremoto súbito, que un lado  
 »De sus hondos cimientos ha arrancado,  
 »Cae hacia aquella parte con estruendo,  
 »A medias en sus ruinas envolviendo  
 »Los árboles robustos, que poblaban  
 »Sus faldas, y su cumbre coronaban.

- »Los rebeldes se turban al mirarle  
»De aquel modo ; mas luego aquella afrenta  
»Del Jefe principal, su rabia aumenta,  
»Y acuden presurosos á librarle.  
»De los nuestros se ven en los semblantes,  
»En el aire, y los ojos fulminantes,  
»Los ardientes deseos de la gloria,  
»La ansia de combatir: presto el gozoso  
»Clamor de la esperanza belicoso,  
»Pronóstico infalible de victoria,  
»La señal pide: la trompeta suena  
»Por orden de Miguel, y el aire atruena  
»El hosana triunfal de boca en boca.  
»Con el mismo valor, pero espantando  
»Con su tristeza y su mirar furioso,  
»El enemigo ejército, cortando  
»Rápido el aire, con el nuestro choca (1).  
»Retumba el vasto espacio al tumultuoso  
»Combate, con clamores formidables,  
»Con estruendo cual nunca se había oído  
»En los campos del Cielo deleitables,  
»Hasta aquel día, y tiembla estremecido  
»El universo todo. A la manera  
»De un fuego subterráneo, que escondido,  
»A un tiempo dos volcanes encendiera,  
»Un furor mismo inflama  
»Entrambos campos, con horrible llama;  
»Densas nubes de flechas abrasadas  
»Silbando suben rápidas, y luego,  
»Sobre los combatientes apiñadas  
»Lloviendo, forman sobre su cabeza  
»Una horrorosa bóveda de fuego:  
»Trémula gime la naturaleza,  
»Y con sordo bramido,  
»Responde el hondo abismo conmovido.

- »Si vuestra tierra entonces existiera,  
»Al eco solo, perecido hubiera.  
»¿Y habría de esto que admirarse acaso,  
»Al encuentro, al horrisono fracaso  
»De miles de millones de furiosos  
»Angeles entre sí, tan poderosos,  
»Que uno solo bastaba, si quisiese,  
»Para arrojar veloz del firmamento  
»Cualquiera de esos orbes luminosos,  
»Con tan fácil impulso por el viento,  
»Cual si una leve piedra ó dardo fuese?  
»¿Y qué destrozo, en la naturaleza  
»Ya turbada, no hubiera producido  
»Al cabo, del combate la braveza?  
»¿Qué desorden, qué horribles convulsiones  
»No hubieran agitado, aun las regiones  
»Del Cielo, si el Señor compadecido,  
»A tal horror un término no diera!  
»¿Y quién sino él ponérselo pudiera?  
»Cada escuadra es allí una innumerable  
»Hueste: equivale á un escuadrón entero  
»Cada Jefe: cada ínfimo guerrero  
»Es un Jefe completo: es suficiente  
»Cualquiera á gobernar con admirable  
»Ciencia las maniobras complicadas  
»De un ejército inmenso; sabiamente  
»Formar, ó desplegar las apretadas  
»Y móviles columnas, de mil modos;  
»Abrir, cerrar, ó dilatar ligeras,  
»Con táctica acertada, las hileras,  
»Y dirigir los movimientos todos,  
»Necesarios al arte de la guerra.  
»Una alma, un solo espíritu se encierra  
»En cada cual de entrambos belicosos.  
»Ejércitos: un solo y mismo aliento:

- »Cada uno arregla, y pone en movimiento
- »Ordenado sus cuerpos numerosos.
- »En ellos, el terror no halla cabida,
- »Ni el cobarde abatido pensamiento.
- »Firme en su puesto, cada cual olvida
- »Intrépido el peligro, y no dejara
- »De sostenerlo, aunque se desplomara
- »Sobre él el orbe, cual si consistiera
- »Sólo en su esfuerzo la batalla fiera.

- »¡Cuántas hazañas, dignas de memoria
- »Eterna, en aquel campo se perdieron,
- »Entre la muchedumbre confundidas!
- »Ni de aquellas que más sobresalieron
- »Te haré yo ahora la prolija historia.
- »Te dije en general, que enardecidas
- »Las tropas, ya estribando
- »En el sólido suelo, combatían
- »De pie firme; ya rápidas volando
- »Al través de los aires cristalinos,
- »Oscuras como negros torbellinos,
- »O espantosas tormentas, se embestían
- »Con fuerza imponderable.
- »Al oír el ruido horrible, á la implacable
- »Rabia de ambos ejércitos, dirían
- »Que la mitad del universo ardiendo,
- »A la otra media, igualmente abrasada,
- »Estaba con furor acometiendo.

- »Fluctuaba, en la batalla encarnizada,
- »Aun la victoria, cuando el orgulloso
- »Satanás, que se había señalado
- »Con hechos á cual más maravilloso,
- »Sin que hasta entonces nadie á su pujanza
- »Hubiese resistido, ve admirado,
- »En medio de sus tropas, un guerrero
- »Que, haciendo en ellas un estrago fiero,

» Ancha calle se abría. Hacia él se avanza:  
» Era Miguel, que con furor horrendo,  
» Con la misma presteza  
» Que un rayo, baja, sube, deshaciendo  
» A cada golpe de su enorme lanza  
» Un batallón entero.  
» A ella, Satanás cauto, la firmeza  
» Opone de su escudo fulminante,  
» Tres veces guarnecido de diamante.  
» Miguel á su llegada, su guerrero  
» Furor suspende. A un golpe solo espera  
» Aquella guerra concluir, hollando  
» El fiero Jefe del contrario bando,  
» Y de cualquier manera  
» Encadenarle, con lo que tendrían  
» Fin los males que al Cielo destruían.  
» Dándole, pues, una siniestra ojeada,  
» Así confunde su soberbia osada:  
— «¡ Angel del mal, autor de una sangrienta  
Guerra que nunca ha sido conocida  
De la paz sempiterna en la morada;  
Guerra funesta al Cielo, á Dios odiosa,  
Cuyos males, que ya no tienen cuenta,  
Todos caerán sobre tu fementida  
Cabeza! Sólo tú, la deliciosa  
Tranquilidad de nuestra venturosa  
Patria con tus infamias has turbado.  
Tú, la naturaleza has afligido,  
Y en su inocente seno has derramado  
Un enjambre mortífero de males.  
Tú, un número infinito de leales  
Siervos, á tu Señor desconocido,  
En enemigos suyos has trocado,  
Sus corazones de pureza llenos  
Inficionando atroz, con los venenos

De la malicia que en el tuyo anida.

»¡Parte! En vano quisieras en el Cielo  
Ver la fraternal guerra repetida.

Dios, para siempre, de sus apacibles  
Regiones te destierra, de este suelo,  
Que habitan la concordia y el consuelo,  
Y contigo destierra la furiosa

Discordia, las horribles  
Y sordas tramas, las conspiraciones,  
Y hasta el rastro menor de tus traiciones.

¡Parte! ¡Lleva contigo á tu espantosa  
Cárcel todos los males y delitos,  
Y esa inmensa familia de proscritos!  
El Infierno está pronto á recogeros.

¡Corre! Allá, entre sus llamas y terrores,  
Podréis á vuestro espacio entreteneros  
En oír los formidables

Gritos de la discordia, y los furores  
Para vuestros oídos agradables.

¡Marcha! antes que de un bote de mi lanza  
Te destroce, ó que Dios, cuya venganza  
Es lenta, pero cierta, la adelante,  
Y á todos os sepulte en el instante  
En tal sima de males, que su fuerte  
Brazo invoquéis, para que os de la muerte.

—Vano es, replica Satanás, tu intento  
De infundir miedo al que en valor te excede,  
Con amenazas que se lleva el viento.

Quien á tu Dios no teme, ¿cómo puede  
Temerte á tí? ¿Has logrado por ventura,  
Con todas tus bravatas, que espantado  
De tu furia, haya huído ni un soldado?  
¿No ha sostenido cada cual su puesto,  
En la refriega dura,

Con el mayor valor? Y si ha caído



Por un azar funesto,  
 ¿No ha caído con gloria? Has pretendido,  
 Que me armo yo por una causa injusta.  
 Los intereses de esta causa augusta  
 (Así la de unos héroes llamarse  
 Merece) creo deben arreglarse  
 Por las armas, y no por parlerías,  
 Con que has juzgado nos asustarías.  
 Sí: por sola la fuerza triunfaremos,  
 O pronto de ese Cielo deleitoso  
 Un nuevo Infierno haremos.  
 Si no reinare, en el imperio odioso  
 Del abismo á lo menos tendré el gusto  
 De no ser un esclavo; la sublime  
 Libertad gozaré, sin que el injusto  
 Tirano la envilezca, que os oprime,  
 Y me será mi suerte tolerable.  
 Tú entre tanto, ¡enemigo despreciable!  
 Ven, une á tu valor la fortaleza  
 De ese á quien llamas Todopoderoso;  
 Sabe que lejos de sentir flaqueza,  
 Lejos de huir, de hallaros deseoso  
 Aquí vine, y después de derrotados,  
 Si de la fuga os salva la presteza,  
 Hasta el pie de su trono iré á buscaros.»—  
 »Cesan de hablar, y empieza la espantosa  
 »Contienda; pero daros no es posible  
 »A vosotros, humanos, una idea  
 »De aquellos altos hechos, que no sea  
 »Muy remota. Su historia prodigiosa,  
 »Que aun en nuestro lenguaje es indecible,  
 »¿Cual lo será en el vuestro? ¿Y á qué objeto  
 »Terreno acudiré, que comparable  
 »Ser pueda á aquella escena formidable,  
 »Y de ella os haga hacer algun concepto?

- »¿Cómo, en fin, elevar la torpe, oscura
- »Inteligencia humana á tal altura?
- »En las armas, el aire y la grandeza,
- »Dos Dioses belicosos parecían,
- »A decidir entre ellos destinados
- »La causa de los Cielos encontrados.
- »A un tiempo entrambos, que en la fortaleza
- »A solo Dios cedían,
- »Círculos de relámpagos formando
- »Vastos, con los aceros ya desnudos
- »En los aires, se acercan cautamente,
- »Poniendo freno á su ímpetu valiente,
- »Horribles resplandores fulminando.
- »Dos anchos soles llevan por escudos,
- »Que el uno contra el otro reflejando,
- »El horizonte inflaman; sus fulgores
- »Llenan de espanto á los espectadores,
- »Que rápidos en círculo se alejan,
- »Y campo espaciosísimo les dejan,
- »De la conmoción misma temerosos
- »Del aire: pues si pueden á menores
- »Objetos compararse sus furiosos
- »Choqués, al referirlo se diría
- »Que otro trastorno igual no se vería,
- »Aun cuando en guerra la naturaleza,
- »Dos astros enemigos, que viniesen
- »De dos puntos opuestos, se embistiesen
- »Con horrenda fiereza,
- »En medio de los aires encendidos,
- »Al fuerte estruendo de sus repetidos
- »Choques, el orbe todo amedrentando,
- »Y aun al remoto Cielo amenazando.
- »Ya levantado el brazo, cuya horrible
- »Fuerza no tiene par en lo visible,
- »Inferior á aquel sólo

»Que del Cielo estrellado

»La bóveda encorvó de polo á polo,

»Cada uno de ellos, que á acabar aspira

»De un golpe solo la sangrienta guerra,

»Mide de arriba abajo con cuidado

»Al terrible enemigo, y diestro gira

»Antes de herir la formidable espada,

»Que ya cruzando, á la enemiga cierra

»El paso, ya de punta prolongada,

»La hace tambien cruzar: rápidamente

»Se embisten, se retiran: el ardiente

»Furor por puntos crece: el ruido aterra

»Al inquieto concurso: la esperanza

»De uno y otro partido está en balanza,

»Y algún tiempo indecisa la victoria.

»De Miguel al acero, al fin la gloria

»De lograrla se debe: á aquella espada

»De la armería celestial sacada.

»Satanás le dirige ya impaciente

»Una estocada tal, que su pujante

»Fuerza horadara el peto relumbrante

»De Miguel; mas la pára diligente,

»Y al golpe dado por su fuerza inmensa,

»Hecha pedazos, salta centelleando

»De aquel monstruo la espada: en el instante

»Miguel la suya tiende, y penetrando

»El broquel, sin que sirva de defensa

»Todo el triple refuerzo de diamante,

»Y la dura coraza guarnecida

»De fuerte malla, una profunda herida

»En el costado le abre. Da un bramido

»Satanás, que jamás había sentido

»Dolor igual al que el divino acero

»Le ha causado, que aturde al campo entero.

»Por más que está impaciente de vengarse,

- »No pudiendo del suelo levantarse,
- »Se revuelca en el polvo, blasfemando:
- »Sobrevive, con todo, al golpe fiero,
- »Tal es de nuestros seres celestiales
- »El privilegio: cual los materiales,
- »Aunque una etérea esencia disfrutando,
- »Heridos pueden ser, mas no morirse.
- »Su espíritu vital, que siempre dura,
- »Los vivifica, su interior fomenta,
- »Hace que vuelvan pronto á reunirse
- »Las fibras divididas, y los cura.
- »Mas el primer dolor aun atormenta
- »A Satanás, que está desfallecido;
- »Tanta es la copia de la sangre pura,
- »Que sus celestes venas han perdido.
- »Por todas partes, sus soldados fieles
- »Corren á socorrerle: en sus broqueles
- »Le levantan, al carro reluciente,
- »Sangre aun en abundancia derramando,
- »Afligidos le llevan prontamente,
- »Y el campo de la gloria abandonando,
- »En paraje seguro y solitario
- »El reposo le dejan necesario.
- »De vergüenza y de rabia consumido,
- »Despedazado de remordimientos,
- »Disfrutar el descanso no podía.
- »Se indigna al verse hollado, envilecido,
- »Avergonzado, y crecen sus tormentos
- »Considerando que ha sido vencido
- »Por un siervo del Dios á quien quería
- »Igualarse, y soberbio despreciaba.
- »La batalla entretanto continuando,
- »Más de un guerrero fiel se señalaba
- »En nuestra sacra hueste. Allí tronando
- »Gabriel delante de sus estandartes

- »Derramaba el terror: por todas partes
- »El enemigo atropellado huía.
- »Feroz, Moloch entonces se presenta,
- »Y con sus mismas tropas se ensangrienta,
- »Para estorbar su fuga: pretendía
- »Nada menos el bárbaro orgulloso
- »Que vencer á Gabriel, aprisionarle,
- »Y en su triunfo pomposo,
- »A su brillante carro encadenarle,
- »A vista del Monarca sanguinario.
- »Gabriel airado venga prontamente
- »Las blasfemias de aquel fiero adversario
- »De todo bien, contra el Omnipotente.
- »Un tajo tan horrible le asegura,
- »Que parte de la frente á la cintura,
- »Su vasto cuerpo. El monstruo dolorido,
- »Sus miembros destrozados arrastrando,
- »Huye, y levanta al Cielo el alarido,
- »Hecho la burla de los que insultaba.
- »A una ala del ejército peleando
- »Uriel, á Rafael acompañaba:
- »Ambos eterna gloria consiguieron
- »Contra dos tronos del contrario bando,
- »Cubiertos de armaduras de diamante,
- »Adremelech, con Asmodeo unido,
- »A entrambos á sus pies los abatieron.
- »Atravesó el acero fulminante
- »De Uriel á Adremelech; y un fuerte tajo
- »De Rafael, á Asmodeo dirigido,
- »El hombro y diestro brazo le echó abajo.
- »Los dos rebeldes, que con arrogancia
- »Se jactaron de ser á Dios iguales,
- »Rabiosos reconocen la distancia
- »Que hay de él á unos vasallos desleales.
- »¡Cuántas hazañas, cuántos prodigiosos

- »Sucesos, dignos de inmortal memoria,
- »Y cuántos nombres de héroes famosos
- »Referiría! Pero ¿qué interesa
- »Del Cielo á los felices moradores
- »El aura vana de una frágil gloria?
- »Llenos de los magníficos honores
- »De que su Dios no cesa
- »Un punto de colmarlos, no desean
- »Otros. Tampoco ceden los rivales
- »Nuestros en la batalla, porque sean
- »Menos valientes, sino porque armados
- »Por una mala causa, son privados
- »Del favor que dispensa á sus leales
- »Guerreros la Divina Providencia.
- »Con todo, hacen terrible resistencia;
- »Pero ya está borrada su memoria
- »De los fastos del Cielo; así en mi historia
- »Sus nombres callaré. Los ha perdido
- »Su soberbia, castíguela el olvido;
- »Que nunca puede hallar la gloria entrada
- »En donde la injusticia está alojada.
- »Ahora, por todas partes dispersados,
- »Huyen sus batallones consternados.
- »No se halla ya en el campo el belicoso
- »Aparato: por todo su espacioso
- »Ámbito no se ven más que tendidos
- »Guerreros, armas rotas, destrozados
- »Carros, dardos, caballos esparcidos;
- »Todo huye, todo cede á la terrible
- »Mano que cae sobre ellos invisible.
- »Sembraron la discordia con denuedo,
- »Y ahora recogen la vergüenza y miedo:
- »No así aquellos soldados valerosos
- »Del Monarca del Cielo: victoriosos
- »Y alegres, con un orden admirable,

- »Rauda avanza su hueste incontrastable,
- »De sus brillantes armas arrojando
- »Llamas, los enemigos ahuyentando:
- »Como en sus pechos la virtud habita,
- »Aunque al cansancio cedan un momento
- »Algunos de ellos, su valor excita,
- »Y vuelven á seguir con nuevo aliento.
- »Mas, ya de aquel teatro lastimoso
- »Horrorizado el Sol, á su morada
- »Huye: viene la Noche acompañada
- »Del Silencio, y aplaca el belicoso
- »Alboroto, cubriendo á los furores
- »Con su venda, la vista encarnizada
- »En su sombra, vencidos, vencedores,
- »Campo y sangrientas ruinas envolviendo.
- »La tímida Quietud la va siguiendo,
- »Y á su apacible aliento todo calla;
- »En medio de despojos, que sangrientos
- »Son de su inmortal gloria monumentos,
- »Los nuestros sobre el campo de batalla
- »Hacen alto. Cercanas y distantes
- »Disponen centinelas vigilantes,
- »Y guardias que aseguren el reposo
- »A sus cansados miembros. Entre tanto,
- »Satanás, recobrado de su herida,
- »Sus fugitivas tropas, del espanto
- »Poseídas, reuniendo presuroso,
- »Con ellas marcha á su anterior guarida:
- »De vergüenza, de rabia devorado,
- »El descanso y el sueño echa en olvido.
- »Entre las sombras, junta su escogido
- »Consejo, y ocultando con cuidado
- »Su profundo dolor, de esta manera
- »Habla:—«¡Guerreros! esta memorable
- Batalla, haya sido como se quiera

Su éxito, es una prueba incontestable  
De lo que pueden vuestros valerosos  
Ánimos. Defensores generosos  
De vuestra libertad, podéis gloriaros  
De que vuestros tiranos no han podido,  
A pesar de su número crecido,  
A su yugo insufrible sujetaros.  
Pero no es esta dicha únicamente  
El objeto á que aspiro. Aunque apreciemos  
El honor, olvidarnos no debemos  
Del imperio: sin éste, inútilmente  
El otro conservar procuraremos;  
Pues que el honor, unido á la flaqueza,  
Poco tiempo sostiene su entereza.

»Este día ha empezado la gloriosa  
Carrera vuestra. En él habéis sabido  
Adónde llega vuestra prodigiosa  
Fuerza, como también que en adelante  
Siempre podréis lo que hoy habéis podido,  
Yaun quizá más, pues que es ya hecho constante  
Que ese Dios orgulloso, imaginario,  
Que tanto ha deseado á su arbitrario  
Dominio reducirnos, todo el resto  
De su poder ha echado en este día,  
Por conseguir el triunfo; que ha supuesto  
Por cierto que su empeño lograría,  
Y que no lo ha logrado: así, es visible  
Que no es tan infalible,  
Como antes lo creímos, su presciencia,  
Y que ha agotado, sin lograr su intento,  
Toda su decantada omnipotencia.  
Verdades ambas que el mayor aliento  
Han de infundirnos para lo futuro.  
Es cierto, no lo niego, que en apuro  
En la batalla de hoy hemos estado:



¿Pero qué hay que extrañarlo, en un momento  
En que desprevenido y mal armado  
El ejército nuestro se encontraba,  
Y al enemigo todo le sobraba?

»Hemos visto hoy que, es ese Dios falible.  
Otro día veremos que es vencible;  
También hemos sacado otra preciosa  
Ventaja, y es, saber que nuestra vida  
Es inmortal, y que ninguna herida  
Puede privarnos de ella, por furiosa  
Que sea: aunque pedazos nos hiciera,  
Nuestra naturaleza los juntara  
Al punto, y el vigor nos restaurara;  
Por lo que nuestra pérdida es ligera,  
Y si algunos dolores toleramos,  
Como antes de pelear ya nos hallamos.  
Busquemos, pues, ahora la manera  
De tener armas que proporcionadas  
Sean al valor nuestro, y en fin cuales  
Convienen á unos seres inmortales,  
Dejando las inútiles, usadas,  
De flechas, dardos y otras; que con esto,  
Mejor suerte quizá tendremos presto.  
Sobre todo, sepamos si el astuto  
Enemigo, de algunas ignoradas  
Armas puede servirse, averiguando  
Cuáles son, y robarle procurando  
El secreto de hacerlas. Grande fruto  
Conseguiremos, sólo con habernos  
Enterado bien de ellas; pues siquiera  
Cuando nuestro arte hacerlas no pudiera,  
De su efecto podremos precavernos.  
Extiéndase también nuestra consulta,  
A investigar si alguna causa oculta,  
Á la pérdida que hoy hemos sufrido,

No obstante el valor nuestro, ha concurrido.  
 En fin, todo el talento que tenemos,  
 Como hace el enemigo, aprovechemos,  
 Bien persuadidos de que en su alto trono  
 Le obligaremos á mudar de tono.  
 Explique, pues, cada uno libremente  
 Lo que sobre esto juzgue conveniente.»—

»Acabó, y un celeste Potentado  
 »Se levanta del medio del senado.  
 »Mesiroch es su nombre, y su figura  
 »Sangrienta y maltratada, manifiesta  
 »Por sí sola el rigor de la funesta  
 »Batalla; destrozada la armadura,  
 »Roto el morrión, la cara desmayada  
 »Y á fuerza de aflicción desencajada,  
 »Dan á entender lo mucho que ha sufrido:  
 »Mas se esfuerza con todo, y dirigido  
 »Á Satanás, con un suspiro ardiente  
 »Y débil vóz le dice lo siguiente:

—»¡Magnánimo guerrero! ¡Incontrastable  
 Apoyo del legítimo derecho  
 Que tenemos al título glorioso  
 De Dioses, y á rehusar un yugo odioso;  
 Que el primero, contra ese formidable  
 Tirano que nos pone en tan estrecho  
 Apuro, nos sostienes animoso!  
 No es dable que con armas desiguales  
 Podamos resistir á esos mortales  
 Enemigos: nosotros padecemos  
 De las heridas: ellos protegidos  
 Por un encanto, de que no tenemos.  
 Idea, nuestros golpes escarnecen,  
 Conservan su vigor y no padecen.  
 Por más que seamos Dioses, oprimidos  
 De dolores, no es dable hagamos frente

Largo tiempo á guerreros impasibles.  
Aun los más fuertes, necesariamente  
Serán por los más débiles vencidos.  
Puede uno resistir á los sensibles  
Ímpetus del placer; de ellos privarse  
Por cierto tiempo; y aun eternamente,  
Tal vez, de sus encantos separarse,  
Pues sin ellos, en una dulce calma  
Que su viveza turba, queda el alma;  
Mas vivir con dolor es insufrible.  
Entre todos los males  
Es el único mal, el más terrible:  
Toda constancia cede á sus fatales  
Embates; presto su ímpetu violento  
Se nos lleva las fuerzas y el aliento.  
Aquel, pues, que ingenioso un medio invente  
Para poder vencer nuestros rivales,  
Llegándolos á herir, como el valiente  
Caudillo á quien la libertad debemos,  
Merecerá que todos le ensalcemos  
Con elogios y honores inmortales.  
—Tienes razón,—«responde con modesto  
Rostro el infernal Jefe;—pero admira  
Que esa invención difícil que has propuesto.  
Digna del celo ardiente que te inspira,  
Descubierta la tengo,  
Y á daros cuenta del hallazgo vengo:  
¿Quién aquí podrá haber tan distraído,  
Que al ver el suelo etéreo en que estamos,  
De tanto don precioso enriquecido,  
De tantas plantas, flores de ambrosía,  
De oro brillante y fina pedrería,  
Que á nuestros piés á cada paso hollamos,  
No conozca que de esta tierra el seno  
Ha de estar necesariamente lleno

De materias sutiles, inflamables,  
Que bien que á nuestros ojos invisibles,  
Por un elemental fuego movidas,  
En secreto, estos frutos elaboran,  
Les dan su consistencia y los coloran?  
Cuando aquellas materias que comprime  
La tierra, en sus entrañas escondidas,  
De la mansión oscura  
Al aire exterior salen, es segura  
Su inflamación, al punto que se arrime  
Una chispa tan sola, y encendidas,  
Es tan súbita y grande su violencia,  
Que nada puede hacerlas resistencia,  
Como que son de aquel material mismo  
Que alimenta las llamas del abismo.

»Esta materia en granos trabajada,  
Y en tubos de metal bien apretada,  
Puesto un sólido globo á la salida  
Del tubo, en que se encuentra comprimida,  
Aplicado, por un respiradero,  
El fuego á la materia combustible,  
El globo arrojará con tan horrible  
Fuerza, que barra un escuadrón entero.  
¿Qué digo? Si en un risco tropezara,  
Como un débil cristal lo destrozara.  
Tan formidable trueno á la terrible  
Explosión acompaña, que el denuedo  
Del más bravo convierte en torpe miedo.  
Prevenzámonos, pues, de estas fatales  
Armas, que harán creer al orgulloso  
Enemigo que al Todopoderoso  
Hemos robado el rayo, el que confieso  
Es la sola arma que, por sus mortales  
Furiosas llamas, con razón ha impreso  
En nosotros temor. Pues que destreza

No nos falta, y tenemos materiales,  
 En esta invención útil trabajemos,  
 Y el rayo con ventaja supliremos.

»Mas nos es necesaria la presteza;  
 La obra no es larga, y antes que mañana  
 De la aurora veáis la luz temprana,  
 Acabada estará, y todo dispuesto  
 Para que haga el efecto más funesto,  
 Y quede nuestra pérdida vengada.  
 Desechad pues, alegres, los temores:  
 Pronto del nuevo invento artificioso,  
 A costa de esa gente escarmentada,  
 Os pasmará el estrago prodigioso.  
 Creed que seréis siempre vencedores.  
 Mientras á Satanás tengáis al frente.  
 Recobrad el aliento y la esperanza,  
 Y vamos á enseñar á ese potente  
 Amo de todo el orbe, sin tardanza,  
 Que con armas iguales,  
 Somos, como él, Deidades celestiales,  
 Y que no saldrá siempre victorioso.»—

»Así habló Satanás, introduciendo  
 »Del nuevo rayo el uso pernicioso:  
 »¡Arma pérfida, horrenda, que á la muerte  
 »De alas de fuego rápidas vistiendo,  
 »Más imprevisto y fuerte,  
 »Y más inevitable hace su daño!  
 »¡Invento aborrecible! ¡No es extraño  
 »Que Satanás te hallara,  
 »Y que con tanto ardor te propagara!  
 »El mismo Dios ahogó en su nacimiento  
 »Este invento malvado,  
 »Y si lo toleró posteriormente,  
 »Fue para que sirviese de instrumento  
 »Á su justa venganza, ya cansado

- »De las maldades con que el insolente
- »Linaje de los hombres inundaba
- »El mundo, y su bondad menospreciaba
- »Desde entonces, cual nueva y atroz peste,
- »Efecto de la cólera celeste,
- »Aquel rayo infernal en las batallas
- »Destrozó los guerreros, las murallas
- »Hizo volar, y fuegos abrasados
- »Llovió sobre los pueblos consternados.
- »Desde entonces, el hombre delincuente,
- »Que los rayos del cielo solamente
- »Temía, sufre en la sangrienta guerra
- »Otros harto más crueles de la tierra.
- »En fin, Satanás triunfa, todo el mundo
- »Se anima, y un feliz suceso espera.
- »Admiran la invención, pero á primera
- »Vista cada uno de ellos se figura
- »Que, sin tener ingenio tan fecundo
- »Como su Jefe, en ella dado hubiera.
- »Así nuestro amor propio nos engaña,
- »De modo que la cosa más oscura
- »Nos parece, después que se ha inventado,
- »Tan clara, que juzgamos cosa extraña
- »Que á nuestro vivo ingenio haya escapado.
- »Todos salen, y la orden ejecutan:
- »El trabajo gozosos se disputan,
- »Innumerables brazos empleando
- »Y el suelo de alto á bajo trastornando;
- »Encorvados arrancan de la tierra
- »Cuanta materia conducente encierra,
- »Una sustancia informe aun y grosera;
- »De una costra espumosa á la manera.
- »El salitre y el nitro humedecidos,
- »De los cuales del arte la destreza
- »Templa con calor lento la crudeza,

- » Y que después á polvos reducidos,
- » Con azufre y carbón amalgamados,
- » Y en granos muy menudos convertidos,
- » Al uso horrible quedan preparados.
- » En tanto, otros, de rocas y metales,
- » Los globos, de tamaños desiguales,
- » Labran que han de barrer con fuerte trueno
- » Y de ruinas sembrar todo el terreno
- » Por donde pasen; ó hacen los fatales
- » Tubos de duro bronce, que á la fiera
- » Muerte deben abrir larga carrera.
- » Otro escuadrón también vuela ligero
- » Por el campo, y el seco junco encuentra,
- » Que en lo interior por el respiradero
- » Del tubo, en él el fuego reconcentra.
- » Todos se mueven: todos afanados
- » Trabajan, y la noche silenciosa
- » Con su sombra los cubre cuidadosa,
- » Para que ser no puedan espíados.
- » En fin, sus obras todas concluídas
- » Están antes que brillen los albores
- » De la aurora, y las armas prevenidas
- » Son á sus esperanzas superiores.
- » Apenas entre tanto el matutino
- » Fulgor de lo visible abre la escena,
- » Cuando la celestial trompeta suena,
- » Y convoca á las armas al divino
- » Ejército: cada uno por su parte
- » Armado, forma bajo su estandarte,
- » De ardor lleno. A las luces que aparecen
- » Del sol, ya las alturas coloreando,
- » Las tersas armas de oro reflejando,
- » Como un incendio inmenso resplandecen.
- » Una porción de aquellos más ligeros
- » Angeles, á distancia los primeros

- »Avanzan, de las cumbres registrando
- »De los montes si acaso aparecía
- »El enemigo, que aún no se veía
- »En la vasta llanura, deseosos
- »De averiguar sus miras, intenciones,
- »Pasos y belicosas prevenciones,
- »Si huye, vuelve ó adónde se retira:
- »Mientras que por los campos espaciosos,
- »Ansioso cada cual los ojos gira,
- »Ven ondear á lo lejos sus banderas,
- »Y hacia ellos dirigirse sus guerreras
- »Legiones. Uno de los más veloces,
- »Zophiel, el aire corta, y dando voces:

—«¡A las armas, exclama, compañeros!

Ahí está el enemigo. Hemos creído  
 Que huía, y vele que á embestirnos viene:  
 Gana de ahorrarnos una marcha tiene.  
 Mirad de su vanguardia los primeros  
 Escuadrones: notad el atrevido  
 Aire con que se acercan: al instante  
 Vestid vuestras corazas de diamante,  
 Vuestros morriones: empuñad las fleles  
 Espadas, y reunidos los broqueles  
 De oro, formad impenetrable muro;  
 Que si yo no me engaño, ha de ser duro  
 Y sangriento el combate de este día,  
 No una lluvia ligera de perdidos  
 Tiros, sino un granizo de encendidos  
 Dardos, una tormenta abrasadora:  
 El riesgo es digno de la valentía  
 Vuestra: ¡á las armas pues, esta es la hora!»—

- »Así el celeste joven les advierte,
- »Y aun más les dice su corazón fuerte.
- »Todo se mueve, todo en apretados
- »Batallones avanza diligente.



- »A la vista se muestran de repente
- »Los fieros enemigos, que callados,
- »Formando un cuadro espeso, á paso lento
- »A ellos vienen marchando,
- »El tren entre sus filas arrastrando,
- »Con pesado y oculto movimiento,
- »De aquellos nuevos rayos espantosos,
- »Que esconden en el centro cuidadosos.
- »Estando ya ambas haces en presencia,
- »Hacen alto un instante;
- »Entonces, Satanás sale delante
- »De las filas, y dice á sus legiones:

—«¡Camaradas! ¡con cuánta complacencia

Os anuncio que ya ha llegado el día  
 Feliz en que las crueles disensiones,  
 Que tanto agitan vuestra patria y mía,  
 Se terminen! Abrid vuestras hileras:  
 Que el Cielo sea testigo  
 De nuestras amorosas y sinceras  
 Disposiciones á una paz estable:  
 Que las vea al momento el enemigo:  
 No se aguarda sin duda á nuestro amable  
 Recibimiento. Pronto un amistoso  
 Tratado nos traerá, á más del reposo,  
 La dicha, con la guerra incompatible.  
 Generosos en tanto, aunque rivales.  
 Abridles vuestros brazos fraternales,  
 Y anunciadles á gritos la plausible  
 Noticia de la paz que proponemos,  
 Y con qué condiciones la queremos;  
 Que todos las perciban claramente.»—

- »Dichas en alta voz estas dolosas
- »Palabras, se abre el espacioso frente .
- »Del cuadro, y ordenados,
- »Se van doblando todos á ambos lados.

- »Al formar las dos alas espaciosas,
- »Dejan un gran vacío, en que extendida
- »La vista, descubrimos sorprendidos
- »Tres órdenes de tubos: suspendidos
- »Sobre movibles ruedas, presentaban
  - »Laboca hacia nosotros dirigida,
  - »Horizontal, aquellos desmedidos
  - »Tubos, y oscuros, nos amenazaban.
- »À cada uno cercano,
- »La señal aguardando, se veía
- »Un Angel vigilante, en cuya mano
- »Derecha un junco por la punta ardía.
- »Nosotros, ignorantes del engaño,
- »Estábamos mirando atentamente,
- »Con diversión, el aparato extraño,
- »Cuando del mudo bronce, interrumpiendo
- »El silencio, á una seña, con la ardiente
- »Vara cada Angel á un oído toca,
- »À un extremo del tubo practicado,
- »Y en el momento, con horrible estruendo,
- »Cada una arroja por la fiera boca
- »El rayo que en su seno está encerrado,
- »Con relámpago vivo, y negra nube
- »De humo, que dilatada al Cielo sube.
  - »Parten al mismo tiempo, destrozando
  - »Las entrañas de aquellos encendidos
  - »Tubos, miles de globos escondidos
  - »De hierro, cual granizo temeroso
  - »De vivo fuego, rápidos silbando,
  - »La espantosa batalla comenzando.
  - »De aquella atroz tormenta á la violencia,
  - »Con estrago horroroso,
  - »Sobre el Arcángel el Querubín rueda,
  - »El Angel sobre el Angel: nadie queda
  - »En pie: no hay á su furia resistencia:

»De nada les valió aquella pujante  
»Firmeza, á la de un monte semejante,  
»Que por naturaleza disfrutaban.  
»¡Ah! La fuerte armadura que llevaban,  
»En lugar de servirles de segura  
»Defensa, fué un fatal impedimento.  
»Á no haberse encontrado embarazados  
»Con sus arneses ricos y pesados,  
»Á su arbitrio, mudando de figura  
»Sus esencias, sutiles más que el viento,  
»Cual átomos, con pronto movimiento  
»Hubieran evitado fácilmente  
»Los estragos de aquel granizo ardiente;  
»Pero en fin, todo cede á su braveza:  
»En vano separarse, y abrir paso  
»Procuran: de los globos la presteza  
»Lo estorba, y amenaza otro fracaso  
»Nuevo la doble fila, que preñada  
»De otra nube de rayos, preparada  
»Á vomitarlos, á una seña espera.  
»Con todo, su valor aun no tolera  
»Ni la idea de fuga, y en pie puestos  
»Los más de ellos, no obstante sus heridas,  
»Á aguardar la tormenta están dispuestos.  
»Satanás, que supone ya vencidas  
»Nuestras tropas, su ruina escarneciendo,  
»Á sus soldados dice:—«Esos famosos  
Guerreros, que hacia aquí con tal coraje  
Venían, ya parece que del viaje  
Se van arrepintiendo,  
O al ver la paz tan próxima gozosos,  
Como tan diestros en ligeras danzas,  
Esos pasos extraños y mudanzas  
Nuevas para esta fiesta han discurrido;  
Pues aunque en su aire tímido dirían

Que de nuestro agasajo desconfían,  
 Con tal franqueza y con tan encendido  
 Amor aquí los hemos recibido,  
 Que una injusticia inverosímil fuera  
 Que tal recelo en ellos existiera;  
 Mas con todo, por sí estos pensamientos  
 Los acongojan, creo conveniente  
 Que las proposiciones repitamos,  
 Y el són de nuestros dulces instrumentos  
 Les anuncie de nuevo el impaciente  
 Ardor con que abrazarles deseamos:  
 Que bien seguro estoy de que ni en danza  
 Ni en fuga pensarán, y su confianza  
 Volviéndonos, tranquilos á los lazos  
 No se negarán ya de nuestros brazos.»—

»Con la misma ironía le contesta  
 »Belial:—«No extraño que á la desconfianza  
 Y al temor esa gente esté dispuesta.  
 Ella es ligera y débil, y el tratado  
 Que les han presentado  
 Artículos tenía de tal peso,  
 Y cláusulas también en tanto exceso  
 Duras, que no era dable que á primera  
 Prueba, su vanidad las digiriera;  
 Mas, como están ya de ellas instruídos,  
 Y han podido á su gusto examinarlas,  
 A su repetición darán oídos,  
 Y no se negarán quizá á aceptarlas.»—

»Así sus dos cabezas orgullosas,  
 »De su primer derrota la memoria  
 »Olvidan, y con sátiras jocosas  
 »Cantan antes de tiempo la victoria;  
 »Mas no fué su delirio duradero:  
 »Pronto, el vigor perdido recobrando  
 »Los nuestros, y venganza respirando.

- » Van á buscar dispersos, con ligero
- » Vuelo, por todas partes, armas tales
- » Que puedan destruir las infernales
- » Máquinas, y su rabia en el momento
- » Se las da: arrancan de su firme asiento
- » Enormes riscos, elevadas peñas,
- » Vastos montes enteros con sus breñas,
- » Bosques y ríos: rápidos volando
- » Con ellos en la mano hasta una altura
- » Inmensa y sobre el campo balanceando.
- » De allí con fiero impulso, y con segura
- » Mira, los lanzan sobre el tren horrendo.
- » En una misma ruina confundiendo
- » Las huestes enemigas aterradas.
- » Porque debo advertirte que en el Cielo,
- » Así como sucede en vuestro suelo,
- » Dios, para que aumentara su belleza
- » La variedad, llanuras dilatadas
- » Dispuso, como bosques deliciosos,
- » Montes, fuentes y ríos caudalosos,
- » Y cuanto adorna la naturaleza.
- » ¿Pero cómo graduáros el espanto
- » De las tropas contrarias, cuando vieron
- » Nuestros guerreros, de los cuales tanto
- » Se burlaron, cubrir los horizontes
- » Con tal furia, y las cumbres de los montes
- » Vueltas de arriba abajo descubrieron
- » Que sobre sus cabezas suspendidas
- » Iban á despeñarse? Consternados
- » Los ven caer sobre ellos, sin que puedan
- » Estorbarlo. En sus ruinas sepultados,
- » Con sus máquinas fieras destruídas,
- » En un momento muchos de ellos quedan.
- » Todo lo arrasa aquella lluvia horrible
- » De enormes masas que, cual nieve espesa,

- »El vasto campo de inundar no cesa.  
 »Arrojadas con ímpetu indecible,  
 »Todo lo cubren: no se oye otra cosa  
 »Que clamores penados y gemidos  
 »De los que bajo de ellas oprimidos  
 »A librarse se esfuerzan vanamente:  
 »Sin fruto, á la tormenta procelosa  
 »Los escudos oponen y armaduras;  
 »Hechas pedazos, sus abolladuras  
 »Mismas hieren cruelmente  
 »A sus míseros dueños: cada instante  
 »Con más furor la tempestad se cierra.  
 »Las máquinas, las tiendas, los guerreros,  
 »Cuanto encuentra delante,  
 »Tanto bajo su peso horrendo entierra.  
 »En fin, los que han logrado con ligeros  
 »Vuelos de ella esquivarse,  
 »O que, heridos, aun pueden manejarse,  
 »Imitan nuestro ejemplo: por el viento,  
 »Montes con montes rápidos chocando,  
 »Bosques con bosques vuelan al momento,  
 »Una lóbrega bóveda formando  
 »Sobre el campo, que todo lo oscurece.  
 »Con las tinieblas la batalla crece,  
 »La vasta confusión, los gritos fieros,  
 »Los ayes y quejidos lastimeros.  
     »Consigo mismo en guerra parecía  
 »Que el Caos obstinado combatia;  
 »Ruina con ruina, horrores con horrores,  
 »Espanto con espanto, batallaban,  
 »Y á la naturaleza sus furores  
 »De total destrucción amenazaban.  
 »La patria misma nuestra, el alto Cielo,  
 »Que ya temblaba se viniera al suelo,  
 »Si el Padre celestial, que deseoso

»De señalar su amor á su querido  
 »Hijo y de darle el triunfo mas glorioso,  
 »Aquel estrago había permitido,  
 »Seguro de que al punto que quisiera  
 »Haría que cesase, no se hubiera  
 »Resuelto á terminarlo. Desde el trono  
 »En que reside, envuelto en resplandores,  
 »Quiere colmar de su Hijo los honores,  
 »Y al rival, que conspira con encono  
 »Implacable contra él, hacer patente  
 »Que con él parte toda su eminente  
 »Autoridad, derechos y grandeza,  
 »Como de su poder la fortaleza,  
 »Y á su diestra volviendo el majestuoso  
 »Rostro, así dice á su Hijo venturoso:  
 —«¡Noble imagen, descanso y gloria mía,  
 Cuyo brillo invisible  
 Mi resplandor divino hace visible!  
 ¡Tú, mi Hijo Eterno, mi sabiduría!  
 Ya dos de nuestros días celestiales  
 Llevan de duración esas fatales  
 Discordias, esas lides tan crueles  
 Que sostiene Miguel con nuestros fieles  
 Soldados: tú conoces los primeros  
 Héroe de esos choques lastimeros,  
 Miguel y Satanás, ambos rivales  
 En nacimiento, y en valor iguales,  
 Excepto la notable diferencia  
 Que en favor de Miguel, la inobediencia  
 De aquél hace: pelear los he dejado,  
 El rigor de mis leyes suspendiendo,  
 Y á Satanás, cual si inocente fuera,  
 Como á todo su ejército malvado,  
 Casi en su vigor todo manteniendo,  
 Porque á nuestra grandeza convenía

Que esta guerra espantosa ver hiciera  
Adónde llega su soberbia impía,  
Como la fe sincera  
De Miguel y los suyos: sobre todo,  
Para glorificarte de este modo,  
Haciendo que tu brazo omnipotente  
Abata solo á todo ese insolente  
Ejército, y mostrar así que nada  
Resistir puede á tu justicia airada.  
Ves á qué extremo llega ya su furia:  
Esa lluvia de montes arrancados,  
De ríos y de bosques encontrados,  
Que hacen temblar aun la celeste curia.

»Ya este desorden, si se prolongara,  
El universo todo devastara:  
Es tiempo de cortarlo: te he escogido  
Para que aplaques la fatal tormenta  
De estos dos tristes días: el tercero  
Es tuyo. De mi fuerza revestido,  
Marcha; á esos sediciosos escarmienta:  
Imponles el severo  
Castigo merecido: que, de susto  
Y de rabia temblando,  
Sepan que están debajo de tu mando;  
Que eres su Dios, su Rey, su Juez augusto:  
Lleva contigo todo mi guerrero  
Equipaje, mis flechas afiladas,  
Mi temeroso acero,  
Mis rayos y centellas abrasadas:  
Sube sobre mi carro formidable,  
Que hace de horror estremecer el Cielo:  
Vé con rápido vuelo,  
Sigue, hiere, confunde esa culpable  
Raza: á ninguno tu furor perdone,  
Que estas felices playas abandone:



Que aprendan, en la noche sempiterna.  
 El respeto que deben á mi eterna  
 Palabra, y los perpetuos dolores  
 Con que sé castigar á los traidores.»—

»Dice, y del Hijo excelso la divina  
 »Claridad con sus brillos ilumina,  
 »Uno en otro su imagen reflejando,  
 »Y de luces los Cielos inundando.  
 »El Hijo entonces, á su Padre Eterno  
 »Contesta así, con el amor más tierno:  
 —«¡Oh fuente de mi sér incomparable!  
 ¡Tú, supremo poder de los poderes,  
 El primero, el mayor, más excelente,  
 Más santo, como el único adorable  
 Entre todos los seres,  
 Ante el cual humillada toda frente  
 Se inclina! Tú á mí me has comunicado  
 La gloria, y como á tí me has ensalzado;  
 Yo con igual amor corresponderte  
 Sé, y es toda mi dicha complacerte.  
 Pues que tú depositas en mi mano  
 Tus rayos, ya á mi sólo pertenece (2)  
 Ejecutar tus voluntades santas,  
 La victoria verás presto á tus plantas.  
 Agradarte es mi gozo soberano:  
 ¡Feliz en la ocasión que se me ofrece,  
 Si al paso que á la fácil guerra vuelo  
 Por tí, algún riesgo hiciera ver mi celo!  
 Tomo, pues, el poder que tú has querido  
 Darme, mas solamente  
 Para defensa tuya; complacido  
 En recibirlo, aun más en devolverlo  
 Lo estaré, cuando tú quieras tenerlo,  
 Y yo en tu seno de él eternamente  
 Disfrute, sin hallarnos precisados

À castigar con él otros malvados.

»Tu resplandor, tu gloria, en mí resaltan.  
 Lo que amas amo: lo que tú aborreces  
 Odio; y á mi respeto aquellos faltan  
 Que no te rinden todo el que mereces.  
 Es deber mío y bienaventuranza,  
 Como á tu amor, servir á tu venganza:  
 Tu hijo ha de ser tu imagen acabada.  
 Parto: de tu poder mi diestra armada,  
 Presto echará del Cielo esos ingratos,  
 Contra quienes tus justas leyes claman,  
 Que con impíos fementidos tratos  
 Han turbado su paz, á las funestas  
 Cadenas del Infierno, que dispuestas  
 A oprimirlos, sus víctimas reclaman.  
 Ellos, que tú asociaste á tus supremas  
 Felicidades y que de diademas  
 Celestes coronaste, que dichosos  
 Fueran permaneciendo virtuosos,  
 Y el peso á sentir van de tus mortales  
 Iras, que con audacia han provocado:  
 Una vez su delito castigado,  
 No tendrás sino súbditos leales  
 Que te amén y te adoren, y el primero  
 De ejemplo serviré á su amor sincero.»—

»Esto diciendo, del derecho lado  
 »Del Padre se levanta, y le saluda,  
 »Inclinando su cetro, cariñoso.  
 »Apenas ahuyentada la sombría  
 »Noche, el remoto Oriente el color muda,  
 »Al brillo de la aurora, el tercer día,  
 »Cuando terrible, á un huracán furioso  
 »En el rápido estruendo semejante,  
 »Sale el paternal carro fulminante (3),  
 »Vencedor siempre y de la gloria ansioso,

- »Por sí solo impelido,
- »Sin que le tiren: un poder secreto
- »En su interior produce el mismo efecto:
- »De cuatro Querubines precedido,
- »Vuela; cada uno cuatro luminosas
- »Caras tiene, y sus alas inflamadas
- »Están todas sembradas
- »De ojos que en resplandor á las estrellas
- »Vencen. Con otros brillan las fogosas
- »Ruedas: ondea, en ellos reflejando,
- »La luz del sol celeste, confundiendo
- »La vista, y al correr, vivas centellas
- »Y torrentes de llamas despidiendo
- »Van, todo cuanto encuentran abrasando.
- »Del magnífico carro el vasto asiento,
- »Más limpio que el cristal, y transparente,
- »En hermosura excede al firmamento.
- »Encima de él un trono está eminente
- »En que el zafiro celestial, mezclado
- »Con el ámbar más puro, resplandece,
- »Y los vivos colores oscurece
- »De que el iris soberbio está adornado.
- »El Hijo del Eterno, revestido
- »De armas aun más brillantes, más hermosas,
- »De las armas que el Padre le ha cedido,
- »Y en que el Cielo agotó sus milagrosas
- »Artes, sube en el carro poderoso.
- »Con las ardientes alas extendidas
- »Con que el águila cierne su orgulloso
- »Vuelo, sobre las nubes levantado,
- »La Victoria está atenta en pie á su lado:
- »De flechas guarnecidas
- »De triple horrendo trueno,
- »El carcaj, y trisulcos rayos, lleno,
- »Del hombro del Señor esta pendiente.

- »Revuelto en llama ardiente
- »Y funesta, un espeso torbellino
- »De humo oculta con noche tenebrosa
- »El semblante divino,
- »Relámpagos horribles despidiendo
- »Y negros surcos en el aire abriendo.
- »A una enorme distancia, la espantosa
- »Venida de aquel carro formidable
- »Se divisa, que siguen presurosos
- »Diez mil y diez mil carros belicosos
- »Con orden admirable,
- »Hacia uno y otro lado divididos.
- »Aun el trono celeste y azulado
- »En que aquel triunfador viene sentado
- »Chispea al fiero ardor de su implacable
- »Ira. Los Querubines encendidos
- »En sus veloces alas lo sostienen
- »Y del Señor las órdenes previenen,
- »Con indecible rapidez volando,
- »El pensamiento mismo atrás dejando.
- »Llega: apenas su ejército percibe
- »El resplandor lejano, conociendo
- »Á su dueño, embriagado de alegría,
- »Su tristeza pasada despidiendo,
- »Un nuevo sér recibe
- »Y todos los peligros desafía.
- »Ya del Mesías brilla el victorioso
- »Estandarte, en el éter desenvuelto
- »A la voz de Miguel; el prodigioso
- »Número de escuadrones, que revuelto
- »Y disperso cubría el espacioso
- »Campo, se ordena: un regocijo santo,
- »Inefable. sucede al negro espanto.
- »De Dios á la presencia, á sus asientos
- »Vuelven los montes de ellos arrancados.

- »Los bosques y campiñas reverdecen:
- »Dan saltos de alegría los collados:
- »Se coloran, y esparcen sus alientos
- »Balsámicos las flores: aterrados,
- »El Desorden y Horror desaparecen:
- »Se calman los turbados elementos,
- »Y á los pies del Autor de su belleza,
- »Dulce sonríe la naturaleza.
- »Al ver aquel poder, estremecidos
- »Los enemigos tiemblan, mas no obstante,
- »No se dan por vencidos.
- »A los riesgos que tienen por delante
- »Su desesperación sola los lanza,
- »En ella cifran toda su esperanza:
- »Las reliquias reúnen de su gente,
- »Y á su Señor rebeldes hacen frente.
- »Así de la soberbia los venenos
- »Los hacen delirar, de juicio ajenos.
- »¡Soberbia cruel, que nunca ser domada
- »Puede, y que contra Dios ahora enconada,
- »Unida con la envidia, los devora,
- »Al ver que, á excepción de ellos, todo adora
- »Su excelsa majestad! Empedernidos,
- »Los prodigios que ven, lejos de hacerles
- »Fuerza, no sirven más que á endurecerles
- »De nuevo: piensan sólo, embravecidos,
- »En arrancar el cetro de su mano,
- »O si la adversa suerte hiciese vano
- »Su esfuerzo furibundo,
- »En las ruinas del mundo,
- »Por su furor deshecho, sepultarse.
- »Nadie piensa en huir, ni en humillarse;
- »O reinar, ó morir, á una voz claman.
- »Entre tanto, el Señor á sus queridos
- »Guerreros, que á ambos lados extendidos,

»Con aplausos vivísimos le aclaman,  
 »A una seña callados,  
 »Dirige estas palabras:—«¡Oh soldados  
 Leales! descansad de la fatiga:  
 Habéis con valor noble defendido  
 Mis derechos; el Cielo ha recibido  
 Con placer vuestro obsequio: ese glorioso  
 Valor debisteis á su mano amiga;  
 Mas á él fielmente habéis correspondido.  
 Basta con ese esfuerzo generoso  
 Que habéis hecho: entregaos al reposo:  
 Aunque es preciso que esos delincuentes  
 Sean, como merecen, castigados,  
 Y esos combates queden terminados,  
 No quiere el Cielo ya vuestros valientes  
 Brazos emplear en esto:  
 A hacerlo por sí mismo está dispuesto.  
 Dios solo debe su desobediencia  
 Castigar, pues que á él sólo han ofendido,  
 Y ninguna asistencia  
 Su brazo omnipotente necesita:  
 Estad tranquilos, pues; si su precita  
 Soberbia á Dios así ha desconocido,  
 Dios mismo hará visible,  
 Castigándola, el peso inconcebible  
 De su justicia. A su Hijo han ultrajado,  
 Y por mí mismo debo ser vengado.

»La envidia con que miran mi grandeza  
 Es la que ha dado causa á sus traiciones:  
 Sé todas sus perversas intenciones,  
 Y hasta qué extremo llega su vileza.  
 De mi celeste Padre los favores,  
 El trono que conmigo ha dividido,  
 Y el supremo poder que me ha cedido  
 Sobre ellos, su soberbia han humillado

De modo, que han querido á los horrores  
De la guerra exponerse, antes que darme  
El culto que debían tributarme,  
Y contra mí concordes se han armado.  
Ya, pues, mi tolerancia se ha acabado:  
Veran á quién la gloria pertenece,  
Y el poder. Puesto que su audacia crece  
Con la indulgencia, y que tan sólo cuentan  
Con la fuerza y poder, que su malicia  
No aprecia la virtud ni la justicia,  
Yo haré que de su Dios el poder sientan,  
Y conozcan también adónde alcanza  
Su fuerza y el terror de su venganza,  
Cuando ya á la bondad la puerta cierra.  
Pues quieren que la suerte de la guerra  
Sea de sus derechos la medida,  
Sea ella sola la que los decida.»—

»A estas palabras su furor se enciende;  
»Relámpagos arrojan sus miradas.  
»Parten los Querubines al momento,  
»Cubriendo con las alas levantadas  
»La deslumbrada vista: el carro hiende  
»Rápido el aire: tiembla el firmamento  
»Conmovido al impulso temeroso:  
»Todos volando van. El impetuoso  
»Bramido de uno y otro opuesto viento,  
»Ni el choque de dos huestes disputando  
»El campo, ensagrentadas batallando,  
»Ni el fragor de un volcán, cuando la llama  
»Su seno rompe, igualan al estruendo  
»Con que el carro veloz corre, se inflama,  
»Sobre las ruedas rápidas rugiendo:  
»Semejante á la noche tenebrosa,  
»En su horror más profundo,  
»El Señor precipita furibundo

- »El carro fiero, de la prodigiosa  
 »Altura, adonde está más apiñado  
 »El enemigo. Cual devastadora  
 »Llama, todo lo asuela y lo devora.  
 »Bajo el eje abrasado,  
 »Y las enormes ruedas centelleantes,  
 »Se estremecen del éter las distantes  
 »Playas, el orbe y el profundo Infierno:  
 »Todo, menos el trono del Eterno.  
   »Para empezar la guerra, á su llegada  
 »Mil dardos, ó mejor diré, mil rayos  
 »Arroja de una vez su diestra armada,  
 »Y otros tras de ellos de romper no cesan,  
 »Cuyas ardientes puntas atraviesan  
 »Los corazones, lánguidos desmayos  
 »E indecibles dolores produciendo  
 »En los que toca el fuego venenoso.  
 »El enemigo aquel estrago viendo,  
 »Aterrado las armas arrojando,  
 »Por todas partes huye presuroso,  
 »Un asilo buscando.  
 »Serafines, Arcángeles, pendones,  
 »Caballos, carros, armas, y morriones  
 »Destroza el carro, con furor rodando,  
 »Bajo su peso.—«¡Cese esa espantosa  
 Tormenta! ¡Caed, montes, sepultadnos!  
 ¡De su vista furiosa  
 En las entrañas vuestras ocultadnos!»—  
 »Claman los que huyen sin parar corriendo;  
 »Con no menos ardor, los van siguiendo  
 »Los cuatro Querubines, que al triunfante  
 »Carro abren paso rápidos delante.  
   »Del sinnúmero de ojos esparcidos  
 »En sus alas, de aquellos extendidos  
 »Por las ruedas del carro fulgurante,



- »Diluvian llamas: es cada uno horrible
- »Viva fuente de fuego inextinguible.
- »Con su Eterno Señor de inteligencia,
- »Parece que dividen su pujanza,
- »Como también su cólera y venganza.
- »Los guerreros contrarios se retraen,
- »Confundidos, de toda resistencia:
- »Lánguidos, totalmente acobardados,
- »Las armas de las manos se les caen:
- »Pecieran bien presto aniquilados,
- »Si de orden del Señor no detuviera
- »La Victoria su vuelo, y suspendiera
- »Los rayos que en la mano ya tenía
- »Para dar fin de aquella raza impía:
- »Su dueño Eterno no quiere acabarlos,
- »Sino de las mansiones celestiales
- »De la paz, al abismo desterrarlos:
- »Indemnes pues, así, de los mortales
- »Ultimos tiros de sus rayos fieros,
- »Cual tímido ganado huyen ligeros,
- »Procurando ganar la delantera
- »Al veloz carro, hasta que á la frontera
- »Del Cielo llegan. Alas el espanto
- »Les da; pero á sus pies ven de repente
- »Un inmenso, profundo y temeroso
- »Abismo, en cuyo centro tenebroso
- »Divisan tristes la mansión del llanto,
- »El Infierno voraz: la fugaz gente
- »Retrocede al instante horrorizada.
- »El formidable abismo tiene al frente,
- »Á espaldas de su Dios la diestra armada,
- »Ya adelante, ya atrás, de terror llenos
- »Fluctúan, sin saber determinarse:
- »El rayo los rechaza á la ribera,
- »Y los precisa al fin á despeñarse.

- »Con los ojos cerrados, en los senos
- »Insondables de aquella sima fiera,
- »Del Cielo caen, de una horrenda altura;
- »Y aun cayendo, terrible los apura
- »Con sus rayos la mano inexorable
- »De Dios, sin dejar tregua á su execrable
- »Casta. Aun allí los sigue sin sosiego
- »Con sus dardos horrísonos de fuego.
- »Tiembla el abismo á aquel tumulto horrible:
- »Se conmueve hasta el centro más profundo,
- »Al arrojarse en él todo aquel mundo
- »De víctimas y de armas, imposible
- »De numerar, á cuyos alaridos
- »Responden de sus ecos los gemidos.
- »Juzga que el Cielo se halla en tal trabajo,
- »Que arruinado sobre él se viene abajo,
- »Y él mismo con el susto repentino,
- »Sin duda huído hubiera, si el destino
- »Sus cimientos no hubiese allí clavado,
- »Y sobre él todo el orbe fabricado.
- »Nueve días enteros, á millones,
- »Y nueve noches, sin cesar rodaron
- »Revueltas las atónitas legiones.
- »Al alboroto, tímidas temblaron
- »Del Caos insensible las regiones;
- »Pero al fin, del Infierno la espantable
- »Sima, su digno asilo, la insaciable
- »Boca abriendo, los traga, y rechinando-
- »Vuelve á cerrarse sobre su cabeza.
- »Con eterna tormenta está bramando
- »Un mar de fuego oscuro, que circunda
- »Toda la redondez de la profunda
- »Cárcel, horror de la naturaleza,
- »En que tiene el Dolor establecida
- »Su silla, y con la Noche tenebrosa,

- »La Desesperación aun más odiosa,  
 »Y á todos lados cierra la salida.  
 »No estaba así la patria que perdieron:  
 »¡El Cielo! Libre de la escandalosa  
 »Guerra que en él movieron,  
 »En dulce paz, ya exentos sus confines  
 »De rebeldes, los himnos, los festines  
 »Y la pompa renacen. La dulzura  
 »Crece de su éter, es su luz más pura,  
 »Y su techo divino  
 »Recobra su azul suave y cristalino.  
 »Vuelve entonces el Hijo del Eterno,  
 »Vencedor de la liga del Infierno,  
 »Glorioso á los palacios celestiales;  
 »Vuela el carro, y los Angeles en coros  
 »Le acompañan alegres, con sonoros  
 »Aplausos y con cánticos triunfales.  
 »El triunfo es sólo de su Soberano;  
 »Mas de su Rey la gloria dividiendo,  
 »Su palma celestial lleva en la mano  
 »Cada uno, y en el próspero camino,  
 »Llenos de resplandor van repitiendo:  
 —«¡Bendito seas, triunfador Divino,  
 Rey de Reyes, Señor de los Señores,  
 Hijo de Dios; á tí son los loores!  
 ¡Oh Príncipes, abrid las eternas  
 Puertas de las mansiones inmortales!»—  
 »Á ellas llega, rodeado de luz viva,  
 »Con toda la brillante comitiva  
 »El Señor, al compás de los cantares  
 »Celestes de millares de millares  
 »De Espíritus, que vuelan diligentes  
 »Á su encuentro. De par en par patentos  
 »Las puertas de oro se abren. Majestuoso  
 »Entrando, va á sentarse al diestro lado,

- »En el trono del Todopoderoso:  
»Sus rayos le devuelve, y de su amado  
»Padre gozando todos los honores,  
»Divide sus eternos resplandores.  
» Ya ves que, como dije, me he servido,  
»En mi historia, de símiles terrenos,  
»Bien que de aquellos hechos muy ajenos;  
»Sin ellos, no me hubieras entendido.  
»De Dios te he relatado la victoria,  
»Sobre unos seres de ingratitud llenos.  
»¡Adán! para bien tuyo en la memoria  
»Tenla siempre presente.  
»Satanás, con la envidia más ardiente  
»Os mira, y aliviado se creyera  
»De su mal, si en su ruina os envolviera.  
»Con ansia anhela de su Dios vengarse:  
»Quisiera á sus secuaces dar consuelo,  
»Colmando de desgracias vuestro suelo:  
»Nada menos pretende que saciarse  
»De afrentar al Señor, y á aquel inmundo  
»Funesto abismo trasladar el mundo:  
»De su furor es menester guardarse:  
»Témele. Advierte que es imponderable  
»La astucia de ese bárbaro enemigo,  
»Y su ira con vosotros implacable.  
»Prevenlo á tu mujer: sirve de abrigo  
»Á su flaqueza: Dios ha castigado  
»Los soberbios rebeldes, que han faltado  
»Á sus leyes; su ejemplo considera  
»Y de tu Dios las órdenes venera.»
-



---

---

## LIBRO SÉPTIMO.

---

### SUMARIO.

**RAFAEL** explica á Adán cómo y para qué se ha criado el mundo. Le dice cómo Dios, después de haber echado del Cielo á Satanás y á sus Angeles, declaró el designio que tenía de producir otro mundo, y otras criaturas para habitarlo. Refiere que Dios envió á su Hijo para hacer la obra de los seis días, y cómo los Espíritus celestes celebraron su creación, y acompañaron el triunfo del Hijo de Dios al volver al cielo.

¡Baja, inmortal Urania, benigna  
Del alto Cielo! ¡Inspira á mi sonora  
Lira una melodía de tí digna!  
Llega apenas tu voz á mis oídos,  
Cuando un sublime raptó mis sentidos  
Enajena: me arrojo adonde hasta ahora  
El famoso caballo del Parnaso  
Jamás osó elevar su noble vuelo.  
Y si tú me proteges, ¿qué recelo  
Puedo tener de un mísero fracaso?  
¿Eres tú, sacra Musa, por ventura  
Un nombre vano, fabulosa hechura  
De la imaginación, como lo fueron  
Aquellas nueve hermanas que tuvieron  
Su templo de Helicón en la pendiente  
Cumbre, y bebiendo en la Castalia fuente  
Con dulces sueños nos entretuvieron?

¡No, hija ilustre del Cielo, no nacistes  
En poéticas selvas! sus variados  
Delirios y ficciones precedistes.  
Antes que ellos naciesen, ¡cuánto hacía  
Que tú, á tu hermana la sabiduría,  
Con tus acentos tiernos y sagrados,  
Dulcemente hechizabas,  
Y aun al Eterno mismo deleitabas!  
¡Vuelve, pues, hacia mí! ¡Si con osado  
Vuelo, subir me hiciste al elevado  
Empíreo, aunque mortal, y recrearme  
Con su éter claro, ayuda ahora á bajarme  
Desde aquellas alturas celestiales  
Á mis remotos campos paternales!  
¡Tú en todos los peligros me serviste  
De guía y de broquel, y me trajiste  
Salvo hasta aquí, después de haber bebido  
Del Cielo que he corrido  
El sacro fuego en su primer origen!

Mis vuelos al presente se dirigen,  
No ya á aquellas regiones apartadas,  
De los pies de los hombres nunca holladas,  
Sino á esfera más baja y más segura  
De transitar que aquella enorme altura;  
A esta tierra á que el sol en su carrera  
Diaria da una corta vuelta entera;  
Mas, á su estrecho círculo ceñido,  
No por eso será menos ardiente  
Mi canto, ni de menos armonía,  
Antes entre las sombras escondido,  
Mucho más tierno mi melancolía  
Lo hará en un tiempo en que mi patria gente  
A la fiera discordia está entregada.  
¡Siglo de disensiones y sangrientos  
Combates! ¡Quizá yo con mis lamentos

Dulces suspenderé tu arrebatada  
Furia algún breve rato, ó cuando menos,  
Conseguiré dar tregua á la tristeza  
De mi cruel ceguera, los fatales  
Gritos adormecer de mis rivales,  
Y mi asilo librar de los venenos  
Que en él verter intenta su fiereza!  
Mi asilo solitario, en que privado  
De la luz grata vivo... Mas ¿qué he hablado?  
¡Solitario!... ¿No me haces compañía,  
Divina Urania? Tú mi inteligencia  
Inspiras con tu plácida presencia,  
Sea cuando la noche al mundo arrulla,  
Sea cuando su luz derrama el día  
Y al silencio sucede ya la bulla  
En el despierto mundo: ¡tu asistencia  
Imploro! Anima con tu noble encanto  
El débil tono de mi helado canto.

A mi humilde retiro

Trae los pocos amigos que aún el giro  
De los años voraz y los diversos  
Azares de mi vida me han dejado,  
Y que siempre con gusto oyen mis versos:  
Pues todo lo demás me ha abandonado,  
Sé todo el mundo para mí piadosa;  
Pero lejos de mí la bulliciosa  
Alegría, los juegos insultantes  
Y la embriaguez torpe y turbulenta  
De las modernas turbas de Bacantes.  
Las del antiguo tiempo, con sangrienta  
Rabia, del triste Orfeo sofocaron  
En los Rifeos montes los acentos;  
De aquella dulce voz, á que pararon  
Silenciosos los vientos,  
Que los raudos torrentes escucharon



Y atrajeron las fieras y las breñas.  
Su último canto enterneció las peñas,  
Al paso que Calíope, gimiendo,  
Salvar no pudo á su hijo del horrendo  
Furor de aquella tropa delirante.

Mas tú que no eres un fingido sueño  
Como ella, oh Musa, baja en este instante  
Del alto Cielo: acude prontamente  
A sostenerme en este nuevo empeño:  
¡Dime lo acaecido en el siguiente  
Tiempo, después que aquel Ángel afable,  
Rafael, al primer padre previno  
Del pecado, y castigo irrevocable  
De Satanás, y de que igual destino  
Terrible al mismo Adán le amenazaba,  
Si en medio de las frutas excelentes,  
Tan exquisitas como diferentes,  
Que hervían en aquel jardín precioso,  
La del árbol fatal probar osaba;  
Y no sólo á él, sino es al numeroso  
Pueblo de sus futuros descendientes,  
Al que en su culpa y pena envolvería!

Sentado al lado de Eva, Adán oía  
La interesante historia,  
Que exacta se grababa en su memoria,  
Y con el pensamiento recorría  
Todos aquellos hechos milagrosos,  
Los reveses terribles sucedidos,  
Del Cielo los secretos misteriosos,  
Y concebir al cabo no podía  
De qué modo en el Cielo, en la morada  
De la paz, la discordia, los reñidos  
Debates, y el mortal y negro encono,  
Hasta el pie mismo del Eterno trono  
Habían conseguido abrirse entrada;

Pero el castigo de los fementidos  
Ángeles, repentino y espantoso,  
Y sus ligas y guerras concluídas,  
Como al Cielo, así á su alma perturbada  
Volvieron la alegría y el reposo:  
Con todo, las noticias adquiridas  
No le bastaban: más y más ansioso  
De saber, especialmente quería  
Averiguar el modo con que había  
Sido criado el orbe, con qué intento,  
Su época, la del vasto firmamento;  
Cuánto su vida había precedido  
En el Edén y en todo el extendido  
Universo, y al fin, todo cuanto era  
Conexo con su suerte venidera.  
Cuanto más oye, tanto más anhelo  
Tiene de oír. Así en el verde suelo,  
por donde culebrea un cristalino  
Arroyuelo, rendido del camino  
El viajero, y de sed acongojado,  
Sobre sus puras aguas inclinado,  
Después que á medias aplacó su ardiente  
Aridez, encantado considera  
Los dulces juegos con que su corriente  
Por las guijas resbala con gracioso  
Murmullo, y de sus ondas codicioso,  
Cuanto más bebe, más beber quisiera;  
Tal á Adán la encendida sed aflige  
De saber, y al Arcángel se dirige,  
Así diciendo, en tono agradecido  
y respetuoso: «¡Cuán sublime y nuevo  
»Es lo que tú hasta aquí me has referido!  
»Tal es el gusto que en oírte pruebo,  
»La admiración, que estoy enajenado.  
»¿Qué fuera, pues, si el velo levantases

- »A tanto alto secreto sepultado
- »En tu celeste pecho, que aun ignoro,
- »Y todas mis tinieblas disipases?
- »Para este objeto, tu bondad imploro,
- »Oh de mi Eterno Dios fiel mensajero,
- »Que has venido á advertirnos del odioso
- »Lazo de ese enemigo artificioso.
- »Cuando Dios nos dió el sér, su verdadero
- »Único fin sin duda no habrá sido
- »Otro que el de que fieles le adoremos,
- »Y como á proporción que claramente
- »Le conozcamos crecerá el ardiente
- »Amor nuestro, y mayor será el rendido
- »Culto que á su grandeza tributemos,
- »No extrañes que desee conocerle,
- »Y los bienes que de Él he recibido
- »Saber, para poder agradecido
- »Cada día más fiel corresponderle.
- »Ya, pues, que con tan gran benevolencia
- »En nosotros y en nuestra descendencia
- »Te interesas, y á nuestro humilde trato
- »No te desdeñas de prestarte grato,
- »Atiende á nuestros votos respetuosos.
- »Habla, acaba, descubre á ¡los terrenos
- »Sentidos nuestros esos prodigiosos
- »Misterios que no menos
- »Que á vosotros, tal vez á los humanos
- »Importan: dime, ¿qué arte ha construído
- »Esa bóveda arqueada del lucido
- »Inmenso firmamento?
- »¿Qué fuegos esos son que, tan lejanos
- »De nosotros, circulan apacibles,
- »De los cuales los hay cuasi invisibles
- »A nuestros ojos, y quizá sin cuento;
- »Otros que, no brillando aun en la oscura

- »Noche, son á su alcance imperceptibles?  
 »Explicame, ¿cómo es que una aura pura  
 »Por todo el vasto espacio derramada  
 »Y á los Cielos y esferas abrazada,  
 »Circundando, á pesar de su blandura,  
 »Los sostiene en su asiento y asegura?  
 »¿Por qué el Señor, dejando su reposo  
 »Eterno, hizo salir del tenebroso  
 »Caos tan tarde el orbe? Díme el punto,  
 »En fin, en que dió el sér á este conjunto  
 »De maravillas, si es que Dios consiente  
 »Que llegue á nuestros débiles oídos  
 »La relación de asuntos tan subidos.  
 »No pretendo sondear con imprudente  
 »Anhele sus decretos reservados  
 »Y augustos, sino sólo que me instruyas  
 »De algunas admirables obras tuyas,  
 »Y de aquellos secretos ignorados  
 »Que me puedas decir; sin otro objeto  
 »Que el de rendirle culto más perfecto.  
 »Aun queda largo rato,  
 »Antes que el Sol remate su carrera  
 »En el Ocaso, y aunque ya estuviera  
 »Para apagar su luz, á tu mandato  
 »En los aires su carro pararía,  
 »Y atento referir te escucharía  
 »Cómo él mismo, saliendo de repente  
 »De las tinieblas, se quedó admirado  
 »De ver su resplandor y hallarse al frente  
 »Del reciente universo colocado;  
 »Y aun cuando por oírte apresurara  
 »La Noche su carrera, y se asomara,  
 »Curiosa con su corte refulgente,  
 »La luna á los balcones del Oriente,  
 »El silencio y el sueño velarían,

- »Y hechizados te oirían
- »Contar cómo del fondo de la nada
- »Fue producida la naturaleza;
- »De sus términos cuál es la grandeza,
- »Y el tiempo y fin con que ha sido criada.
- »La aurora llegará, y embebecidos,
- »De tu boca pendientes estaremos:
- »Concluirás, y engañados aun creeremos
- »Oír de tu voz los plácidos sonidos.»

Así al celeste huésped suplicaba  
Adán, y aquél diciendo contestaba:

- «Gustoso á tu modesto ruego cedo,
- »Mas ¿cómo de las obras portentosas
- »Del Rey del Cielo darte una luz puedo?
- »Su gloria al hombre oprime,
- »Y aun la lengua seráfica sublime,
- »Por más que de expresiones majestuosas
- »Use, de ella no da cabal idea:
- »Con todo, te dire lo que me sea
- »Permitido y á tí pueda servirte
- »De utilidad: misterios prodigiosos
- »Que su bondad se digna descubrirte,
- »Para tí y tu linaje provechosos.
- »De su gloria eternal en las brillantes
- »Sombras ocultos duermen los restantes.
- »Allí, depositada la futura
- »Serie de los sucesos, invisible
- »Hasta su tiempo á toda criatura,
- »Sólo para sus ojos es visible.
- »Intento vano fuera y temerario
- »El de sondear aquel celeste abismo.
- »Para nada tampoco es necesario,
- »Pues que sin riesgo alguno, el fruto mismo
- »Te ofrece el vasto cuadro que patente
- »La tierra está á tus ojos ostentando.

»Al paso que juicioso examinando  
»Vayas sus maravillas, más ardiente  
»Será tu amor á su Hacedor divino.  
»Es preciso que el alma se alimente  
»Como el cuerpo, no obstante que es diverso  
»El sustento, según es el destino  
»Vario que tienen en el universo:  
»Mas con todo, igualmente moderado  
»Debe ser para entrambos, arreglado  
»Por la razón; pues si es beneficioso  
»Su uso, es siempre su abuso peligroso.  
»Oye ahora: después que aquel impuro  
»Arcángel (Lucifer era nombrado  
»Cuando en el Cielo, refulgente y puro  
»Entre todos los Angeles brillaba,  
»Y como el sol, el resplandor oscuro  
»De los astros sus luces eclipsaba);  
»Después que Satanás (así nombrarle  
»Debo ahora) hubo arrastrado en su caída  
»A la rebelde turba seducida  
»Que se atrevió en su culpa á acompañarle,  
»Que quedó en el Infierno sepultado,  
»Y el Hijo del Eterno remontado  
»En triunfo al Cielo, de laurel ceñido,  
»Con inmortales himnos recibido,  
»El asiento glorioso hubo ocupado;  
»Al ver llegar su Padre sus guerreras  
»Tropas en orden, bajo sus banderas,  
»Vuelto á él, le dice:—«Ya el justo castigo  
Se ha impuesto á ese enemigo:  
Se lisonjeó que con su hueste impía  
La montaña del sacro testamento,  
Donde está de mis rayos el asiento,  
Y mi cetro y corona usurparía.  
El suceso ha salido muy distinto

De lo que se jactaba su osadía:  
El Cielo vomitó de su recinto  
Los rebeldes, y nunca á su dichosa  
Morada volverán. Más numerosa  
Es aún la muchedumbre de leales  
Servidores que parte no han tenido  
En sus tramas fatales,  
Y celosos en todas ocasiones  
A nuestras leyes han obedecido.

»Tenemos pues, vasallos á millares,  
Que nos respeten, y en nuestros altares  
Nos inciensen y den adoraciones;  
Con todo, el enemigo, que de cierto  
Los que perdimos sabe, estará ufano  
De que ha dejado este lugar desierto.  
Quiero privar aun de este timbre vano  
A ese pueblo perverso:  
Criaré de una vez otro universo,  
Que poblaré de innumerables gentes,  
Todas de un solo padre descendientes;  
Gozosas vivirán en aquel suelo,  
Y su fe y su obediencia á mi sagrada  
Ley, con el tiempo la feliz entrada  
Les abrirá del Cielo.

»Así la tierra con indisolubles  
Lazos se unirá al Cielo, y los volubles  
Tiempos del mismo modo á la inmóvil  
Eternidad. Yo el Padre y Soberano  
Seré de todos, y mis principales  
Vasallos seréis siempre, oh mis leales  
Angeles, que dejando esta apacible  
Mansión, con tal valor al inhumano  
Enemigo en el campo combatisteis.  
El Cielo es vuestro: bien lo merecisteis.  
Tú, Hijo mío, mi verbo, mi traslado,

Quiero que el nuevo plan ejecutado  
 Sea por tí: ¡vé, pues! ¡Que á tu imperante  
 Voz sola á la luz salga en el instante!  
 Para esto te he infundido mi Divino  
 Poder: toma hacia el Caos tu camino:  
 Pon fin á su incesante antigua guerra:  
 De una palabra, el Cielo de la tierra  
 Separa. Hasta ahora, nada limitaba  
 Del vacío el abismo incalculable,  
 Y mi inmensidad sola lo llenaba.  
 Yo soy: nadie es sin mí: solo, dispongo  
 De todo: hago: destruyo: quito y pongo:  
 Sujeto-el azar mismo á orden estable:  
 Contengo lo posible, y no hay otro hado  
 Que aquello que yo tengo decretado.»—

»Habla el Padre, y el Hijo presuroso  
 »Ejecuta. El reflejo luminoso  
 »Del relámpago, el rápido torrente,  
 »La ligereza del airado viento,  
 »De los veloces tiempos la corriente,  
 »Y aun en su esencia, el mismo movimiento,  
 »Son nada, con la fuerza y la presteza  
 »De su palabra: manda, y ya está hecho.  
 »¿Pero cómo es posible que tu estrecho  
 »Alcance entender pueda la grandeza  
 »De aquellas obras tan maravillosas?  
 »Apenas el decreto se había oído  
 »Del Cielo en las moradas venturosas,  
 »Cuando todo él, de este himno repetido  
 »Resonó:—«Gloria á Dios en las alturas,  
 Y paz inalterable á las futuras  
 Generaciones del linaje humano.  
 Gloria á nuestro Monarca soberano,  
 Cuya ira poderosa, á los injustos  
 Rebeldes arrojó de su presencia,



De la mansión eterna de los justos,  
Y abatió su sacrilega insolencia.  
Gloria al Señor, cuya sabiduría  
Benigna saca bienes de los males,  
Y que en lugar de aquella turba impía,  
Va á criar otros seres racionales  
Que merezcan las sillas que ha perdido.  
Gloria al fecundo Dios, que en sus oscuras  
Cunas prepara para las futuras  
Edades otros mundos á millones,  
Que acrecienten sin fin el escogido  
Pueblo que le tributa adoraciones.»—

»Entre tanto que el Cielo así cantaba,  
»La obra maravillosa comenzaba:  
»Dios viene armado de su Omnipotencia:  
»La majestad en su Divina frente  
»Brilla, unida á la calma inalterable,  
»De la sabiduría inseparable:  
»Del amor puro la benevolencia,  
»En él luce también, dulce y ardiente.  
»El Padre celestial se ve admirado,  
»Todo entero en sus ojos retratado.  
»Alrededor del Hijo, presurosos  
»Espíritus sinnúmero volaban,  
»Arcángeles, Virtudes, Querubines,  
»Tronos y Serafines;  
»Todos alados: miles de fogosos  
»Carros, también con alas, le escoltaban,  
»Que entre montes de bronce, reservados  
»Para tales funciones, se guardaban:  
»Tren celestial, cuya magnificencia  
»No hallaba, en cuanto existe, competencia.  
»De un interior espíritu animados,  
»Ellos por sí, la augusta seña viendo,  
»Vuelan sobre sus ejes abrasados,

- »Al triunfal carro del Señor siguiendo.  
 »A la marcha pomposa,  
 »Abre el Cielo sus puertas, que volviendo  
 »Sobre sus goznes de oro,  
 »Producen una música armoniosa,  
 »Digna de oirse en el celeste coro.  
 »Sale el Señor con toda su brillante  
 »Comitiva por ellas, y constante,  
 »Todos sus pasos sigue apresurada  
 »La Gloria. Ya el espíritu Divino,  
 »Para sacar el orbe de la nada,  
 »Ha preparado el próspero camino:  
 »A los fines del Cielo al fin llegado,  
 »Pára el carro. A su vista, el dilatado  
 »Caos está sin fondo:  
 »Desde allí, de una ojeada á lo más hondo  
 »Penetra, en tanto que su comitiva,  
 »Fija en la altura, ve con la más viva  
 »Admiración aquella sima fiera,  
 »Océano espantable sin ribera,  
 »En tinieblas sumido,  
 »De perpetuas tormentas conmovido,  
 »Y cuyas olas, sin cesar bramando,  
 »Como horribles montañas elevadas,  
 »A los muros del Cielo encaramadas,  
 »Los están sediciosas asaltando.
- «¡Silencio, olas furiosas! ¡Parad, vientos!»  
 —«Les dice la palabra Omnipotente:—  
 »Ya está todo callado y obediente:  
 »El abismo detiene aún sus alientos.  
 »Sobre las alas de los Serafines  
 »Sentado entonces, rápido descende  
 »De su extensión á recorrer los fines,  
 »Y el Caos diligente y respetuoso  
 »Le abre al punto su seno tenebroso.

- »Su séquito con él las sombras hiende,
- »Deseoso de ver dar la existencia
- »Al orbe, y de admirar la Omnipotencia
- »De su Dios en aquella obra pasmosa .
- »Pára la marcha, y en la poderosa
- »Mano toma el compás, que se conserva
- »En el tesoro eterno, y se reserva
- »Sólo para medir, en ocasiones
- »Iguales, del espacio las regiones (1).
- »Una punta de aquel compás brillante
- »De oro, en el punto céntrico asegura,
- »Y el otro inmenso brazo, en el distante
- »Vacío circulando, la figura
- »Del nuevo mundo en sus tinieblas graba.
- »Apenas de trazar su vuelta acaba:
- «Existe, ¡oh mundo, dice, limitados
- Al círculo que yo te he señalado!
- ¡Sus términos ocupa exactamente,
- Sin pasar de ellos!»—«Instantáneamente .
- »A su voz nace todo este visible
- »Universo, los Cielos y la tierra
- »Materiales, y todo cuanto encierra
- »Su ámbito; pero todo en una horrible
- »Mezcla confuso; sólo era una enorme
- »Masa indigesta, informe,
- »Que con lóbregas olas enlutaba
- »Un tenebroso mar, en que fluctuaba.
- »Mas ya el Divino espíritu, tendidas
- »Sus criadoras alas encendidas
- »Sobre las ondas, tierno fomentaba
- »La unánime materia, derramando
- »En su seno la vida, y fecundando
- »El Caos. Brota la naturaleza:
- »En orden poco á poco su belleza
- »Asoma: se segrega todo impuro

- »Germen, todo mortífero, indigesto  
 »Principio, y va á parar al fondo oscuro  
 »Del abismo: colócase en su puesto  
 »Cada cosa: atraídos mutuamente,  
 »El sér se junta al sér, la simpatía  
 »Los une, al paso que con excelente  
 »Orden los hace huir la antipatía  
 »Uno de otro, en el todo resultando  
 »Que sus partes se vayan arreglando.  
 »Vuela el fuego: ligero sube el viento  
 »Y el orbe de la tierra más pesado,  
 »Cual si fuera en un sólido cimiento,  
 »En su azul extensión queda fijado.  
 »Dijo el Eterno entonces á la nada:  
 «¡Haya luz!» y la luz quedó criada.  
 »¡Tú, oh luz, del éter puro quinta esencia!  
 »¡Tú, la hija primogénita preciosa  
 »De toda la existencia!  
 »¡Tú, de que es Dios la sacra única fuente!  
 »¡Que de rayos ceñida  
 »Con tu presencia hermosa,  
 »Al universo, aun muerto, dando vida,  
 »Al punto de las puertas del Oriente,  
 »Tú gozosa carrera comenzaste  
 »Seguida, hasta que al Sol, que todavía  
 »En la nada yacía,  
 »Con tus dorados brillos adornaste!  
 »Dios te vió, te aplaudió, y de la enlutada  
 »Sombra mandó que fueses separada.  
 »A aquella nombró Noche, y á tí Día.  
 »¡Tú, con gratos fulgores,  
 »Y la Noche con fúnebres vapores,  
 »Cumplíais ambos vuestro ministerio,  
 »Uno y otro hemisferio  
 »Con periódico turno visitando!

»Así del Día nuevo las primicias  
»Brillaron, y aun el Cielo sus delicias  
»A la tierra envidió, mientras gozosos  
»Los Angeles, sus himnos entonando  
»Triunfales y armoniosos  
»En honra del Criador, cuya sencilla  
»Voz brotar hizo tanta maravilla,  
»La niñez de los siglos admiraban,  
»Y el joven Universo ponderaban.

»Dijo entre tanto el Hacedor divino:  
—«¡Sepárense del húmedo elemento  
Las ondas, unas de otras! ¡Su camino  
leve parte de ellas á la altura  
Del aire, y salga á luz un firmamento  
Que de las inferiores las divida!»—

»De una bóveda vasta en la figura,  
»El firmamento de éter transparente  
»Cerca toda la tierra de repente,  
»Y en dos mares el agua repartida,  
»Sobre él, ligero el uno se sostiene,  
»Y á manera de azul líquido velo,  
»Sirve para templar la luz del Cielo,  
»Como el otro en la tierra se mantiene.  
»A leyes inmutables los sujeta  
»Dios, y á un tiempo completa  
»Con ellos la firmeza del reciente  
»Edificio del mundo. Al tempestuoso  
»Abismo, que aunque entonces en reposo  
»Por su orden especial, en adelante,  
»Vuelto á su alteración, naturalmente  
»Podía ser vecino peligroso,  
»Lo trasladó del mundo muy distante.  
»Al Cielo dió de Firmamento el nombre,  
»Y en coro el día y noche, que del hombre,  
»Las futuras edades comenzaron,

»Su segundo periodo cantaron.

»El orbe de la tierra hecho ya estaba,

»Mas, cual débil embrión, aun vegetaba

»Del mar en las entrañas, escondido,

»Por sus ondas prolíficas nutrido,

»Cuando dijo el Criador con imperiosa

»Voz: —«¡Reunios, ondas! ¡Id corriendo

A la madre espaciosa

Preparada, y descúbrase la tierra!»—

»El mar en el instante huye, y se encierra

»En su profunda madre, descubriendo

»Sus calvas frentes los excelsos montes:

»Rodeados de vapores nebulosos,

»A los celajes suben orgullosos,

»Dominando los claros horizontes:

»Al paso que ellos hacia el Cielo ascienden,

»Los huecos valles rápidos descienden

»A lo profundo, madres dilatadas

»Procurando á las aguas, que encantadas

»De hallar aquel abrigo, á reunirse

»Corren en él: al pronto, débilmente,

»Como las gruesas gotas que en la ardiente

»Canícula derrama algun nublado,

»Y en el polvo no tardan en sumirse;

»Pero dentro de poco, reforzado

»Su número, á la voz del poderoso

»Hacedor, á su puesto señalado

»Cada cual rueda, hasta que al fin unidas

»En grande cantidad, formando erguidas

»Y líquidas montañas, con furioso

»Ímpetu caminando apresuradas,

»Unas á otras se siguen ordenadas,

»Como aquellos celestes escuadrones

»De que hice la pintura, refriendo

»De la angélica guerra las acciones,

- »Que al són de la trompeta, en apretadas
- »Hileras uno al otro iban siguiendo.
- »Así en fila, en arroyos ó en torrentes,
- »Con murmullo incesante ó con estruendo,
- »Las cristalinas huestes diligentes
- »Vienen, unas tras de otras, caminando,
- »Las ondas á las ondas empujando.
- »Otras fuentes también precipitadas
- »Caen de un alto risco á una profunda
- »Sima con ruido horrible;
- »Su onda en el hueco rebosando, inunda
- »Los contornos; llanuras dilatadas
- »Por un canal que se abre, en apacible
- »Arroyuelo trocada, culebreando
- »Recorre, enriquecerse procurando
- »Con otros arroyuelos que un destino
- »Igual hace le salgan al camino.
- »En vano las montañas y los duros
- »Riscos se oponen á que sus corrientes
- »Se incorporen; el uno, en sus oscuros
- »Cimientos introduce sus hirvientes
- »Ondas, y con empeño tal los mina,
- »Que al cabo de algún tiempo los arruina:
- »El otro, más soberbio y caudaloso,
- »Amontona sus aguas de manera,
- »Que embistiendo con ímpetu furioso
- »Rompe ó derriba todo, y su carrera
- »Sigue, sin encontrar ya resistencia.
- »Forma de estos arroyos la afluencia
- »Ríos que en vastas madres, con pomposa
- »Marcha, conducen por la polvorosa
- »Tierra sus aguas, y que acrecentando
- »Su caudal sin cesar, con abundantes
- »Fuentes ó arroyos, que se les agregan,
- »Por ignorados reinos transitando,

- »De su nativo suelo al fin distantes,  
 »A sumergirse en el abismo llegan  
 »A las aguas del globo destinado,  
 »Que Mar por el Eterno fué nombrado.  
 »Continuó Dios diciendo:—«¡Verde yerba,  
 Cubre la tierra! ¡Alegres praderías,  
 Frutales abundantes y sombrías  
 Selvas, brotad! ¡Que tenga de reserva  
 Cada árbol, cada planta, su simiente  
 En sí misma!»—«Á esta voz, la dilatada  
 »Superficie del globo, anteriormente  
 »Infecunda, desierta, despojada  
 »De adornos, se presenta de repente  
 »De nueva y rica gala revestida.  
 »La verde yerba cubre la extendida  
 »Llanura, el hondo valle, el empinado  
 »Monte: en el vasto campo perfumado,  
 »El arbusto hace alarde del pomposo  
 »Recién nacido lujo, desplegando  
 »Sus hojas y sus flores,  
 »Y con primor, hermana sus colores:  
 »La hiedra aprieta al álamo frondoso  
 »Con millares de brazos: arrastrando  
 »Por el suelo la parra, va buscando  
 »Igual apoyo; cuando en él tropieza,  
 »Con sus corvos zarcillos agarrada,  
 »Hasta la espesa copa se endereza,  
 »Y entre las verdes hojas, sus pendientes  
 »Y morados racimos, orgullosa  
 »Á los ojos ostenta: la dorada  
 »Espiga sus inmensos batallones,  
 »Erizados de picas relucientes,  
 »Ordena presurosa:  
 »Se arman, por otra parte, la enredada  
 »Zarza y el duro espino de aguijones,



- »Al paso que los árboles gigantes  
 »Las faldas de los montes arrogantes  
 »Dominan, ó encumbrados en la altura,  
 »Esparcen con su sombra la frescura.  
   »Mas humildes los árboles frutales;  
 »Bañados por los húmedos cristales  
 »De un arroyuelo, pueblan la llanura,  
 »Y ciñen de los ríos las undosas  
 »Riberas, ofreciendo liberales  
 »Al alcance del hombre sus sabrosas  
 »Frutas Así la tierra, de los Cielos  
 »Hecha la imagen, ocasiona celos  
 »Á su belleza, y es vuestra morada  
 »Digna de ser con ellos comparada:  
 »Mas las nubes no habían aun llovido,  
 »Ni la tierra, aun inculta, conocía  
 »La labor; el rocío las suplía,  
 »Con fecunda humedad, del encendido  
 »Suelo las venas áridas templando,  
 »Las hierbas, cual las plantas, refrescando,  
 »Y las semillas tiernas encerradas  
 »En él, por mano del Señor criadas,  
 »Que el tercer día entonces terminando  
 »Vió, y aprobó las obras que hecho había.  
   »El cuarto no fué menos prodigioso:  
 —«¡Existid, dijo, turba innumerable  
 De astros! ¡Diferenciad, con inmutable  
 Período alternado, el claro día  
 De la noche! ¡El calor beneficioso  
 Derramad sobre el mundo, y de señales  
 Para medir los tiempos y los años,  
 Servid perpetuamente á los mortales.»—  
   »Varios en brillos como en los tamaños  
 »Y en las distancias, nacen al momento,  
 »Y pueblan el desierto firmamento.

- » Dos de ellos, para el globo más brillantes,
- » Y grandes por estar menos distantes,
- » Abren del veloz tiempo la carrera,
- » De la Corte magnífica escoltados
- » De todos los restantes, que ordenados
- » Los siguen por el éter. Cada esfera
- » De aquellas tiene su distinto nombre,
- » Que sólo sabe Dios; mas para el hombre
- » Impuso en general á todas ellas
- » El mismo nombre que les dais de Estrellas.
- » La Noche se admiró al ver su enlutado
- » Velo de tantas luces salpicado,
- » Que por turno sobre él resplandecían,
- » O en sus fúnebres pliegues se escondían,
- » A su dominio términos poniendo,
- » Y también los del día reduciendo.
- » Dios las vió, y mereció su complacencia
- » De aquel adorno la magnificencia.
- » ¿Y qué obra material hay más hermosa,
- » Entre las que su mano poderosa
- » Hizo, que el Sol? Este astro, que radiante
- » Eclipsa con su viva eterna lumbré
- » Toda la incalculable muchedumbre
- » De esferas inflamadas,
- » Por mano del Señor en el distante
- » Inmenso campo de la luz sembradas
- » Como polvo menudo,
- » Al principio fué un globo tenebroso.
- » Enorme en el tamaño, y esponjoso,
- » Mas, del Oriente apenas la luz pudo
- » Romper las puertas, é inundar el orbe,
- » Cuando la mayor parte de ella absorbe
- » Por sus poros el astro, y penetrada
- » Su enorme masa, queda transformada
- » En un globo de fuego refulgente,

- »En el cual la luz toda recogida
- »Al fin tiene su silla establecida:
- »Es su templo sagrado, su eminente ..
- »Soberbio alcázar, su perenne fuente.
- »Apresurados, con sus urnas de oro,
- »Sus vasallos brillantes, á ella corren
- »Á llenarlas del líquido tesoro
- »De sus lucientes fuegos. Aun aquellos
- »Globos que inmensas órbitas recorren
- »De él tan remotos, que un punto invisible
- »Parecen en el Cielo, los destellos
- »De sus vivos fulgores á porfía
- »Se reparten, no obstante su indecible
- »Distancia, y cada cual nutre su esfera.
- »Él, soberbio, impaciente, la barrera
- »Rompió el primero del alegre día,
- »Y de su ardiente trono de topacio
- »Por la extensión inmensa del espacio
- »Del Cielo, hasta los fines apartados,
- »Arrojó de su disco fulminante
- »Mares de resplandores abrasados.
- »Las Pléyadas abrían su triunfante
- »Marcha, y la blanca Aurora desplegabá
- »De sus plateados velos la hermosura.
- »Ver á la parte opuesta se dejaba,
- »Vivo espejo del Sol, la Luna llena,
- »Resplandeciendo con la luz ajena
- »De aquel astro, y aprisa tras la oscura
- »Noche al otro hemisferio se ausentaba.
- »Á su carro de nácar majestuoso
- »Seguía un pueblo de Astros numeroso.
- »Con ella la Quietud y el Sueño huían
- »Del Bullicio y Afán. que al matutino
- »Albor apresurados acudían:
- »Mas, cuando terminado su camino,

»Con sus últimos rayos el Sol dora  
 »El Poniente, la plácida lumbrera  
 »Con la Noche de nuevo sale fuera,  
 »Y tras de ésta la turba encantadora  
 »De Estrellas, que brillantes  
 »Llenan su oscuro seno de diamantes,  
 »Al paso que, su sombra protectora  
 »Aprovechando, al mundo silencioso  
 »Vuelven de nuevo el Sueño y el Reposo  
 »Así entonces la Tarde y la Mañana,  
 »Con nuevas galas cada cual ufana,  
 »Su belleza hechizadas admiraron,  
 »Y la cuarta jornada terminaron.

»Mas, de Dios la palabra el mar profundo  
 »Hace ya con sus órdenes fecundo:  
 —«¡Poblad, peces, el húmedo elemento!  
 ¡Naced de él, aves, y habitad el viento!  
 ¡Vivid, reptiles! dijo.»—Las pintadas  
 »Aves cortan ya el aire, y las pesadas  
 »Ballenas bogan por las espumosas  
 »Ondas, entre bandadas numerosas  
 »De peces de mil géneros distintos,  
 »Que brotan de sus hondos laberintos.  
 »Dios los ve, los aprueba y los bendice:  
 —«¡Creced, multiplicad, ¡oh peces! dice:  
 ¡Los reptiles, las aves igualmente  
 Crezcan, y multipliquen en la tierra!»—

»Para este fin tenía preparados  
 »En el vasto recinto que el mar cierra,  
 »Á más del alimento competente,  
 »Golfos, islas, estrechos y bahías,  
 »Y otros puestos, los más proporcionados,  
 »A fin de que del mar los moradores,  
 »Sus infinitas crías  
 »Hacer pudiesen, sin que los furoros

- »De todas las tormentas lo estorbasen,
- »Y así sin fin su especie perpetuasen.
- »Apenas, con efecto, la extendida
- »Capacidad del mar contener puede
- »La multitud que habita desmedida
- »De pueblos escamosos en su seno,
- »Variados con los más bellos colores,
- »Que á la que hay en el aire y tierra excede.
- »Por todas partes se presenta lleno
- »De diestros é incansables nadadores.
- »Unos, hábiles buzos, zambullidos
- »Pasean sus arenas esparcidos;
- »Otros, formando huestes numerosas,
- »Giran sobre sus ondas populosas,
- »Surcándolas con rumbos diferentes:
- »Éstos, pacen ansiosos las recientes
- »Marinas plantas; otros, con joviales
- »Retozos, entre selvas de corales
- »Corren, ó bien del sol al encendido
- »Rayo, avivan su hermoso colorido:
- »Aquéllos, adornados de brillantes
- »Perlas, la agua del mar en sus flotantes
- »Conchas beben: alguno, su pequeña
- »Góndola, cual piloto diestro, guía
- »Bajo el abrigo de una enorme peña:
- »Otros, juntos formando una viviente
- »Cadena, con paciencia noche y día
- »Aguardan que á su alcance la encrespada
- »Ola traiga la presa deseada:
- »Allá se ven saltar ligeramente
- »En tropas los delfines, encorvados
- »De los líquidos montes en las cumbres:
- »Las vagabundas focas sus costumbres,
- »Á pesar de su lerda corpulencia,
- »Imitan con retozos continuados,

- » Y alegres brincos, sobre la eminencia
- » De las ondas, y más cuando se aumenta
- » Su hervor con una próxima tormenta.
- » El Rey del mar, el animal gigante,
- » La Ballena, entre todos dominante
- » Por su grandeza, el Leviatán horrendo,
- » Ya en las olas de espaldas extendiendo
- » Su longitud, parece un elevado
- » Promontorio de lejos; ya una inmensa
- » Aleta desplegando á cada lado,
- » Que es una isla flotante se diría.
- » Tiene por boca un antro, cuya densa
- » Profundidad no deja entrar el día
- » Aunque la tenga abierta totalmente,
- » Y al paso que ella sorbe la onda amarga,
- » Cada ventana, en saltadora fuente
- » Convertida, hacia el Cielo la descarga.
- » Las lagunas, las aguas pantanosas,
- » Tienen también familias bulliciosas
- » Que las habiten y que con viviente
- » Aliento las animen. Sus riberas
- » Hormiguean de pueblos de ligeras
- » Avesillas que, rotas ya las duras
- » Cáscaras de los huevos en que estaban
- » Mientras sus tiernas madres empollaban,
- » Han logrado salir de sus oscuras
- » Cárceles; al principio despojados
- » De plumas, y aun endebles, en sus nidos
- » Los pajarillos, para el alimento
- » Al paternal cariño están fiados,
- » Mas, de brillantes alas revestidos.
- » Dentro de poco cortarán el viento
- » A bandadas su patria abandonando,
- » Y el sol, cual vastas nubes, enlutando.
- » De tales sociedades desdeñosa,

- »Sobre alguna alta y solitaria peña
- »Anida siempre la Aguila orgullosa;
- »Y de un aislado cedro la alta mole
- »Ofrece á la pacífica Cigüeña
- »C6moda habitaci6n para su prole.
- »Hay tambi6n otras aves que las olas
- »Del 6ter acostumbran surcar solas;
- »Pero las hay que al barruntar la fría
- »Estaci6n del invierno, en compa1a
- »Numerosa reunidas anualmente,
- »Formadas en triángulo volando,
- »Del aire cortan las regiones vanas
- »En busca de otra tierra m6s caliente;
- »Dividiendo el cansancio, mutuamente
- »Se ayudan las et6reas caravanas,
- »Vastos mares y montes transitando
- »Hasta llegar al t6rmino del viaje.
- »Así en negras escuadras, asombrando
- »El cielo á su pasaje,
- »M6s all6 de las nubes, las ligeras
- »Grullas volando van á otras riberas
- »Remotas á apearse con estruendo,
- »Mientras que los frondosos bosquecillos
- »De un pueblo innumerable est6n hirviendo.
- »De inquietos y graciosos pajarillos
- »Que de una en otra rama en incesante
- »Movimiento con cantos diferentes
- »Y alegres interrumpen su constante
- »Silencio, los colores relucientes
- »De sus hermosas plumas ostentando,
- »Y el verdor de los 6rboles variando.
- »Apenas callan, cuando el tenebroso
- »Bosque resuena con el doloroso
- »Quejido de la tierna Filomena,
- »Que el sue1o deja por cantar su pena:

»El astro de la noche, con oído  
 »Atento, pára al canto melodioso,  
 »Y su dolor divide enternecido.

»Fomentando también las productoras  
 »Semillas, brota el húmedo elemento  
 »Una multitud de aves nadadoras,  
 »A que da la morada y el sustento;  
 »En los azules lagos y en las fuentes  
 »Y arroyuelos la blanda pluma bañan  
 »De sus regazos, y el cristal empañan  
 »De las ondas, buscando diligentes  
 »Alimento en su fondo cenagoso.  
 »Al frente de estas aves, majestuoso  
 »Boga el Cisne, sirviéndole, extendidos  
 »En en el agua, de remos  
 »Los dedos de los pies, entre sí unidos  
 »Con unas fuertes y flexibles telas  
 »De piel, y haciendo de sus alas velas,  
 »Muchas veces del aire á los extremos  
 »Fines con vuelo poderoso sube,  
 »Sus húmedas moradas desdeñando,  
 »Y la remota tierra atrás dejando,  
 »Se confunde con una blanca nube.

»Otros, á aquellos elevados puestos  
 »Prefieren, con deseos más modestos,  
 »Habitar en la tierra sosegados:  
 »El Gallo entre ellos majestuoso luce;  
 »Cierto de su valor y su belleza,  
 »Garboso, levantada la cabeza,  
 »Que coronan penachos matizados,  
 »Entre los que purpúrea reluce  
 »Su diadema real, lento pasea,  
 »Y sobre el cuello erguido, el oro ondea  
 »De su pluma, en madejas extendida;  
 »De sus altivos ojos despedida



- »Al mirar, viva luz relampaguea:  
 »Cual sonoro clarín la voz exhala  
 »Que las horas pacíficas señala  
 »De la nocturna sombra, y de la aurora  
 »Es sabida puntual despertadora,  
 »Del día anuncio, canto de victoria,  
 »Y grito del amor y de la gloria.  
 »El solo, junta en sí la gallardía,  
 »El valor, la hermosura y la viveza.  
 »Nada de más completo, hasta aquel día,  
 »Respiró en toda la naturaleza.  
 »Con todo, envanecido pretendía  
 »El Pavo real en punto á la belleza  
 »Excederle, los ojos rutilantes  
 »De su azulada cola desplegando,  
 »Que adornan los colores relumbrantes  
 »Del Iris. En aquéllos reflejando,  
 »El Sol mismo, envidioso, la hermosura  
 »Ve retratarse de su luz más pura,  
 »Y juntar las estrellas sus fulgores  
 »Á los vivos matices de las flores  
 »De la tierra, en la rueda milagrosa  
 »De esta manera, el agua y sus orillas  
 »Se animan, y su vuelta luminosa  
 »El quinto día acaba,  
 »Que vió nacer tan grandes maravillas  
     »Al comenzar el sexto, resonaba  
 »El Cielo con armónicos loores  
 »De todos sus gloriosos moradores,  
 »Al Eterno Señor, que de este modo  
 »Dijo:—«¡Oh tierra! ¡fecúndese tu lodo,  
 Y produzca vivientes  
 Animales, de especies diferentes!»—  
     »La tierra oye su voz: ya se preparan  
 »Sus escondidos senos: de animados

- »Cuerpos se cubre, cual si despertaran
- »De un sueño en que estuviesen sepultados:
- »Gozando de repente del aliento,
- »Por todas partes bullen al momento
- »Perfectos, y en los sexos apareados:
- »Se organiza la tierra, y se fecunda
- »El polvo: el bosque umbroso, la profunda
- »Cueva, producen hijos: y sin cuento
- »Otros de los zarzales y las breñas,
- »Como de las montañas y las peñas,
- »Saltan: hierven los valles y collados
- »De habitantes: cúbrese los prados
- »De animales, que pacen la florida
- »Yerba, en verdes tapices extendida,
- »O andan errantes junto á las corrientes
- »Ondas de los arroyos y las fuentes.
- »Los hay que á toda sociedad contrarios,
- »Viven generalmente solitarios,
- »Al paso que otros, por naturaleza
- »Menos silvestres, la aman, y constantes:
- »Gozan unidos con sus semejantes
- »De la dulzura de su compañía.
- »Cada instante del suelo se endereza
- »Una nueva familia, que yacía
- »Informe: el Lince, el Lobo, y el manchado
- »Tigre, ya de su cuna polvorosa
- »Totalmente formados van saliendo:
- »El subterráneo Topo, revolviendo
- »La tierra en que ha nacido, ya ha elevado
- »Á orillas de su cueva tenebrosa,
- »Montoncillos de aquella que ha excavado.
- »El pecho, la cabeza, y las terribles
- »Zarpas saca el Leon sobre la tierra:
- »Las corvas uñas con furor afierra
- »En ella, y hace esfuerzos increíbles:

- » Al fin, despedazando el suelo duro,
- » Fuera se lanza, así como un cautivo
- » Que forzar logra el calabozo oscuro,
- » Por largo tiempo su sepulcro vivo,
- » Y huye al desierto rápido, rugiendo,
- » La empolvada melena sacudiendo.
- » De un salto, el listo Gamo sale fuera,
- » Y el Ciervo, coronado de ramaje
- » De agudas puntas, toma la carrera,
- » Apenas ha nacido, á aquel paraje
- » En que más de algún bosque la espesura
- » De un sosegado asilo le asegura.
- » Entre tanto, en la tierra sumergido
- » El animal terrestre más pesado,
- » El macizo Elefante, torpemente
- » Se agita por sacar su desmedido
- » Coloso, y con los miembros que ha librado,
- » Levantando una espesa polvareda,
- » Consigue finalmente
- » Abrir el paso franco á lo que queda.
- » Cual las yerbas del campo numerosos,
- » Los ganados inundan los umbrosos
- » Valles y las colinas, revestidos
- » De sus útiles lanas, resonando
- » Por los lejanos ecos sus balidos.
- » Aquella servil vida despreciando
- » La montés Cabra, busca el eminente
- » Risco, y sobre su cima está pendiente.
- » De la tierra y del agua á competencia
- » Oriundo, el espantoso Cocodrilo,
- » Entre uno y otro asilo,
- » Duda á cuál ha de dar la preferencia.
- » Por un rasgo aun más sabio y admirable
- » De prodigalidad y omnipotencia,
- » Por todas partes nace, brota, inunda

- »La tierra, como el agua, la fecunda
- »Familia innumerable
- »De diversos insectos y gusanos.
- »Dios, del barro más fino, con sus manos
- »Divinas fabricó las delicadas
- »Fibras de sus endebles cuerpecillos:
- »Unos, apenas de sus huevecillos
- »Salen, de alas provistos matizadas,
- »Vivientes flores por el aire giran:
- »Los colores, los visos que se admiran
- »En el Iris, brillando en miniatura
- »Sobre ellos, acrecientan su hermosura.
- »No es tan bella la misma primavera,
- »Cuando en sus atavíos más se esmera.
- »Otros, nacen desnudos, y con pena
- »En tortuosos dobleces, por la arena
- »Arrastran lentamente,
- »Mientras que el Dragón fiero y la Serpiente
- »Monstruosa desenvuelven, con horrendo
- »Ímpetu, de sus cuerpos los enormes
- »Círculos, por el suelo resbalando,
- »O tendidas al aire las disformes
- »Alas, van con estruendo
- »Por sus llanuras líquidas saltando.
- »¡Y cómo, ¡oh parco insecto! he de olvidarte,
- »Tú, que de un antro oscuro, y de un sustento
- »Común y corto, sabes contentarte,
- »¡Próvida Hormiga! que con fundamento
- »Puedes servir de regla y de dechado
- »Para dar leyes á cualquier Estado?
- ¡Tú, que en tu pueblo tienes repartida
- »La autoridad entre tus numerosos
- »Ciudadanos, que simples y juiciosos,
- »Sin peligro disfrutan la cumplida
- »Dulzura del poder, que la severa

- »Igualdad hace conservar entera!
- »De ellos tal vez, vuestras generaciones
- »Humanas, entre sus vicisitudes,
- »Sacarán utilísimas lecciones
- »Con que aprendan las públicas virtudes.
  - »A luz salen también las laboriosas
  - »Abejas, feliz pueblo, que en espacios
  - »Ceñidos sabe fabricar hermosas
  - »Ciudades, y magníficos palacios,
  - »Como si fueran de materia dura,
  - »De blanda cera, y abundantes fuentes
  - »De miel dorada y pura;
  - »Al paso que los Zánganos ociosos,
  - »Sólo para el regalo diligentes,
  - »El Estado empobrecen, devorando
  - »Lo que ellas, con penosos
  - »É incesantes afanes, van ganando.
  - »¿Mas por qué he de seguir la inagotable
- »Descripción, si me consta que á tu vista
- »Con orden admirable
- »Todos los animales su revista
- »Pasaron; que sus clases estudiaste,
- »Y por sus propiedades los nombraste?
- »Entre ellos conociste á la Serpiente,
- »Y sus mañas notaste exactamente:
- »No hay animal quizá más peligroso
- »Por su astucia, que indica su tortuoso
- »Modo de andar: se irrita con frecuencia.
- »A su amo mismo no perdona su ira
- »Furiosa, y los ardientes ojos gira;
- »Mas presto se apacigua, ó con prudencia
- »Disimulando, su furor esconde,
- »Y á su voz obediente corresponde.
- »Con todo, será fiel á tu mandato,
- »Mientras no seas á tu Dios ingrato.

»Aun brillaba del día la belleza,  
 »Y aplaudían los Cielos la grandeza  
 »De su alto Dueño: las recién nacidas  
 »Esferas, por su brazo Omnipotente  
 »Una vez impelidas,  
 »Por la órbita á cada una señalada  
 »Volaban todas incesantemente:  
 »La tierra, enamorada  
 »De su propia hermosura,  
 »Dulce se sonreía,  
 »Y el mundo, al ver la multitud viviente,  
 »De su fecundidad se sorprendía:  
 »El agua, el aire, el monte y la llanura,  
 »Todo es fértil. Cuadrúpedos, reptiles,  
 »Peces, aves, insectos los más viles,  
 »Andan, nadan, el aire con su vuelo  
 »Surcan, ó arrastran lentos por el suelo;  
 »Pero aun esta obra grande está incompleta:  
 »Un sér la falta para ser perfecta,  
 »Un sér cuyas facciones ilumine  
 »Una vislumbre de su Autor augusto,  
 »Que racional á los demás domine,  
 »Y que intérprete sacro de la muda  
 »Naturaleza, á tributar acuda,  
 »De respeto y de amor, el culto justo,  
 »A él, en nombre de todos adorando,  
 »Y nuevos beneficios impetrando.  
 »El Padre Eterno entonces, al querido  
 »Hijo amorosamente dirigido,  
 »Y al Espíritu Santo, dice:—«Hagamos  
 El hombre á nuestra imagen, que presida  
 A cuanto existe en la recién nacida  
 Tierra.»—Es inútil que nos detengamos  
 »En esta narración: tú en fin naciste.  
 »Él mismo, complacido, en tu figura

- »Trasladó al vivo su Divina hechura.  
 »Solo entonces te viste;  
 »Mas tardó poco su paternal mano  
 »En extraer de tí otro sér humano,  
 »Esa fiel y amorosa compañera,  
 »Y después os habló de esta manera:  
 —«¡Vivid, creced, multiplicad, oh esposos  
 Felices! ¡Dominad sobre la tierra!  
 Peces, aves y bestias, cuanto encierra  
 Os doy: ¡pobladla de hijos numerosos!»—  
 »Sea el lugar cual fuere en que criado  
 »Fuistes, puesto que entonces todavía  
 »Nombre á lugar ninguno se había dado,  
 »Te acordarás, Adán, que el mismo día  
 »En mis brazos te traje á este admirable  
 »Jardín, en que compiten la agradable  
 »Muchedumbre de flores olorosas,  
 »Y la de frutas varias y sabrosas.  
 »Pues de esas flores todas, de esa fruta,  
 »A tu arbitrio disfruta,  
 »Su benéfico dueño te lo ha dado  
 »Todo; pero ten cuenta que ha exceptuado  
 »El árbol pernicioso  
 »Del bien y el mal. Por él, fuera el odioso  
 »Imperio de la muerte introducido:  
 »Es su fruta mortal: del Cielo la ira  
 »Se atrae el que atrevido  
 »La toca: el que la come, al punto espira  
 »Sé, pues, en tus deseos contenido.  
 »Por último, el Señor sus obras viendo,  
 »En ellas su belleza propia admira,  
 »Y aquella sexta tarde concluyendo,  
 »Como la sexta aurora,  
 »Las celebra con música sonora.  
 »Completo el edificio milagroso,

»Destina el día séptimo al reposo  
 »El Hijo Eterno, no cual necesario  
 »Para él, pues sin cansarse, hacer pudiera  
 »Millares de Universos, si quisiera,  
 »Sino como un efecto misterioso  
 »De su grandeza, y hacia su santuario  
 »Celeste vuelve. Desde aquel distante  
 »Paraje, quiere ver su obra flamante,  
 »En que nada hay aun que no sea digno  
 »De que la mire plácido y benigno,  
 »Y contemplar su imperio, acrecentado  
 »Con la nueva provincia que ha criado.

»Al Cielo, pues, triunfante el carro sube  
 »Con toda la gloriosa comitiva,  
 »Que detrás de él, vestida de luz viva,  
 »Parece una brillante inmensa nube.  
 »A lo lejos, se escuchan los acentos  
 »De innumerables voces é instrumentos  
 »Celestes, con que aplauden el hermoso  
 »Nuevo dominio de su Rey glorioso.  
 »El universal himno (que tú oíste  
 »Sin duda) aquella marcha acompañaba,  
 »Y la naturaleza lo entonaba.  
 »También precisamente percibiste  
 »Del espacio la dulce melodía,  
 »Que á los coros del Cielo respondía:  
 »Los soles en el éter se pararon,  
 »Y atónitos la música escucharon.

—«Véle aquí, véle, el Criador potente—  
 Cantaba cuanto existe, acordemente  
 —Que ha dado el sér á la naturaleza.  
 ¡Puertas del Cielo, abríos con presteza!  
 ¡Recibid al Señor, que ya ha cumplido  
 Su decreto inmortal, que el día sexto  
 La fábrica del mundo ha concluído,



Y vuelve en triunfo á su elevado puesto!  
¡Fije en él todo sér sus esperanzas,  
Y cántele perennes alabanzas!  
¡Bendiga todo su magnificencia,  
Igual á su poder é inteligencia!  
El es de nuestra dicha única fuente  
Inmortal, gloria de sus escogidos:  
En su presencia somos admitidos  
Cual si un hermano nuestro sólo fuera:  
Él mismo, su morada permanente  
Hacer entre sus Angeles se digna:  
Nuestro interés cual suyo considera:  
A toda hora podremos su benigna  
Gracia implorar, llevar á los humanos  
Los bienes y los dones de sus manos,  
Y traerle, en cambio, sus agradecidas  
Alabanzas, sus súplicas rendidas,  
Con los inciensos que le den leales.  
¡Abrios, pues, oh puertas eternas!  
¡Unid con tiernos lazos invisibles,  
A los Cielos la tierra, á Dios el hombre!  
¡Que el universo atónito se asombre,  
Y aplauda estos prodigios indecibles!»—  
»Así del Caos vencido celebraban  
»La fiesta, y de su excelso Rey cantaban  
»El triunfo, los celestes habitantes.  
»Se acerca, y por sí solas las brillantes  
»Puertas eternas de las venturosas  
»Mansiones se abren, y huyen temerosas  
»A una mirada suya á cada lado.  
»A su entrada, espacioso,  
»Un camino de estrellas empedrado,  
»De polvo de oro, cual si fuera arena,  
»Cubierto, se presenta luminoso.  
»Tal en noche serena

- »Admiras encantado la extendida
- »Láctea vía, de astros embutida,
- »Que cual chispas movibles,
- »Apenas á tus ojos perceptibles
- »En número infinito resplandecen,
- »Y confundidos á la vista ofrecen
- »Una brillante faja prolongada,
- »De polvos menudísimos sembrada
- »De plata reluciente:
- »Entra la comitiva finalmente,
- »Acompañando al vencedor Divino,
- »Hollando aquel magnífico camino.
- »Mas la séptima tarde ya despliega
- »Sus sombras sobre Edén: se desvanece
- »La luz por grados: hacia el mar undoso
- »Vuelve á bajar el carro majestuoso
- »Del Sol; y anuncia ya la Noche ciega
- »El Oriente, que aprisa se oscurece.
- »En aquel punto llega
- »El Hijo del Eterno á la invisible
- »Cima del Monte santo,
- »Que de rayos, relámpagos y densa
- »Oscuridad cercada, hasta una inmensa
- »Altura sube, y es la inaccesible
- »Basa del trono excelso: en él, al canto
- »De su Divino Padre, toma asiento
- »El Vencedor glorioso. El Padre había
- »A su Hijo en la grande obra acompañado,
- »Sin hacer movimiento
- »Del santuario en que siempre residía.
- »Tal es el privilegio reservado
- »A solo Dios, que se halla sin moverse
- »En todas partes, y sin extenderse
- »Llena todo, ó mejor diré, contiene
- »El universo entero, y lo sostiene:

»Como que es el autor y el fin de todo,  
 »Con su Hijo resolvió la forma y modo  
 »Con que había de dar el sér al mundo.  
 »Después que hubo en seis días concluido  
 »Sus obras, volvió el séptimo al profundo  
 »Feliz reposo nunca interrumpido  
 »Hasta entonces, y quiso que aquel día  
 »En adelante fuese consagrado  
 »A su culto, y por todos celebrado.  
 »Con efecto, el descanso y la alegría  
 »Vueltos al Cielo, todo ya respira  
 »Un nuevo sér. Los Ángeles dichosos  
 »Disfrutaban de sus ocios deleitosos:  
 »Las voluptuosas cuerdas de la lira,  
 »Las cítaras, los órganos sonoros,  
 »Y del dulce laúd la melodía,  
 »Acompañando á los celestes coros,  
 »Derramaban torrentes de armonía.  
 »De balsámicas flores inundadas,  
 »Esparcen las regiones encantadas  
 »Del Cielo deliciosos y vitales  
 »Aromas, dignos de los inmortales:  
 »Humean los inciensos, y el sagrado  
 »Monte rodeando, forman un nublado  
 »Que cándido se eleva y oloroso  
 »Hasta los pies del Todopoderoso.

—«¡Salve, oh Jehová! cantaba el Cielo unido  
 ;Más grande vuelves que cuando vencido  
 El rebelde, su turba sumergiste  
 En el abismo! ;Entonces destruiste,  
 Y ahora has producido!  
 Si términos no tiene tu potencia,  
 No los conoce tu beneficencia.  
 ;Contra tus enemigos la primera  
 Usaste! ;Y cómo resistir pudiera

Su audacia á un rayo tuyo, á una mirada?  
¿De qué le sirvió, pues, su sediciosa  
Liga, por su soberbia lisonjeada?  
Seducir á tus siervos esperaron,  
Y en su mente ambiciosa,  
Tu imperio despoblar se figuraron.  
¡Esperanza engañosa!  
Airado de tu asiento te levantas,  
Y ya están aterrados á tus plantas.  
Con el luciente solio que perece,  
De cada uno, tu trono se engrandece.  
¡Mas tú, Señor, del mal el bien sacaste  
¡Tú ese globo criaste,  
De un bello y cristalino mar cercado,  
Para mansión del hombre deleitosa,  
Cercano al Cielo! ¡En su ámbito grabaste  
Tu Omnipotencia! ¡Cuánto has dilatado  
La extensión de su esfera, y qué abundosa  
La superficie has hecho! El que lo vea  
Con tal gracia en los aires suspendido,  
No ignorará la mano á que ha debido  
Su sér. ¡Qué luz tan clara le rodea!  
¡Tú de sus resplandores le vestiste,  
Y de un diadema de astros le ceñiste!  
Si desiertos aun tienes otros mundos  
Por miras que postrados adoramos,  
Algún día, por seres que ignoramos,  
Los veremos poblados y fecundos.  
Por tí, perpetuos viajes repitiendo,  
Se van la noche y día sucediendo.  
¡Tú prodigaste dones á millares  
A ese mundo reciente,  
Que á más de un vasto y fértil continente,  
Tiene su sol, sus islas y sus mares!  
El es el digno imperio, noble herencia

Del hombre, en quien tu suma inteligencia  
Grabó su imagen, y cuyo destino  
Es el de honrar á su Hacedor divino,  
Amarle, como es justo,  
Y obedecerle cual Monarca augusto;  
Sujetar á su mano  
La tierra, el mar, el aire, el encendido  
Fuego, súbdito suyo ser rendido,  
Y del orbe Monarca soberano.  
Á su ejemplo, sus nobles descendientes,  
Prolongada su casta en las edades,  
Irán á tus altares, reverentes,  
Á tributarte inciensos, tus bondades  
Loando. ¡Cuán feliz será su suerte,  
Si saben fieles siempre obedecerte!»—

»Así cantaban, y los numerosos  
»Vastos ecos, los cantos venturosos  
»Repitiendo á porfía,  
»Los aplausos doblaban de aquel día,  
»Al descanso del Cielo destinado.  
»Los prodigios de Dios te he relatado:  
»De este reciente mundo, de su gloria  
»Monumento, una breve y fiel historia,  
»Y cuanto precedió vuestra existencia.  
»Por su turno sabrá la descendencia  
»Vuestra, de padres á hijos trasladada,  
»La narración que tengo ya acabada;  
»Pero á tí, Adán, si más saber quisieres,  
»Te instruiré de cuanto tú pudieres  
»Comprender, y decir permita el Cielo  
»De sus secretos, para tu consuelo.»

---

---

---

## LIBRO OCTAVO.

---

### SUMARIO.

**ADÁN** hace á Rafael diversas preguntas sobre los movimientos de los cuerpos celestes. Recibe una respuesta ambigua, y una exhortación para que prefiera instruirse de cosas que puedan serle más útiles. Conviene en ello, y para detener á Rafael, le cuenta sus primeras ideas después de su creación, el modo con que fué trasladado al Paraíso terrenal, y su conversación con Dios acerca de su soledad. Cómo consiguió una compañera. Cuál fué su gozo al verla. Rafael le da sobre esto una lección útil, y se vuelve al Cielo.

Así á Adán el Arcángel instruíra:

Acabó, y á su voz aun atendía.

Vuelto en sí al fin, cual de un sueño agradable,

Le dice: «¿Qué favor hay comparable,

»¡Oh Espíritu celeste, al que me has hecho?

»Han llenado mi pecho,

»Las grandes maravillas que has contado,

»De gozo y gratitud. ¡Qué ansia tenía

»De oírlas! Hasta ahora no me había

»Hecho cargo de cuánto debe el Cielo,

»La tierra y yo al Señor, que nos ha dado

»La existencia. Ya, gracias á tu celo,

»Estoy de sus bondades penetrado.

»Con todo, hay una cosa que aun ignoro,

»Sobre la cual tu explicación imploro.

»Al ver esta obra digna del divino

- »Arquitecto, ese mundo que comprende
- »Los cielos y la tierra, si examino
- »De ésta el tamaño, que es casi invisible
- »Respecto á la grandeza inconcebible
- »Dél firmamento, mi razón no entiende
- »Cómo existiendo en la naturaleza
- »Orden tan admirable, se ha podido
- »Destinar ese número pasmoso
- »De estrellas, de un tamaño desmedido,
- »En que está derramada la belleza,
- »Sólo á dar luz al globo tenebroso
- »En que habitamos: á un grano de arena.
- »¿Merecía la pena
- »Objeto semejante
- »De que para él se hiciese esa brillante
- »Bóveda inmensa, y que una vuelta diera
- »Tan rápida y enorme, cada día?
- »Cuando en su interior mi alma considera.
- »La sabia economía
- »Con que obra la suprema inteligencia,
- »Aunque no opuesta á su magnificencia.
- »No puede concebir que haya querido
- »Prodigar tal grandeza y movimiento,
- »Sólo con el intento
- »De alumbrar este globo reducido.
  - »¿Necesitaba el Todopóderoso
- »De ese exceso de lujo, tan ocioso
- »Al parecer, para que se admirara,
- »O en el debido aprecio se tuviera
- »Su poder? ¿No es acaso la más rara
- »Desproporción, la de que nuestra esfera.
- »Terrestre y chica, inmóvil y orgullosa,
- »Vea ocuparse toda esa espantosa
- »Muchedumbre de estrellas en rodearla,
- »Cual si fuera su reina, y obsequiarla,

- »Sus días y sus noches arreglando;
- »Ellas que, en tanto grado aventajando
- »Á la tierra, parece que debieran
- »Aun de su servidumbre desdeñarse?
- »¿Y no pudiera aquélla procurarse,
- »Sin que la imponderable vuelta dieran,
- »Con más facilidad la necesaria
- »Claridad, y su varia
- »Temperatura, una órbita corriendo
- »Pequeña, y sobre su eje revolviendo?
- »¿Cuánto más natural, menos extraño
- »Esto sería, que esa perdurable
- »Revolución de globos de un tamaño
- »Tan grande, por un átomo impalpable?»

Así habló Adán, y al ver que iba á tratarse  
 De asuntos tan sublimes, la modesta  
 Eva juzga del caso retirarse,  
 Y antes que el Angel diese su respuesta  
 Parte: encanta su gracia y hermosura,  
 Y aun más encanta su alma casta y pura.  
 Va á ver sus frescas flores y arbolitos,  
 Á cuidar de sus plantas y exquisitos  
 Frutos, que á colorearse han comenzado:  
 Todo lo mira y lo visita ansiosa.  
 Á su llegada, el bosque, el verde prado  
 Se alegran; cada flor se abre gozosa:  
 Sus verdes hojas mueven los lozanos  
 Arboles, adivinan su presencia,  
 Y susurrando esperan ya sus manos.  
 No carecía de la inteligencia  
 Que la era necesaria  
 Para ser, como Adán, depositaria  
 De los altos secretos celestiales,  
 Pues, aunque en el carácter desiguales,  
 Eva ingenio y razón como él tenía,





Y no menos un ánimo curioso;  
 Mas su corazón tierno prefería  
 Saberlos por la boca de su esposo,  
 Á que el Arcángel de ellos la instruyera,  
 Por más vivo placer con que le oyera.  
 El amor que á su esposo profesaba,  
 Su familiaridad y su ternura,  
 La sincera confianza, y la dulzura  
 De sus conversaciones,  
 La atraían de modo, que aguardaba  
 Ansiosa semejantes ocasiones  
 De hablar con él, pues que satisfacía  
 Su cariño, y á un tiempo conseguía  
 Saber lo que impaciente deseaba,  
 Y en su instrucción, mezclada de caricias  
 Inocentes, tenía sus delicias.

¡Edad feliz! ¡En dónde está al presente  
 Aquel cariño tan leal y puro,  
 La confianza inocente  
 Y mutua, que formaba el más seguro  
 Lazo entre los esposos! ¡Han volado  
 Con la casta inocencia,  
 Y en ficciones y celos se han trocado!  
 Eva, entonces feliz, con su presencia  
 Augusta los jardines adornaba,  
 Y toda su extensión la tributaba,  
 Como á su reina, humilde vasallaje:  
 Sediento en tanto de saber, oía  
 Su esposo á Rafael, que así decía:

«¿Conque quieres, Adán, hacer un viaje (1)  
 »Mental al Cielo, y de sus admirables  
 »Misterios instruirte? Son laudables  
 »Y justos tus deseos, pues que es cierto  
 »Que Dios mismo aquel grande libro ha abierto,  
 »Para que cual lucientes y sencillas

- »Letras, los astros, en sus azuladas
- »Páginas, cuenten de sus maravillas
- »La historia, y que los seres racionales,
- »Siempre que al Cielo eleven sus miradas,
- »La lean, y con ella los cabales
- »Cálculos de los tiempos, variaciones
- »De los días, los años y estaciones,
- »Y de su pompa, para en adelante,
- »El retorno periódico y constante.
- »Pero en cuanto á saber si el sol circunda
- »Con su órbita á la tierra, y ésta queda
- »Se está, ó si él no se mueve, y ella rueda
- »En torno de él, ¿á tí que te interesa?
- »Créeme, deja estar en su profunda
- »Noche aquello que el Cielo no te expresa,
- »De modo que tú puedas comprenderlo.
- »Es prueba que no quiere, que á entenderlo
- »Llegues: á tí te toca únicamente
- »Adorar sus secretos reverente,
- »Y no inquirir lo que él se ha retenido.
- »Ríe el Señor de los esfuerzos vanos
- »Que han de hacer con el tiempo los humanos,
- »Para saber lo que él les ha escondido.
- »Ve en lo futuro mil imitadores
- »Necios de su poder y de su ciencia
- »Divina, que metidos á criadores,
- »Á varios nuevos mundos la existencia
- »Darán en su extraviada fantasía,
- »Y á los ástros querrán servir de guía,
- »Sus giros con el dedo señalando,
- »Sus propiedades y usos arreglando.
- »Cada uno, satisfecho,
- »Construirá, destruirá el celeste techo,
- »Enredará las órbitas cruzadas,
- »Las desenredará con ordenadas

- »Suposiciones, y su movimiento
- »Pretendiendo explicar, dará tormento
- »Á los Cielos y tierra con arrojo,
- »Para hacer que caminen á su antojo,
- »Mientras que sabia la Naturaleza
- »Su curso continuando, al atrevido
- »Astrónomo, y al plan que ha discurrido,
- »Los arrebate con igual presteza.
- »Tu curiosidad sola bastaría
- »Para inferir la de tus descendientes.
- »Ves con admiración que cada día
- »Esas masas de luz á tu morada
- »Dan una vuelta entera diligentes,
- »Y que ella se mantiene sosegada:
- »Pues advierte que no por la grandeza
- »Se mide de los cuerpos la nobleza:
- »Este globo terrestre en que tú habitas,
- »Fecundo, lleno de tan exquisitas
- »Producciones, aunque es tan reducido
- »En cotejo del sol que le ilumina,
- »Debe en nobleza serle preferido,
- »Pues que este astro no es más que un cuerpo
- »De fuego, tan estéril como inmenso:      denso
- »Y si á tí, á quien el uso se destina
- »De aquel gran luminar principalmente,
- »Se compara, ¿qué son sus materiales
- »Brillos, respecto de las celestiales
- »Luces de tu inmortal y pura mente?
- »Y en cuanto á ese edificio ilimitado
- »De los Cielos, si tal extensión tiene
- »Y es tanta su belleza,
- »No es solamente porque así conviene
- »Á la magnificencia del que ha dado
- »El sér á toda la naturaleza,
- »Sino para que el hombre se persuada

- »Que vive en casa ajena, en la que nada
- »Puede ocupar sino un alojamiento
- »Pequeño, aunque disfrute de su hermosa
- »Vista y de su influencia provechosa,
- »Y de esto infiera que ese firmamento
- »Brillante, y las esferas esparcidas
- »En sus vastos confines,
- »Se habrán hecho también para otros fines,
- »Y con miras para él desconocidas.
- »Alaba, pues, ¡oh bóveda suntuosa,
- »Que en tu circunferencia
- »Abrazas de los aires la espaciosa
- »Inmensidad, la inconcebible ciencia
- »Y el poder sumo de tu Autor divino!
- »Y tú, ¡oh sér racional! que peregrino
- »Vives en esta habitación terrena,
- »Al ver esa extensión del Cielo, llena
- »De maravilla tanta,
- »La vista respetuosa á Dios levanta:
- »Agradece, y adora,
- »Y lo que Él de tí esconde, humilde ignora.
- »Todas esas estrellas, que rodean
- »Con vuelo incalculable, en solo un día,
- »Tu pequeña y terrestre monarquía,
- »Y á distancia infinita centellean,
- »Dios es quien las dirige y las gobierna
- »Y el que las hace, siendo materiales,
- »En su rápida marcha casi iguales
- »A nosotros. Yo mismo, de la eterna
- »Mansión del Cielo cuando amanecía
- »Salí, y á este jardín al mediodía
- »So'lo llegué: es verdad que del divino
- »Palacio media mucho más camino
- »Que el que en mil siglos puede hacer el cielo
- »Alrededor de vuestro estrecho suelo.

- » Tampoco has de pensar que es imposible
- » Que den los astros esa inconcebible
- » Vuelta, pues Dios su omnipotencia extiende
- » A lo que, fuera de Él, nadie comprende.
- » En lo demás, todo esto es un secreto
- » Que se reserva: debes con respeto
- » Admirarlo, adorarlo,
- » Pero nunca atrevido investigarlo.
- » Quizá ese Sol que con su flúido inunda
- » Los aires, está inmóvil en el centro
- » Del mundo, y todo cuánto le circunda
- » Hace mover en torno de él volando,
- » Atrayendo á su encuentro
- » Y alternativamente rechazando
- » Esos globos oscuros, en grandeza
- » Varios, como en distancia y ligereza,
- » Que remotos á veces distinguimos
- » De su disco, y á veces advertimos
- » Cercanos, que nadando, suben, bajan,
- » Y sin jamás cansarse,
- » En huir lejos de él, ó en acercarse,
- » Por turnos fijos, sin cesar trabajan.
- » Seis desde aquí divisas de diverso
- » Tamaño, que sus luces de él reciben
- » Y con su influjo continuado viven.
- » Y si para explicar del universo
- » El plan, supones que se esté en su asiento
- » Quieto, cual digo, el Sol, y que al contrario
- » Des á la Tierra un triple movimiento,
- » A saber: sobre su eje uno diario,
- » Otro anual, á aquel astro circundando,
- » Y otro de aspectó, oblicua cambiando,
- » Nada entonces tendrá de embarazoso
- » Aquel orden: el astro luminoso
- » Del día, inmóvil se ahorrará tan grande

- » Viaje, y el estrellado firmamento,
- » Quieto sobre su firme fundamento,
- » No será menester suponer que ande
- » Una órbita tan vasta cada día,
- » Incomprensible á vuestra fantasía.
- » Esta suposición, los fenomenos
- » Explicará del Cielo claramente
- » Y todos los planetas que de ajenos
- » Resplandores se alumbran, igualmente
- » Sobre su eje volteando,
- » Y hacia el sol cada día ambas mitades
- » Por turno presentando,
- » Harán cesar cuantas dificultades
- » De la sombra y la luz las variaciones
- » Causan, como el periódico camino
- » De los diversos tiempos y estaciones.
- » Por lo que toca al singular destino
- » De cada esfera, fuera del que tiene
- » Conexión con el vuestro, no conviene
- » Revelároslo. Dios os lo ha ocultado
- » Por causas que sin duda ha reservado,
- » Y de nada saberlo os serviría
- » Sino de contentar una vacía
- » Curiosidad. Quizá las ha poblado
- » De remotos vivientes
- » De millares de clases diferentes,
- » De las que no formáis siquiera idea;
- » Pero sea cual sea,
- » Estad seguros que, aunque de animales
- » Estén aquellos mundos habitados,
- » Siempre habrá entre ellos entes racionales
- » Que dominen, y á quienes destinados
- » Estén, y que éstos, sean los que fueren,
- » Serán según y como procedieren
- » Tratados. Si á Dios, justos, adoraren

- »Y obedecieren, vivirán dichosos;  
 »Pero si sus preceptos quebrantaren,  
 »Padecerán castigos rigurosos;  
 »Pues todo ser que tenga inteligencia  
 »Debe á Dios de su amor y su obediencia  
 »Dar pruebas, y criarle no ha podido  
 »Sino á fin que le dé culto rendido;  
 »Pues de su alta grandeza desdijera  
 »Que para otro que él mismo los hiciera.  
   »Mas, sea que el brillante  
 »Astro del día inmóvil se mantenga;  
 »Sea que en torno de la tierra tenga  
 »Que andar volteando, sin cesar errante;  
 »Sea que todo el Cielo esté en reposo,  
 »Y que desde el Oriente presuroso  
 »Al Occidente rueda, sin pararse,  
 »Vuestro mundo, cercando la abrasada  
 »Masa del Sol, volviendo á comenzarse  
 »Cada año, la grande órbita, asignada  
 »A su camino, que con él llevados  
 »Sin sentirlo seguís arrebatados;  
 »Sea cual fuere, en fin, lo que sobre esto  
 »El Eterno Hacedor haya dispuesto,  
 »Trata tú solamente de adorarle,  
 »Admirar sus prodigios, y dejarle  
 »Que disponga del orbe como quiera,  
 »Sin salir atrevido de tu esfera.  
   »Conténtate con esta deliciosa  
 »Mansión, con esas frutas y esas flores,  
 »Y con tu Eva querida, aun más hermosa:  
 »Ese es tu mundo. En cuanto á los lejanos  
 »Astros, planetas, y sus moradores,  
 »Si los hay, su gobierno y sus costumbres,  
 »Fíalos á las manos  
 »Del Señor, que sin tí sabrá regirlos

» Y como más convenga dirigirlos:  
 » Abandónale humilde las techumbres  
 » Celestes, y disfruta de los bienes  
 » Que de sus manos recibidos tienes.»

Dijo. Refrena Adán juiciosamente  
 De vana ciencia la codicia ardiente,  
 Y así contesta:—«¡Intérprete del Cielo!  
 » ¡Cuánto placer me ha dado la dulzura  
 » De tu discurso! ¡A cuánto prodigioso  
 » Misterio, de que yo ni aun conjetura  
 » Tenía, te has dignado alzar el velo,  
 » Para saciar mi entendimiento ansioso  
 » Con lo que puede serle provechoso!  
 » De una frívola ciencia el arrojado  
 » Ímprobo anhelo, de mi venturosa  
 » Vida tal vez hubiera perturbado  
 » La quietud deliciosa,  
 » Si yo de el seducirme me dejara;  
 » De esa fuente de error, de incertidumbre  
 » Y de inquietudes, se dignó, apiadado,  
 » Ahorrarnos el Señor la pesadumbre,  
 » Si el término que de ella nos separa  
 » Nuestra curiosidad respetar sabe,  
 » Y no vuela á buscarla á aquel funesto  
 » Remotísimo asilo en que la ha puesto.  
 » Mas, ¡cuán difícil es que el hombre acabe  
 » De reprimir esta pasión inquieta!  
 » Serán pocos aquellos que sujeta  
 » La tengan; los demás, sus temerarios  
 » Ímpetus seguirán, escudriñando  
 » Mas allá de los términos debidos  
 » Los misterios, para ellos escondidos,  
 » Hasta que por sus varios  
 » Errores finalmente escarmentando,  
 » De la vida en la escuela dolorosa,



- »Desgraciados aprendan cuán dañosa
- »Es la ansia de saber lo que supera
- »De la humana razón la estrecha esfera,
- »Y á sí mismos se digan: no hay más ciencia
- »Verdadera, que amar á Dios, sin verle,
- »Adorarle, y gozar lo que debemos
- »A su beneficencia:
- »Nuestro deber, escrito ya tenemos
- »De la vida en el libro: de leerle
- »Tratemos solamente: y si logramos
- »Esto, de lo demás caso no hagamos.
- »¡Triste del que pasar más adelante
- »En el saber, pretenda! Lo restante
- »No es para el hombre más que un vano sueño,
- »Un delirio engañoso,
- »Impracticable y temerario empeño
- »De un orgullo tan necio como ocioso,
- »Una ambición fatal, una locura
- »Que para los oficios de la vida
- »Le inutiliza, haciendo que prefiera
- »Una sombra de gloria, una fingida
- »Instrucción, á la dicha más segura
- »Que Dios le proporciona en su carrera.
- »Dígnate, pues, bajar, Angel piadoso,
- »Del tema celestial é incomprendible
- »Para mí, que ha propuesto mi ambicioso
- »Anhelos, á lo que me es inteligible
- »Y útil á un tiempo: tú me has referido
- »Cuanto mi nacimiento ha precedido,
- »Los combates del Cielo, las gloriosas
- »Victorias de las huestes valerosas;
- »¿Podré yo lisonjearme, por mi parte,
- »De que mi propia historia á interesarte
- »Llegue, si tú la ignoras? En tal caso,
- »Como el sol no ha llegado aun al ocaso,

»Contártela podré, y de esta manera

»Prolongaré tu sociedad amable.

»Tú reparas sin duda que quisiera

»Aquí tenerte siempre. Es indudable

»Que tal es mi deseo. Se diría

»Que mientras que tu dulce compañía

»Gozo, estoy en los Cielos. El jugoso

»Fruto de la alta palma es á mi ardiente

»Y seco paladar menos sabroso,

»Cuando vuelvo del campo fatigado

»Y la hambre y sed aplaco juntamente

»Con su bálsamo grato, que el sonido

»De tu agradable voz lo es á mi oído.

»De aquel fruto estoy pronto fastidiado;

»Pero de tus discursos el consuelo,

»Cuanto más lo disfruto más lo anhele.

—»¡Padre de los humanos!»—le responde

El Angel, con aquel tono adorable

Que sólo á un sér del Cielo corresponde:—

»Oírte discurrir es también gusto

»Para mi corazón muy apreciable.

»Dios ha grabado su retrato augusto

»En tu frente: se explica por tu boca:

»Sus celestes tesoros te prodiga,

»Tanto por lo que toca

»Al cuerpo, como al alma: se ha esmerado

»Con el mayor primor su mano amiga

»En darte, como á su obra predilecta,

»Según su sér, la perfección completa:

»Ama en tí su dechado,

»Y aunque el Cielo nosotros habitemos

»Y tú la Tierra, todos le debemos

»El mismo amor, la propia providencia:

»Somos en su servicio compañeros,

»Y os dotó con igual magnificencia.

- » Aunque en nobleza somos los primeros.
- » Cuéntame ahora tu historia, pues el día
- » En que tú á luz saliste, yo me hallaba
- » Muy apartado del celeste coro,
- » Y así el detalle de aquel hecho ignoro.
  - » De una celeste escolta en compañía,
  - » Remoto, en aquel tiempo visitaba.
  - » De orden de Dios, la cerca del horrendo
  - » Abismo del Infierno. Se temía .
  - » Que aquella cárcel Satanás forzara
  - » Con sus rebeldes tropas, y saliendo
  - » A espiar el mundo que se estaba haciendo,
  - » La venganza divina provocara,
  - » Y el rayo desde el Cielo despedido,
  - » Entre sus ruinas el recién nacido
  - » Universo envolvese;
  - » No porque en realidad romper pudiese,
  - » Sin tolerancia oculto de Dios mismo,
  - » Las puertas de la cárcel del abismo,
  - » Sino por convenir á la grandeza
  - » De Dios, para humillar al insolente
  - » Enemigo, que fuese su fiereza
  - » Reprimida por seres á él iguales,
  - » Ejecutores de sus celestiales
  - » Decretos, y no emplear su omnipotente
  - » Mano en aquella impura y débil gente.
    - » Marchábamos, y aun lejos de la puerta,
    - » Todos nuestros sentidos desconcierta
    - » El eco de los míseros gemidos
    - » De tantos malhadados, consumidos
    - » En medio de las llamas vengadoras.
    - » ¡Qué diferencia de sus lamentables
    - » Blasfemias, á los cantos deleitables
    - » Del Cielo, y á sus músicas sonoras!
    - » La dulce paz en éstas, la alegría

- »General é inefable, presidía;
- »Mas en aquel lugar desventurado
- »Sólo se oye sonar el doloroso
- »Quejido del delito castigado,
- »Y el crujiir del azote temeroso.
- »Cumplida la orden, nos apresuramos
- »A huir de tal horror, y á nuestro asiento
- »Celeste regresamos
- »La tarde de aquel día, que contento
- »Con sus obras el Todopoderoso,
- »Solemnemente consagró al reposo.
- »Por esto no asistí á tu nacimiento;
- »Mas referirlo tú me has prometido,
- »Y con igual placer que me has oído
- »Contar los hechos que lo precedieron,
- »Oír aquellos que á tí te acaecieron.

—»¿Cómo podré, responde Adán, contarte-

- »De qué manera comenzó mi vida (2),
- »Si yo mismo lo ignoro? Mas, por darte
- »Gusto, y por alargar la apetecida
- »Sociedad tuya, te daré sincera
- »Cuenta de lo que yo tengo presente
- »En la memoria, de mi edad primera.
- »Sin saber cómo, repentinamente,
- »Como aquel que turbado, sin sentido
- »Se despierta del sueño más profundo,
- »Recién nacido me encontré en el mundo;
- »Atónito los ojos entrecabriendo,
- »Sobre un prado florido
- »Recostado me hallé, reconociendo
- »Mi existencia, y en mí mismo fijado,
- »Me examiné curioso y admirado:
- »Pronto un blando vapor que me cubría
- »Se fué, al calor del sol, desvaneciendo.
- »Miro en contorno relucir el día,

- »Distingo el azul puro, la elevada
- »Bóveda de los Cielos, el distante
- »Astro, de donde nace la brillante
- »Claridad, en los aires derramada.
- »Levantarme deseo;
- »Obedientes los miembros al instante
- »Se mueven con extraño mecanismo,
- »Y en flexibles columnas empinado,
- »A mi arbitrio mi cuerpo balanceo,
- »Por medios ignorados de mí mismo.
- »Diviso entonces todo el dilatado
- »Horizonte, los montes, las llanuras,
- »Un sin fin de vivientes criaturas,
- »Los árboles, las yerbas, y me abismo
- »Lleno de gozo en nuevas reflexiones:
- »Vuelvo la vista á mi naturaleza,
- »Admiro las hermosas proporciones
- »De mi cuerpo, su forma y ligereza:
- »Ando, lo nuevo todo con presteza.
- »Voy, vengo, cada instante más suspenso.
- »Pero ¿quién soy? ¿De dónde aquí he venido?
- »El sér que tengo, ¿á quién se lo he debido?
- »¡Más me confundo, cuanto más lo pienso!
- »Al Cielo y á la tierra lo pregunto;
- »Nadie responde: todo aquel conjunto
- »De seres está mudo:
- »Oigo el murmullo de una fuente, y dudo
- »Si responde: me arrimo, no la entiendo:
- »Percibo las sencillas
- »Voces de las canoras avecillas,
- »Y de otros animales los balidos;
- »Pero yo su lenguaje no comprendo:
- »Están para él cerrados mis oídos,
- »Al paso que no pierdo una palabra
- »De las que mi flexible lengua labra

- »Y con tal claridad, que me parece  
 »Que sólo con el nombre que me ofrece  
 »Se explica exactamente cada cosa.  
 »En tanto ella articula presurosa,  
 »Sin que yo sepa cómo, y con asombro  
 »Naturalmente cada cosa nombro.  
 »Los Cielos y la tierra, los cristales  
 »De las fuentes, los varios animales  
 »Que cubren las campiñas retozando,  
 »Los árboles frondosos balanceando  
 »Sus verdes copas, el sonoro acento  
 »De las aves y el dulce movimiento  
 »Vital de toda la naturaleza,  
 »Me tienen embargado de alegría.  
 »¡Oh sol, exclamo, que la luz del día  
 »Benéfico derramas en el mundo,  
 »Que su extensión revistes de belleza,  
 »Y que la vida con calor fecundo  
 »Le repartes! ¡Oh tú, terrestre esfera,  
 »Mi morada risueña y hechicera,  
 »Espesos bosques, montes elevados,  
 »Pomposos ríos, deliciosos prados,  
 »Y tú también, oh turba alegre y lista  
 »De vivientes, que ocupas á mi vista  
 »Los campos, ya corriendo, ya volando,  
 »Del más puro deleite disfrutando!  
 »Decidme, os lo suplico, ¿por ventura  
 »Sabríais quién aquí me ha colocado,  
 »A quién debo yo el sér? ¿Por conjetura  
 »Siquiera lo direis? No me lo he dado  
 »Ciertamente á mí mismo. Es indudable  
 »Que hay algún sér supremo, á cuya amable  
 »Bondad le debo, y que de mí escondido,  
 »Quiere ser solamente conocido  
 »Por sus dones. ¿En dónde á ese piadoso

»Bienhechor podré hallar? Su poderoso  
 »Brazo me ha dado vida y movimiento:  
 »Por él escucho, veo, y de manera  
 »Desde el primer momento  
 »Me ha hecho feliz, que aun cuando yo tuviera  
 »Mil vidas que ofrecerle en sacrificio.  
 No pagaría tanto beneficio.

»Decidme, pues, ¿adónde he de buscarle?  
 »Dónde lograré verle y adorarle?  
 »Todo calla. Cansado finalmente  
 »De andar por el jardín vasto vagando,  
 »Mil remotos parajes registrando,  
 »Sobre la verde grama blandamente  
 »Me tiendo, bajo de la sombra oscura  
 »De un bosque, á disfrutar de la frescura:  
 »Acude allí á cerrar con delicada  
 »Mano, á la luz, mi vista fatigada  
 »El dulce sueño, por la vez primera,  
 »Por grados me enajeno, y mis sentidos  
 »Suave y lentamente adormecidos  
 »Se apagan, como si otra vez volviera  
 »A sumirme en la nada.  
 »Por más que interiormente lo percibo,  
 »Siento en aquella plácida violencia  
 »Tal placer, que no la hago resistencia.  
 »Mas pronto en mi delirio me apercibo  
 »En confuso que aun gozo de la vida.  
 »Se me presenta una desconocida  
 »Persona, de hermosísima figura:  
 »Mi alma, que al contemplarla se asegura  
 »De que existe, de gozo se estremece.  
 —«Levántate, me dice; tú, que un día  
 El padre debes ser de los humanos,  
 Ven; la felicidad misma te guía  
 A la mansión que á tí te pertenece.

El amor la hizo con sus propias manos:  
 Sus jardines, sus frutas, sus hermosas  
 Flores, aguardan tu llegada, ansiosas.»—

- »Apénas acabó, mi mano asiendo,
- »Entrambos, en el aire sostenidos,
- »Sus ondas sutilísimas hendiendo,
- »Dulcemente volamos,
- »Sin hollar en los campos extendidos,
- »Por los cuales rasantes resbalamos,
- »La tierna yerba, mas que una ligera
- »Sombra, que sus extremos recorriera.
- »En la alta cumbre de un monte me deja,
- »Y de mí al punto rápido se aleja.
- »Aquella cumbre admiro, coronada
- »De una verde arboleda majestuosa.
- »Alrededor de mí doy una ojeada,
- »Y veo llena toda la espaciosa
- »Tierra de flores, frutos y verdura.
- »Todo es risueño, alegre, delicioso;
- »Todo fecundidad, todo frescura
- »Respira, y cotejando á aquel precioso
- »Jardín, que allí á los ojos se me ofrece,
- »Lo que antes ví, es un hórrido desierto.
- »Avanzo en él: mi mano ya apetece,
- »Ansiosa, apoderarse del tesoro
- »De mil pendientes bellas frutas de oro.
- »Las va á coger, y en esto me despierto.
- »¡Cuál es mi admiración cuando reparo
- »Que no ha sido ilusión el sueño raro,
- »Sino un anuncio cierto, y que poseo
- »Todo lo que ha pintado á mi deseo!
- »Á aquel verjel entonces me encaminó,
- »Cuando, en el centro de su fresca sombra,
- »Un resplandor, que brilla repentino
- »Á mis ojos, me asombra.



»Era Dios, sí: Dios mismo el que veía,  
»El que benigno se me aparecía.  
»Un dulce espanto de mi religioso  
»Corazón se apodera: presuroso  
»Á sus plantas me postro, y reverente,  
»De alegría y respeto penetrado,  
»Le adoro. Por su mano prontamente  
»Me siento levantar, y con agrado  
»Inefable, me dice:—«Aquel amigo  
Que deseabas ver, está contigo.  
Soy yo. Cuanto aquí ves, cuanta belleza.  
De este recinto encierra la grandeza,  
Cuanto á tus pies florece,  
Cuanto vegeta en él, respira y crece,  
Te doy: es todo tuyo. El hemisferio  
De la tierra será tu vasto imperio.  
Cultiva esos verjeles: dispón de ellos  
Á tu gusto: disfruta de sus bellos  
Y delicados frutos, sin recelo  
De que los escasee el fértil suelo,  
Cuya fecundidad maravillosa  
Excederá tu voluntad ansiosa;  
Mas repara que el árbol de la ciencia  
Cerca está (allí lo ves) del de la vida.  
Te prohibo que pruebes su homicida  
Fruta: Es la señal sola de obediencia,  
La única muestra de agradecimiento  
Que te impongo. Con ella me contento.  
El precepto es bien fácil, y sería  
La muerte el precio de tu rebeldía.  
Tú, tus hijos, y todo tu linaje,  
Desterrados, en pena del ultraje,  
De este feliz jardín á una desierta  
Ingrata tierra, vuestra triste vida  
De penas y dolores afligida

Arrastraríais, hasta que la incierta  
 Hora de fallecer presta llegara,  
 Y el lóbrego sepulcro os reclamara.»—

»Dice, y su ceño majestuoso, oscuro,  
 »Tal terror en mí imprime,  
 »Que sólo aquel recuerdo de horror llena  
 »Mi corazón, por más que estoy seguro  
 »Que á mi voluntad libre nada oprime,  
 »Y que á mi arbitrio evitaré la pena,  
 »Evitando el hacerme delincuente.

»Sucedió pronto, en su divina frente,  
 »Al tono formidable,  
 »Á la serenidad, la encantadora  
 »Dulzura, y con bondad consoladora  
 »Siguió así:—«Padre de un innumerable  
 Linaje, este recinto limitado  
 No es el Imperio sólo destinado  
 Á obedeceros: todo ese espacioso  
 Orbe que ha hecho mi brazo poderoso,  
 Y cuanto abarca su circunferencia,  
 La tierra, el agua, el aire, es vuestra herencia.  
 Para siempre os lo doy desde este día,  
 Y quiero que las aves y animales,  
 Que en él habitan, sean los leales  
 Súbditos de tu vasta monarquía,  
 Que como á Rey supremo, vasallaje  
 Te rindan; que ahora mismo á este paraje  
 Vengan, te reconozcan, y á cada uno  
 Des un nombre, á sus prendas oportuno;  
 Solos de la agua á los habitantes  
 Dispensó de que te hagan los honores.»—

»Dijo, y en el momento, circundado  
 »Me veo de una turba inconcebible  
 »De cuadrúpedos y aves, dividida  
 »En una multitud de diferentes

»Familias. En el suelo arrodillado  
 »Cada animal terrestre, con sensible  
 »Expresión me asegura su rendida  
 »Obediencia: las aves diligentes,  
 »Cerniéndose en los aires, ordenadas  
 »En señal de homenaje, las pintadas  
 »Alas alrededor de mí batiendo,  
 »Con un discorde bullicioso estruendo  
 »De cantos, de gorjeos, de distintos  
 »Gritos, por su Monarca me publican.  
 »Por sus clases atento discurriendo,  
 »A todas ellas doy nombres, que explican  
 »Sus diversas costumbres, sus instintos:  
 »Interiormente Dios me los dictaba:  
 »Un vacío con todo inexplicable,  
 »Mi corazón inquieto contristaba.  
 »Dueño de tanto bien inestimable,  
 »Alguna cosa para ser dichoso  
 »Me faltaba. Mi gozo, solitario,  
 »No era completo. Al fin, me determino  
 »A abrir mi pecho á mi Hacedor divino.  
 —«¡Oh Padre, exclamo, bienhechor piadoso!  
 Perdona si descubro temerario  
 A tus ojos la pena que me aflige,  
 A pesar de los bienes que poseo,  
 Que tú con tal bondad me has prodigado,  
 Y que exceder debieran mi deseos:  
 Nada de ti mi corazón exige,  
 Sino que le disculpes: tú me has dado  
 El ser, la vida: debo á tus bondades,  
 Nunca agotadas, mil felicidades.  
 ¿Cómo mi gratitud he de explicarte?  
 Ignoro ya qué dulce nombre darte:  
 Para mi tierno amor y mi respeto,  
 Ninguno me parece suficiente

No obstante, á pesar mío, es imperfecto  
 Todo mi gozo, si con un querido  
 Sér, semejante á mí, no lo divido:  
 En vano colmas generosamente  
 Mi corazon de tanto don precioso:  
 No puedo ser á solas venturoso.»—

»A estas palabras mías, con dulzura  
 »Inefable me dice:—«¿Qué? ¿te apura  
 El estar solo en medio de los bienes  
 Que á tu disposición sin tasa tienes?  
 ¿No te basta esta tierra deliciosa,  
 Tan fecunda de flores y de frutos,  
 Y esa infinita variedad hermosa  
 De tantas aves y de tantos brutos,  
 Que vienen á obsequiarte reverentes,  
 Con sus alegres juegos inocentes,  
 Como á su Rey? Si no pueden hablarte  
 En tu lengua, sus gritos y balidos  
 Son un idioma para tus sentidos,  
 En que, si los atiendes, explicarte  
 Sus ideas podrán, y entretenerte.  
 Entre su instinto y tu razón, se advierte  
 Esencial diferencia; mas con todo  
 El instinto la imita de algun modo,  
 Y cierta sociedad te proporciona.  
 Contento, pues, con tú agradable suerte,  
 Tus inquietos deseos abandona.

—A tus sagradas leyes obediente,  
 En tus manos me pongo totalmente,  
 —Repliqué;—mas, pues toda mi esperanza  
 En tu amor paternal está cifrada,  
 Permíteme que implore tu sagrada  
 Bondad de nuevo, con filial confianza.  
 De la tierra el imperio te he debido:  
 Por Rey supremo me has establecido

De todos los vivientes animales:  
 Mas, ¿podré hallar entre ellos por ventura,  
 Siendo en naturaleza desiguales,  
 Un solo amigo? No: la amistad pide  
 La igualdad natural, la simpatía  
 En el pensar, recíproca ternura,  
 Un interés común que haga que olvide  
 Cada uno el suyo propio, analogía  
 En el placer y en las inclinaciones.  
 Busca cada animal, en consecuencia,  
 Al que tiene con él correspondencia.  
 Así, jamás unirse los leones  
 Se ven con las ovejas, ni los peces  
 Con las cantoras aves, ni el ligero  
 Corcillo con el lobo carnívoros:

¿Cuánto menos el hombre, que mil veces  
 Es á ellos superior, hallar pudiera  
 Uno que digno de su amistad fuera?

—Ya veo,—me responde cariñoso,—  
 Que sólo un sér, en todo semejante  
 A tí, puede llenar tu pecho amante.  
 Mas dime: ¿no me tienes por dichoso?  
 Yo lo soy: sin embargo, me mantengo  
 Solo en la eternidad; y jamás tengo,  
 Ni hallaré sér alguno que igualarse  
 Pueda á mí, ni á mi amor proporcionarse.  
 Cuanto existe, conmigo comparado,  
 Es, con una infinita diferencia,  
 Menos que un vil gusano, cotejado  
 Con la más superior inteligencia.

—¡Mi Dios!—le repliqué,—tus escondidos  
 Misterios adorando humildemente,  
 Nunca escudriñaré con atrevidos  
 Ojos lo que tú ocultás á mi mente:  
 Tú mismo, bien lo sabes, me inspiraste

La ambición generosa y permanente  
De ser perfecto: la comunicaste  
Sólo al hombre, pues todo otro viviente  
De los que el mundo habitan, no podía  
Ser capaz de ella, porque carecía  
De la razón, y no siendo posible  
Que aquella perfección, que es asequible  
En su especie, consiga el hombre siendo  
Solo, es preciso que en la compañía  
De otro igual suyo viva, que sirviendo  
De apoyo á su flaqueza,  
De su sér desenvuelva la energía:  
¡Tú solo á tí te bastas! Tu infinita  
Perfección de crecer no necesita;  
Mas no es lo mismo la naturaleza  
Del hombre limitada  
Y débil, que acrecienta su existencia  
Cuando la halla en otro hombre trasladada;  
Fuera de sí saliendo, en él renace,  
Y en ver la imagen suya se complace.  
Tú al contrario, que el último y primero  
Has existido en las eternidades,  
Solo y sin heredero,  
Serás feliz en todas las edades.  
Mas ¿cómo tus vasallos tu grandeza  
Alcanzar pueden? Pues lo mismo digo  
De los míos. ¿Acaso la pobreza  
De su instinto permite que conmigo  
Traten, como si fueran racionales?  
¿Podré abatirme hasta sus materiales  
Apetitos, que arrastran por el suelo?  
Perdona, si por tí mismo colmado  
De gracias, y á otras miras animado,  
De mi ambición levanto más el vuelo.  
—Esa ansia generosa de elevarte,

Yo mismo aplaudo,—dijo:—examinarte  
 He querido, por ver si conocías  
 Tu propia dignidad: aunque sabías  
 Apreciar esa turba de vivientes  
 Bestias, que yo te dí por dependientes;  
 Era preciso que la inteligencia  
 Se extendiese á pesar la diferencia  
 Que hay entre ellos y tú: veo con gusto  
 Que tú te estimas en tu precio justo.  
 Esto me basta: tu razón no yerra:  
 Un intervalo inmenso, dividido  
 Te tiene de los seres que á la tierra  
 Un bajo instinto abate: tú has bebido  
 En mi pecho los rayos celestiales:  
 Una alma has recibido  
 Que mira todo con intelectuales  
 Ojos, y que no debe ser tratada  
 Como á la tierra sólo destinada:  
 Previne tus deseos. No he buscado  
 El objeto que tengo preparado,  
 A fin de que te sirva en esta vida  
 De consuelo, en la turba numerosa  
 De racionales, sólo producida  
 Para servir al hombre en la espaciosa  
 Redondez de este globo: yo he querido  
 Ver si sabrías estimar la hermosa  
 Criatura que había ya escogido  
 Para unirla contigo. Esta excelente  
 Compañera estará presto á tu lado,  
 Será tu mitad cara: dulce fuente  
 De gozo para tí: tu fiel traslado:  
 Despues de mí, tu bien el más amable;  
 Sobre mis demás obras admirable.»—  
 »Calló, y sus resplandores me oprimieron  
 »De modo, que quedé desfallecido.

- »Sus celestes palabras absorbieron
- »Toda mi mortal fuerza, y sin sentido
- »Me ví en el suelo. Mi naturaleza,
- »De aquella suma gloria la grandeza
- »No pudo resistir, y deslumbrada,
- »Cedió al enorme peso desmayada.
- »Fatigado, invoqué del dulce sueño,
- »Para aliviarme, el eficaz beleño,
- »Que cerrando mis ojos con oscuro
- »Velo, me socorrió en aquel apuro:
- »Mis ojos solos, pues que quedó abierto
- »Ancho camino al ánimo despierto,
- »Que aunque con el reposo se consuela
- »Del cuerpo, concentrado siempre vela.
- »Se presenta ¡oh prodigio! de repente
- »A mi vista, la misma misteriosa
- »Figura que había visto anteriormente
- »En sueños, y con mano primorosa,
- »Sin el menor dolor mi pecho abriendo,
- »Me saca una costilla ensangrentada,
- »Y con rara destreza, reuniendo
- »Los labios de la herida dilatada,
- »Sana la deja, cual si nunca hubiera
- »Existido: después con la ligera
- »Mano, de una costilla la transforma
- »En un completo cuerpo, que en la forma
- »Total, al-cuerpo mío se parece;
- »Pero tan delicado y tan hermoso,
- »Que lo visible todo en su espacioso
- »Recinto, no me ofrece
- »Cosa que pueda hacerle competencia.
- »En el sexo también se diferencia
- »Del mío: en su semblante peregrino
- »Resalta un resplandor casi divino:
- »Dirían, que en él toda su belleza



- »Unió en pequeño la naturaleza.  
 »Ví aquella incomparable criatura;  
 »Sus ojos despedían una pura  
 »Llama, que inundó mi alma de alegría:  
 »Un mundo todo nuevo aparecía  
 »Á los míos: el suelo más florido;  
 »El aura más süave y deliciosa.  
 »En esto, veo que huye presurosa;  
 »Me despierto, y exclamo, sorprendido  
 »Al ver realmente lo que había creído  
 »Sueño:—«Detente: no huyas, ¡oh celeste  
 Maravilla! ¡De nuevo á presentarme  
 Vuelve tu hermoso rostro, y consolarme!  
 ¡Vuelve á mí, si no quieres que me cueste  
 Toda mi dicha! ¡Cómo la tendría,  
 Si una vez que te he visto, te perdía?  
 ¿Y qué deleite disfrutar pudiera  
 Si de tí para siempre careciera?  
 ¡Vuélvete! ¡Compadece mi quebranto!  
 ¡No me abandones á un eterno llanto!»—  
 »Vuelo entonces tras de ella con prestezá:  
 »La alcanzo, y me parece su belleza,  
 »Despierto, tan perfecta cual brillaba  
 »Cuando en mi feliz sueño la admiraba:  
 »Toda cuanta hermosura está esparcida  
 »En las demás criaturas, reunida  
 »Al lado de la suya, se eclipsaba.  
 »Condesciende en volver. Interiormente  
 »El mismo Dios, el Todopoderoso  
 »(Su mucho amor ví entonces evidente)  
 »La mueve á que se venga con su esposo.  
 »La da á entender lo que era la unión pura  
 »Del matrimonio, de sus dulces lazos  
 »Toda la fuerza y toda la ternura,  
 »Y que en mis castos brazos

»La dicha únicamente encontraría.  
 »Yo entretanto, sirviéndola de guía,  
 »Apresuradamente  
 »Hacia mi alojamiento la llevaba,  
 »Y al ver belleza tal me enajenaba.  
 »El Cielo está en sus ojos: en su frente,  
 »Junto el candor con la inocencia habita.  
 »El menor movimiento de su airoso  
 »Cuerpo, la admiración más dulce excita,  
 »Desenvolviendo el talle majestuoso:  
 »Con semblante risueño  
 »Las gracias todas, y el amor volando  
 »Con el placer, la van acompañando,  
 »Y la forman un séquito brillante,  
 »Como á su Reina. Yo no soy ya dueño  
 »De mí mismo, y exclamo agradecido:  
 —«¡Conque ya, ¡oh Dios benigno! está delante  
 De mi encantada vista aquel tesoro  
 Que tu bondad me había prometido?  
 Al verlo, mi perdón de nuevo imploro  
 Por la audacia de habértelo pedido;  
 Pues su riqueza mi esperanza excede,  
 Y mi corazón débil jamás puede  
 Corresponder á tu beneficencia.  
 ¡Con qué ventajas y con qué indulgencia  
 Aquel triste momento has compensado  
 En que, severo, al parecer, conmigo,  
 Desatendistes á mi ruego osado  
 Y hablaste sólo de ira y de castigo!  
 Permite, pues, que explique en lo posible  
 Mi amor ardiente, mi agradecimiento  
 Á tí ¡mi tierno Padre! que sin cuento  
 De bienes me llenaste, y que sensible  
 Por último á mi súplica rendida,  
 Me has dado, con mi esposa, nueva vida.

La llenaste de gracia y de hermosura:  
 No se halla otra tan bella criatura:  
 De mi propia sustancia la formaste,  
 Y mi imagen en ella retrataste:  
 Me amo á mí mismo en ella, y á ella quiero  
 En mí; pues su sér mío considero.  
 Á su padre y su madre, el tierno esposo  
 Dejará en adelante, no dudoso,  
 Por su mujer: enajenado padre,  
 Adorará en sus hijos á su madre:  
 Ambos un corazón serán y una alma,  
 Con los lazos de amor encadenados,  
 Y gozarán en deliciosa calma  
 Una felicidad misma hermanados.»—

»Eva oye estas palabras, y modesta,  
 »Como recién nacida y fresca rosa,  
 »Lejos de saborear con orgullosa  
 »Vanidad mis elogios, manifiesta  
 »Su obediencia, y responde con dulzura,  
 »Rendida y vergonzosa,  
 »Á la dulce expresión de mi ternura.  
 »En presencia del Dueño Soberano  
 »De cuanto existe, con augusta forma,  
 »Yo la dí, ella me dió su casta mano:  
 »Acto que deberá servir de norma  
 »Á nuestros más remotos descendientes.  
 »Celebró toda la naturaleza  
 »Nuestra unión: cual testigos, los lucentes  
 »Astros brillaron con mayor viveza:  
 »Por presenciaria, el Cielo silencioso  
 »Suspendió un rato el curso majestuoso:  
 »El aura misma plácida y serena,  
 »En su lengua nos dió la enhorabuena:  
 »Los pájaros sus cantos duplicando,  
 »Las cristalinas aguas murmurando,

- »El enlace aplaudieron,  
 »Y ejemplo á todos los vivientes dieron.  
 »Los collados, los valles repetían  
 »De aquel festivo día los acentos:  
 »Los árboles con dulces movimientos  
 »Se inclinaban: las flores olorosas  
 »Sus coloridos senos descubrían:  
 »El Zéfiro, sus alas extendiendo  
 »Emulas de las rosas,  
 »Ansioso sus perfumes recogiendo,  
 »De una en otra volaba,  
 »Y sus bellos matices avivaba.  
   »Cual nube densa, al estrellado techo  
 »Sube el precioso incienso reunido,  
 »De los olores del jardín florido,  
 »Y Dios mismo bendice el nupcial lecho,  
 »Mientras con suave músico gorjeo  
 »El ruiseñor el himno de himeneo  
 »Canta, y vuela la estrella vespertina,  
 »Sus teas á encender con la divina  
 »Llama, con el sagrado  
 »Fuego, que puro por la vez primera  
 »Extrae de su esfera  
 »Brillante, á tales usos destinado.  
   »Mis riquezas, mi suerte venturosa  
 »Te he referido: ves cuán generosa  
 »La mano del Eterno me ha colmado  
 »Dè bienes, mis deseos previniendo.  
 »Con todo, lo que siento, francamente  
 »Te diré: los deleites terrenales  
 »Van para mí su mérito perdiendo  
 »Con el uso, exceptuando únicamente  
 »El tierno trato de mi esposa amada.  
 »Los restantes placeres, desiguales  
 »Son ya á la grande idea que formada

- »Tenía de ellos: el suave canto
- »De las pintadas aves, de las fuentes
- »El susurro, el aroma delicioso
- »De las flores, los jugos excelentes
- »De las sabrosas frutas, que antes tanto
- »Lisonjeaban mi gusto codicioso,
- »Ya me fastidian: sólo mi querida
- »Eva es siempre el deleite de mi vida.
- »Ardí al ver su belleza casta y pura:
- »Ardí al ver de sus ojos la hermosura:
- »Ardo, cuando á mi vista se presenta;
- »De los demás objetos no hago cuenta.
- »¡Cuál es, pues, el poder, cuál la ignorada
- »Fuerza de una sonrisa, de una ojeada!
- »Tal vez del cuerpo la delicadeza,
- »Hará que ella no tenga la firmeza,
- »La madurez que al hombre tocó en suerte.
- »Quizá también será algo menos fuerte
- »La idea, que en su pecho está grabada,
- »De la justicia y de la ley sagrada,
- »Que en mí imprimió el Señor profundamente,
- »Pues que la destinó á ser dependiente
- »De mí, y para una cándida obediencia,
- »Ni mi carácter, ni mi inteligencia
- »Tener necesitaba:
- »Una clara razón, á una inocente
- »Docilidad unida, la bastaba.
- »Del Dios que á ambos nos hizo, con efecto,
- »Sé que no es un retrato tan perfecto
- »Como yo; no se ve en su rostro hermoso
- »Aquel aire del hombre majestuoso,
- »En que la seria autoridad respira:
- »Mas, lo confieso, á fuerza de hermosura,
- »Cuando hacia mí la amable vista gira,
- »Mis sentidos deslumbra, de manera

- »Que, casi sin dudar, se me figura
- »Que como es bella, así ha de ser juiciosa.
- »Del imperio que ejerce en mí, segura,
- »No abusa de él; mas siempre que cualquiera
- »Ocasión se presenta, en que dudosa
- »Mi razón titubea, su ingeniosa
- »Idea sigo en todo, que hasta ahora
- »Jamás encontré errada; ¿y quién pudiera
- »No ceder á su gracia encantadora?
- »Yo no sé en qué consiste;
- »Pero es cierto que nunca se resiste
- »La más sana razón á la hechicera
- »Viveza suya: todo lo domina
- »Y lo subyuga: en vano determina
- »Mi alma hacerse violencia,
- »Y oponer una justa renitencia
- »Al atractivo que su fantasía
- »Da á sus consejos: no hay sabiduría
- »Que no quede vencida, por más grave
- »Que se precava, á la elocuencia suave
- »De aquella boca amable, cual facunda.
- »En su debilidad, su imperio funda
- »Sobre mí, y se asegura mi respeto,
- »Con su timidez misma: ¡inconcebible
- »Virtud de un atractivo irresistible!
- »Así componen su pomposa corte,
- »El poder y el temor, con que sujeto
- »Tiene cuanto la cerca. El inocente
- »Pudor la guarda, y su resplandeciente
- »Séquito adornan, con brillante porte,
- »Todas las gracias juntas: se diría
- »Que el Cielo se ha esmerado
- »En hacerla perfecta, y la ha criado.
- »No para obedecer, cual yo creía,
- »Sino para reinar. ¿Y acaso cabe

»El dominar á un sér que encantar sabe?»

Á estas palabras, con severa frente

Responde Rafael: «Nunca imprudente

»De error al Cielo acuses,

»Que cuantas calidades necesitas

»Para tu noble fin, te ha concedido.

»Él te prodigará otras infinitas

»Gracias, con tal que de ellas tú no abuses.

»La razón, sobre todo, has recibido

»De su bondad, que fiel siempre á tu lado

»Te guarde y te dirija: si juicioso

»La obedeces, jamás abandonado

»De ella serás: el Todopoderoso

»A Eva dió la hermosura y halagueño

»Rostro, á fin que el consuelo disfrutaras

»De su sociedad dulce, y la estimaras.

»De ella haz tu amiga; pero no tu dueño:

»Tu dignidad no olvides: tu sublime

»Rango conoce. Aquel que no se estime

»En lo que vale, no debe quejarse

»De ver de sus derechos despojarse,

»Y de perder la ajena

»Estimación. Exige, pues, prudente,

»Sin rigor, el respeto que es debido

»A tu sér superior. Tu esposa es buena:

»Tus derechos sostén constantemente

»Y con dulzura: sacarás partido

»De su debilidad, y la cordura

»Vencedora será de la belleza.

»Podrás sin riesgo amarla con ternura,

»Y también complacerla sin flaqueza.

»Si al contrario, á tal punto te deslumbras,

»Dejándote arrastrar de su atractivo,

»Que á un vergonzoso mando la acostumbras,

»Serás, antes de mucho, ejemplo vivo

»De la vileza á que el error conduce,  
 »Y de los grandes males que produce.  
 »Ella de gorbarnarte se hará un juego,  
 »Y tú, embriagado y ciego,  
 »Por sus ojos verás únicamente.  
 »¿Y se atreve á insinuar el aliciente  
 »De unos viles placeres sensüales,  
 »El Rey del mundo, de razón dotado?  
 »¿Acaso á los más torpes animales  
 »No se asemeja en ellos? ¿Degradado  
 »Estaría, de modo que pusiera  
 »Su dicha en tal bajeza, y prefiriera  
 »Esta á aquellos deleites inmortales  
 »A que está por su cuna destinado?  
 »¡No lo permita el Cielo!  
 »Que ella halle en tí su guía y su consuelo.  
 »Tu corazón domina, y totalmente  
 »Dominarás el suyo. Un inocente  
 »Y legímo amor al hombre eleva,  
 »Y en lugar de abatirle, alto le lleva  
 »En sus alas de fuego desde el suelo  
 »De este globo hasta el Cielo,  
 »Y de las criaturas materiales,  
 »De Dios á los fulgores eternals.»

A esto Adán le contesta sonrojado:  
 «¿Crees que de Eva estoy enamorado  
 »Sólo por el placer que su belleza  
 »Material me ocasiona? Tal bajeza  
 »Al nivel de los brutos me pondría.  
 »Sé que es, entre los hombres, más augusto,  
 »Más noble, el casto lazo de himeneo;  
 »Más sagrados sus fines; sus deberes  
 »Más serios y más santos: que sería  
 »Olvidarlo, el desorden más injusto.  
 »Mas lo que en Eva veo,



- »Que más me hechiza, si sincero quieres
- »Que te hable, son los dones admirables
- »De que Dios la ha colmado: sus amables
- »Gracias; de su candor la negligencia;
- »De su voz el acento melodioso,
- »Y su mismo silencio cariñoso;
- »Su noble orgullo, y los inapreciables
- »Encantos de su tierna complacencia:
- »Nuestra dicha es común: en todo acordes
- »Nuestros deseos; y en nuestras concordes
- »Ocupaciones reina la armonía,
- »La deliciosa paz y la alegría.
- »¡Dulce acuerdo! ¡La música hechicera
- »Del seráfico canto á los oídos
- »Es menos lisonjera
- »Que lo es tu suavidad á mis sentidos!
- »Ya ves, oh Rafael, que la nobleza
- »Sé unir con el amor. Eva me agrada,
- »Es cierto; mas desdeño la bajeza
- »De una alma, en servil lazo esclavizada:
- »Sé conocer el bien y practicarlo:
- »Lo es el amor, tú mismo de aprobarlo
- »Te dignaste; tú propio este sistema
- »Dijiste que guiaba á la suprema
- »Felicidad, y me añadiste luego
- »Que, en las alas de fuego
- »Del amor ensalzada,
- »Penetra el alma la inmortal morada;
- »Pero rendido tu amistad imploro,
- »Para que un breve rato aun sacrifiques,
- »Y un secreto me expliques,
- »Qué me importa saber, y qué aun ignoro.
- »¿Se ama en el Cielo? ¿Cuáles los amores
- »Son, en tal caso, de sus moradores?
- »¿Consisten en miradas cariñosas,

- »En tiernas expresiones? ¿Mutuamente  
 »Os arrojáis de lejos amorosas  
 »Llamas, ó bien un corazón ardiente  
 »Con otro une sus rayos luminosos,  
 »Y ambos uno á otro se hacen venturosos?»

Con aquel encarnado que colora  
 La rosa y que á los Cielos pertenece,  
 Rafael dice:—«Tu humedad merece  
 »Que yo te explique lo que tu alma ignora.  
 »En este punto. En el celeste asiento  
 »Todos somos felices. ¿Y podría  
 »Haber felicidad si amor no había?  
 »De nuestra dicha, pues, el fundamento.  
 »Es el amor. Aun tus inclinaciones  
 »En la unión pura de los corazones  
 »Estriban; mas los lazos corporales,  
 »Que cual pesados hierros entorpecen  
 »Vuestras almas, nosotros no tenemos.  
 »Libres y totalmente espirituales,  
 »Estorbos tales no se nos ofrecen:  
 »En las llamas de un puro amor ardemos.  
 »Como un rayo de luz á otro se une,  
 »Con otro sér el nuestro se reune,  
 »Y en él con Dios, á cuya unión divina  
 »Toda otra pura unión nos encamina.  
 »En él unidos todos, embriagados  
 »De amor, vivimos bienaventurados.  
 »Vosotros, por el cuerpo comprimidos,  
 »Jamás podéis pasar de los sentidos.  
 »Pero adiós; pues que ya la noche oscura  
 »A extender sus capuces se apresura.  
 »Ama á Dios: su ley guarda; sé juicioso,  
 »Y serás cada día más dichoso.  
 »Todos los ciudadanos inmortales  
 »Sus ojos sobre tí tienen abiertos.

»Tus virtudes, tus vicios, tus aciertos,  
»O tus errores, cubrirán el Cielo  
»De nuevos brillos ó de los fatales  
»Lutos del más amargo desconsuelo.  
»Libre nacistes, y tus descendientes  
»Te deberán la dicha ó desventura.  
»Guárdate de seguir los perniciosos  
»Consejos de algún pérfido enemigo;  
»De la razón escucha los prudentes  
»Dictámenes, y así tu alma, segura  
»Y libre de los lazos peligrosos,  
»Tendrá á Dios por su padre y por su amigo.»

Así acaba, y al verle levantado,  
»¡Adiós, amigo celestial y amado,  
—»Le dice Adán; —tú, á quien el Soberano  
»Ha enviado hacia sus súbditos rendidos,  
»Díle que le amaré siempre constante:  
»Eva me imitará, y en adelante  
»Tampoco olvidaré tu trato humano,  
»Tu amable gracia en estos divertidos  
»Discursos, y el insigne beneficio  
»Que nos ha hecho en admitir benigno  
»Hospedaje de tí tan poco digno.  
»Puesto que vuelves á la eterna gloria,  
»Sé nos siempre propicio,  
»Y nuestros votos ten en la memoria.»  
De hablar en este punto remataron,  
Y uno y otro marcharon,  
Adán hacia su verde alojamiento,  
Rafael más allá del firmamento.

---

---

---

## LIBRO NOVENO.

---

### SUMARIO.

**SATANÁS** habiendo recorrido la tierra, armado de nueva malicia, vuelve de noche al Paraíso. Se introduce en la serpiente. Adán y Eva salen, al romper el día, á sus ocupaciones ordinarias. Eva propone separarse de su marido para trabajar sin distraerse. Adán se opone á ello, por temor de que el enemigo se vaiga de su soledad para tentarla. Eva, sentida de aquella desconfianza en su virtud, insiste en la separación, y Adán cede. La serpiente encontrándola sola, la habla, y lisonjea su amor propio. Eva se admira de oirla hablar, y desea saber la causa: á lo que responde la serpiente, atribuyéndola á la virtud de una fruta del jardín, y conduce á Eva, á petición suya, hacia el arbol vedado, diciéndola que aquella es la fruta, é induciéndola á que la coma. Duda al pronto; pero al fin cae en la tentación. Va después á encontrar á Adán, llevándole un ramo cargado de la misma fruta. Adán á primera vista se horroriza; pero arrastrado por su excesivo amor, toma la resolución de perecer con Eva. y la come. Efectos de este pecado. Procuran al pronto cubrir su desnudez: se introduce después la discordia entre ellos, y se culpan reciprocamente de aquel exceso.

¡Oh tierra desgraciada! ¡Oh deplorables  
Mutaciones! ¡los días ya se acaban  
En que al mundo celestes mensajeros  
Descendían, y al hombre las amables  
Ordenes del Eterno declaraban:  
En que el Angel benigno, á los primeros  
Padres, con trato familiar honrando,  
Y en su rústica mesa acompañando,  
Por su fruta sabrosa  
Dejaba la ambrosía deliciosa,

El néctar de los Dioses! ¡Qué funesta  
 Mudanza va á cantar la lira mía,  
 En lugar de tan plácida armonía  
 Del Cielo con la tierra! ¡Cuánto cuesta  
 Á su dulzura repetir la horrible  
 Ingratitud del hombre; su piadoso  
 Criador desconócido  
 Por él, y su poder sumo ofendido;  
 La culpa introduciendo la insensible  
 Muerte en el mundo, con el espantoso  
 Séquito innumerable de los males,  
 Justa venganza de los desleales,  
 Que el más suave precepto quebrantaron  
 Y contra su Hacedor se rebelaron!  
 ¡Asunto lamentable;  
 Pero más elevado y admirable  
 Que Aquiles, arrastrando furibundo  
 Alrededor de Troya, el despojado  
 Cadáver de Héctor, en el polvo inmundo,  
 Por tres veces, al fiero carro atado:  
 Que la lanza de Marte ensangrentada,  
 O el hórrido tridente de Neptuno:  
 Más que el hijo de Anquises, trasladada  
 Su fortuna con él, al floreciente  
 Latino reino, y que la fiera Juno,  
 De Ilión las reliquias persiguiendo  
 Por los mares, y á Turno protegiendo,  
 Para acabar con ellas duramente!  
 Dígnate, pues, ¡oh Musa! de inspirarme.  
 Tú eres mi protectora,  
 Y sueles con frecuencia visitarme.  
 Ven silenciosa, te lo pido, á la hora  
 En que el orbe descansa adormecido,  
 Y ennoblece los versos numerosos  
 Que de mi boca corren á raudales,

Desde que dí principio al escogido  
Tema sublime, cuyos poderosos  
Atractivos mi lengua han fecundado.  
Otros, por largo tiempo las mortales  
Contiendas, las hazañas han cantado  
De uno y otro soñado caballero  
De los remotos siglos, olvidando  
Con ingrato silencio el verdadero  
Mérito y la constancia que ilustrando  
Están los fastos del valor guerrero.

Celebren, pues, con pluma aduladora  
Las concurridas justas, los torneos,  
Los lozanos bridones, los arreos,  
El garbo y la belleza encantadora  
De fingidas Princesas, los soñados  
Golpes de espada y lanza agigantados,  
Los altos hechos de armas, la pomposa  
Púrpura de los mantos, los lucidos  
Broqueles de oro fino en que esculpidos  
Los sucesos se ven que lustre dieron  
Á sus dueños: alaben la preciosa  
Riqueza y discreción de las empresas:  
Dispongan los festines, y las mesas  
Abundantes, que al mundo sorprendieron  
La turba servicial y numerosa  
De gigantes, de enanos, de escuderos,  
De encantados palacios, hechiceros  
Verjeles, y millares de patrañas,  
Como de la verdad, del juicio extrañas,  
Á que el vulgo da asenso,  
Y en que perder el tiempo nunca pienso:  
Un tema más brillante,  
Más nuevo objeto, más interesante  
Al hombre, viene á despertar mi lira,  
Si acaso el clima helado, que conspira

Con la torpe vejez, no apaga luego  
Los tristes restos de mi sacro fuego,  
O mi Musa, apiadada de mi vano  
Esfuerzo, no me quita de la mano  
El sonoro instrumento,  
Y corta el vuelo á tan osado intento.

El sol ya remataba su carrera  
Del mar en los cristales; la lumbrera  
De Véspero dudosa, que del día  
Participa y la noche, relucía  
En la mitad del orbe; se asomaban  
Las sombras, y el oriente ya enlutaban,  
Cuando acabando el curso vagabundo,  
Satanás, despreciando las terribles  
Amenazas del Cielo, vuelve al mundo.  
No menos fiero, pero más prudente,  
Como ya escarmentado, los posibles  
Medios discurre en sí, para meterse,  
Sin que le vean, como anteriormente,  
De Edén en el recinto y esconderse.

Fiel á su empresa odiosa,  
Como huyó con la noche tenebrosa,  
Con ella vuelve, pero con cautela  
En espiarlo todo se desvela  
Para asaltar la cerca peligrosa,  
Bien que resuelto á entrar, aunque le cueste  
Perecer. Desde la época en que visto  
Fué por aquel espíritu celeste  
Que el sol dirige, dentro de los muros  
De Edén, y echado de entre sus oscuros  
Bosques, había fugitivo y listo  
Siete veces entera vuelta dado  
A aquel inmenso círculo inflamado  
Que de la luz y sombra exacto mide  
La marcha y en sus turnos la divide.

Cauto, á la negra noche iba siguiendo  
En sus velos envuelto y siempre huyendo  
De la luz, hasta tanto que en la octava  
Tarde, cuando á extenderse comenzaba  
Sobre Edén, de su sombra guarecido,  
A ejecutar su plan llega atrevido;  
Pero para evitar la vigilancia  
De la guardia celeste, á gran distancia  
Callado, al lado opuesto de la cerca,  
Por sendas ocultísimas se acerca.  
Entonces allí mismo un antro había  
(Antes que por la cólera del Cielo  
Se trastornase todo en aquel suelo),  
En cuyo negro seno sumergido  
El Tigris, de él de nuevo á luz salía  
A seguir su camino interrumpido  
Por el jardín ameno discurriendo:  
El enemigo aquella entrada viendo  
Tan secreta y segura,  
En sus ondas se arroja diligente:  
Envuelto en ellas pasa aquella oscura  
Cueva, y vuelve á salir con la corriente.

Para ocultar su marcha fraudulenta,  
Al hollar el jardín, rodearse inventa  
De un velo de vapores, recogido  
Del agua misma por donde ha venido.  
Resuelve al fin, para mejor cubrirse,  
En un cuerpo viviente introducirse.  
Durante el largo viaje ha examinado  
La especie singular de cada bruto,  
Sus costumbres é instinto, y reparado  
Que entre ellos todos era el más astuto,  
El más fino, la pérfida Serpiente,  
En ella, él y su lazo juntamente  
Determina ocultar, haciendo cuenta



De que si en una bestia se escondía  
 Que fuese un poco estúpida, daría,  
 Si del menor estratagema usara  
 Ó de la menor traza, una violenta  
 Sospecha de sus tramas infernales  
 Que el suceso esperado trastornara.  
 Sólo, entre los restantes animales,  
 Aquel, por su malicia, su tortuoso  
 Andar y por su instinto cauteloso,  
 Podía á su carácter fementido  
 Prestar un verosímil colorido.

Lo elige: mas primero, sollozando,  
 La pena exhala, que le está agustiendo.  
 «¡Oh tierra! exclama (pues que así te nombras),  
 »Digna de ser por dioses habitada,  
 »¿Cómo no te avergüenzas y te asombras  
 »De verte por los hombres profanada?  
 »Tú, del brazo de Dios obra segunda,  
 »Mas primera en lo hermosa y lo fecunda,  
 »¡De qué luces tan bellas  
 »Te adornan, te coronan las estrellas!  
 »Para tí esas lumbreras se encendieron;  
 »Los Cielos mismos para tí se hicieron;  
 »Cada astro, de servirte envanecido,  
 »Se eleva, viaja, vuelve y sin reposo  
 »Alrededor de tí vuela gozoso  
 »A pagarte el tributo que es debido  
 »Como á Reina de fuegos, de colores,  
 »De estaciones y vivos resplandores.  
 »Como en el Cielo cada inteligencia  
 »Angélica, con ansia imponderable,  
 »Tira á acercarse á la divina esencia  
 »Cual á centro común, así se esfuerza  
 »Todo ese pueblo hermoso, innumerable  
 »De soles, á rodearte amontonado,

- »Como á centro también, sin que extraviado  
 »Uno siquiera su carrera tuerza.  
 »Esos fuegos vitales son la fuente  
 »De todos tus tesoros y hermosura;  
 »Son los que vuelan con el aura pura  
 »Por las plantas, las frutas y las flores;  
 »Las forman, las elevan gradualmente  
 »Y la dan sus perfumes y sabores.  
 »Aun es mayor prodigio. A esos vivientes  
 »Pueblos de irracionales que renacen  
 »Sin cesar, dan la vida y los sentidos,  
 »Y con sus llamas más sutiles hacen  
 »En ellos los efectos aparentes  
 »De la razón, de modo que advertidos  
 »Y sagaces parecen cual si hubiera  
 »Ingenio en ellos que los dirigiera.  
 »Éstos, aunque en el rango desiguales .  
 »Entre sí, se utilizan, y puntuales,  
 »Según sus clases, de diversos modos  
 »Al hombre sirven y obedecen todos.  
 »¡Oh tierra! ¡Qué pinturas primorosas  
 »Hermosean tus campos espaciosos!  
 »¡Oh alegres valles, montes orgullosos,  
 »Collados verdes, sombras deliciosas,  
 »Frescos antros, arbustos delicados,  
 »Arboles majestuosos,  
 »Audaces riscos y floridos prados,  
 »Ríos pomposos, rápidos torrentes,  
 »Arroyos, vastos lagos, claras fuentes,  
 »Oh cuánto vuestra vista deleitable  
 »Mi triste corazón encantaría,  
 »Si sentir el placer me fuera dable!  
 »¡Mas para él el placer y la alegría  
 »No existen ya! ¡La más negra tristeza,  
 »La desesperación, tienen fijada

- »Dentro de él para siempre su morada!
- »Para aliviar mi bárbaro tormento
- »Producir debe la naturaleza
- »Cómplices en mi encono y mis maldades,
- »Penas que igualen á las que yo siento,
- »Impulsos de furor, atrocidades;
- »El extremo del mal, al fin, que llene
- »Este pecho, y de rabia lo enajene.
- »Tal es el solo bien que ansioso anhelo!
- »¡Oh Infierno, huir en vano he procurado
- »Del fuego de tu océano abrasado!
- »¡Otro infierno más cruel llevo conmigo!
- »¡Me sigue inseparable en este suelo,
- »Y aun del celeste alcázar al abrigo
- »Con el mismo furor me acompañara
- »Si á su déspota altivo no humillara!
- »Pues que este mundo es su obra preferida,
- »Y el hombre imagen suya, en lo más vivo
- »Le he de ofender sin duda si le privo
- »Del gozo que ahora tiene en ver cumplida
- »La intención noble con que le ha criado.
- »No siendo esto imposible, si se logra,
- »El mundo como el hombre se malogra.
- »Hagámosle este ultraje duplicado,
- »Supuesto que en mi suerte desastrada
- »Si no á ganar, no voy á perder nada.
- »Satanás no es feliz si no es vengado.
- »Si llego así á triunfar de mi enemigo
- »Y mis tormentos dividir consigo,
- »Que lluevan sobre mí calamidades,
- »Que de ese Dios excedan las crueldades
- »Á mis delitos, nada ya recelo;
- »En todas partes hallaré consuelo.
- »Perezca el hombre; quede devastado
- »El jardín que para él se ha fabricado.

- »Sólo el mirar al mundo me importuna;  
 »Que siga de su dueño la fortuna.  
 »Mas no sacia aún su ruina mis deseos:  
 »¡Objetos de mi envidia y mis dolores,  
 »Cielo, tierra, hombre, Dios, desvaneceos,  
 »Pereced todos! Mi odio no os separa.  
 »¡La guerra á haceros va indistintamente!  
 »¡Pábulo á mis furoros,  
 »Aniquilaos todos juntamente!  
 »Que su soberbia actual les cueste cara;  
 »Que prueben por su turno esas divinas  
 »Esencias, esos seres, el tormento  
 »Que hace penar mi corazón sangriento.  
 »Que acabe todo, y que sobre las ruinas  
 »Del universo en pie Satanás quede.  
 »¡Satanás solo! Es lo único que puede  
 »Satisfacerme. Entonces, victorioso,  
 »Al Infierno volviendo, recibido  
 »Con delirio gozoso,  
 »Decir podré á aquel pueblo sorprendido:  
 »Aquí tenéis el vencedor glorioso  
 »Del decantado Dios omnipotente;  
 »Postraos á sus pies; el merecido  
 »Homenaje prestadle acordemente;  
 »He deshecho en un día  
 »Lo que su afán en seis criado había,  
 »Esa obra inmensa, ese orbe celebrado  
 »En que había agotado  
 »Su poder todo y su sabiduría,  
 »Objeto de su viva complacencia.  
 »Aunque era tan reciente en la apariencia,  
 »Me parece probable que previendo  
 »Que útil á su venganza ser debía,  
 »La estuvo largo tiempo previniendo.  
 »Así, aquella obra que bondad respira,

- »Hija habrá sido de su fatal ira.
- »Puede también que no la haya ideado
- »Sino cuando del Cielo la tercera
- »Parte de moradores que quisieron
- »Ser libres y su yugo sacudieron,
- »Con imprudente furia arrojó airado.
- »Apenas cesaría su primera
- »Cólera al ver su reino despoblado,
- »Quizás de su imprudencia arrepentido,
- »Que volviera á poblarse deseando,
- »Y á un tiempo la ocasión aprovechando
- »De desahogar aún más su desmedido
- »Odio contra nosotros, trataría
- »De tomar algún medio. No alcanzando
- »Tal vez ya su poder, desfallecido
- »Con el uso, á criar otros iguales
- »Angeles á los que él perdido había
- »(Si acaso nuestros seres inmortales
- »A él debemos), y que de aplausos vanos
- »Y serviles inciensos le colmaran,
- »Dió el sér á los humanos,
- »Para que nuestros tronos ocuparan
- »En su corte: á ese pueblo vil y oscuro,
- »Que rico á nuestra costa, envanecido
- »Con nuestra ruina, vive persuadido
- »De que se ha de elevar su cieno impuro
- »Á lo alto del Empíreo, á la grandeza
- »De que se nos privó con tal dureza.
- »Tal la intención de Dios sin duda ha sido,
- »Y hasta ahora su proyecto
- »En todo punto se ha llevado á efecto:
- »Al hombre de la tierra ya ha formado,
- »Sobre ella por su rey le ha entronizado:
- »Le ha puesto por dosel el firmamento:
- »Los astros en perpetuo movimiento

»Sirven para alumbrarle:

»Los Angeles son sólo diligentes

»Criados, destinados á cuidarle,

»Y á ser sus mensajeros: los ardientes

»Querubines la corte con bajeza

»Hacen á esa criatura miserable,

»Sumida de su lodo en la torpeza,

»Como si fuera al sér más respetable

»Su favor vergonzoso mendigando

»Y en su custodia sin cesar velando.

»Así el tirano el pundonor destierra

»Del Cielo, esclavizándolo á la tierra.

»Para evitar la vista penetrante

»De esos envilecidos

»Antiguos camaradas, ahora crueles

»Enemigos de todo su brillante

»Gremio, y al interés común infieles,

»He tenido que andar por escondidos

»Senderos y cubierto del oscuro

»Nocturno manto, á fin de introducirme

»Aquí. ¡Feliz si encuentro más seguro

»Asilo, en que encubrirme

»Pueda á gusto, y librarme de su odioso

»Registro, refugiándome al obsceno

»Cuerpo de un reptil torpe adormecido,

»Y transformar en él el majestuoso

»Rostro del Jefe de los Serafines!

»¡Oh vergüenza! ¡Oh disfraz el más ajeno

»De un sér rival de Dios! ¡Yo que he podido

»Alborotar del Cielo los confines,

»Y hacer dudosa guerra abiertamente

»Á ese señor del mundo,

»Reducido á esconderme en el inmundo

»Cuerpo de una serpiente,

»Á arrastrar por el polvo, en sus tortuosos

- »Pliegues, postrando mi soberbia frente!  
»¡Oh infernales poderes orgullosos!  
»Al mirarle abatido á tal extremo,  
»¿Conoceréis á vuestro rey supremo?  
»¡Hasta qué sima tiene que bajarse  
»La ambición, cuando trata de elevarse!  
»Cuanto más alto pone el pensamiento,  
»Tanto más ha de ser su abatimiento.  
»¡Oh venganza! tú que has envenenado  
»Mi triste corazón, ¡cuánta amargura  
»Viene mezclada en tu falaz dulzura!  
»Si algún consuelo me has proporcionado,  
»¡Qué crueles consecuencias ha traído!  
»No importa: ¡tronad, Cielos! La fiereza  
»De vuestros rayos sobre mi cabeza  
»Rebelde descargad, que conmovido  
»No me veréis. ¡Oh suerte! Me contento  
»Sólo con poder dar á ese envidioso  
»Dios, mi enemigo, un golpe doloroso,  
»Ó si á él no alcanza mi resentimiento,  
»Vengarme sobre ese hijo que ha adoptado,  
»Y que en su rabia al Cielo ha presentado.  
»Ese Dios nuevo ha sido el que insolente  
»Me ha insultado. Esto basta: mi abrasada  
»Ira debe pagarle exactamente  
»Odio por odio, ultraje por ultraje.»

Dichas estas palabras, concentrada  
Su rabia, entre la zarza y el espino  
Espesos, con silencio abre camino,  
Y prosigue su viaje  
Á buscar la serpiente, que dormida  
Encuentra, entre sus círculos metida  
La lánguida cabeza blandamente.  
No era entonces aquella bestia bruta  
De todo cuanto vive aborrecida

Como ahora: era colérica y astuta;  
Mas no cruel, ni pérfida: inocente,  
En lugar de esconderse en la espesura,  
Ó de los antros en la sombra oscura,  
Como lo hace actualmente,  
Sobre la tierna hierba se enroscaba,  
Y á cielo abierto, quieta dormitaba.  
En ella, Satanás con ligereza  
Se mete, y en su pecho se introduce.  
Su instinto torpe, á obedecer reduce  
De su inmortal razón á la viveza,  
Y tranquilo en moverse no se afana,  
Hasta tanto que llegue la mañana.

Ya el Oriente remoto se colora,  
De la tierra el incienso matutino  
Sube hacia Dios, al paso que la aurora  
Comienza sonrosada su camino,  
Y el Criador recibe con agrado  
La adoración de la obra que ha criado.  
Adán, en aquella hora ya despierto,  
Con Eva el verde cenador dejaba,  
Y con los coros mudos de concierto  
De las demás criaturas, alababa  
Al Señor, las primicias disfrutando  
Del día; pero el tiempo iba avanzando.  
Su rústico trabajo los llamaba,  
Y á los cuidados que el jardín pedía,  
Bastar el afán de ambos no podía.

«Caro esposo, dice Eva: inútilmente  
»Las fuerzas reunidas ocupamos  
»De nuestros brazos, para dar salida  
»Á todo: el largo día en podar ramos  
»Infructuosos se pasa, y al siguiente,  
»Otra tal multitud vemos crecida,  
»Que parece que nada hemos cortado.



- »Si otras veces, las ramas, abrumadas
- »Con el peso sobrado,
- »Sobre fuertes horquillas sostenemos,
- »Para cada una, mil aun más cargadas
- »En una noche sola, por la fuerza
- »Del fértil suelo, nuevamente crecen,
- »Y á todas acudir nunca podemos.
- »Para una que estorbamos que se tuerza,
- »Las más hermosas y útiles perecen.
- »¿Qué diré de las frutas y las flores?
- »Todos nuestros sudores
- »Para una corta parte no serían
- »Bastantes, sólo de las que se crían
- »Alrededor de nuestro alojamiento.
- »Veamos si abreviar es asequible
- »El ímprobo trabajo, de manera
- »Que luzca más: quizá tu gran talento
- »Hallará algún arbitrio: por mi parte
- »Uno tengo pensado, que es sensible
- »Á mi tierno cariño, que quisiera
- »De tí no separarse ni un momento (1);
- »Pero sobre él es justo consultarte,
- »Como que tienes más conocimiento,
- »Puesto que me parece el más juicioso,
- »Para hacer más ligero y más fructuoso
- »Nuestro largo trabajo. Dividamos
- »Nuestras tareas: tú, como el más fuerte,
- »Podrás en el cultivo entretenerte
- »De los árboles, ya uniendo al robusto
- »Olmo la débil palma, ya en los ramos
- »Del olivo enredando el oloroso
- »Jazmín, ó bien podando el lujurioso
- »Nogal, según te lo dictare el gusto,
- »Mientras yo en otra parte mis sudores
- »Emplearé en las plantas y las flores;

»Porque, yo lo confieso, cuando unidos,  
 »Como sucede en todas ocasiones,  
 »En un mismo paraje cultivamos  
 »Las plantas, casi nada trabajamos:  
 »En süaves caricias divertidos,  
 »O en dulces risas, ó en conversaciones:  
 »Mas serias comunmente distraídos,  
 »Por nuestra utilidad, nos olvidamos  
 »De la de nuestros tiernos arbolitos,  
 »De la de nuestras rosas, y exquisitos  
 »Frutos, y luego, sin placer comemos  
 »Lo que sin pena alguna recogemos.»

Responde Adán: «¡Oh encanto de mi vida.

»A todas las criaturas preferida!  
 »Ese deseo de que apresuremos  
 »Nuestro trabajo agreste, aun más amable.  
 »Te hace á mi corazón. ¡Qué generoso  
 »Esfuerzo, en consentir sacrifiquemos  
 »Al interes común, el agradable  
 »Placer de nuestra dulce compañía!  
 »¡Cuanto no habrá costado á tu amoroso  
 »Corazón! Has pospuesto noblemente  
 »La excesiva alegría  
 »De un güsto vano, á las solicitudes  
 »Justas, á las domésticas virtudes;  
 »Mas Dios no trata tan severamente  
 »A sus hijos. Sus leyes con dulzura  
 »Templa; permite que, en nuestras faenas,  
 »De tiempo en tiempo con nuestras caricias.  
 »Volvamos las fatigas en delicias:  
 »Quiere, si el apetito nos apura,  
 »Que un rústico festin á nuestras venas  
 »El vigor vuelva, y que con divertidos  
 »Coloquios se interrumpen los seguidos  
 »Afanos: que jamás nos excedamos

- » De modo en trabajar, que nos rindamos:
- » Que del trabajo á gusto se respire,
- » Y que cual mera diversión se mire:
- » Aun mucho más, aprueba que empleemos
- » En amables discursos la preciosa
- » Razón que nos ha dado; que expresemos
- » El recíproco amor, el inocente
- » Afecto que ha grabado su piadosa
- » Mano profundamente
- » En nuestros tiernos pechos, y que usemos
- » Del don de la palabra, que ha negado
- » A todo otro animal, y al hombre ha dado.
- » Esta inflama el amor que á sus bondades
- » Debemos tributar, y nos levanta
- » A él: que de todas las necesidades
- » Nuestras, es la primera y la más santa,
- » Y nuestra dulce unión también anima,
- » Que más de aquel Señor nos aproxima.
- » El mismo nuestras almas ha dispuesto
- » Al amor, sin el cual triste y ocioso
- » Ningún racional puede ser dichoso,
- » Y cual dulce precepto nos lo ha impuesto.
- » Ese gran Dios, cuya sabiduría
- » A gozar nos convida, no ha querido
- » Que el hombre de trabajos consumido
- » Fuera: quiso que dulce sucediese
- » El descanso; que fuera su fiel guía
- » En esto su razón, los dirigiese
- » Y de modo entre sí los combinara,
- » Que una vida feliz nos resultara.
- » Cuidemos, pues, de nuestras arboledas:
- » Limpiemos reunidos las veredas
- » Cerradas por la extrema lozanía
- » De las plantas, que al fin llegará el día
- » En que de dulces hijos circundados,

- »Más hermosos, más frescos que las flores,
- »De sus jóvenes brazos ayudados,
- »Demos abasto á todas las labores.
- »Apoyos de sus padres, cual retoños
- »De rosas, alrededor de nuestra amada
- »Habitación su turba derramada,
- »Hará nuestra delicia. ¡Con qué gusto
- »Iremos instruyendo sus bisonos
- »Años de las grandezas del agosto
- »Divino bienhechor, de la labranza
- »Y de cuanto exigiere su enseñanza!
- »Con todo, si algún rato, deseosa
- »De variar, te cansare mi presencia,
- »No te prohibo alguna breve ausencia;
- »Pues gusto de que estés siempre gozosa.
- »¡Feliz á la verdad aquel que, aislado
- »De los demás, encuentra en su retiro
- »La alegría! Cual solo no le miro
- »Mientras consigo no esté fastidiado;
- »¡Mas presto echará menos el abrigo
- »Consolador del pecho de un amigo!
- »En cuanto á tí, perdóname si temo
- »Exponerte á algún riesgo, si apartada
- »Te mantienes de mí. Bien enterada
- »Estás del odio extremo,
- »De la sed de venganza que alimenta
- »El fiero Satanás contra nosotros.
- »Sus proyectos, lo sabes, no son otros
- »Que el turbar nuestra paz inapreciable,
- »Seducirnos, perdernos; que no intenta
- »Menos que hacernos de su miserable
- »Suerte participar, y separarnos
- »De nuestro padre y nuestro agosto dueño.
- »Este es ¡oh horrendo Satanás! tu empeño.
- »¡Tu negro corazón ardiendo en ira

»Y en cruel envidia, anhela devorarnos!  
 »No dudes pues, cara Eva, que ese injusto  
 »Enemigo conspira  
 »Contra nosotros. Tierno te conjuro  
 »Que de mí no te apartes. De mi lado  
 »Por el Señor tu cuerpo fué formado;  
 »Será siempre tu asilo el más seguro:  
 »Tu puesto en cualquier lance peligroso  
 »Es el que está más cerca de tu esposo:  
 »Él sabrá libertarte,  
 »O si no, en tu desgracia acompañarte.»

A estas palabras, Eva prevenida  
 De su inocencia, y de la desconfianza  
 Que Adán la muestra vivamente herida,  
 Así responde:—«¡Noble hijo del Cielo  
 »Y de la tierra! bien sé á lo que alcanza  
 »De Satanás la rabia y la malicia:  
 »Sé cuánto nuestra pérdida codicia,  
 »Pues que tu voz, y el admirable celo  
 »De Rafael, de su furor ardiente  
 »Y de todas sus trazas, claramente  
 »Me han enterado. Ayer, cuando las flores  
 »Al llegar las tinieblas, sus olores  
 »Ansiosas recogían, y el glorioso  
 »Arcángel ya de tí se despedía,  
 »Yo, vuelta del trabajo, disfrutando  
 »En ese cenador, que está tocando  
 »A nuestro alojamiento, del reposo,  
 »Nada de cuanto hablabais perdía.  
 »Cuando de ese enemigo se trataba  
 »Y á evitar sus ardides te exhortaba.  
 »Evitémoslos, pues: lo mismo digo;  
 »Pero que yo, de cuya inalterable  
 »Fidelidad Dios mismo es el testigo,  
 »Por mi esposo me vea condenada,

- »Sólo porque aquel ente detestable  
 »Nuestra ruina ha jurado, á ser guardada  
 »Con esa desconfianza, es una dura  
 »Pena, que me ha colmado de amargura.  
 »El Angel tal sospecha no mostraba,  
 »Ni yo ella de tu parte me esperaba.  
 »¿Qué temes, caro Adán? ¿La fuerza abierta?  
 »¿Y no sabes, cual yo, por cosa cierta,  
 »Que nosotros, que somos inmortales,  
 »Estamos libres de ella? ¿Por ventura  
 »Temes del enemigo las fatales  
 »Tramas? ¿Sin duda á tí se te figura  
 »Que á pesar de mis firmes juramentos  
 »De lealtad y amor, quizá algún día  
 »Abusará de la flaqueza mía?  
 »¿Y cuáles son, oh Adán, los fundamentos  
 »Que mi amoroso corazón ha dado  
 »Para ser tan cruelmente sospechado?  
 —»¡Oh tú, obra del Eterno, milagrosa,  
 »Incomparable esposa,  
 »La dice Adán; que de su augusta mano  
 »Recibiste la vida y la inocencia!  
 »No te temo yo á tí: temo á tu ausencia:  
 »¿No es un arrojado peligroso y vano  
 »Presentarte tú sola al enemigo?  
 »¿Si pudo seducir los celestiales  
 »Seres, presumirá nuestra flaqueza  
 »Evitar por sí sola sus mortales  
 »Lazos? Confiada, pues, en el amigo  
 »Que te dió el Cielo para protegerte,  
 »Duplica con su auxilio tu firmeza.  
 »Aun yo me siento mil veces más fuerte  
 »Que estando solo, cuando estoy contigo.  
 »A tu lado, ¿qué esfuerzo no sería  
 »El que yo hiciese? No me atrevería

»A faltar á tu vista: una mirada  
 »Tuya bastara para que, animada  
 »Mi alma, á todo enemigo resistiera.  
 »Nada cerca de tí me conmoviera.  
 »Tú conmigo también, ¡cuán diferente  
 »Fuerza tendrás! Seamos mutuamente  
 »Uno de otro el apoyo: sé tú el mío,  
 »Como yo seré el tuyo: así confío,  
 »Que burlemos las tramas infernales,  
 »Y si tú, valerosa, tus leales  
 »Afectos probar quieres combatiendo  
 »A campo abierto al adversario horrendo,  
 »No me opongo á que muestres tu osadía;  
 »Pero llevame á mí en tu compañía.»

Inquieto Adán así la amonestaba,  
 Uniendo la prudencia á la ternura;  
 Pero Eva, persuadida que su dura  
 Sospecha interiormente aun conservaba,  
 Exhaló de este modo su tristeza:

«¡Conque aquí sin cesar nos amenazan  
 »Conjuradas la fuerza y la destreza!  
 »Si impunemente andar nos embarazan  
 »Un momento uno de otro divididos,  
 »Somos por cierto bien desventurados.  
 »¿En qué está nuestra dicha? La vergüenza  
 »Es hija del delito, y cuando heridos  
 »Por él no somos, nuestro honor no pende  
 »De ajenos atentados.  
 »Del enemigo atroz la desvergüenza  
 »Sobre él sólo recae. En vano atiende  
 »A mancharnos con ella. ¿Y qué tememos?  
 »Nadie sin riesgo consiguió la gloria;  
 »Cuanto es mayor, más noble es la victoria;  
 »Cuanto mejor hayamos combatido,  
 »Con tanto mayor gozo triunfaremos.

»Dios, de lo alto del Cielo  
 »A nuestro heroico arrojo agradecido,  
 »Aprobará nuestra virtud y celo.  
 »Y la virtud, ¿qué mérito tuviera  
 »Si en calma al vicio nunca frente hiciera,  
 »O si en el brazo ajeno se apoyase  
 »Y jamás por sí sola trabajase?  
 »Confesar este grado de flaqueza,  
 »Para nosotros fuera vergonzoso  
 »Y para nuestro Dios mismo injurioso.  
 »¡Ah! si el Señor tan poca fortaleza  
 »Nos dió, de nuestro Edén la patria amada  
 »Por la felicidad no es habitada.

—»Mujer, Adán replica con viveza,  
 »No te quejes de Dios; todo ha salido  
 »Completo de su mano; en cualquier obra  
 »Suya, jamás se ve falta ni sobra;  
 »Todo es cual debe ser; y por ventura  
 »El hombre, en quien su imagen ha esculpido,  
 »¿Será la única triste criatura  
 »Que de él haya salido mal librada?  
 »¡Lejos de tí ocurrencia tan malvada!  
 »Libre en su dicha, debe cuidadoso  
 »Conservarla; en él sólo está el perderla,  
 »Y en él sólo también el retenerla,  
 »Puesto que á su albedrío está fiada.  
 »A él dió el Cielo las riendas, mas juicioso,  
 »Debe por la razón ser gobernado:  
 »También el Cielo la razón le ha dado,  
 »Y á ésta ha provisto de ojos inmortales  
 »Que distinguen los bienes de los males,  
 »Y en los bienes, aquel que es aparente,  
 »De los que son en todo verdaderos,  
 »Á fin de seguir siempre los senderos  
 »Que el Cielo justamente



- »En sus sagradas leyes ha trazado;
- »Imposible es que nunca te extravíes,
- »Si la obedeces. Ahora nuevamente
- »Te pido que de mí no te desvíes
- »Por el mero capricho aventurado
- »De una empresa á lo menos muy dudosa.
- »Á no ser que con tu tierno esposo al lado
- »No disputes la palma peligrosa.
- »Demasiado cercanos
- »Están los riesgos, aun los más lejanos;
- »No vayas á buscarlos imprudente.
- »Haz, pues, la ofrenda á Dios que más le agrada,
- »Que es la docilidad. Luego, paciente,
- »Una ocasión aguarda no buscada
- »De mostrarle tu firme amor ardiente.
- »El valor sin testigos, desmayado
- »Y débil, está ya medio vencido;
- »Mas si juzgas que es menos peligroso
- »Ahora que está tu pecho enardecido
- »Combatir sola al enemigo osado,
- »Que aguardar á que en tiempo inesperado
- »Embista á los dos juntos cauteloso,
- »Parte, Eva, pues no te hace fuerza alguna
- »Mi miedo, y mi consejo te importuna.
- »De todos modos, aunque estés presente,
- »Siendo esto de tu parte involuntario,
- »Me afligirás aun más que estando ausente:
- »Recoge, pues, para tu temerario
- »Hecho tu virtud toda y tu constancia;
- »Dios sus dones te dió con abundancia;
- »Hizo más que debía; haz por tu lado
- »Lo que debes también. Pues te ha dotado
- »De razón, úsala como él desea,
- »Y que tu escudo inexpugnable sea.»

Con tono humilde, mas determinada

A llevar adelante su arriesgada  
 Empresa, Eva responde así á su esposo:

«Pues que tú lo permites y posible  
 »Juzgas, cual yo, que sea más temible  
 »Un ataque impensado á los dos hecho  
 »Que mi arrojo estudiado y animoso,  
 »Voy al peligro á presentar mi pecho.  
 »¿Mas te figuras tú que ese orgulloso  
 »Enemigo cometa la bajeza  
 »De emplear su furia contra la flaqueza  
 »De una mujer? ¡Sin gloria si vencía,  
 »Qué vergüenza si el triunfo me cedía.»

Dice, y de mano de su fiel marido,  
 La suya, que aun tenía enternecido  
 Asida, saca, parte y á carrera  
 Por el campo se aleja, más ligera  
 Que nos pinta la fábula profana  
 A una Ninfa del bosque, y más hermosa  
 Que la misma Dïana,  
 Cuando á cazar salía presurosa.  
 Mas en lugar de su arco y de su aljaba,  
 Rastrillo y podadera Eva llevaba,  
 Y eran un nuevo adorno á su belleza.  
 Aquellos instrumentos, la destreza  
 De Adán tal vez había construído,  
 O bien de ellos le había proveído  
 Algún Angel. Adán la sigue ansioso  
 Con tristes ojos, y á que vuelva presto  
 La exhorta con la voz y con el gesto,  
 De su ida cada vez más receloso.  
 Su esposa, respondiendo á su impaciencia,  
 Le grita que será breve su ausencia;  
 Que antes que medie el sol su luminoso  
 Curso, estará de vuelta en el recinto  
 Del verde cenador, la agreste mesa

Preparando. ¡Qué dices!... ¡Qué promesa  
Haces, Eva infeliz! ¡Oh qué distinto  
Hado te espera! ¡Cómo tu inocencia,  
Tu dicha para siempre se ha acabado!  
¡Ni la paz deliciosa, ni el tranquilo  
Sueño habitarán ya tu alegre asilo!

El enemigo, ardiendo de impaciencia  
De conseguir sus miras, diligente,  
Contra uno y otro esposo desgraciado,  
Viene, queriendo en su espantosa ruina  
Su linaje envolver. Sí: en la serpiente  
Metido, el jardín todo registrando,  
El atroz Satanás cauto camina  
Para hallarlos, su presa devorando  
Ya en esperanzas. Su mayor fortuna  
Sería encontrar á Eva separada  
Del vigilante Adán, cuya importuna  
Prudencia, de firmeza acompañada,  
Sobre todo temía,  
Seguro de que no le engañaría.

Desde el amanecer, ocultamente  
Por todo aquel jardín vasto arrastraba,  
Del hermoso verjel á la florida  
Pradera, de ésta al monte, á la extendida  
Ribera del arroyo ó de la fuente  
Buscándolos, mas no se lisonjaba  
De encontrar á Eva sola, pues sabía  
Que de su tierno esposo no se había  
Separado hasta entonces un instante.  
¡Cuál, pues, su gozo fué cuando delante  
De sus ojos, rodeada de una nube  
Cándida de balsámicos vapores,  
La halló en un bosquecillo entre las flores?  
Entre ellas todas descollada sube,  
Como su reina, ó tal vez inclinando

El bello cuerpo, á todas eclipsando,  
 Respira enajenada sus olores,  
 Ya sus desfallecidas  
 Ramas sobre horquillitas, sostenidas  
 Poniendo, ya sus guías extraviadas  
 Uniendo unas con otras enlazadas:  
 De aquella ocupación en la dulzura,  
 Olvidaba que á todas excedía,  
 Así como en nobleza, en hermosura.  
 Mas ¡ay, que lejos de su fiel esposo,  
 Sin el único apoyo que tenía,  
 Pronto sabrá que entre su turba bella  
 Tampoco otra se ve más frágil que ella!

Llega ya el enemigo cauteloso,  
 Después de recorrer prolijamente  
 Una selva, en que el cedro poderoso  
 Y el pino al cielo suben hermanados  
 Cual verdes obeliscos elevados:  
 Ya á campo descubierto, la serpiente  
 Rápida se resbala entre la hierba,  
 Ó si ésta no la cubre, con reserva,  
 Agachada sus roscas desplegando,  
 Á su víctima viene atalayando.  
 Entra, en fin, en el fresco bosquecillo  
 En donde la belleza su sencillo  
 Trabajo apresuraba codiciosa  
 Sin temer vecindad tan peligrosa.

Como el triste habitante  
 De alguna ciudad vasta, fastidiado  
 De estar siempre entre muros encerrado,  
 Que de la primavera una brillante  
 Mañana aprovechando, sale fuera  
 De sus puertas, y en vez de la estrechura  
 De las calles y casas, de la impura  
 Y cargada atmosfera,

De aquel estruendo incómodo, incesante  
De millares de coches, artesanos,  
Carros y bestias, que apiñados llenan  
Su ámbito todo y el oído atruenan,  
Mudando de teatro, en un instante  
Comienza á respirar los aires sanos  
Y süaves del campo delicioso,  
Á ver las quintas, huertas, fuentes, prados,  
Las colinas cubiertas de ganados,  
A oír cantar al labrador gozoso,  
Que con su afán da al campo nueva vida,  
Y sorprendido, una desconocida  
Alegria, una dulce calma siente;  
Pero si se presenta de repente  
Á su vista curiosa,  
En la extensión de aquella perspectiva,  
Una belleza joven y graciosa,  
Su modesta hermosura  
Los adornos del vasto cuadro aviva,  
Y del espectador, enajenado  
De una nueva alegría, el pasmo apura:  
Así el corazón negro y gangrenado  
Del atroz Satanás, á la dulzura  
Que le causa la vista deleitosa  
De aquella tierra amena y venturosa  
No puede resistir. Sobre todo Eva  
Su involuntaria admiración se lleva.  
Se para, juzga ver un sér del Cielo.  
Con efecto es un Angel, bajo el velo  
De una mujer, sin otra diferencia  
Que el dulce fuego que sus ojos lanzan  
Haciendo á las estrellas competencia:  
Su aire noble, su gracia, la pureza  
De sus colores, á los que no alcanzan  
La rosa ni el jazmín, la ligereza

Del majestuoso talle y su hechicero  
 Pudor, desarman por el pronto al fiero  
 Monstruo: la ejecución de sus fatales  
 Intenciones suspende,  
 Y el demonio del mal, aquel momento,  
 Parece que ha reñido con los males.

Mas presto en su interior, aun más violento,  
 El usado infernal fuego se enciende  
 Que tiene siempre su alma devorada.  
 Si de bondad mostró alguna apariencia,  
 No fué más que una breve intermitencia  
 De su ferocidad, ocasionada  
 Por sola una sorpresa involuntaria,  
 Y pronto vence la pasión contraria.  
 Al ver á Eva feliz, arde su pecho  
 De venenosa envidia y de despecho;  
 No pudiéndolo ser, la dicha ajena  
 Es para él dura, intolerable pena,  
 De que á tomar venganza aspira ansioso:  
 Bendice aquel lugar que á su rabioso  
 Alcance trajo la anhelada presa,  
 Y su cruel gozo de este modo expresa:

- «¡Adónde me ha extraviado el pensamiento!  
 »¿Cómo ha podido la falaz dulzura  
 »De una compasión fútil ni un momento  
 »Detener mi venganza? ¿Por ventura  
 »He venido yo aquí con el intento  
 »De tomar parte en los placeres de Eva  
 »Y de su esposo? Vengo á destruirlos:  
 »Es mi único deseo, esta oportuna  
 »Ocasión me presenta la fortuna:  
 »Voy, pues, á hacer de mi poder la prueba:  
 »No me será difícil seducirlos:  
 »Corrompida la esposa, ha de ayudarme  
 »Á perder al esposo: éste es más duro

- »De vencer. Su constancia y su maduro  
 »Juicio temo: no puedo lisonjearme  
 »De engañarle, pues ha dotado el Cielo  
 »A su varonil sexo con largueza  
 »De talento, de ciencia y de firmeza,  
 »Y con razón recelo  
 »Si á él acometo, de quedar vencido.  
 »Con la inocencia es fuerte; yo he perdido  
 »Con ella mi valor: de mi pasado  
 »Resplandor sólo un rastro me ha quedado.  
     »Su esposa es en verdad encantadora,  
 »Y si pudiera una beldad terrena  
 »Para dioses, cual yo, ser tentadora,  
 »Ella lo fuera. ¡Qué armas tan mortales  
 »Son la hermosura y gracia! Si mis males  
 »No fuesen lo que son, no es tan ajena  
 »La ternura de mí, que su inocencia  
 »No excitase mi amor y mi indulgencia.  
 »Mas sin quererla, puedo aparentarla  
 »Cariño, y estoy cierto de engañarla.  
 »Vamos, pues, ya la tengo el lazo armado,  
 »Y de su ruina estoy asegurado.»

Su encono el seductor así exhalaba,  
 De la Sierpe los pliegues dirigiendo,  
 Y á la joven belleza se acercaba:  
 No como las culebras, que moviendo  
 En silencio sus círculos tortuosos,  
 Arrastran torpemente por el suelo:  
 Ésta, sobre su cola levantada,  
 Extiende sus anillos majestuosos;  
 Su cabeza la hierba sin recelo  
 Domina, de una cresta coronada  
 De oro y púrpura; el cuello, de brillantes  
 Topacios y esmeraldas esmaltado,  
 Reluce, y de sus ojos fulminantes

Llamas despide. Desde la cabeza  
Hasta el medio va el cuerpo, en espirales  
De diversos matices, elevado,  
Resbala lo demás con ligereza  
De colores iguales  
Por la grama: dirían que el garboso  
Reptil venía andando presuroso  
Sobre un trono magnífico y movable.  
Ya cerca de su víctima inocente  
Hace mil pruebas: viene oblicuamente  
Hacia ella, astuto, el paso deteniendo;  
Con progreso insensible  
Su infernal artificio, previniendo  
La ocasión, el instante favorable  
Espía. Como el diestro cortesano  
Calcula con paciencia la propicia  
Hora en que espera que con su malicia  
Deslumbrará al incauto soberano;  
Y no menos el hábil navegante,  
Siguiendo de los vientos la mudanza,  
Parece que huye á veces del distante  
Puerto, cuando al contrario, hacia él se avanza,  
Según el aire sopla, ya rizando  
Las velas, ya su dirección variando;  
También la Sierpe así diestra bordea,  
Sus círculos recoge ó desenvuelve,  
Los anuda de nuevo, los envuelve,  
Sobre la blanda hierba culebrea,  
Y de Eva, con sus flores ocupada,  
Jugando y retozando por el llano,  
Tira á atraer los ojos, pero en vano  
Por largo rato, pues está engolfada  
En su labor; al fin siente un rüido  
Entre las hojas Eva, mas su oído  
No lo extraña, pues suelen comunmente



Diversos animales acercarse  
 Y en carreras y luchas ocuparse,  
 Divirtiéndola así de su inocente  
 Trabajo; mas se anima la Serpiente,  
 Y sin que ella la llame se presenta.

De hito en hito á Eva mira,  
 Y en actitud rendida y bondadosa  
 A su modo el respeto la aparenta  
 Más profundo, y parece que la admira:  
 Unas veces su frente majestuosa  
 Inclina solamente, otras la erguida  
 Cabeza hasta sus plantas abatida  
 Humilde el polvo de sus huellas besa,  
 Y parece adorarla. Eva un momento  
 Sus raros gestos mira, con sorpresa  
 Y complacencia. Satanás, contento  
 Del primer paso, llega más osado  
 Y familiar; y sea que el usado  
 Órgano que la Sierpe habilitara,  
 O que el aire por sí sólo vibrara  
 El traidor, á la víctima infelice  
 Estas palabras reverente dice (2):

«¡Oh tú, á quien por su mano ha coronado  
 »Dios, como reina de este delicioso  
 »Distrito, no te admires si hechizado  
 »Me ves de tu belleza! ¿Por ventura  
 »Una Deidad cual tú, que por lo hermoso  
 »Pasma al Cielo, ha de hallar de qué admirarse?  
 »No extrañes, te suplico, ni te ofenda  
 »El ver que una rendida criatura  
 »Cual yo, á tus pies deseosa de postrarse,  
 »A pesar del respeto que la infunde  
 »Tu real presencia, desahogar pretenda  
 »Su admiración y amor, y á esta secreta  
 »Soledad penetrar ose indiscreta.

» ¡Oh milagroso sér, con que confunde  
 » Dios todas las ideas de grandeza  
 » Que alcanza nuestro ingenio, tu belleza  
 » De su excelsa hermosura es el espejo!  
 » Por contemplarla y adorarte, dejo  
 » De todos los restantes animales,  
 » A mí, aunque yo lo diga, desiguales,  
 » La sociedad yo sólo, y mi deseo  
 » Hallo más justo cuanto más te veo.  
 » Todo debe vivir, para ensalzarte,  
 » Y ser todo sensible, para amarte.

» Pero ¡qué triste imperio te se ha dado!  
 » Para tal reina necesarios eran  
 » Otros vasallos que admirar supieran  
 » Su mérito, y servirla como el grado  
 » Suyo lo exige, y no esos animales  
 » Tan insensibles como irracionales,  
 » Guiados todos de un instinto ciego.  
 » El hombre sólo, de celeste fuego  
 » Animado, es capaz de hacer el justo  
 » Aprecio del prodigio más augusto  
 » Que ha formado la mano omnipotente.  
 » ¡Mas acaso aun el hombre es suficiente?  
 » A tus virtudes necesaria fuera  
 » Otra más vasta y más brillante esfera.  
 » Sí: el Empíreo sólo merecía  
 » Ser tu palacio (á mi equidad perdona  
 » Si habla sincera): de astros tu corona,  
 » Y de ángeles tu corte ser debía.»

El tentador así con cariñosas  
 Tímidas expresiones, animadas  
 Por las lisonjas más artificiosas,  
 Preparaba camino á sus malvadas  
 Ideas, su veneno gradualmente,  
 De Eva en el corazón introduciendo.

Absorta á un animal hablar oyendo,  
Le fija, y así exclama de repente:

- » ¡Qué es esto! ¡Un bruto articular sonidos,
- » Hablar, usar las mismas expresiones,
- » Que nosotros, mostrar nuestras pasiones!
- » ¿Es un sueño, ó me engañan mis sentidos?
- » Este don era al hombre reservado,
- » Y hasta ahora nunca habían disfrutado
- » Nuestros vasallos de él. Sólo un confuso
- » Imperfecto murmullo concedía
- » El Cielo á su bajeza hasta este día.
- » ¿De cuándo acá se habrá franqueado el uso
- » De la lengua á esa muda muchedumbre,
- » Y de nuestra razón la viva lumbre,
- » Para poder hablar con tal cordura?
- » Con todo, éste, en su gesto, en su figura,
- » Un no sé qué de grande y noble ofrece,
- » Que celeste en sus ojos resplandece.»

Queda un rato suspensa, y nuevamente  
Sigue así: «Pero dime tú, oh Serpiente:  
» Bien me consta que el Cielo te ha dotado  
» De un instinto más vivo que á los otros  
» Brutos; pero en verdad nunca he sabido  
» Que el uso de la voz, como á nosotros  
» Hombres, te hubiese dado.  
» Dime, pues: ¿cómo ha sido,  
» Y por qué á tus iguales nunca he oído  
» Ese lenguaje dulce y lisonjero?»

A esto responde el pérfido embustero:  
» ¡Oh hechizo de belleza sin segundo,  
» Admiración, amor, reina del mundo!  
» A tí, mandar te toca, obedecerte,  
» A mí: has de saber, pues, que yo de suerte  
» Totalmente he mudado: al pronto tuve,  
» Tú pudiste observarlo, la rudeza

- »Aneja á la animal naturaleza:
- »Un vil y ciego instinto me guiaba,
- »Mientras en aquel torpe estado estuve,
- »En lugar de razón: me alimentaba,
- »Cual las demás culebras, de groseros
- »Pastos: tenía sus inclinaciones
- »Materiales, y todas mis acciones,
- »Conformes á la tierra en que arrastraba,
- »Eran terrenas: tal fué en mis primeros
- »Tiempos mi vida, hasta que casualmente
- »En este jardín bello andando errante,
- »Un día... ¡feliz día! ¡el más brillante
- »De mi existencia! repentinamente
- »Ví delante de mí un árbol frondoso,
- »Cuyas fecundas ramas sostenían
- »Sus frutas, que á manera de lucidos
- »Globos de oro, y de púrpura teñidos,
- »En todo aquel contorno deleitoso
- »Vapores celestiales esparcían.
- »Ni la encendida rosa,
- »La violeta olorosa,
- »Ó el romero balsámico, el olfato
- »Recrean, como el fruto milagroso.
- »El olor de la leche, cuando viene
- »Desde el prado abundoso
- »Tu lozano rebaño, no es tan grato
- »Como el que aquella fruta suave tiene,
- »Por más que las ovejas, cariñosa
- »Ordeñes por tu propia mano hermosa.
- »No puedo contenerme: corro; vuelo
- »Adonde mi apetito y sed ardiente,
- »Por la fruta olorosa y excelente
- »Irritados, me impelen: desde el suelo
- »Me enlazo con presteza á aquel robusto
- »Arbol, y trepo por el tronco arriba.

- »A proporción que subo, más á gusto
- »Admiro de la fruta la belleza,
- »Y mi ansia de comerla más se aviva
- »Junto á aquel árbol, sobre todo, viendo
- »Mil animales, que á su vista ardiendo
- »De sed inextinguible, con viveza
- »Lo cercan afanados, procurando
- »Alcanzarla, los cuerpos empinando;
- »Pero en vano se esfuerzan: no pudiendo
- »Cogerla, la devoran con la vista.
- »Tanto del suelo dista,
- »Que tú y tu esposo mismo, con trabajo
- »A ella llegar podríais desde abajo.
- »Véme, pues, ya en la altura, circundado
- »De tesoros que exceden mi codicia,
- »Coger, comer las frutas afanado.
- »Mas ¡qué sabor, oh Dioses! ¡qué delicia!
- »La verde y fresca grama, el abundoso
- »Prado florido al despertar la aurora,
- »Que alegre baña una murmuradora
- »Fuente, no exhalan tan maravilloso
- »Aroma, y no producen la agradable
- »Sensación que aquel fruto inapreciable.
- »Lleno en fin de su jugo delicioso,
- »Un vigor celestial interiormente
- »Siento, que anima toda mi existencia.
- »Me reconozco: veo que una mente
- »Racional en mí habita;
- »Que mis sentidos despertando, excita
- »Un íntimo deleite, una presciencia
- »De la vida inmortal y venturosa,
- »Más dulce que la miel, y más sabrosa
- »Que la ambrosía, y que mi pensamiento
- »Eleva más allá del firmamento.
- »Y aunque aquel rico fruto la figura

- »Me dejó, en que me ves, que antes tenía,
- »Disipó totalmente aquella oscura
- »Noche que mis sentidos envolvía.
- »Hablé como vosotros: desde luego
- »Percibí, lleno de un celeste fuego,
- »Que lo animal en mí, se convertía
- »En un sutil espíritu divino:
- »De par en par sus puertas la ignorancia
- »Abrió á mi vista, y á una gran distancia,
- »Libre prolongó ansiosa su camino
- »Mi fantasía: pude ver sin velo
- »La tierra toda; distinguir el Cielo,
- »Y sentir lo que es bueno, lo que hermoso.
- »En tu sér sólo, ¡objeto milagroso!
- »Las dos prendas se encuentran hermanadas.
- »Las bellezas celestes sonrojadas
- »Te cedez de ambas el laurel glorioso;
- »Y si todo tu mérito yo advierto,
- »Sólo lo debo al fruto que me ha abierto
- »Los ojos, antes ciegos. Él me alienta
- »También á que quizá con indiscreto
- »Celo me acerque á tí, sin hacer cuenta
- »De la distancia á que tu sér perfecto
- »Está del de este siervo, que venera
- »En tí la augusta reina de esta esfera,
- »La que es por sus virtudes acreedora
- »Del Universo todo á ser señora.»

Así con el disfraz de amor, hablaba  
El odio que en su pecho se ocultaba.

- «¡Oh Serpiente! replica Eva aun dudosa;
- »Cuanto tú aplaudes más esa preciosa
- »Fruta, para mí nueva,
- »De cuyo raro efecto no hay más prueba
- »Que tu aseveración, mas sospechosa
- »Me debe parecer: mas dime, ¿el puesto

- »En que ese árbol hallaste está distante  
 »De aquí? ¿Lo encontrarás, yendo delante,  
 »En la espesa arboleda que aquí abunda?  
 »À cada paso veo tal repuesto  
 »De frutas, que la pródiga y fecunda  
 »Naturaleza vierte á manos llenas  
 »Y con tan grande variedad, que apenas  
 »À una pequeña parte todavía  
 »Podemos atender; mas vendrá día  
 »En que disfrutarán de esos pendientes  
 »Bienes mis numerosos descendientes.»

Del seductor el ánimo levanta

Preludio tan feliz, y así responde:

«¡Oh Señora, oh beldad, que al Cielo encanta!

- »No está lejos el árbol: tras de aquellos  
 »Floridos mirtos y rosales bellos,  
 »À nuestra vista desde aquí se esconde,  
 »Y en el llano, al bajar de la colina,  
 »À orillas de una fuente cristalina  
 »Se alza frondoso: allá un corto sendero  
 »Agradable conduce: yo el primero  
 »Yendo, para él te serviré de guía,  
 »Si honrarme quieres con tu compañía.

—»Vamos,» dice Eva; y la maligna fiera,

Que vencedora ya se considera,  
 Rápida resbalando,  
 No arrastra, sino vuela, y culebreando  
 Aun el tránsito acorta. La esperanza  
 Brilla en sus ojos, y la cresta erguida,  
 Con súbita mudanza,  
 Aviva sus colores encendida.  
 Tal de alguna laguna cenagosa  
 El húmedo vapor suele, inflamado,  
 En medio de la sombra tenebrosa  
 De la noche, lucir: el caminante,

Por el faro engañoso alucinado,  
 Sin el menor temor marcha adelante,  
 Fiándose de aquella luz funesta,  
 Por algún mal espíritu dispuesta  
 Para engañarle: sigue entre la oscura  
 Sombra aquel resplandor, que ya se ofrece  
 Á su vista cercano, ya parece  
 Remoto: el infeliz el paso apura  
 Por llegar á él, hasta que por sí mismo  
 Cae en las ondas, ó en algún abismo.  
 Del propio modo Satanás brillaba,  
 Y hacia el árbol fatal á Eva guiaba:  
 Á aquel árbol, origen de los males,  
 ¡Ay de mí! que sufrimos los mortales.

Eva lo ve, se para, y admirada,  
 «Serpiente, dice, guarda para tu uso  
 »Esa fruta tan bella y ponderada!  
 »Que sublimó tu sér. Para mí, fuera  
 »Un delito tocarla, pues que impuso  
 »Dios al hombre por ley la más severa,  
 »Que de ella se abstudiese, y que gozara  
 »De toda la demás que se criara  
 »En el jardín. Como á él establecerla,  
 »Á nosotros nos toca obedecerla.

—»¡Como! replica la Serpiente astuta,  
 »¡Hay en este jardín alguna fruta  
 »Que á los dueños del mundo haya vedado  
 »El mismo que para ellos la ha criado?

—»Y bien, Eva replica, ¿qué extrañeza  
 »Hay en ese precepto, ó qué dureza?  
 »Dios nos dió el libre goce de este hermoso  
 »Jardín, y de sus frutos exquisitos:  
 »Á esto añadió otros dones infinitos:  
 »El de ese árbol tan sólo, cual dañoso  
 »Á nuestra salud misma, ha prohibido,



»Diciéndonos: tened bien entendido,  
»Que si alguno de entrambos se atreviere  
»Á tocar esa fruta, al punto muere.»

Su vil estratagema disfrazando  
Satanás, con el falso colorido  
De amistad, expresiones exhalando  
Compasivas, del hombre se lastima,  
Y de que duramente se le oprima  
Con ley tan caprichosa y tan severa.  
Finge la noble indignación que un justo  
Irritado sintiera,  
Al ver un hecho irregular é injusto.  
Sirviéndole de silla su tortuoso  
Cuerpo, se sienta, y la soberbia frente  
Llena de majestad alza eminente:  
Su aire noble, su gesto, el generoso  
Y vivo fuego que su vista exprime,  
Á su falaz discurso de sublime  
Preludio sirve. Tal, en posteriores  
Tiempos, fué el uso de los oradores  
De la Grecia, y después de los Romanos  
Célebres, cuando Roma á los humanos  
Aun libre dominaba.  
Del gesto y de los ojos la elocuencia  
Muda, insensiblemente preparaba  
De su diestro discurso la influencia.  
El orador profundo, conmovido  
De los grandes asuntos que tenía  
Que tratar, un momento recogido,  
Con el silencio mismo se atraía  
Sus oyentes, logrando penetrarles  
De la importancia de lo que iba á hablarles,  
Con lo que estaban viendo  
En su favor los oídos previniendo.  
Comenzado el discurso, ya süave

Los corazones insensiblemente  
 Enternecía, ya con tono grave  
 Su razón cautivaba: expresamente  
 Callaba algún momento;  
 Mas del gesto y la mano el movimiento  
 Locuaz la voz suplía: lentamente  
 Su prelude unas veces detallaba;  
 Otras, los artificios desdeñando  
 De todo exordio, rápido arrostraba  
 La materia, tronando  
 Desde la alta tribuna, de manera  
 Que nadie á aquel impulso resistiera.  
 Tal Satanás preludia, interrumpiendo  
 El silencio con toda la elocuencia  
 Que en su talento angélico y su ciencia  
 Cabe, su arte infernal desenvolviendo:  
 «¡Oh árbol sagrado, dice, en que escondido  
 »Su germen tiene la sabiduría,  
 »De la experiencia mía  
 »El mundo todo aprenda sorprendido  
 »Tus divinas virtudes! ¡Tú rasgaste  
 »El velo que á mis ojos ocultaba  
 »Los misterios del mundo, y disipaste  
 »La lobreguez profunda que embargaba  
 »Mis sentidos! Por tí, de la belleza  
 »El precio inestimable he conocido,  
 »Y en la naturaleza  
 »Exacto el bien y el mal he distinguido.  
 »Mas tú, oh Reina del mundo, ¿de la muerte  
 »Tímida te recelas? ¿De qué suerte  
 »Herirte puede? ¡Acaso este alimento  
 »Celestial, esta fruta deleitable  
 »Te la podrá causar? Está segura  
 »De que es, cual milagrosa, saludable,  
 »Llena de luces el entennimiento,

- »Pule el ingenio y la razón madura.
- »¿Temes tú que la cólera del Cielo
- »Te devore? Hacia mí los ojos vuelve;
- »Yo la he comido sin ningún recelo,
- »Y no sólo mi sér no se disuelve,
- »Sino que su vital jugo me ha dado
- »Vida más noble, y me ha inmortalizado.
- »¡Cómo! ¿El pródigo Dios su mano cierra
- »Sólo para vosotros? ¿Es probable
- »Que lo que ha concedido á un miserable
- »Bruto niegue á los reyes de la tierra?
- »¿Acaso en la bondad suya cupiera
- »Castigar cual delito la ligera
- »Infracción de un precepto tan odioso?
- »Antes es de pensar que, generoso
- »Cual ser debe, el valor aplaudiría
- »Del que, la cruda muerte despreciando,
- »Todas sus amenazas olvidando,
- »Sus magnánimas miras dirigía
- »Á una suerte más noble y más dichosa,
- »Y á adquirir la preciosa
- »Y necesaria ciencia
- »Que enseña á conocer la diferencia
- »Del bien y el mal, que darnos no ha querido.
- »Sí: sin duda es razón que esté instruído
- »De ella el hombre; del bien para gozarlo,
- »É igualmente del mal para evitarlo.
- »Dios no os puede privar, si fuere justo,
- »De adquirirla; si lo hace será injusto,
- »Y no será ya un Dios, ni un bondadoso
- »Bienhechor, sino un déspota envidioso;
- »En cuyo caso, lejos de humillaros
- »De la ocasión debéis aprovecharos
- »De sacudir su yugo. ¿Y por qué causa
- »Te veo á su amenaza estremecida?

- »Para los seres como tú, inmortales,
- »No es más la muerte que una breve pausa,
- »Un sueño, que les da una nueva vida
- »En que son ya Deidades celestiales.
- »¿Y por qué te parece que se opone
- »A que comáis la fruta milagrosa?
- »¿Por qué á inspiraros tira esos terrores,
- »Sino por estar cierto que se expone
- »A que, de la ignorancia y los errores
- »Libres, si la coméis, su vergonzosa
- »Tiranía, en deidades transformados,
- »Teneros ya no pueda esclavizados?
- »Y esta transformación es indudable
- »Si coméis esa fruta inestimable;
- »Pues si ha divinizado una serpiente,
- »¿Cuánto efecto no hará en vuestra eminente
- »Naturaleza? Dios para vosotros
- »Es lo que sois respecto de nosotros.
- »Y si á vosotros esa fruta iguales
- »Nos hace, os debe de él hacer rivales.
- »Subid, pues, de vasallos á ser reyes,
- »Y de hombres á ser Dioses. Y en efecto,
- »¿En qué os excede, sin con la preciosa
- »Fruta vuestro sér llega á ser perfecto?
- »Libres, independientes de sus leyes,
- »Poderosos como él, y sublimados
- »A una vida celeste y venturosa,
- »De néctar y ambrosía embriagados
- »Por siglos eternos,
- »¿Qué os falta para serle en todo iguales?
- »Si á esos antiguos Dioses envidiosos
- »De los hombres oímos, aseguran
- »Que ellos los han criado, y que si duran,
- »Es por que los sostienen cuidadosos.
- »Con todo, no hay más prueba

»De esto, que el ser vuestra existencia nueva,  
»Y la suya anterior. Mas se figuran,  
»Sin razón, que nosotros les creemos,  
»Pues que la menor duda no tenemos,  
»De que ese activo sol que alumbra el mundo,  
»A todo cuanto existe  
»Ha dado el sér con su calor fecundo,  
»Y por él todo sin cesar subsiste.  
»¿Y quién si no su influjo es el que ha dado  
»La virtud á ese fruto delicioso  
»Para que infunda la sabiduría  
»Y divinice á aquel que lo ha probado?  
»Dios teme que sepamos;  
»Mas, si es cierto que es Todopoderoso,  
»Si es nuestro Rey, ¿de qué temer podría?  
»¿Si provendrá de envidia? ¿Y no es posible  
»Que aun Dios la tenga? ¿Qué necesitamos  
»Más que esto para estar bien persuadidos  
»De que esa fruta tan apetecible,  
»Ese encanto del alma y los sentidos,  
»Es tesoro de vida,  
»De una ciencia divina y escondida,  
»Fuente de nuestra dicha en esta esfera  
»Y prenda de otra eterna y venidera,  
»En la mansión del Cielo deliciosa?  
»Extiende, pues, la mano, y serás Diosa.»

Dijo, y de sus palabras el veneno,  
En el corazón de Eva introducido,  
Lo trastornó. La vista fija ansiosa  
En aquel fruto de atractivos lleno,  
Que por sí suficiente hubiera sido  
Para tentar á la sabiduría  
Misma en persona. Escucha todavía  
Aquella voz que en un anterior sueño  
Exhortado la había con empeño

A que el rico tesoro recogiera.  
 Su vista ya vencida no podía  
 De la fruta apartarse, y el olfato  
 No era posible que se resistiera  
 Al balsámico y grato  
 Olor que en los contornos esparcía.

Un vivo ardor su pecho devoraba,  
 Y como, alto ya el sol, mediaba el día,  
 El apetito más lo acrecentaba,  
 Nuevo atractivo dando al excelente  
 Sustento que á su alcance está pendiente:  
 Apenas puede contener la mano;  
 La belleza, el color, la hora la incitan;  
 Mas con todo, el decreto soberano  
 De Dios aun la contiene; mil contrarias  
 Ideas, mil resoluciones varias  
 Un combate interior en ella excitan,  
 En el cual aun dudosa titubea,  
 Y mientras silenciosa se recrea,  
 La virtud de la fruta recordando,  
 Más en la tentación se va engolfando.

Al fin exclama: «¡Oh soberano fruto,  
 »Hasta ahora para el hombre prohibido,  
 »O por mejor decir, desconocido!  
 »Tu divino manjar ha hecho de un bruto  
 »Un racional que cual nosotros tiene  
 »El don de la palabra, y que ahora viene  
 »De ensayarlo, tu justo elogio haciendo;  
 »Mas ¿qué mucho, si el Dios que lo ha criado,  
 »Sin duda á sus virtudes aludiendo,  
 »Por su boca al vedarlo lo ha ensalzado,  
 »Diciendo que por él se aprendería  
 »Del bien y el mal á hacer la diferencia?  
 »¿Y ese árbol se pretende que sería  
 »Fatal para nosotros? El prohibirlo

- » Por razón semejante,
- » Es dar mayor realce á su excelencia.
- » ¿Quién puede hallar el bien, si está ignorante
- » De lo que es, ó no sabe distinguirlo
- » Del mal? Y sin el bien, ¿quién es dichoso
- » Ni sabio? En consecuencia,
- » El que veda los medios de adquirirlo,
- » En aquel hecho mismo caprichoso,
- » Veda la dicha y la sabiduría:
- » Y atender á esta ley injusta y dura,
- » Más sería flaqueza que cordura.
- » Se nos ha dicho que á la rebeldía
- » Una muerte infalible seguiría;
- » Mas si es así, ¿qué es de esa ponderada
- » Libertad que por Dios ha sido dada
- » A los hombres? ¡Y cuánto más valiera
- » Que prenda tan funesta no nos diera!
- » Por otra parte, esta feliz Serpiente,
- » Que antes, sin voz ni juicio, torpemente,
- » Arrastraba, ha comido esta divina
- » Fruta, y no solamente no se ha muerto,
- » Sino, en un sér sublime transformada,
- » Siente, piensa, discurre, raciocina,
- » Y está aun de mayor dicha asegurada.
- » Bien extraño es por cierto
- » Que Dios al hombre sólo haya prescrito
- » Que se prive de un bien que se concede
- » Á una culebra. ¡En él será un delito
- » Lo que una bestia libremente puede?
- » Aun ese temerario afortunado,
- » Que el primero la fruta ha comenzado,
- » La oferta generosa de partirla
- » Con nosotros nos hace, y en mi juicio,
- » No hay asomo de riesgo en admitirla:
- » Nos demuestra cariño, y de artificio

- »No parece capaz: si la comemos,  
 »El será autor del crimen: no seremos  
 »Mas que cómplices suyos: mas ¿qué digo?  
   »¡Un crimen! ¿Por ventura el crimen cabe  
 »En quien, como nosotros, aun no sabe  
 »Lo que es el bien y el mal, lo que es castigo  
 »O premio, y casi no tiene noticia  
 »De Dios, de su justicia,  
 »Ni de la muerte con que nos espanta?  
 »¡Tú eres de todo mal, árbol divino,  
 »El remedio! ¡tú, oh fruto peregrino,  
 »Cuyo perfume celestial encanta  
 »Mis sentidos, que no menos sabroso  
 »Has de halagar el paladar ansioso,  
 »Tú esparcirás en mi alma la luz pura  
 »De la ciencia, elevándola á la altura  
 »Del Cielo! Fuera dudas: con aliento  
 »Usemos tan benéfico alimento.»

Dice, y en el instante, ¡oh lamentable  
 Ceguedad! á la fruta, la culpable  
 Mano intrépida alarga, y con presteza  
 La coge y la devora.

Apenas tal exceso ha cometido,  
 Cuando el mundo, de horror estremecido,  
 Tiembla. Afligida la naturaleza,  
 Su destrucción irremediable llora,  
 Y hasta los mismos astros enlutados,  
 Niegan al orbe sus acostumbrados  
 Resplandores. Contenta la Serpiente  
 Con su triunfo fatal, huye á ocultarse  
 En algun escondrijo tenebroso.  
 Eva entretanto, lejos de ocuparse  
 En otra cosa, admira con ardiente  
 Ambición su funesta  
 Conquista, y mira aquel día espantoso



Como el de la más grata, alegre fiesta.

Nunca había probado,

En tantas frutas como el espacioso

Jardín poblaban, otra que tuviera

Un gusto tan súaave y delicado.

Sea que con su néctar produjera

Un verdadero encanto en sus sentidos,

O que su ardor de poseer la ciencia,

Y los sublimes bienes prometidos,

Su alma de modo tal embriagara,

Que su natural gusto acrecentara.

En fin, de su apetito la violencia

La hizo comer la fruta, hasta saciarse,

Y en su interior su jugo circulando,

Las fuentes de la vida emponzoñando.,

Lo desordenó todo. Delirante,

Por puntos esperaba transformarse

En Deidad: su soberbia cada instante:

Crecía, y sueltas sus inclinaciones

Del saludable imperio que tenía

Sobre ellas la razón hasta aquel día,

Otras tantas indómitas pasiones

Eran ya, que con furia la arrastraban,

Y de falaces gozos la inundaban.

Llena, pues, de esperanza y de alegría.,

«¡Árbol celeste, exclama, demasiado

»Desconocido hasta ahora! ¡tu sagrado

»Fruto no crió Dios inútilmente!

»¡Con todo, tu riqueza abandonada,

»De las ramas pendiente

»Ha estado largo tiempo, y detestada,

»Cual si un veneno fuese; mas te juro

»Que desde aquí adelante, cuidadosa,

»De tu carga preciosa

»Todos los días correré á aliviarte,

- »Hasta el momento en que tu jugo puro,
- »Divino, eleve mi naturaleza
- »De una Deidad celeste á la grandeza!
- »Parece que los Dioses, en guardarte
- »Un gran cuidado ponen envidiosos.
- »¡Ah, si un bien suyo privativo fueras,
- »De que otros te gozaran recelosos,
- »No dejaran que aquí al riesgo estuvieras!
- »¡Oh benéfica y útil experiencia!
- »¡Salve! ¡Á tí debo todo: tú la ciencia
- »Me has dado: has desterrado mi ignorancia!
- »Por otra parte, es tanta la distancia
- »Que hay del Cielo á la tierra, que es posible,
- »Que á la vista mi acción se haya ocultado
- »De aquellos inmortales moradores.
- »Quizá ese Dios también, cuya terrible
- »Vigilancia ha excitado mis terrores
- »Vanos hasta este punto, incomodado
- »De atender á la inmensa muchedumbre
- »De objetos, descansando del trabajo,
- »Vueltos los ojos á la azul techumbre
- »Un momento, no mira hacia aquí abajo.
- »¿Mas á la vuelta qué dirá mi esposo?
- »¿Le he de dar parte de este venturoso
- »Suceso, dividir con el mi nueva
- »Suerte inmortal, ó bien hacer la prueba
- »De disfrutar yo sola del precioso
- »Don, sin decirle nada?
- »Con esto quedará bien compensada
- »La gran ventaja que su sexo lleva
- »Al mío: me amará más que al presente,
- »Y estaré mucho más independiente
- »De su apoyo: con él podré igualarme,
- »Y aun quizá del dominio apoderarme
- »Que ahora sobre mí tiene. Mas ¡qué digo!

»¡Adónde mi soberbia me extravía!  
 »¿Yo desobedecerte? ¡esposo amado,  
 »Mi único protector, mi tierno amigo!  
 »¿Por ventura olvidarme yo podría,  
 »Infel, faltando á la obligación mía,  
 »Del respeto que amante te he jurado?  
 »¿Y si Eva ser pudiese tan culpable,  
 »No debía temer que la espantable  
 »Ira de Dios de vida la privara,  
 »Y otra nueva Eva para Adán criara?  
 »¡Oh dolor! Este solo pensamiento  
 »De que otra esposa pueda consolarte,  
 »¡Oh caro Adán! el más atroz tormento  
 »Es para tu Eva. No has de separarte  
 »De mí: una misma suerte correremos,  
 »Y las dichas y penas partiremos.  
 »Todo eres para mí. Sin tu amorosa  
 »Compañía, no puedo ser dichosa.  
 »En nada hallo placer: nada alegría  
 »Me causa, si no gozas tú conmigo  
 »De lo que gozo, y un mal no sería  
 »El mismo mal, partiéndolo contigo:  
 »Mi dicha, de la tuya dependiente,  
 »Desaparece estando de tí ausente,  
 »Y así, mil veces más perder la vida  
 »Quisiera, que de tí estar dividida.»

Dicho esto, de ternura enajenada,  
 Ante el árbol funesto arrodillada,  
 Mirando aquella fruta encantadora,  
 Á la Deidad da gracias, protectora,  
 Que, oculta dentro de ella, se imagina  
 Ser la que causa su virtud divina.  
 Marcha después adonde Adán la espera.  
 Este, con impaciencia cariñosa,  
 Que volviese aguardaba.

Y divertido en tanto se ocupaba,  
Para adornar la bella cabellera  
De su adorada esposa,  
En tejer de mil flores enlazada  
Una guirnalda, con que á su llegada  
Tierno su frente coronar quería,  
En la que cual la rosa luciría,  
Sobre las rubias mieses empinada.  
¡Con qué placeres cuenta su impaciente  
Cariño, y que aun serán más lisonjeros  
por el retardo! Mas con todo, siente  
No sé qué especie de terror extraño,  
Que cual siniestro precursor del daño,  
Á pesar suyo le hace hacer agüeros  
Funestos. Así, pues, de su tardanza  
Inquieto, contenerse no pudiendo,  
Á encontrarla se avanza,  
Aquel camino rápido siguiendo  
Del bosquecillo, en que por la mañana  
Su corazón de vista la ha perdido.

Eva, después de haberse despedido  
Del fatal árbol, á su encuentro ufana  
Entonces se venía, y olvidados  
Los instrumentos de labor usados,  
En lugar de ellos, ¡oh dolor! se espanta  
Su esposo, al ver que trae un ramo verde,  
Y de él pendientes las manzanas de oro,  
Por muestras del mortífero tesoro,  
Cuyo perfume ya su olfato encanta.

En conjeturas su ánimo se pierde  
A cual más tristes; pero apresurada  
Eva á su vista ya, con agraciada  
Sonrisa, del retardo el perdón pide,  
Y luego, superando en la dulzura  
De su voz á la fuente que murmura

Entre las guijas, dice: «¡Adán querido!  
» Ya mi pena á tu vista se despide:  
» Muy grande con efecto la he tenido,  
» Pensando en la aflicción que sufriría  
» Tu corazón, al ver que no volvía.  
» Y á mí, ¡cuán largo no me ha parecido  
» El tiempo de tu ausencia! En adelante  
» No hemos de separarnos un instante.  
» Lánguida, triste, ya por experiencia  
» Conozco que con sola tu presencia  
» Vivo. No quiera el Cielo que yo deje  
» Otra vez al amigo, al dulce esposo,  
» Cuya sombra me alienta y me protege,  
» Y á cuyo lado sólo hallo reposo.  
» Mas te diré qué azar ó qué portento,  
» Porque lo es en verdad, ha ocasionado  
» Que tanto en dar la vuelta haya tardado.  
» Sabe que ese árbol que con mandamiento  
» Expreso que toquemos se ha prohibido,  
» Como funesto al mundo, no lo ha sido  
» Ni lo es, antes su fruta saludable,  
» En virtud como en gusto incomparable,  
» Nuestras almas benéfica ilumina  
» Y al cielo las eleva y encamina.

Este descubrimiento á la Serpiente

» Se debe: sea error, sea osadía,  
» A pesar de la muerte que imponía  
» El Cielo al que á comerla se atreviera,  
» Sin temor la comió, y no solamente  
» No ha muerto, sino al punto transformada  
» De un torpe bruto que era  
» En un sér racional, y asegurada  
» De una dicha inmortal, piensa, imagina,  
» Y cual nosotros habla, y raciocina.  
» De su experiencia la verdad constante

- »No me ha dejado sombra de recelo:
- »He comido la fruta, y el consuelo
- »Tengo de que un efecto semejante
- »Ha hecho en mí: desde aquel feliz instante,
- »Totalmente mudada,
- »Veo todo más claro: es más valiente
- »Mi razón: más hermosa y dilatada
- »La esfera que distingo: más ardiente
- »Mi amor, y más sublime mi esperanza:
- »Libre mi ingenio, intrépido se lanza
- »En la inmortalidad, como pudiera
- »El de un Angel: no encuentra impedimentos
- »Que puedan detenerle en su carrera,
- »Y de una Deidad son mis pensamientos.
- »¿Mas todo esto de qué me serviría,
- »Si con mi esposo no lo dividiera?
- »Sus favores en vano agotaría,
- »Oh Adan, la dicha en mí. Si no gozases
- »De ella, serían para mí un tormento.
- »Lo que amas amo: lo que sientes siento:
- »Dejara de existir si me faltases:
- »Aun los bienes que me ha proporcionado
- »La fruta, para tí los he buscado.
- »Toma, pues, de mi mano este precioso
- »Manjar, y como yo, sé venturoso:
- »Que una misma fortuna,
- »Cual nos une el amor, siempre nos una:
- »Que nuestros enlazados corazones
- »Los mismos bienes, las inclinaciones
- »Mismas tengan. La suerte más dichosa,
- »La inmortalidad misma perdería
- »Resignada y gozosa,
- »Si mi amor para tí lo requería;
- »Pero ya no soy dueña de mi suerte,
- »Ya está fija. Ea, pues, sin detenerte

»En frívolos temores, mi ventura

»Con la tuya acrecienta y asegura.»

Así risueña, que es feliz exprime;

Mas ya el delito en su semblante imprime

Su sello: asoman ya los vengadores

Remordimientos, y en su hermosa frente

De la vergüenza encienden los colores.

¡Y qué efecto en Adán no hace el funesto

Discurso! Cual si un rayo de repente

Sobre él cayera, atónito, abismado,

Una estatua parece:

Procura en vano recoger el resto

De su vigor, al golpe aniquilado:

Se erizan sus cabellos, se estremece

Su cuerpo todo: se detiene helada

La sangre, y de su mano desmayada

Caen las frescas rosas que tenía,

Que con otro destino

Más dulce abrió el rocío matutino

De aquel infausto día,

La corona de mirto, y las tejidas

Flores, como Eva bellas y escogidas,

Y como ella ¡ay! marchitas al presente.

Inmóvil, su semblante mudamente

Manifiesta su horror, la vista gira

Enajenada, y en la boca espira

Su moribunda voz. Al fin, rompiendo

Entre sollozos, estas lamentables

Palabras llega á pronunciar gimiendo:

«¡Oh tú, conjunto el más maravilloso

»De cuantos beneficios inefables

»Reparte el Cielo! ¡Su última largueza:

»Del mundo ornato: objeto el más hermoso,

»Que el divino poder ha producido,

»Para hechizar á la naturaleza!

- »Cuanto el alma desea, cuanto agrada
- »La vista: virtud, gracias, y divina
- »Belleza, todo estaba reunido
- »En tí sola. ¡Qué suerte desgraciada
- »Sumergirte ha podido
- »En tan horrenda irremediable ruina!
- »¡Una sola mañana, un breve instante
- »Para perderlo todo fué bastante!
- »¡Todo faltó, faltando tu inocencia!
- »¡Audaz! ¡cómo tuviste la imprudencia
- »De quebrantar rebelde el mandamiento
- »De tu Dios y Señor? ¡Qué malhadado
- »Espíritu, contra ambos conjurado,
- »Te inspiró tan infame atrevimiento?
- »Te perdiste, y contigo me has perdido,
- »¡Cara Eva! pues que estoy ya decidido,
- »Por más riesgo que pueda amenazarte,
- »En tu suerte infeliz á acompañarte.
- »Sabré morir por tí; mas no es posible
- »Que sin tí viva. ¡Y qué vida sería
- »La que gozase, si de tu apacible
- »Dulce trato el destino me privara?
- »Esta privación sola bastaría,
- »Sin otro impulso, para que espirara.
- »¡Cómo podré vivir sin la dulzura
- »De tus miradas, con que á la ternura
- »De las mías respondes? Los hermosos
- »Verjeles, en que hasta ahora venturosos
- »Hemos sido, si yo solo quedase
- »En ellos, y sin tí los habitase,
- »No fueran para mí más que un desierto
- »Solitario, en que todo estaba muerto,
- »Donde presto el dolor me consumiera.
- »¡Ah! por más que el Señor, en consolarme
- »Empeñado, de mí mismo extrajera



»Otra Eva, destinada á acompañarme,  
 »¡Oh mitad de mi vida! ¿qué belleza  
 »De mi pecho la tuya borraría?  
 »No: mi amor vivirá perpetuamente,  
 »Aunque desde este día  
 »De una negra tristeza,  
 »Y de amargura sólo se alimente.

»Dios, de la sangre y la naturaleza,  
 »Nuestras dulces cadenas ha forjado:  
 »Ninguna fuerza puede su apretado  
 »Nudo romper. Si el Cielo te quitara  
 »La vida, y sin tí solo me dejara,  
 »Mayor que tu castigo el mío fuera.  
 »Arrostramos, pues, juntos su severa  
 »Justicia: podrá, es cierto, destruirnos;  
 »Pero no uno del otro dividirnos.»

Dijo; pero apelando á la entereza  
 Que en un mal como aquel irremediable  
 En su carácter era indispensable,  
 Á un tiempo con amor y con firmeza  
 Austera, sigue así: «¡Qué desastrosas  
 »Consecuencias tendrá tu temerario  
 »Arrojo! Es tu delito imperdonable.  
 »Para hacer un ultraje á las sagradas  
 »Leyes de Dios, aun no era necesario  
 »Lo que has hecho; bastaba que mirases  
 »Con codicia la fruta prohibida;  
 »Que sólo en tu interior la deseases.  
 »¡Pues qué será no sólo el alcanzarla,  
 »Sino en la rebeldía endurecida,  
 »Con sacrilega boca devorarla?  
 »Mas lo hecho ya es un mal irreparable,  
 »Aun para el mismo Dios irrevocable;  
 »Que no mueras mi amor con todo espera:  
 »Esa fruta, que á aquel que la comiera

- »De muerte amenazaba, ya al presente  
 »Quizá no es tan dañosa, ni sagrada,  
 »Supuesto que no sólo impunemente  
 »Ese reptil dichoso la ha comido,  
 »Sino que, sublimada  
 »Su natural bajeza, ha conseguido  
 »Volverse en racional, y ahora contento  
 »Alaba su feliz atrevimiento.  
 »Y con efecto, ¿quién pensar podría  
 »Que ese Dios tan benigno y poderoso,  
 »Que nos cedió la vasta monarquía  
 »De este orbe nuevo, quiera caprichoso,  
 »Apenas lo ha criado,  
 »Volver á destruirlo, y juntamente  
 »Al hombre, en quien su imagen ha grabado?  
 »¿Criar y destruir con tal presteza,  
 »No sería para él un indecente  
 »Juego, que no cabría en su grandeza?  
 »El criar es de un Dios; mas de un demonio  
 »Es el destruir. ¡Con qué gozo el Infierno  
 »Triunfara, al ver tan claro testimonio  
 »De inconstancia en los actos del Eterno!  
 »Vé ahí, diría, ese Dios que apenas hace  
 »Una cosa, al instante la deshace:  
 »El Angel pereció: se le ha seguido  
 »El hombre, y al momento ha perecido  
 »Como él: ¿cuál será su obra duradera?  
 »Mas, en fin, sea de esto lo que quiera,  
 »Jamás Adán de tí ha de separarse:  
 »Contigo ha de acabar, ó ha de salvarse.  
 »Que nos pierda tu culpa, ó quede impune,  
 »Una misma fortuna á ambos nos une,  
 »Y nos envolverá, pues somos uno.  
 »Sí: cuando á tí, cara Eva, me reuno,  
 »Dijera que conmigo me reunía:

- »Tu cuerpo de mi cuerpo ha procedido:
- »Tu alma nació también del alma mía:
- »Nunca de mí tú puedes desprenderte,
- »Ni yo de tí: uno en otro confundido,
- »Una es la vida, y lo ha de ser la muerte.
- »¡Oh prodigio de amor y verdadera
- »Amistad! dice su culpada esposa:
- »¿Cómo pagaré yo la generosa
- »Resolución con que sacrificarte
- »Quieres conmigo? ¿Acaso yo pudiera
- »En tal grandeza de ánimo igualarte?
- »También tu ser es mucho más perfecto,
- »Y cuanta gloria nuestro sexo tiene,
- »Sólo del tuyo viene.
- »Mas, ¡oh mi dulce apoyo, cuán completo
- »Mi gozo ha sido, al ver con qué fineza
- »De tu tierno cariño la grandeza
- »Me has probado! ¡Qué idea del amable
- »Lazo que á ambos nos une inseparable,
- »Formar me has hecho! ¡Cuál te has arrojado
- »Á dividir conmigo la amargura
- »Del mal, como has gozado la dulzura
- »De los bienes! ¡Con qué ansia cariñosa
- »Mi culpa como tuya has adoptado,
- »Si en comer esa fruta deleitosa
- »Realmente he delinquido,
- »Si es un mal el comerla! Mas si fuera
- »Un mal, ¿bienes acaso produjera?
- »¿Y cuántos para mí no ha producido?
- »¡A qué sino á esa fruta difamada
- »Del árbol de la ciencia
- »Debo de todas mis felicidades
- »La más preciosa, esas seguridades
- »De ser por tí con tal constancia amada?
- »Pero escucha: si acaso esa sentencia

- »Mortal fuere efectiva, he de deberte
- »Que separes tu suerte de la mía.
- »¿Tendré yo corazón para ofrecerte,
- »Como segunda víctima, al airado
- »Cielo, cuando yo sola le he irritado?
- »Mil veces antes me aniquilaría.
- »¿Pudiera, caro esposo, consolarme,
- »Si á mis males injusta te asociara,
- »Cuando de tí olvidado, á acompañarme
- »Te ofreces con ternura nunca oída,
- »Cuando tu ánimo noble no repara
- »En abrazar á orillas del abismo
- »Á tu Eva y arrojarte en él tú mismo?
- »No; no es tu esposa tan desconocida;
- »Disponga, pues, como quisiere el Cielo
- »De mi suerte y mi vida,
- »Si eres feliz, de todo me consuelo.
- »Pero, ¿qué digo? Lejos que la muerte
- »Me amenace, de nueva fortaleza
- »Siento llenarse mi naturaleza;
- »Un oculto poder en ella vierte
- »El bálsamo vital y la alegría;
- »Mis ojos, que una niebla antes cubría,
- »Se han abierto á la luz más admirable;
- »Un torrente de gozo inagotable,
- »Un mar de claridad inunda mi alma,
- »Y la eterniza en hechicera calma:
- »Justo es que en estos bienes que tu esposa
- »Ha logrado, como ella tengas parte.
- »Pierde, pues, la quimérica y odiosa
- »Aprensión de morir, con que aterrarte
- »La envidia ha pretendido,
- »Y sé osado y feliz cual yo lo he sido.»

Calla dicho esto; pero bien segura  
De su influjo, le abraza con ternura,

Lágrimas de alegría derramando,  
Y en su interior se está congratulando  
De un amor que hace frente  
A la muerte y al mismo Omnipotente  
Por ella. A Adán le da la encantadora,  
Cual premio de su vil condescendencia,  
La fatal fruta, menos seductora,  
Por más que sea hechicera,  
Que una mirada suya lisonjera.  
Vence su vergonzosa complacencia  
Para su esposa sus remordimientos:  
Toma y come la fruta ponzoñosa;  
Se estremecen de nuevo los cimientos  
Del orbe á aquella audacia sediciosa,  
Y la naturaleza con gemidos  
Lamentables explica su quebranto:  
De uno á otro polo el espantoso trueno  
Repite sus horribles estampidos:  
Con todo, aunque de cólera encendidos,  
Los Cielos mismos derramaron llanto.  
Adán, no obstante, á aquel terror ajeno,  
Como si el juicio ya perdido hubiera,  
Por su esposa animado,  
Prolonga alegre su festín vedado  
y duplica su ultraje. Ya están fuera  
De sí uno y otro esposo,  
Embriagados del zumo venenoso  
De aquel manjar: soberbios delirando,  
Mil planes ambiciosos proyectando,  
La tierra con desprecio consideran,  
Y al Cielo audaces remontarse esperan  
Por sendas nuevas: piensan que del suelo  
Ya las alas extienden para el vuelo.  
¡El Cielo! ¡Ah desdichados! ¡sus moradas  
Están para vosotros ya cerradas!

Aun vuestro mutuo amor, antes tan puro,  
 Ya ha tomado del vicio el tinte oscuro,  
 Y transformado en fuego lujurioso,  
 No es más que un torpe impulso vergonzoso.  
 Ellos, ciegos, no notan las mudanzas  
 En su sér corrompido acaecidas,  
 Y llenos de falaces esperanzas.  
 De sí se olvidan y de las temidas  
 Amenazas de Dios. Adán, perdido  
 Como Eva el juicio y el común sentido,  
 A ella su gratitud de esta manera  
 Explica: «¡Qué no debo, amada esposa,  
 »Al amor tuyo! Nunca me atreviera,  
 »Si no es por tí, á probar esa preciosa  
 »Fruta, que sólo siento haber tardado  
 »En conocer, por un temor soñado.  
 »¿Hasta que me ha infundido su divina  
 »Virtud, de tu hermosura peregrina  
 »El precio acaso supe? ¡Dulce encanto  
 »De que me había privado un vano espanto,  
 »A tí sola consagro en adelante  
 »Todas las llamas de mi amor constante;  
 »Jamás con este ardor has sido amada,  
 »O por mejor decir, idolatrada!»

Así Adán á su esposa manifiesta,  
 No ya inocente amor, sino funesta  
 Y tirana pasión que le domina,  
 Que á sujetar con su razón no atina.  
 No menos extraviada y descompuesta  
 Eva, á sus expresiones corresponde:  
 La virtud huye, y el pudor se esconde:  
 Hija del crimen, con su velo espeso  
 La vergüenza servil los sustituye,  
 Y aun ésta no resiste al cruel exceso  
 Del vicio, que á ella misma la destruye.

Así arrastrados de un delirio insano,  
Pasan los padres del linaje humano  
Las horas presurosas, divertidos  
En sus conversaciones  
Locas, y exageradas expresiones,  
Hasta que ya los velos extendidos  
De la noche al retiro los llamaron,  
Y á los brazos del sueño se entregaron:  
¡Sueño cruel! que apagando los ardores  
De la fiebre mortífera que su alma  
En un delirio alegre entretenía,  
Y á la razón volviendo alguna calma,  
Les presentaba todos los horrores  
De su culpa, el castigo que debía  
Caer sobre ellos, y otras espantosas  
Ideas, quizá menos dolorosas  
Que las que al despertarse  
Atónitos verían realizarse.

Apenas, en efecto, fatigados  
De tan fieras imágenes, llamados  
Por el diurno albor están despiertos,  
Cuando ven el abismo en que sumidos  
Por su culpa se encuentran, destruídos  
Sus proyectos y dicha. Quedan yertos  
De terror, y se miran tristemente.  
¿Qué se hizo su virtud, y su inocente  
Alegría anterior? Ambos maldicen  
La luz, que para hacerlos desgraciados  
Viene á dar en sus ojos ofuscados,  
Para que sus fulgores martiricen  
Sus corazones, sus ocultos senos  
Manifestando de malicia llenos.

De ellos habían desaparecido  
La verdad, el candor y la dulzura,  
La calma y la confianza firme y pura

Que da la rectitud de la conciencia;  
 Al mismo tiempo había perecido  
 Aquella sencillez, hija del Cielo,  
 Que sus desnudos cuerpos de decencia  
 Vestía, como un noble y casto velo;  
 La torpeza lo rasga, y los culpados  
 Notan su desnudez avergonzados.  
 A sí mismos quisieran ocultarla,  
 Cuanto más uno de otro reservarla:  
 ¡Triste degradación de la inocencia!  
 Nada hizo Dios que no fuese decente,  
 Y lo es siempre por sí; pues la indecencia,  
 En el pecho del hombre delincuente,  
 Toda la forja la concupiscencia.  
 Así, de sus virtudes despojados,  
 Y de su propia estimación privados  
 Por su delito, mudos, temerosos,  
 Mirando al suelo, van ambos esposos  
 Vagando del jardín por la espesura,  
 No ya al dulce cultivo de costumbre,  
 Sino á buscar alguna sombra oscura  
 En que ocultarse á la importuna lumbre  
 Del Cielo, que hasta entonces los había  
 Con sus luces llenado de alegría.

Adán mismo, no menos confundido  
 Y amedrentado que Eva, un rato largo  
 Guarda silencio: al cabo sin embargo  
 Vuelto á sí mismo, en tono dolorido,  
 «¡Maldita, exclama, sea la Serpiente,  
 »Y la hora en que cedistes imprudente  
 »A sus instigaciones! No comprendo  
 »Por qué prodigio ese reptil impuro  
 »Habla; mas, por desgracia, es bien seguro  
 »Que no erró en su pronóstico, diciendo  
 »Que del hombre la suerte mudaría



- » Y que del bien el mal distinguiría.  
» ¡Ciencia terrible! ¡Distinción funesta!  
» ¡El bien se huyó, y el mal sólo nos resta!  
» Sí: para nuestra ruina se han abierto  
» Nuestros ojos: en ellos luce, es cierto,  
» Un nuevo día; pero solamente  
» Para que nuestras pérdidas veamos;  
» Para que claramente  
» Y con mayor dolor reconozcamos  
» Que están ya nuestras almas despojadas  
» De la felicidad y la inocencia,  
» De la virtud y paz de la conciencia,  
» En fin, de cuantas nobles y sagradas  
» Prendas celestes nos enriquecían,  
» E hijos de Dios ¡ay tristes! nos hacían.  
» ¡Todo lo hemos perdido por un vano  
» Orgullo! Los deseos insolentes,  
» De los torpes placeres el insano  
» Fatal ardor, su sello ignominioso  
» Para siempre han grabado en nuestras frentes,  
» Y nuestros rostros con su ruboroso  
» Color tiñendo, la vergüenza cierra  
» La marcha de estas plagas de la tierra.  
» ¡Y, de hoy en adelante, de qué modo  
» Al Señor presentarnos osaremos,  
» Ni aun la vista de un Ángel sostendremos  
» Ambos, cubiertos de este impuro lodo?  
» Para nosotros ya finalizaron  
» Del Cielo las visitas deliciosas,  
» Aquellas instrucciones amorosas  
» Que hasta ahora nuestras almas encantaron.  
» ¡Y cómo nuestra vista enflaquecida  
» Podría ya sufrir los resplandores  
» De aquellos altos huéspedes? Rendida  
» Al peso de su gloria, á los terrores

- »Que la causara sola su severa  
 »Presencia, desmayada pereciera.  
 »¿No hay desiertos, no hay bosques ignorados,  
 »No hay antros que me presten favorables  
 »Sombras en que esconderme, impenetrables?  
 »¡Vuelve, oh noche, á extender tus enlutados  
 »Eternos velos! ¡Que en tu horror profundo  
 »Este infeliz se abrigue  
 »De los ojos del mundo,  
 »De la venganza cruel que le persigue!  
 »¡Frondosos cedros, negras espeşuras,  
 »Por piedad, amparadme!  
 »¡Redoblad, apiñad vuestras oscuras  
 »Sombras; formad un tenebroso abismo  
 »En que yo me refugie, y ocultadme  
 »Del resplandor del día, y de mí mismo!  
 »Veamos, á lo menos, si encontramos  
 »Algunas hojas grandes, que podamos  
 »Emplear en cubrir la ignominiosa  
 »Desnudez de estos cuerpos degradados.  
 »Evitemos con esto la penosa  
 »Fatiga de estar ambos sonrojados.»

Hacia el centro del bosque más espeso  
 Marchan entonces, y una grande higuera  
 Encuentran; no de aquellas que cualquiera  
 De nosotros conoce, que sabrosa  
 Fruta da, sino de otras con exceso  
 Mayores, y cuya hoja ancha y frondosa,  
 Es la más propia para aquel destino.  
 Como todos, este árbol peregrino  
 Allí se hallaba, que ahora sólo crece  
 A la orilla del Ganges caudaloso.  
 Debajo de su sombra, un espacioso  
 Terreno contra el sol abrigo ofrece,  
 Formando con sus ramas extendidas

Verdes arcos doblados hasta el suelo,  
Que aumentan cada día, pues prendidas  
En el, todas en árboles hermosos  
Se vuelven, que ensanchando el denso velo,  
Al viejo tronco cercan orgullosos.  
Debajo de ellos, el pastor tostado  
Del sol ardiente, que en aquella zona  
Abrasa, encuentra para su persona,  
Y no menos también para el ganado,  
Un fresco y vasto asilo en que esconderse,  
Mientras pasa el calor del mediodía,  
Y tierna hierbecilla en que tenderse.  
Allí al són del rabel, con armonía  
Rústica, entona su sencillo canto,  
O por entre las ramas, entre tanto  
Que su ganado plácido sesteá,  
En mirarlo y contarle se recrea.

De aquellas hojas pues, que á los escudos  
De que las amazonas belicosas  
Usaron, en tamaño disputaban,  
Adán hizo cinturas, que oficiosas,  
De sus cuerpos desnudos  
A la decencia principal bastaban.  
¡Dichosos si de su alma las impuras  
Manchas del mismo modo consiguieran  
Esconder! Mas en vano lo quisieran.  
¡Infelices, habían ya perdido  
Del candor y virtud las vestiduras  
Preciosas que la gracia había tejido!  
Así cuando Colón con las hispanas  
Naves descubrió osado las lejanas  
Regiones de la América, se vieron  
Los Indios, de cinturas emplumadas  
Cubiertos, ocupar las dilatadas  
Riberas de la mar, en que surgieron,

Y creyendo el vestido suficiente,  
Sin rubor recibir la extraña gente.  
En ellos la ignorancia un suplemento  
Era de la inocencia.

Dotados de mayor conocimiento,  
Adán y Eva, de aquella indiferencia  
No eran capaces. Ambos afligidos,  
Más su interior vergüenza lamentaban  
Aún que la exterior, y no encontraban  
Modo de remediarla. Al fin, rendidos  
De fatiga, en tierra se postraron,  
Y con amargo llanto la regaron.  
Tiemblan sintiendo sobre su cabeza  
Bramar la tempestad; pero aun más dura  
Es la que dentro de sus corazones  
Les amenaza. Soplan con fiereza  
Mil opuestas pasiones:  
El pesar, las sospechas y la oscura  
Desconfianza, el ardor desenfrenado  
Del deleite, el temor desordenado,  
El odio insano y el furor horrible,  
Aquel asilo en que la paz moraba  
Ocupan y revuelven á porfía.  
Llega á un exceso tal su rebeldía  
Contra el gobierno justo y apacible  
De la recta razón que antes reinaba  
Sobre ellas, que en lugar de darlas leyes,  
La tienen por su esclava,  
Y todas ellas se han hecho sus reyes.

Al fin Adán, no aquel cuya alma pura  
A su Eva prodigaba la ternura,  
Sino Adán delincuente, Adán proscrito,  
Así ahora la echa en cara su delito:

«¡Oh infiel mujer! ¿por qué no aprovechaste  
»Mis consejos? ¿Por qué te separaste



»De mí? Si tu obstinada rebeldía  
»No te hubiera apartado de mis ojos,  
»Nuestra felicidad existiría.  
»Quien por vanos antojos,  
»Como tú, á los peligros se aventura,  
»Perece en ellos. Es una locura  
»Propia de un temerario el provocarlos:  
»El sabio hace su empeño de evitarlos.  
»Así tu esposo te lo aconsejaba;  
»Debías ciegamente obedecerle.  
»Dios mismo lo mandaba,  
»Y sólo el exponerte era ofenderle.

—»¿Por qué motivo—le replica airada  
»Eva—me reconvienes tan sangriento,  
»Del error de un momento,  
»De un crimen totalmente involuntario,  
»Que aunque no hubiera estado separada  
»De tí, quizá igualmente acaeciera,  
»Y que tal vez mi esposo cometiera  
»Como yo, sin que fuese necesario  
»Que de mí se apartase, si le hubiese  
»La suerte un igual lance presentado?  
»Ningún motivo de odio había yo dado  
»Al seductor; y así ¿cómo podía  
»Recelar que él á mí me aborreciese,  
»Y que tramase la perdición mía?  
»Por otra parte, ¿habrá el Señor querido  
»Criar en mí una esclava, destinada  
»A estar siempre á tu lado, condenada,  
»Cual si un irracional hubiera sido,  
»De tu capricho sólo dependiente,  
»Á no moverse sino de orden tuya  
»Y á no hacer nunca la voluntad suya?  
»Si he delinquido, tú principalmente  
»Tienes la culpa. ¿No era yo tu esposa?

- »¿No estaba yo sujeta á tu obediencia?
- »¿Pues por qué, si el peligro conociste,
- »La autoridad de esposo no ejerciste
- »Para impedir mi prueba perniciosa?
- »¡Ah! á no ser tanta tu condescendencia,
- »Sabes que yo te hubiera obedecido.
- »Era obligación mía:
- »Esa flaqueza, pues, nos ha perdido:
- »Sin ella nuestra dicha aun duraría.»

Estas duras palabras, en su esposo  
 Ocasionaron por la vez primera  
 La más ardiente cólera, y furioso  
 Dijo con bronca voz de esta manera:

- «Autora de mi ruina y juntamente
- »¡Ay triste! de la tuya, ¿es este el precio
- »De mi amor? ¿Así pagas mi ternura?
- »De tu extravío víctima inocente,
- »Al extremo por tí precipitado
- »De la desgracia, sin hacer aprecio
- »De mi propia amargura,
- »Tú lo sabes, de amor arrebatado,
- »Por lograr de tus penas consolarte,
- »Pudiendo continuar en ser dichoso,
- »Inmortal, preferí el acompañarte
- »En tu infidelidad, y al espantoso
- »Abismo en que te habías sumergido
- »Contigo me arrojé: la ira divina
- »Por tí arrostré atrevido,
- »¿Y ahora, ¡ingrata! me imputas tu ruina?
- »Dices que yo debiera haber hecho uso
- »De aquella autoridad de que gozaba:
- »¿Mas acaso el amor esa severa
- »Opresión sufre? ¿Qué es lo que pudiera
- »Hacer más que lo que hice? No rehusó,
- »Ya que has dicho que no eres tú mi esclava,

- »Tu mismo testimonio. ¿No te dije,
- »Anuncié, repetí el riesgo inminente
- »A que te conducía tu imprudente
- »Capricho? ¿No predije
- »Tu perdición? ¿Acaso yo debía
- »Valerme contra tí de la violencia?
- »Y aunque cedieses á mi tiranía,
- »¿A los ojos del Cielo, la obediencia
- »Sin libertad, qué vale? Dios te había
- »Criado libre: lo eras, y en tu mano
- »Tu suerte estaba. Si un antojo vano,
- »Si una falsa virtud te han seducido,
- »Quéjate de tu orgullo presumido.
- »¡Temeraria! Creiste alcanzar gloria,
- »El peligro arrostrando
- »Y mis tiernas congojas despreciando:
- »Tuviste por segura la victoria.
- »Te engañaste: también yo me engañaba
- »Cuando gozoso una virtud contaba
- »En cada rasgo de tu incomparable
- »Belleza, y te creía inexpugnable.
- »Me flé en tu constancia:
- »Gradué de celo santo tu arrogancia,
- »Y no dudé que tu alma generosa
- »Volviese del combate más gloriosa.
- »Si en esto he delinquido,
- »El amor mi delito ha producido:
- »Y con todo, ¿en lugar de consolarme
- »Aun del tuyo te atreves á acusarme?
- »¡Sexo ingrato! ¡Infeliz el que delire
- »Contigo, y á ganar tu amor aspire,
- »De su débil razón el soberano
- »Cetro poniendo en tu ligera mano!
- »Tu corazón, de ciego orgullo lleno,
- »En el imperio no conoce freno,

- »Y si tu empeño sale desgraciado,
- »Lejos de confesar que eres culpado,
- »El primero le achacas con dureza
- »De habértelo cedido la flaqueza.»

Así los dos con rabia se acusaban,  
Y á pagar su delito comenzaban.

---





---

---

## LIBRO DÉCIMO.

---

### SUMARIO.

SABIDA la desobediencia del hombre, los Angeles abandonan el Paraíso. El Hijo de Dios, enviado para juzgar los culpados, baja, pronuncia la sentencia, y movido de compasión, viste su desnudez, después de lo cual vuelve á su Padre. El Pecado y la Muerte, barruntando el suceso de Satanás, desiertan de las puertas del Infierno, y vienen á buscarle á la tierra, construyendo un puente de comunicación entre el Infierno y la tierra, al través del Caos. Encuentran al cabo á Satanás, y se congratulan mutuamente. Satanás vuelve á los Infiernos, y cuenta á la asamblea de los rebeldes su victoria sobre el hombre. En lugar de aplausos, transformados de repente en serpientes, arrastran conforme á su sentencia, y le responden con silbidos. Se eleva cerca de ellos un bosque de frutales, de la misma especie que el vedado. Atormentados de hambre y de sed, acuden á comer la fruta, y se les convierte en la boca en polvos y ceniza amarga. El Pecado y la Muerte inficionan la naturaleza. Dios pronostica que su Hijo destruirá algun día aquellos dos monstruos. Manda á sus Angeles que hagan diversas alteraciones en los Cielos y en los elementos. Adán, conociendo cada vez mas la mutación de su estado, llora amargamente, y rechaza con dureza á Eva, que se esfuerza á consolarle. Al fin consigue apaciguarle, y propone dos medios violentos para impedir la propagación de sus desgracias en su posteridad. Adán los reprueba, manifiesta mejores esperanzas, la recuerda la promesa que se les ha hecho de que su linaje tomará venganza de la serpiente, y la exhorta á unirse con él para aplacar con la penitencia y las oraciones á la Deidad ofendida.

Del Eterno la vista vigilante,  
Á que nada se esconde, del triunfante  
Satanás ha advertido la malvada  
Trama: la perdición de Eva engañada,  
Y su débil marido  
Por ella tristemente seducido.

Bueno, mas justo, permitió que fuera  
Tentado el hombre, para que pudiera  
Probar su lealtad. Libre, y armado  
Por la sabiduría  
De una voluntad recta y de un talento  
Claro, por la razón encaminado,  
Nada influía en su consentimiento:  
El vencer de su arbitrio dependía,  
El peligro evitando,  
O al enemigo astuto rechazando,  
Sea que de la fuerza abierta usara,  
O que un pérfido afecto simulara.  
Dios mismo les había prohibido  
Por su boca la fruta envenenada  
Del árbol de la ciencia.  
Entrambos en la audaz desobediencia  
Cómplices, del delito cometido,  
Víctimas son de su justicia airada:  
Nada puede salvarlos. De improvisó  
Abandonan á un tiempo el Paraíso  
Las escuadras celestes, de tristeza  
Mudas al ver del hombre, antes su amigo,  
La desgraciada súbita flaqueza;  
Y el degradado suelo  
Dejan, tomando hacia el Empíreo el vuelo.  
No conciben por qué arte el enemigo  
Infernal ha podido introducirse  
En Edén, y á sus guardias encubrirse.  
En el Cielo, esta angélica milicia  
Halla al llegar sembrada la noticia.  
Aquellos ciudadanos celestiales  
Lloraban ya del hombre las fatales  
Miserias; mas no obstante,  
No había marchitado su semblante  
Aquel pesar, pues su naturaleza,

Incapaz de tristeza

Sino en cuanto su dicha permitía,

De un gozo celestial resplandecía.

Quisieran saber todos cómo ha sido

La perdición del hombre; lo acaecido

Entre él y Satanás: á los que vienen

Curiosos cercan; pero apresurados

Estos de presentarse á su divino

Señor, no se detienen,

Hasta que de su trono al pie postrados

Se presentan. Entonces de su altura,

Á manera de trueno repentino,

Rompe por medio de la niebla oscura

Que la cerca, una voz, estremeciendo

El Cielo todo, y clara, así diciendo:

«Espíritus celestes, ese llanto

»De vuestros corazones generosos

»Por la caída del hombre, al punto cese:

»No deben la tristeza ni el espanto

»Morar entre mis siervos venturosos.

»Mucho antes que este lance sucediese,

»El día mismo en que forzó el malvado

»Satanás el Infierno, fué anunciado

»Por mí el crimen del hombre deleznable:

»Se le advirtió del riesgo: si es culpable,

»Á sí solo atribuya su caída:

»Crié á los hombres libres: por su gusto

»Han destruído el equilibrio justo

»Que puse en su razón: se han persuadido,

»Al ver por un momento suspendida

»Mi venganza, poder impunemente

»Echar mis amenazas en olvido,

»Reirse de mi cólera; mas presto,

»Ya que á vista del mundo fué ultrajada

»Mi piedad tan cruelmente,

- »De él mi justicia volverá vengada.  
 »¡Oh hijo mío! que vayas he dispuesto  
 »Á imponer el castigo á esos culpados.  
 »Cual los cielos, la tierra y los infiernos  
 »Obedezcan rendidos tus eternos  
 »Decretos, y á tus piés arrodillados  
 »Por su juez te conozcan; mas, del juicio  
 »Que hagas, templa el rigor por la clemencia.  
 »Que el hombre reconozca un Dios propicio  
 »En su juez; que en él vea su divino  
 »Medianero futuro,  
 »Que, á pesar de su atroz desobediencia,  
 »De compasión movido le destino:  
 »Pues tú has de ser el que del yugo duro  
 »Le libre con el tiempo del pecado,  
 »Como á su redentor á tí te toca  
 »Suavizar la pena de su loca  
 »Transgresión: que el amor dulce modere  
 »El rigor justo que el exceso osado  
 »Por sí mismo requiere.»

Á estas palabras, vuelto hacia su diestra,  
 Donde el Verbo divino está sentado,  
 En él su resplandor eterno muestra  
 Todo, y el Hijo, viva imagen suya,  
 Así responde con serena frente  
 A su celeste Padre: «A la orden tuya  
 »Parto á dar al instante cumplimiento:  
 »Juzgaré á ese linaje delincuente:  
 »Tu ira terrible quedará calmada:  
 »Mi gloria en complacerte está cifrada;  
 »Mas sabes que tengo hecho juramento  
 »Que cuando de los siglos la carrera  
 »El destinado tiempo haya traído,  
 »He de bajar á la terrestre esfera  
 »A sufrir lo que el hombre ha merecido.

- »Reparador divino de la humana  
 »Naturaleza ser he pròmetido,  
 »Y mi promesa no debe ser vana:  
 »Holocausto sagrado  
 »Seré yo, y detendré tu brazo airado.  
 »A la piedad permite que propicia  
 »Temple la rigidez de la justicia:  
 »Que á la tormenta atroz de la venganza,  
 »Del perdón dulce siga la bonanza:  
 »Que en todo tu grandeza al mundo asombre,  
 »Y como tema, así aplauda tu nombre.  
     »Todos los hombres de hoy en adelante  
 »Deben hallar en mí amparo constante.  
 »En cuanto á esos esposos desgraciados,  
 »Antes que llegue el tiempo en que juzgados  
 »Hayan de ser por mí solemnemente,  
 »Los examinaré privadamente.  
 »Por lo que hace al autor de su caída,  
 »Su fuga y su maldad ya conocida  
 »La convencen. Que tiemble del terrible  
 »Castigo que le espera. El insensible  
 »Reptil, que le ha servido de instrumento,  
 »No necesita de convencimiento.»

Dijo, y de la sagrada  
 Mansión de la deidad, en que radiante  
 De inmortal gloria, de su Padre al lado  
 Desde la eternidad está sentado,  
 Parte. Por la carrera dilatada  
 Por donde ha de pasar á la distante  
 Puerta que está del Cielo á los confines,  
 Arcángeles, Virtudes, Serafines,  
 Todo el celeste ejército reunido,  
 En filas ordenado, está tendido,  
 Pronto á seguirle; pero recibida  
 La orden, queda á las puertas detenida

Su inmensa multitud. De allí lejano  
El Edén delicioso, del humano  
Linaje habitación, se descubría.  
Solo, sin compañía  
Ni corte alguna, desde aquella altura  
El Hijo del Eterno la onda pura  
Del éter corta. En vano pretendiera  
Un ingenio criado  
Medir la rapidez con que á la esfera  
Terrestre llega: aun antes que pensado,  
Aquel viaje veloz está concluido.

Ya el sol, menos ardiente,  
Su carrera inclinaba al Occidente;  
Los céfiros süaves jugueteaban  
Entre las plantas del Edén florido,  
Y sus espesas hojas agitaban  
Con murmullo, que el eco repetía,  
Y como todo, á Adán estremecía.  
Dios le llama de pronto. Ambos esposos  
Infelices, turbados,  
De su ira merecida temerosos,  
Con que ya su conciencia los acosa,  
Huyen á toda prisa, y emboscados  
De una selva inmediata en la espesura,  
Procuran ocultar su vergonzosa  
Desnudez, y el rubor de su semblante,  
De su culpa la prueba más segura.

Los distingue la vista penetrante  
Del Señor, que visible á ellos se avanza,  
Diciendo: «Por qué, Adán, de la presencia  
»De tu Dios huyes? tú, que tal confianza  
»Antes en mí tenías, que á mi encuentro  
»Corrías con alegre diligencia  
»A bendecirme, al punto que llegaba,  
»Como Eva, que igualmente me adoraba.

- »¿Por qué ahora amedrentados en el centro
- »Del bosque, entre sus sombras un abrigo
- »Buscáis, cual si llegara un enemigo?
- »Aun este jardín bello que os he dado
- »Para que su cultivo os divirtiera,
- »Le veo enteramente descuidado.
- »Esas graciosas flores, la primera
- »Atención de Eva, lánguidas, caídas,
- »Parece que me dicen afligidas
- »Que el encargo que os dí no habéis cumplido.
- »¿En qué consiste ese culpable olvido?
- »¿Desconoces ya á tu amo?
- »¿Por qué no venís ambos cuando os llamo?

»Ven.» Adán obedece: desconfiada  
 Eva le sigue, no con el risueño  
 Gesto con que del crimen el empeño  
 Arrostrar se la vió; mas vergonzosa,  
 Detrás de su marido regazada  
 Tirándose á ocultar. Ambos esposos,  
 Del delirio despiertos, la llorosa  
 Vista á alzar no se atreven, y parados  
 A una larga distancia, temerosos  
 Se humillan, en el polvo arrodillados (1).

Ni el amor á su Dios, ni la ternura  
 Que debían tenerse mutuamente,  
 Se ve en su rostro como anteriormente.  
 Su áspero ceño, su mirada oscura,  
 El odio, la venganza y la tristeza,  
 Y de un vil egoísmo la dureza,  
 Juntos con el terror, sólo presentan,  
 Que aquellos corazones atormentan  
 Su indignidad forzados conociendo,  
 A su Dios no se atreven á acercarse:  
 Jamás ya volverán á renovarse  
 Los amables coloquios en que, abriendo



Su pecho á su Señor con dulce encanto,  
 Ardían en su amor sus corazones;  
 Hoy los abrasan solas las pasiones.

Adán responde al fin lleno de espanto:

«El eco de tu voz he percibido,  
 »Señor; pero desnudo, no he tenido  
 »Valor para llegar á tu presencia.

—»¿Y á quién, le dice Dios, la inteligencia  
 »De que desnudo te hallas has debido?  
 »¿Cómo mi voz, que todo tu consuelo  
 »Antes era, te inspira ahora recelo?  
 »¿Desde cuándo la temes desconfiado?  
 »Habla: ¿has tenido acaso la osadía  
 »De tocar á la fruta que he vedado?»

A esta tonante voz, más formidable  
 Para él que el rayo, exclama tristemente  
 Adán, que su sentencia en ella oía:

«¡Y qué haré en este lance, oh miserable!  
 »¿Qué partido tomar? ¡tengo presente  
 »Mi juez! En este instante pavoroso,  
 »Es preciso, ó qué solo el riguroso  
 »Justo castigo sufra, ó que á una esposa  
 »Que tiernamente quiero,  
 »Que es el único hechizo de mi vida,  
 »Por premio de su fe y su amor sincero,  
 »Acuse como autora de la odiosa  
 »Culpa. Quisiera más que tu encendida  
 »Ira sobre mí solo fulminara:  
 »La mitad de mí mismo al fin salvara.  
 »Mas tú, ¡oh Dios! ves mi suerte lamentable,  
 »Ves la pena interior que estoy sufriendo.  
 »Tu voz va á pronunciar mi irrevocable  
 »Sentencia. ¿Puedo yo ocultarte acaso  
 »La parte que ha tenido en mi fracaso?  
 »¿Cómo sufrir yo sólo el peso horrendo

- »Del enojo de un Dios, el vergonzoso  
 »Rubor del crimen, tu severo juicio,  
 »Para mí aun más terrible que el suplicio?  
 »Y aun cuando yo mi cómplice quisiera  
 »Ocultar cuidadoso,  
 »¿A tu irritada vista se escondiera?  
     »Diré, pues, que aquel sér que me dijiste  
 »Que me haría dichoso, aquel modelo  
 »De fe, amor y constancia, en el que uniste  
 »Con divino desvelo  
 »Todas las gracias, toda la hermosura,  
 »Que á una peña forzara á la ternura;  
 »La esposa, en fin, que tu beneficencia  
 »Me dió, como un dechado de inocencia  
 »Y de virtud, la fruta que ha cogido  
 »Me ha presentado, y yo la he recibido. »  
 Entonces el Señor le manifiesta  
 Su Majestad visible, y le contesta:  
 «¡Ingrato! ¿Por ventura  
 »Tu esposa era tu Dios, para que hicieras:  
 »Su voluntad, y á mí la prefirieras?  
 »¿Te la había yo dado por segura  
 »Norma de tu conducta? ¿La había hecho.  
 »Arbitra de tu suerte? ¿Poseía  
 »Los dones con que yo te distinguía.  
 »Tus varoniles prendas, tu derecho  
 »Al mando, de tu sexo la firmeza,  
 »De tu razón la sólida cordura?  
 »La prodigué las gracias, la dulzura,  
 »El pudor, la inocencia y la belleza;  
 »Mas no la autoridad. Era su suerte  
 »La de amarte leal, y obedecerte:  
 »En el segundo rango colocada,  
 »Libre, pero á tus leyes arreglada:  
 »La tuya era mandar. Tú, envilecido,

- »Tu noble imperio echastes en olvido:
- »A su capricho frívolo cediste,
- »Y por no disgustarla, me ofendiste.»

Dicho esto, á Eva pregunta brevemente:

- «¿Cuál fué la causa de que tú alcanzaras
- »La fruta, y mi precepto quebrantarás?»

Eva, bajando vergonzosamente

La vista al suelo, dice: «La Serpiente

- »Me engañó: ponderó lo buena que era,
- »Y al cabo consiguió que la comiera.»

A estas palabras, el Señor, airado,  
Castigar quiere á un tiempo á ambos esposos.  
Y vengarlos de aquel sér depravado  
Que los ha seducido.

A él, pues, primeramente dirigido:

- «¡Oh tú, dice, que con tus maliciosos
- »Artificios al lazo has arrastrado
- »Estas víctimas; órgano proscrito
- »De la perfidia, origen del delito,
- »Serpiente, autor de tan horribles males,
- »Seas maldito entre los animales;
- »Vilmente arrastres siempre por la tierra:
- »Entre tí y la mujer, eterna guerra
- »Haya, que dure entre sus descendientes
- »Y los de tu ralea procedentes.
- »Un día vendrá, un día, en que, triunfante,
- »Con sus pies te quebrante
- »La orgullosa cabeza,
- »En el punto en que logre tu fiereza
- »Morderla en el talón. La has engañado;
- »Pero serás por ella subyugado!»

Este oráculo santo, en los futuros  
Siglos tuvo perfecto cumplimiento,  
Cuando el Verbo divino el nacimiento  
Tuvo en el mundo de otra Eva más pura.

Antes, su ira terrible en los oscuros  
 Calabozos y simas infernales  
 A Satanás con toda aquella impura  
 Turba de desleales  
 Secuaces arrojó precipitados;  
 Y aun más después, su orgullo confundiendo,  
 La tierra le vió hecho hombre; reviviendo  
 Del lóbrego sepulcro, quebrantados  
 Los cotos de la muerte y del Infierno,  
 Sobre sus ruinas un imperio eterno  
 Fundar, llevando por los aires, vivos,  
 Libres, en noble triunfo sus cautivos,  
 Y bienhechor del mundo, abrir la entrada  
 De los Cielos, al hombre antes cerrada.

Hoy, del Padre ejerciendo la severa  
 Justicia, pronunció de esta manera:  
 «Eva: con los trabajos más prolijos  
 »Y dolores, darás á luz tus hijos,  
 »Y vivirás sujeta á tu marido.—  
 »Y tú, ¡hombre débil! que por complacencia  
 »Hacia ella, mi precepto has transgredido,  
 »Pagarás cara tu desobediencia.  
 »Ahora á tu vista la naturaleza  
 »Va á perder casi toda su belleza:  
 »Por tus miserias contarás tus días,  
 »¡Ingrato! y el tributo voluntario  
 »Y rico que del campo recogías,  
 »Cesará: negará la avara tierra  
 »A tu hambre los tesoros que en sí encierra.  
 »Te será necesario  
 »Atormentarla con afán penoso,  
 »Y sin cesar, para que te alimente:  
 »Con sudor de tu rostro el doloroso  
 »Pan comerás: estéril, desolada,  
 »Sólo se mostrará espontáneamente

»De cardos y de espinos erizada.  
»Polvo eres: de su seno producido,  
»Volverás á ella en polvo convertido.»

Así aquel Dios, propicio y justiciero  
A un tiempo, los estragos anunciaba  
De la espantosa muerte, y moderaba  
De su justicia eterna los terrores,  
Dilatando hacia el tiempo venidero,  
Y á una época distante,  
Su amenaza y sus golpes vengadores.  
Y en tanto su bondad, que en adelante  
Su grandeza humillar tanto pensaba,  
Que á sus caros discípulos sirviera  
Como si el más rendido esclavo fuera,  
Ya cariñosa se ensayó aquel día;  
Pues como la estación amenazaba  
La próxima llegada del helado  
Invierno, aquel Dios bueno, que aun quería  
Mostrar su amor al hombre, aunque culpado,  
A los dos delincuentes, de la lana  
Del ganado, les hizo, con humana  
Compasión, ropas con que se vistiesen,  
Y sus cuerpos del frío guareciesen:  
¡Solicitud de un padre el más piadoso!  
Mas no basta que el cuerpo esté vestido,  
Supuesto que sus almas han perdido  
La virtud, su ornamento el más precioso  
Queriendo, pues, cubrir esta indecencia  
A los ojos del Cielo, los reviste  
De su propia inocencia.

Ya cumplido su encargo, de la triste  
Pareja se separa, y vuelve, lleno  
De gloria, de su Eterno padre al seno:  
De lo hecho á darle cuenta allí procede,  
Y piadoso intercede

Por aquellos esposos desleales;  
 Pero antes que el pecado  
 Del hombre el mundo hubiera profanado,  
 Cuando ya Satanás, las infernales  
 Puertas forzando, el vuelo á él dirigía,  
 La Culpa, de la Muerte acompañada,  
 Pensativa quedó en la abierta entrada,  
 Por la que un río rápido salía  
 de negras llamas, que en el caos horrendo  
 Se iban por todas partes extendiendo.

La Culpa al fin, se vuelve al hijo fiero,  
 Y así le dice: «Cuando considero  
 »Que por nosotros ahora mi querido  
 »Padre está mil peligros arrostrando,  
 »En un desconocido  
 »Clima, tal vez, osado conquistando  
 »Un mundo en que vivamos agradable,  
 »Me avergüenzo de ver que nos estemos  
 »Entregados á un ocio despreciable,  
 »Y su ambición gloriosa no imitemos.  
 »El sin duda ha salido victorioso;  
 »Si así no fuera, el brazo poderoso  
 »De Dios, segunda vez á este abrasado  
 »Pozo le hubiera ya precipitado;  
 »Pues ningún otro abismo hallar pudiera  
 »Más cruel, para saciar su saña fiera.  
 »Sí: veo nuestro imperio ya extendido:  
 »Mi interior me lo dicta: ya ha venido  
 »El tiempo en que podamos sin recelo  
 »Á esas remotas playas nuestro vuelo  
 »Levantar. Un poder desconocido  
 »Alas parece darme, y me convida  
 »Con atractivo fuerte á que allí acuda,  
 »Como á mi cara patria, en que otra vida  
 »Mejor disfrute, y á que por la muda

»Región del Cielo tome mi camino,  
 »Para llegar á aquel feliz destino;  
 »Que para ello hallaré una regia vía  
 »En la bóveda inmensa que el profundo  
 »Infierno une á la tierra,  
 »Atravesando por el infecundo  
 »Vacío que á ella en derechura guía:  
 »Esto me inspira, y mi terror destierra.

»Veo, en efecto, del sepulcro oscuro  
 »Que habitamos, abierto ya espacioso  
 »Paso á este nuevo mundo deleitoso,  
 »Digno en verdad de todo nuestro apuro.  
 »Yo á intentarlo estoy ya determinada.  
 »Ni trabajos, ni penas, ni el castigo .  
 »Con que nos amenaza ese enemigo  
 »Que nos echó á esta cárcel desgraciada,  
 »Me detendrán; pues una vez abierta  
 »Por mi mano, no puedo ya agraviarle  
 »Mas, y sería inútil contemplarle;  
 »Y, ó por mi corazón soy engañada,  
 »O la fortuna de la empresa es cierta.

—»Estoy pronto á seguirte, la responde  
 »El esqueleto negro y descarnado:  
 »Nada de cuanto hablaste se me esconde,  
 »Lo iba á decir, y te has anticipado:  
 »Partamos pues, unidos al momento:  
 »Precediéndome tú, estoy bien seguro  
 »De no errar el camino: además, siento,  
 »Si no me engaño, que por el oscuro  
 »Caos difunden ya aquellas vitales  
 »Playas algunos hálitos mortales,  
 »Que hasta aquí llegan: vamos sin tardanza,  
 »Que aun ya la sangre misma y la matanza  
 »Percibo.» Al decir esto, el cruel olfato  
 Hacia la tierra vuelto, largo rato

En aspirar de lejos se recrea  
El aire emponzoñado. Así ventea  
El voraz buitre, en vísperas del día  
Del combate, la atroz carnicería,  
Y el olor de los tristes funerales,  
Exacto á los ejércitos siguiendo;  
Tal aquel monstruo, de las infernales  
Puertas, de gozo insano, está ya oliendo  
Su presa, lisonjeando su apetito  
Con la idea del número infinito  
De ruinas y cadáveres inmundos  
Que le han de dar los asolados mundos.

Ambas pestes á un tiempo, con ruidoso  
Vuelo el Infierno dejan, las regiones  
Del caos proceloso  
Cortando, como dos exhalaciones.  
Nada detener puede su impetuosa  
Rapidez, ni la lucha tumultuosa  
De los más vastos cuerpos encontrados,  
Ni el furor de los vientos desatados.  
Brama el abismo. En vano á su camino  
Á cada paso opone un torbellino,  
Un mar intransitable, una tormenta.  
Todo lo arrollan con su turbulenta  
Furia: todo lo vencen, su carrera  
Siguiendo, cual si nada se opusiera.  
Rugiendo así, dos vientos tempestuosos  
Soplan sobre los mares dilatados  
Del Norte, convirtiendo en prodigiosos  
Témpanos, riscos, montes congelados  
Sus ondas alteradas, y barriendo  
Todo aquel vasto caos, que luciendo  
con fosfórica lumbre, al navegante,  
Que pretende pasar á la distante  
Ribera del Catay, un invencible



Muro opone, en su empresa inasequible.

Mas la Muerte se arroja de repente  
Sobre el abismo airado, y con su helada  
Enorme maza, del fatal tridente  
Émula, hiere, y liga aquella inmensa  
Muchedumbre sembrada  
En el caos, de cuerpos divididos,  
De agigantados montes esparcidos,  
Y en una sola masa los condensa,  
Con pegajoso asfalto asegurada.  
De su temido ceño á una mirada  
Queda sin movimiento,  
Sobre un profundo y sólido cimiento,  
Formando un puente inmenso, que se aferra  
Del Infierno en las puertas por un lado,  
Y por el otro en la remota tierra.  
El arco, sobre el caos colocado,  
Coge todo el abismo tenebroso:  
Iguala el puente en la excesiva anchura,  
De la infernal entrada la abertura.

Bien puedes de terror estremecerte,  
¡Oh desdichado mundo! Ese espantoso  
Puente es el de la Muerte.  
De tu recinto, en prolongada cuesta  
Con rapidez desciende á la funesta  
Profundidad de la infernal morada,  
El camino. Por él, apresurada,  
Unos tras de otros tus habitantes,  
Así vencidos como vencedores,  
Triunfante arrastrará de la apacible  
Atmósfera vital á su antro horrible.  
Así, si lo pequeño es comparable  
Con lo grande, aquel puente formidable  
De Jerjes desde el Asia se extendía  
Hasta la opuesta Europa, y paso abría

A aquella multitud innumerable  
De guerreros, que á hacer la Grecia esclava  
El bárbaro Monarca destinaba.

El Helesponto airado,  
Sus ondas reuniendo, aquel osado  
Puente deshizo, y con locura rara,  
Aquel Rey orgulloso  
Mandó que como á esclavo al revoltoso  
Mar con azotes se le castigara.

Más sólida, al embate se resiste  
Del abismo irritado, que la embiste  
Con espantosas olas, la obra fuerte  
Construída por la Culpa y por la Muerte,  
Sin fin el arco firme prolongando,  
Y aquel mar insondable dominando;  
Pero acabada la obra, la dañina  
Pareja otra vez rápida camina;  
A Satanás buscando cuidadosa,  
Sigue puntual su rastro, y no reposa  
Hasta llegar aquel mismo paraje  
Del orbe de la tierra en que él su viaje  
Primero terminó, y en donde aliento  
Tomó, ya vencedor, considerando  
El transitado abismo, que bramando  
Hervía con horrible movimiento.  
También allí ambos monstruos se detienen  
Y en afirmar el cabo se entretienen  
Por donde el puente está á la tierra unido.

Hecho esto, vuelven á tomar el vuelo,  
Y después que la tierra han recorrido,  
Y registrado con igual desvelo  
Los confines celestes, hacia el lado  
Izquierdo el negro tártaro dejado,  
Se dirigen á Edén, cuando en la altura  
Del Zodiaco descubren de repente,

Allá entre el Escorpión y el Sagitario,  
Al feroz Satanás, en la figura  
De un Ángel refulgente.

A la sazón, en Aries su ordinario  
Curso empezaba el Sol, y cauto huía  
De su luz el Arcángel: aunque había  
Aquel disfraz tomado, no tardaron  
En conocer al padre los monstruosos  
Hijos, y prontamente caminaron  
A su encuentro gozosos.

Él, desde luego que á Eva hubo vencido,  
Espantado y contento con su ruina,  
Receloso, de Dios había huído,  
A una selva vecina

A ocultarse; mas presto, diferente  
Disfraz tomando, silenciosamente  
Volvió al paraje en que Eva conversaba  
Con Adán y á imitarla le tentaba.  
Le vió en el cenador, flaco y caído,  
Comer con ansia el fruto prohibido,  
Y fué testigo de su vergonzoso  
Rubor, cuando industrioso  
Formó de hojas de higuera su vestido.

Satanás, en sí mismo de alegría,  
Mirándole perdido, no cabía;  
Pero al sentir que ya se aproximaba  
Su señor y su juez, huyó temblando,  
Algún asilo incógnito buscando;  
¡Tanto temía al mismo que insultaba!  
En fin, después de dada la sentencia,  
La noche aprovechando, en diligencia  
Volvió hacia los esposos á acercarse,  
Y pérfido aplicando el fino oído,  
Por sus conversaciones, enterarse  
Logró de la sentencia pronunciada

Contra el mismo; mas viendo diferido  
 Su castigo hasta una época ignorada,  
 Alegre triunfa, y arde de impaciencia  
 De ir á dar al Infierno aquellas nuevas,  
 De su victoria imaginaria pruebas.

Hacia allá vuela, y ya llega á la entrada  
 Del vasto puente, cuando en la presencia  
 Se encuentra de su prole detestable.  
 ¡Cuánta fué de ambas partes la algazara,  
 Al reunirse la familia rara!  
 Él, sobre todo, al ver el admirable  
 Puente, pasmado, de aplaudir no cesa  
 La grandeza y suceso de la empresa.  
 De la suya después ufano trata,  
 Y sus gloriosos hechos les relata.

Ambos su triunfo ensalzan, y gozosa  
 La Culpa, así le dice: «¡Oh padre amado,  
 »En la obra de este puente milagrosa,  
 »Admira una obra tuya! Con efecto,  
 »A tí debe el Infierno este perfecto  
 »Monumento. Tú sabes, qué sagrado  
 »Lazo, qué amor, qué dulces relaciones,  
 »Qué justa obligación eternamente  
 »Reunen nuestros fieles corazones.  
 »La cuna, el interés, la semejanza,  
 »Una fortuna misma, una esperanza,  
 »Cada momento más estrechamente  
 »Nos juntan. Así, estando separada  
 »De tí, por mil agujeros avisada  
 »Interiormente del feliz suceso  
 »De tu empresa, la fuerza poderosa  
 »De la sangre, la voz más imperiosa  
 »De la naturaleza, y el exceso  
 »De mi amor, á buscarte me llamaban.  
 »Vastos mundos en vano intermediaban.

- »Nada bastó para que yo sufriese
- »Vivir sin tí. Ni el Caos, ni el Erebo
- »Pudieron estorbar que te siguiese.
- »Cada peligro, lejos de arredrarme,
- »Para mi amor sin término era un nuevo
- »Aliciente: nuestro hijo á acompañarme
- »Con igual ardimiento se ofrecía.
- »Cerrados tanto tiempo en las odiosas
- »Prisiones, á tu noble valentía
- »Debemos ambos el haber podido
- »Salir de aquellas simas tenebrosas,
- »Y á tu ejemplo, el habernos atrevido.
- »Por tu influjo, han logrado nuestras manos
- »Extender á estos términos lejanos
- »Tu limitado imperio, y este puente
- »Soberbio, que al horrendo caos espanta,
- »Y sobre él dominando se levanta,
- »Construir, cual lo miras, felizmente.
- »Tú, triunfador de Dios, en su escogida
- »Obra, solo, glorioso le humillaste,
- »Y de nuestros reveses nos vengaste.
- »Dueño por fin de toda esta florida
- »Tierra por tu conquista, con tu celo
- »Alivio en nuestros males nos has dado,
- »Y á su inhumano autor escarmentado.
- »Aquí reinas, servías en el Cielo.
- »Deja, pues, que ese Rey tan poderoso,
- »Por ahora á gusto goce de reposo
- »En su remoto alcázar eminente,
- »Pues así de la guerra la fortuna
- »Lo ha dispuesto: á lo menos, actualmente
- »Con su presencia no nos importuna.
- »Tranquilo sucesor de este extendido
- »Reino, que él libremente te ha cedido;
- »Pues no lo ha disputado á tus gloriosos

- »Designios, se diría que conspira
- »Su voluntad contigo, y que contento
- »Te cede sus dominios, con la mira
- »De huir de otros combates peligrosos.
- »Lejos pues de arredrarte,
- »Mucho mayor aliento
- »Su triunfo precedente debe darte;
- »Pues que si él conociera
- »Su superioridad, no te temiera;
- »Y mientras que nosotros preparemos
- »Nuestras fuerzas, para ir á hacerle guerra,
- »Si él la empieza, el poder enseñaremos
- »Del Infierno, ligado con la tierra.»

Satanás, hechizado, la responde:

- «Hija querida, y tú, que un doble nudo
- »De estrecho parentesco une conmigo,
- »Obráis como á mi sangre corresponde.
- »El universo, de admiración mudo,
- »No necesitará de otro testigo,
- »Que de vuestras hazañas valerosas,
- »Para saber que soy vuestro ascendiente.
- »Cruel enemigo del Omnipotente
- »(Y Satanás de serlo se gloria),
- »A vuestras atenciones generosas,
- »A vuestra extraordinaria valentía,
- »En mis sucesos ¡cuánto no he debido!
- »No os deben menos vuestros inmortales
- »Amigos del Infierno. La indecible
- »Industria vuestra, dos mundos rivales,
- »Por medio de este puente, ha reunido
- »Con lazo indestructible,
- »En una patria misma, en un estado.
- »Vuestros triunfos al Cielo han espantado,
- »Y yo estoy con razón envanecido
- »De haber tan nobles hijos producido.

- »Id pues, y mientras yo por ese puente,
- »De vuestro arte milagro permanente,
- »Me dirijo á las playas infernales
- »A contar vuestras glorias y las mías
- »A mis pueblos leales,
- »Dirigid vuestros pasos presurosos
- »De Edén á los jardines deleitosos:
- »Gozad allí de más felices días
- »Que hasta aquí, y en aquella afortunada
- »Región fijad desde hoy vuestra morada:
- »De la paz dulce y del placer del mando
- »En ella para siempre disfrutando,
- »En los aires, los mares y el fecundo
- »Suelo reinad. Tratad á ese vencido
- »Hombre, que se intitula Rey del mundo,
- »Cual merece: cargadle de cadenas,
- »Y colmadle de oprobios y de penas:
- »Destruid de una vez vuestros rivales:
- »Os fio mis derechos inmortales,
- »Y mis poderes todos: en mi ausencia
- »Haced que se me preste la obediencia
- »Por todas partes, y reconocida
- »Sea mi autoridad, la que deseo
- »Ejercer con vosotros dividida:
- »Nada aprecio en el trono que poseo,
- »Sino que en él reinéis ambos conmigo.
- »¿Y habrá algún enemigo
- »De tales fuerzas, que si conspiramos
- »Los tres contra él unidos, no venzamos?
- »¡Y qué esplendor será el de este brillante
- »Imperio, con tal liga, en adelante!
- »Id pues, asid audaces la fortuna:
- »Mostraos dignos de vuestra alta cuna:
- »Y cada cual de ser mi prole ufano,
- »Servid á vuestro padre y soberano.»

Dice así, y raudos como dos centellas  
Ambos volando, siguen un camino  
Salpicado de estrellas:  
Un lóbrego nublado los precede:  
Horrorizado al verlos, retrocede  
Pálido el sol, y de un vapor dañino  
Queda aire á su tránsito infectado.  
Hace entre tanto Satanás su viaje  
Al Infierno, y el Caos, irritado  
De ver en sus abismos un pasaje  
Libre, rugiendo, el formidable puente  
Con sus olas azota inútilmente:  
Aunque unas á otras, fieras, se reemplazan,  
Sus firmes fundamentos las rechazan.

Llega en fin Satanás á la ancha entrada  
De su reino infernal, abandonada  
Por su guardia; su pueblo, descuidando  
El custodiar los muros y fronteras,  
Va en los soberbios pórticos vagando  
De su palacio, en donde las primeras  
Cabezas del estado consultando  
Estaban. La inquietud y desconfianza  
Reinaban en la junta, recelosa  
De algún funesto azar, por la tardanza  
De su monarca. Toda la curiosa  
Muchedumbre impaciente  
Que los vastos contornos ocupaba,  
Y mil funestos cálculos formaba,  
Con sus lamentos, más á aquel prudente  
Senado entristecía,  
Que, conforme á las órdenes que había  
Dejado su monarca, desde el punto  
De su salida estaba siempre junto  
En el vasto salón, de numerosa  
Guardia cercado, que la tumultuosa



Plebe, de allí apartada detuviera,  
A fin que sus sesiones no impidiera,  
Y atender al gobierno del estado  
Pudiese, á sus desvelos confiado.

Satanás llega: toma la figura  
De un ángel de la clase más oscura;  
Sin ser reconocido,  
Con maña en la gran sala introducido,  
Se hace invisible y el resplandeciente  
Trono ocupa, de púrpura labrado  
Y de piedras riquísimas bordado.  
Sin ser visto, de allí con complacencia  
Observa en sus vasallos la ansia ardiente  
De volver á gozar de su presencia.  
Y así como rompiendo alguna oscura  
Nube, una estrella más brillante y pura  
Aparece á los ojos de repente;  
Así toda su gloria desplegando,  
A la vista de pronto se presenta,  
A aquella muchedumbre deslumbrando  
Con las reliquias de sus resplandores,  
Que le quedaron en la atroz tormenta  
De su antigua caída.  
Llenos de gozo los espectadores,  
Con aplausos y vivas, su venida  
Celebran, apiñándose por verle  
De cerca, y sus obsequios ofrecerle.  
Los primeros los nobles senadores,  
Columnas de su imperio, descendiendo  
De sus tronos, le cercan respetuosos  
Y le colman de aplausos afectuosos.  
Les corresponde atento, y extendiendo  
Con majestad la mano, les impone  
Silencio, y sus sucesos así expone:  
«Monarcas, Tronos y Dominaciones,

- »Poderes celestiales,
- »Ya no son vanas denominaciones
- »Estos títulos: hoy son verdaderos
- »Dictados vuestros, y atributos reales,
- »Pues mis sucesos han sobrepujado
- »Nuestros mismos proyectos lisonjeros.
- »Si un envidioso Dios os ha encerrado
- »Dentro de estas prisiones espantosas,
- »De vuestro Rey las manos victoriosas
- »Vienen á abrirlas todas, y á volveros
- »La dulce libertad, la luz del día:
- »Al salir de estas llamas, os espera
- »Un mundo delicioso, que podría
- »Causar envidia á la celeste esfera
- »Feliz, en que la cuna habéis tenido:
- »Hallar y conquistar he conseguido,
- »¡Pero con cuántos riesgos y fatigas!
- »Esos remotos reinos. Cada instante
- »La dirección perdiendo, andaba errante
- »Por el vacío inmenso y las regiones
- »Del proceloso caos, enemigas
- »De todo sér viviente: en ocasiones,
- »Sin hallar nada en que estribar pudiese
- »El pie, ni aun que mis alas sostuviese,
- »Y otras veces, rompiendo las airadas
- »Olas de un mar inmenso amontonadas.
- »El furor de este al fin, un firme puente,
- »Por la Muerte y la Culpa fabricado,
- »Con milagrosa industria, ha sujetado,
- »Y por él pasaréis cómodamente.
- »No así yo, que el primero
- »Sin tal auxilio aquel abismo fiero
- »Solo vencí, ya en simas espantables
- »Sumergido hasta el fondo, ya luchando,
- »Diestro piloto, con los insondables

»Piélagos y huracanes que, bramando,  
»Con el Cielo sus olas confundían:  
»Muchas veces mis alas fatigadas  
»Mantenerme en el aire no podían,  
»Entre las tempestades desatadas  
»Y horribles torbellinos,  
»Y apurado, variando de caminos,  
»Iba formando surcos trabajosos  
»Para romper los velos tenebrosos  
»Del Caos y la eterna Noche, unidos  
»Con liga poderosa  
»(Por que rebelde el Caos, y envidiosa  
»La Noche, en ocultarme sus secretos,  
»Recelando también ser comprendidos  
»En mi suerte, se habían empeñado,  
»Oponiéndome siempre los decretos  
»Contrarios y fortísimos del Hado);  
»Mas de ambos triunfé al fin, y felizmente  
»Descubrí un nuevo mundo, que compuesto  
»De aire, de tierra y agua, está dispuesto  
»Con tal primor, que en la naturaleza  
»Quizá no hay otro más sobresaliente,  
»Así en fecundidad como en belleza.  
»El hombre únicamente allí reinaba:  
»Pacífico y tranquilo, disfrutaba,  
»Bajo el cielo más puro y más sereno,  
»De un florido amenísimo terreno;  
»De sus ricos tesoros las primicias,  
»Feliz á arbitrio suyo saboreaba,  
»Debiendo sólo á nuestra desventura  
»El vivir y el gozar tales delicias:  
»Su dicha puso el colmo á mi amargura:  
»Le tenté con un fruto prohibido:  
»Mi astucia y su flaqueza le han perdido.  
»¿Mas quién lo que diré hubiera esperado?

»La ridícula ofensa de manera  
 »A su Hacedor ridículo ha irritado,  
 »Que aquellos favoritos, del hermoso  
 »Jardín, cuando á habitarlo han comenzado,  
 »Sin la menor piedad ha echado fuera,  
 »Y con ellos, y el mundo, en nuestras manos  
 »Lo abandona. Este triunfo venturoso  
 »No ha costado un combate, y poseemos  
 »Un mundo, cuyo precio aun no sabemos,  
 »Pero que es opulento con exceso.  
 »Mis afanes por fin no han sido vanos.  
 »¿Pero qué me diréis de la rareza  
 »Del juicio de ese Dios? De su ira el peso  
 »Sólo ha caído sobre la torpeza  
 »De un reptil infeliz, que de instrumento  
 »Ciego hice yo servir para mi intento.  
 »Mi suplicio, al contrario, ha diferido  
 »Para una época incierta, mas distante:  
 »Entre el hombre y mi raza ha establecido  
 »Eterna enemistad en adelante,  
 »Y contra mí, aunque ausente, dirigido,  
 —«Llegará, ha dicho, día en que consigas  
 Morderle en el talón; mas tu fiereza  
 Sujetará, y sus plantas enemigas  
 Quebrantarán entonces tu cabeza.»—  
 »Reparad, pues, cuán poco me ha costado  
 »Conquistar ese mundo celebrado.  
 »Sus hermosos verjeles os aguardan;  
 »Id pues: la paz, la dicha allí se os guardan.»

A estas palabras calla, no dudoso  
 De que va oír mil vivas expresiones  
 De gozo y gratitud; aclamaciones  
 Que satisfagan su ánimo orgulloso.  
 ¡Cuál es su dolor, cuál es su espanto  
 Cuando, en lugar de aplausos, de silbidos

Se estremece la sala, y revolviendo  
Los ojos, ve en serpientes convertidos  
Sus vasallos! Aumenta su quebranto  
Y su vergüenza, comprimir sintiendo  
Su misma cara y afilar su frente,  
Prolongarse su cuerpo, y recogidos  
En él brazos y piernas, en serpiente,  
Como los circunstantes, transformarse.  
Furioso, ni un momento en arrojarse  
Tarda del alto trono, blasfemando  
En su interior, y arrastra torpemente  
Por el suelo, su afrenta deplorando.  
En vano se resiste: en vano toma  
Mil formas, sus anillos reduciendo,  
Ó con fuerza sus roscas impeliendo:  
El brazo del Señor le abate y doma.  
Lo que sirvió á su triunfo de visible  
Y pérfido instrumento,  
Justamente ocasiona su tormento.

A hablar se esfuerza, y en lugar de lengua,  
Tres dardos vibra, que con silbo horrible  
La voz reemplazan. Para mayor mengua  
En tanta confusión, ni aun su silbido  
Es por las demás sierpes atendido,  
Y se ve envuelto entre sus enroscadas  
Colas, unas con otras enganchadas.  
A cada instante la algazara crece,  
Y el gran palacio sin cesar atruena.  
El hondo Infierno de terror se llena,  
Y la naturaleza se estremece:  
La soberbia en el crimen los ha unido,  
Y el Juez Eterno unirlos ha querido  
En una misma pena.

No produjo la sangre venenosa  
De la Górgona prole tan monstruosa.

Por medio de la turba al fin rompiendo  
Satanás, aun soberbio, el cuello empina,  
Y ya más sosegada la domina.

Presenta la figura de un horrendo (2)  
Dragón, más fiero aún que el fabuloso  
Pithón, que, según cuentan, producido  
Fué del lodo de un lago cenagoso  
Por los rayos del sol enardecido.  
Tal Satanás feroz aun descollaba,  
Y rastros de grandeza conserbaba.  
Como en la forma que le distinguía,  
En valor á los otros excedía.

Ciegos como él de rabia, mudamente  
Se la explican: él sale, y diligente  
Toda la reptil turba va en seguida  
De su Jefe, al paraje dirigida  
En donde aquellos que ha exceptuado el Cielo  
Hasta entonces del triste desconuelo  
De la transformación, la guardia hacian,  
O en falanjes formados, divertían  
El tiempo en ejercicios belicosos,  
Aguardando impacientes que volviera  
Su Rey de nueva gloria coronado,  
La época anticipando con ansiosos  
Votos. ¡Mas qué suceso desgraciado  
Engañó esta esperanza lisonjera!  
En lugar de sus huestes relucientes,  
No se ve de repente en la llanura  
Mas que una multitud inmensa, oscura,  
De mil variadas hordas de serpientes.  
Al ver sus transformados compañeros,  
El contagio alcanzó á aquellos guerreros,  
La sangre de sus venas congelando,  
É igualmente sus cuerpos transformando  
En sierpes: de las manos encogidas

Las armas se les caen, y oprimidas  
Sus fauces, con silbidos lastimosos  
A sus hermanos siguen arrastrando.  
Como han sido unos mismos sus odiosos  
Intentos, uno mismo es el castigo;  
Un furor mutuo contra el enemigo,  
Y el consuelo de ver al Jefe ausente,  
Los dardos de sus lenguas juntamente  
Hacen silbar, y atónitos, su aprecio  
Explican con señales de desprecio.

Para agravar sus males, ha dispuesto  
Dios elevar de pronto en aquel puesto  
Un verjel abundante y deleitoso:  
Ostenta en él cada árbol su precioso  
Fruto, como en Edén, de oro brillante,  
Y de púrpura viva coloreado,  
En todo semejante  
Al que en aquel recinto fué vedado.  
Era tal su apariencia y su belleza,  
Que aun tentaría de Eva la flaqueza.  
En silencio le miran sorprendidos,  
Y al ver la multitud de los frutales,  
Y que en la especie todos son iguales,  
Sospechan afligidos,  
Que es algún nuevo lazo; mas una hambre  
Horrible, y una sed que los devora,  
Los hacen arrojarse sin demora  
Hacia la fruta: un numeroso enjambre  
Por cada tronco trepa, y se apresura  
Para arrancar la fruta, que madura  
Y jugosa convida. El que los viera  
De las ramas pendientes,  
Creería ver la horrenda cabellera  
De Alecto. No eran más sobresalientes  
A la vista, las frutas que crecían

Del lago de Sodoma en la ribera  
Infame, y que de asfalto se nutrían.

Estas, los ojos solos engañaban,  
Y todos los sentidos lisonjeaban  
Juntos, las del Infierno; pero apenas  
El fresco zumo de que estaban llenas  
Bañaba el paladar, cuando una dura  
Aspereza, una cáustica amargura,  
En lugar de aquel néctar delicioso  
Que prometía á su apetito ansioso,  
A arrojar la ponzoña detestable  
Los obligaba; mas la intolerable  
Hambre y la sed ardiente  
Hacían que los monstruos nuevamente  
Volbiesen á ensayarla: ¡ensayo vano!  
Al quererla tragar, tan inhumano,  
Tan áspero tormento  
Sus fauces despedaza, que al momento  
A despedirla vuelven blasfemando,  
Mil pruebas semejantes renovando.  
Así ellos que sangrientos se burlaban  
Del hombre, que una vez había comido  
Un fruto delicioso, aunque prohibido,  
En tan horrible apuro se veían,  
Que aquella acre ponzoña codiciaban,  
Y aun de ella alimentarse no podían.

Después que este castigo padecieron  
Algún tiempo, cesó aquella apariencia,  
Y á cobrar su anterior forma volvieron.  
Mas también ordenó la Providencia  
Que en adelante cada año sufrieran,  
Por tiempo señalado,  
La misma pena, y que satisficieran  
Con la vergüenza y rabia la insolencia  
De haber el nuevo mundo desolado.



Entretanto, la Culpa y su homicida  
 Prole al hermoso Edén volando llegan,  
 En donde todo su furor desplegan.

La Culpa, en su recinto establecida,  
 Lo ocupa. Por primera diligencia,  
 Destierra de él la crédula inocencia;  
 Y á su hijo, que de cerca la ha seguido  
 Y el pálido caballo aun no ha traído  
 Para hacer su mortífera carrera,  
 Llena de alegre ardor, de esta manera  
 Le habla: «¿Qué te parece de este imperio  
 »Feliz y de lo poco que ha costado?  
 »¡Cuánto no hemos ganado  
 »En el cambio! Del bajo ministerio  
 »De alcaides de las puertas infernales,  
 »Nada menos logramos que el precioso  
 »Cetro de este universo poderoso.

—»Para mí son iguales,  
 »La responde aquel monstruo, los horribles  
 »Abismos, las mansiones apacibles  
 »Del Edén, como todo cuanto encierra  
 »La extensión de los Cielos y la tierra,  
 »Pues jamás reconozco por morada  
 »Sino aquella en que puedo mi rabiosa  
 »Hambre satisfacer, y es poca cosa  
 »De este estrecho jardín la limitada  
 »Capacidad, para que yo consiga  
 »Aplacar un instante su enemiga  
 »Voracidad, que nunca estar contenta  
 »Puede con tan ruin cebo, y me atormenta.

»¿Pues por qué, le replica la precita  
 »Madre, si el apetito así te excita,  
 »No has comenzado ya á satisfacerte  
 »Con tantos bienes que tu feliz suerte  
 »Te presenta de frutos y pescados,

- »De tantas aves, fieras y ganados?
- »Sí: todo cuanto siegue codiciosa
- »Tu hoz, y cuanto contiene esta espaciosa
- »Tierra, es tuyo: tu madre te lo cede:
- »Pero primero espera
- »Que mis hechizos, á que nada puede
- »Resistir, los espíritus seduzcan,
- »Y á mi obediencia todo lo reduzcan;
- »Que a tu hambre abriré entonces la carrera
- »De la naturaleza toda entera.»

Dicho esto, vuelan ambos por diverso  
Camino, á inficionar con sus mortales  
Venenos la extensión del universo,  
Y á llenarlo de crímenes y males.  
Se han soltado los frenos  
A aquellos monstruos de piedad ajenos.  
La tierra, el mar, los hombres y animales,  
Libres á sus furores se han dejado.

- A ambos mira el Señor de su elevado  
Trono, y dice á su corte circunstante:  
«Observad esos monstruos que el distante  
»Mundo devastan: ved con qué presteza  
»Siegan á plenas manos  
»Cuanto encuentran. Vigor, virtud, belleza,  
»Todo espira á sus golpes inhumanos.  
»No reconozco ya la desgraciada  
»Tierra, por mi bondad abandonada,  
»Y mi vista ofendida, y que yo hubiera  
»Conservado, á no haber con su imprudencia  
»Llamado el hombre á esa pareja fiera.  
»Del Infierno y su Jefe la insolencia  
»Ha llegado á decir que esta mudanza  
»Es efecto de envidia y de venganza;  
»Que por esto ese mundo les he dado,  
»Y tan inocentes criaturas

- » A su sangriento cetro abandonado.
- » ¡Cuán poco saben que de mis futuras
- » Miras son sólo ciegos instrumentos!
- » ¡Que esos monstruos yo mismo he dirigido
- » Al mundo, cierta tregua á sus tormentos
- » Dando, y que á él á otra cosa no han venido,
- » Que á ser ejecutores
- » De mis altos decretos, castigando
- » Como merecen á los malhechores,
- » De camino también purificando
- » Las manchas que ellos y sus infernales
- » Cómplices han causado en su recinto!
- » Uso para mi gloria de su instinto
- » Sanguinario: serán de los desleales
- » Humanos el azote, y á porfía,
- » De la inmundicia y la carnicería
- » Se hartarán, hasta tanto
- » Que con dolor cruel y horrible espanto
- » Rugiendo, tengan, ¡oh mi Hijo querido!
- » Que entregar, precisados, en tus manos
- » La rica presa que de los humanos
- » En muchos siglos hayan recogido
- » Y que el sepulcro avaro haya escondido:
- » Que vuelvas á enterrar esos inmundos
- » Enemigos de nuevo en sus profundos
- » Calabozos, y entonces con eterno
- » Sello cierres las puertas del Infierno.
- » Se verá al punto la naturaleza
- » Vestirse de hermosura y de pureza,
- » El Cielo renacer más luminoso,
- » Y el mundo más alegre y abundoso;
- » Pero mientras no llegue aquel momento,
- » Los Cielos y la tierra profanados
- » Satisfarán con largo sufrimiento
- » Las culpas por que han sido condenados.»

Dice y el Cielo de repente encantan  
 Las arpas, y las liras armoniosas;  
 Los coros de los Angeles levantan  
 Las voces; aleluyas prolongados  
 Por los pórticos vastos y elevados  
 Del palacio divino, cual ruidosas  
 Olas de un proceloso mar resuenan.  
 «¡Salve, cantan, oh ser Eterno y justo!  
 »¡Nada resiste á tu poder augusto!»  
 Otro cántico nuevo luego estrenan,  
 Celebrando de su Hijo soberano  
 La bondad suma: del linaje humano  
 La regeneración: el Cielo y mundo,  
 Purgados ya de su contagio inmundo.

Llamando entonces el Omnipotente  
 Por sus nombres á aquellos principales  
 Ministros suyos, á su celo ardiente  
 Encarga que trastornen con fatales,  
 Perpetuas variaciones,  
 El orden de los días y estaciones (3).  
 El Sol debe el primero su carrera  
 Variar, y aun los influjos de su esfera,  
 De tal modo que á veces sus ardores  
 Al mundo abrasen, y otras, concentrando  
 Su fuego, en él ejerza sus rigores  
 La aspereza mortal del frío helado.  
 El Norte por su parte debe enviarle  
 Las escarchas, las nieblas y nevadas  
 Que cubran sus regiones dilatadas;  
 El mediodía en llamas abrasarle.

Un Angel, de la noche la lumbrera  
 Va á guiar, y dirige el movimiento  
 De los otros planetas, de manera  
 Que se crucen sus rayos con violento  
 Orden, y para el mundo hagan maligno

Su aspecto, que antes era el más benigno:

Otro, va á gobernar los superiores  
Astros, y á preparar de sus funestas  
Luces el triste brillo, y los horrores  
Que causan sus opuestas

Influencias: este, trae las tenebrosas  
Tempestades, que al sol recién nacido  
Tengan con densos velos escondido,  
Hasta que con sus fuegos recogiendo  
Sus vapores, se truequen en copiosas  
Fuentes, de lo alto rápidas lloviendo:  
Otros señalan á los furibundos  
Vientos sus puntos, para que soplando,  
Y unos contra otros con furor luchando,  
Las nubes rasguen con horribles truenos,  
Y con granizo y piedra los fecundos  
Campos arrasen, cuando ya estén llenos  
De ricos frutos, y cuando madura  
La cosecha, parezca más segura.

Fértil como el otoño, y más hermosa  
Que el verano, reinaba aun la graciosa  
Primavera; mas Dios, todavía airado,  
Porque ya más el sol no la animara,  
Mandó que, de sus polos desquiciado,  
Al Ecuador el mundo se inclinara.  
Los Angeles al punto el eje asieron,  
Y con penoso esfuerzo lo torcieron,  
O tal vez aquel astro luminoso,  
Á la voz del Eterno declinando,  
Y al través el Zodíaco cortando,  
Cambió las estaciones totalmente,  
O cuando el hombre el fruto ponzoñoso  
Comió, espantada la naturaleza  
De manera tembló, que el refulgente  
Astro de su equilibrio la firmeza

Perdió, y se separó de su camino.  
 Rápido entonces, el desorden vino  
 A confundirlo todo, ya en la altura  
 Del aire, ya del orbe en la llanura.

Nacida de la Culpa sin tardanza  
 La Discordia, acudió á los moradores  
 Del globo á infundir todos sus furores.  
 Todos se arman, de sangre y de matanza  
 Sedientos: hacen guerra mortalmente  
 Las aves á las aves por el viento,  
 Los peces en el húmedo elemento  
 A los peces: dejando el inocente  
 Pasto, hasta los ganados vagabundos  
 Unos tras otros se embisten iracundos.

Todos los animales el respeto  
 Pierden al hombre, á quien reconocían  
 Por su rey, y agradable corte hacían.  
 Uno, ya desconfiado huye á su aspecto;  
 Otro, al pasar con ojos encendidos  
 De furor, le amenaza, ó con rugidos.  
 Consternado al mirar tan espantoso  
 Trastorno universal, Adán quisiera  
 Hallar un bosque espeso en que pudiera  
 Disfrutar un momento de reposo;  
 Pero en vano. Le cerca la tormenta  
 Por todas partes, y la que alimenta  
 Su corazón, cual buitres encarnizado,  
 Le sigue sin cesar, y le devora.  
 Con gemidos su suerte cruel deplora,  
 Y el dolor que le tiene acongojado.  
 En amargos sollozos prorrumpiendo,  
 Se esfuerza en aliviar, así diciendo:

«¡Después de tantas dichas tales penas!  
 »Huid, memorias de mis anteriores  
 »Placeres, ahora de mi sér ajenas,

- » Ya del mal entregado á los horrores.  
 » ¿Y es este el mundo que antes disfrutaba  
 » Delicioso? ¿Yo mismo, soy el que era,  
 » Su Rey, el que su ornato completaba?  
 » El Cielo mismo, que antes me quería,  
 » Ha trocado su amor en saña fiera:  
 » Derramaba en mí entonces la alegría:  
 » Ahora me inunda sólo de amargura:  
 » Huyo del mismo Dios, cuya inefable  
 » Voz fué en esta morada deleitable  
 » Tantas veces mi encanto y mi ventura.  
 » Le ofendí: me aborrece: lo merezco:  
 » ¿Y al nombre de la muerte aun me estremezco?  
   » Ven, al contrario, ¡oh muerte suspirada!  
 » Da fin á mi existencia desgraciada.  
 » Pero esa muerte grata y merecida  
 » ¿Acabará también con la homicida  
 » Serie de males de mi descendencia?  
 » ¡Ay de mí! ¡No hay para ellos indulgencia!  
 » ¡Todos perpetuarán los miserables  
 » Rastros de mis desgracias lamentables!  
 » ¡Oh palabras, que fuisteis algún día  
 » De tanto gozo para el alma mía,  
 » *Creced, multiplicad*, ya, ¡oh dura suerte!  
 » Vuestro fruto será para la muerte.  
 » Mis últimos retoños, herederos  
 » De mis miserias, de mis desventuras,  
 » Tristes blasfemarán de los primeros  
 » Autores de su vida, en las futuras  
 » Edades, y en lugar de bendiciones,  
 » Nos colmarán de acordes maldiciones.  
   » ¡Oh dichas pasajeras, de tormentos  
 » Sin fin seguidas, cuánto más valiera  
 » Que Dios tales delicias no nos diera!  
 » ¿Acaso las habíamos pedido?

- » Señor, si tus intentos  
» Eran de ver al hombre sumergido  
» En la miseria, ¿á qué con tal franqueza  
» Expendir en nosotros la riqueza  
» De tus dones? ¿Acaso porque fuese,  
» Precipitados de tan grande altura,  
» Nuestra caída más funesta y dura?  
» ¿Quisiste que tu imagen se imprimiese  
» En el hombre, en el que es en la extendida  
» Naturaleza tu obra preferida,  
» Y te esmerastes en perfeccionarla  
» Por el placer tan sólo de borrarla?  
» ¿En el cieno por qué no me dejastes?  
» Renunciar puedo á lo que me donastes;  
» Recobra, pues, tus bienes que detesto.  
» ¿Por qué con ese sueño tan funesto  
» De la felicidad me has afligido?  
» Si querías que yo la conservara,  
» En lugar de dejarme á mi flaqueza,  
» ¿Qué te costaba haberme sostenido  
» Con tus auxilios? ¿Para tu grandeza  
» No era bastante que se me quitara,  
» Sin añadir un largo y cruel suplicio?  
» Mas, ¿qué digo? ¡Infeliz! ¿qué atrevimiento  
» Es el mío? ¡Citarte á tí á mi juicio!  
» ¡Acusarte! Perdona este momento  
» De delirio. Si el sér á mí me diste,  
» Fué con el pacto de que observaría  
» La leve condición que me impusiste.  
» Admití el beneficio: falté al trato;  
» He merecido la desgracia mía.  
» ¿Podría existir un hijo tan ingrato  
» Que se atreva á decir á su ofendido  
» Padre; ¿Por qué á la vida me sacaste?  
» ¿Acaso alguna vez te lo he pedido?



- » Y eso que al azar debe su existencia,
- » No á elección de su padre: y yo al contrario,
- » Yo, á quien ¡oh Dios! con tal bondad criaste,
- » La debo á tu elección y providencia.
- » Sí: confieso que he sido un temerario,
- » Un ingrato, un impío.
- » De Dios fué el beneficio, el crimen mío.
- » Y pues tan mal sus dones he pagado,
- » Debo ser duramente castigado.
- » ¡Oh tierra, abre tu seno tenebroso,
- » Y sepúltame en él! ¡De su odio horrendo
- » Líbrame! ¡Que á tu fondo descendiendo,
- » Encuentre, en tus entrañas guarecido,
- » De un sueño eterno el plácido reposo!
- » ¡Que no tema ya su ira en adelante,
- » Ni el terrible estampido
- » Vuelva á aterrarme de su voz tonante!
- » ¡Borra de mi memoria la doliente
- » Serie de lo pasado, y mi presente
- » Aflicción á la vista de las fieras
- » Desgracias que extendido mi fecundo
- » Contagio, causará por todo el mundo,
- » Y en sus generaciones postrimeras
- » Castigaré á este padre malhadado!
- » ¡Ah, cuándo llegará mi deseado
- » Último instante! ¡Oh vida interminable,
- » Más que la misma muerte intolerable!
- » ¿Por qué no acabas? ven, ¡muerte benigna!
- » Tú sola de mis votos eres digna.
- » Mas con todo, una duda, un cruel recelo
- » Me acibara algún tanto tu consuelo.
- » ¿He de fenecer todo? ¿Estoy seguro
- » De que este fuego intelectual y puro,
- » Que el frágil barro de mi cuerpo anima,
- » También se apagará en la negra sima

- »Del sepulcro, hasta la última vislumbre,  
»O no lo estoy? ¡Funesta incertidumbre!  
»¡Qué turbación me causa! ¿conque puede  
»Verificarse que mi cuerpo muera,  
»Y que con todo viva mi alma quede?  
»¿Qué será entonces de mi lisonjera  
»Esperanza de un dulce acabamiento?  
»Mas consultemos al remordimiento  
»De mi conciencia: el alma únicamente,  
»Y no el cuerpo ser puede delincuente;  
»¿Pues por qué ella ha de ser privilegiada  
»Para sobrevivir, siendo culpada,  
»Al cuerpo, de sus faltas inocente?  
»¿Y podrá ser tampoco un limitado  
»Objeto como el hombre, condenado  
»A un suplicio sin fin? Si sucediera  
»Esto, la misma muerte inmortal fuera  
»Para vengar á Dios, y no es creible  
»Que tal contradicción sea posible.  
»En vano el Sér eterno lo querría:  
»De sus manos mi sér escaparía  
»Por su fragilidad: igual bajeza,  
»De su sabiduría y su grandeza  
»Indigna fuera: se tendría á menos  
»De perseguir, hasta en los negros senos  
»De la honda huesa, mi ceniza helada:  
»¿Querría acaso, de venganza hambriento,  
»Para saciar su cólera irritada,  
»Eternizar en su resentimiento  
»Sus víctimas? La bárbara fiereza  
»De este encono, contra un sér pasajero,  
»De Dios haría un monstruo carnicero:  
»Fuera contrario á la naturaleza.  
»Mas si, con todo, en mi concepto errase,  
»Y ministro de su ira me aguardase

- »La eternidad..... ¡Eternidad terrible!  
 »¡Mis cabellos se erizan al nombrarte!  
 »¡Alrededor de mí, cual espantoso  
 »Trueno retumbas! ¿Y será factible,  
 »Que Dios me haya criado, para darte  
 »Perpetuo pasto, y que del tenebroso  
 »Sepulcro salgan cuerpo y alma unidos,  
 »De nuevo, á igual suplicio sometidos?  
 »¡Suerte fatal! ¿Aun á mi descendencia  
 »He de dejar la muerte por herencia?  
 »¡Ojalá que su copa en mí agotara  
 »Toda, y yo solo á un tiempo su postrera  
 »Víctima fuese, como la primera!  
 »Mi posteridad toda agradecida,  
 »Me bendijera entonces, y ensalzara.  
 »¡Pero por que razón, siendo inocente,  
 »Ha de ser en mis penas comprendida?  
 »¡Ah! no: toda mi raza es delincuente.  
 »De mi crimen la horrible levadura  
 »Corrompió toda aquella masa pura.  
 »Su alma, su voluntad, su entendimiento,  
 »Son cada uno una fuente ya dañada,  
 »Desde su nacimiento.  
 »¿Conque, ¡oh Cielo! son justos tus rigores?  
 »Aun mi ciega razón, por extraviada  
 »Que esté, se ve obligada  
 »A confesarlo. Lo que mis mayores  
 »Angustias causa, es ver de mi futura  
 »Generación la larga desventura:  
 »Ya que yo solo he sido el que he agraviado  
 »A Dios, si su venganza descargara  
 »Sobre mí solo, al fin me consolara.  
 »¿Qué dices, miserable? ¿Si ese osado  
 »Voto ¡tiembla de hacerlo! consiguieras,  
 »La ira toda de un Dios cómo pudieras

»Sostener solo? Esa ira, con exceso  
 »Más temible que el rayo, el torbellino;  
 »Esa ira insoportable, cuyo peso  
 »Al universo entero oprimiría,  
 »Aunque, compadeciendo tu destino,  
 »En llevar esa carga, compañía  
 »Te hiciese la mujer, ¡desventurados!  
 »Quedarais bajo de ella aniquilados.  
 »Así, pues, ¡oh dolor! ¡oh lamentable  
 »Suerte! mis votos, ruegos y esperanzas,  
 »Mis miedos de lo actual, mis desconfianzas  
 »De lo futuro, todo en formidable  
 »Liga, contra mí se arma juntamente.  
   »¡Oh colmo de desgracias sin ejemplo!  
 »¡Con qué dolor amargo te contemplo!  
 »¡Oh Adán! Satanás sólo, ese enemigo  
 »¡Tormento cruel! de todo sér viviente,  
 »En la maldad te iguala y el castigo.  
 »¡Conciencia inexorable! ¡juez terrible!  
 »Contra Dios, contra mí, me es imposible  
 »Defenderme. Contigo en un profundo  
 »Abismo tenebroso deseara  
 »Hundirme, y que sobre ambos, todo el mundo  
 »En ruinas de una vez se desplomara.»  
   Así, en la calma de la noche oscura,  
 Adán, gimiendo, exhala su amargura:  
 Noche funesta, ¡ay Dios! bien diferente  
 De aquellas que pasaba,  
 Cuando el favor de su Señor gozaba,  
 Cuando un céfiro fresco dulcemente,  
 De la plateada luna en compañía,  
 Alentando inspiraba la alegría.  
 Su negra lobreguez ahora acrecienta  
 La cruel aficción que le atormenta.  
 Por sus remordimientos devorado,

En tierra, casi exanime, postrado,  
 Implora dolorido  
 El golpe tanto tiempo suspendido  
 Que ha de acabar sus males destruyendo  
 Su sér, su nacimiento maldiciendo.

«Tu ira, exclama, ¡oh Dios Todopoderoso!  
 »Ó antes bien tu bondad, me ha prometido  
 »El golpe de la muerte temeroso;  
 »¡Habré esperado en vano aun este triste  
 »Don, que por pura compasión me hiciste?  
 »Mil veces á la muerte que viniera  
 »He suplicado, pero inútilmente:  
 »Sorda á mi voz, de mí huye diligente,  
 »Y con risa mis penas considera.  
 »¡Oh valles, bosques, fértiles colinas,  
 »Arroyuelos y fuentes cristalinas!  
 »¡Qué se hicieron aquellos deliciosos  
 »Acentos, que los ecos repitieron  
 »De las peñas y bóvedas sombrías?  
 »¡Se volvieron en ayes dolorosos!  
 »¡Ya no escucharéis más mi alegre canto!  
 »¡Ay de mí! ¡Para siempre fenecieron  
 »Aquellos breves y felices días,  
 »Y en aflicción se han vuelto y en espanto!»

Mientras que cede Adán á la grandeza  
 De sus tormentos, Eva, que ocultaba  
 En lo interior del pecho su tristeza,  
 Y de lejos inquieta le observaba,  
 Al verle en situación tan deplorable,  
 A ir á darle consuelo se aventura:  
 Viéndola Adán, la grita con voz dura:

«¡Huye de aquí, serpiente detestable!  
 »Sí: ese nombre es el tuyo, lo mereces:  
 »Mis males la serpiente ha producido,  
 »Mas en ellos su cómplice tú has sido,

- » Y á ella en crueldad y astucia te pareces.
- » ¡Por qué no conocí yo cuán nocivos
- » Eran tus engañosos atractivos!
- » ¡Ah! ¿por qué no tenías su figura,
- » Como has tenido su mortal veneno?
- » A no ser ¡ay de mí! por tu hermosura,
- » Tu hermosura divina,
- » Antes mi dicha, y ahora mi ruína,
- » De este mal estuviera bien ajeno:
- » No cayera en tu lazo artificioso.
- » ¡Ojalá que lo hubiera antes, juicioso,
- » Discernido, como ahora lo discierno!
- » Sí: está el Cielo en tus ojos, y el Infierno
- » En tu pecho. ¡Beldad, beldad funesta,
- » Que mi vista sedujo, y que detesta
- » Mi corazón! Feliz hasta aquel día,
- » Lo fuera aún, si tu fatal porfía,
- » Hija de tu ansia indócil é imprudente,
- » De gozar de una libertad soñada
- » Lejos de mí, vagando ociosamente,
- » Y tu vanidad necia y obstinada,
- » No hubiesen hecho que te desdeñases
- » De seguir mis consejos acertados,
- » Y rebelde cerrases
- » Los oídos, á todos mis fundados
- » Presentimientos, á los cariñosos
- » Temores que mi pecho acongojaban.
- » ¿No te dije harto de los peligrosos
- » Lazos del enemigo, y tu flaqueza,
- » De los peligros que te amenazaban?
- » ¿No hice yo cuanto pude, por quitarte
- » Tu capricho fatal de la cabeza?
- » ¡Inútil fué: triunfó tu rebeldía
- » De mi ternura y mi sabiduría!
- » ¿Y quién sabe si tuvo también parte

- »En el empeño insano,  
»Algún deseo oculto como vano,  
»De hacer ostentación de tu hermosura,  
»A los ojos del fiero  
»Satanás, ó tal vez el lisonjero  
»Ridículo proyecto de enredarle  
»En tus lazos tú misma, y su impostura  
»Burlando, á tu dominio sujetarle?  
»Fuese cual fuese el fin de aquella tema,  
»De la serpiente el diestro estratagema  
»Te hizo caer en su red, y yo, ¡marido  
»Débil, te dejé sola y sin defensa,  
»Por mi necia confianza seducido,  
»Expuesta á toda la malicia intensa,  
»Al poder de aquel monstruo formidable!  
»Te creí más virtuosa y más prudente:  
»Juzgué que triunfarías fácilmente  
»De un riesgo tantas veces prevenido.  
»¡Crédulo, no advertí cuán deleznable  
»Tu virtud era! ¡tarde lo he sabido!  
»¡Por qué tu sexo frágil, ignorado  
»En los Cielos, aquí reina adorado?  
»No pudo Dios, cual los espirituales  
»Seres, haber con sus fecundas manos  
»Propagado sin él á los humanos,  
»Y así evitar tan espantosos males?  
»¡Qué falta hacía en la naturaleza  
»Ese sexo falaz, que si la adorna  
»Con su rara hermosura, la trastorna  
»Y la deshonra con su ligereza?  
»¡Oh sexo peligroso que agradando  
»Nos pierdes! ¡Qué desgracias espantosas  
»Están por tí á la tierra amenazando!  
»¡Qué cúmulo de males! ¡Las esposas  
»Por un interés sórdido compradas:

- » Los desiguales lazos: las odiosas
- » Preferencias: las prendas malogradas:
- » Á ciegas, la fortuna reuniendo
- » Los corazones: la discordia, abriendo
- » La puerta á la traición: los orgullosos
- » Desdenes: los caprichos enfadosos:
- » La necia vanidad, y la locura:
- » La hipocresía, hermana de la dura
- » Acrimonia: la paz ya desterrada:
- » La doméstica guerra declarada:
- » Multitud de desgracias lastimera,
- » Que tú has traído al mundo la primera!»

Dice, y se aparta airado. Eva, postrada

A sus pies, le detiene sollozando,

Abraza sus rodillas; y exhalando

En amargura le dice: «¡Adán amado!

» No me abandones, no, en este extremado

» Dolor. Al Cielo invoco por testigo

» Del amor que te tengo, y del respeto

» Que está grabado en mí para contigo.

» Mi crimen, más que un crimen, fué el efecto

» De un perdonable error, de una imprudencia,

» Que expía el torcedor de mi conciencia,

» Que me ha costado ya tanto gemido.

» Veme humilde, á tus plantas abrazada,

» Bañarlas con mis lágrimas ardientes.

» Hartos males sobre ambos han caído;

» Su intolerable peso no acrecientas.

» No me niegues siquiera una mirada

» De consuelo. No cierres el camino

» Al último recurso, que aunque avaro,

» Para aliviarnos nos dejó el destino.

» Tú eres mi única guía y solo amparo:

» De este mundo en el mísero desierto,

» Todo me tiene ya de miedo helada.



»Tú eres mi asilo, mi seguro puerto;  
»¿Que haré, si de tí soy abandonada?  
»No rechaces cruel á quien te adora,  
»A quien, gimiendo, tu piedad implora!  
»¿Y adónde huiría yo, si me impidiese  
»Tu implacable rencor que te siguiese?  
»Quizás pocos momentos gozaremos  
»Aun de esta infeliz vida que nos queda:  
»Al interes común tu enojo ceda:  
»Nuestra dulce concordia renovemos,  
»Y mutuamente nos consolaremos:  
»Uno es el riesgo, y uno el enemigo:  
»Para vencerlos, deja que contigo  
»Me ligue: entre los dos, más fácilmente  
»Lo lograremos, que si combatimos  
»Contra sus fuerzas separadamente.  
»Caí lejos de tí; pero á tu lado  
»Triunfaré. Con un peso duplicado,  
»A mí, á pesar de que los dos sufrimos,  
»Me tienen las desgracias oprimida:  
»Á un mismo tiempo, soy más delincuente,  
»Y más digna de ser compadecida.  
»Tú ofendistes á Dios únicamente:  
»Yo ¡infeliz! he ofendido,  
»Como á Dios, al esposo más querido.  
»Iré, pues, del Eterno la clemencia  
»A implorar humillada,  
»Al propio puesto en donde la sentencia  
»Fulminó: le diré que la culpada  
»En provocar su cólera yo he sido,  
»Y que sobre mí sola su encendido  
»Enojo satisfaga. ¡Cuán dichoso  
»Fin será el mío si, mi voto oyendo,  
»A tí te perdonare, y yo muriendo,  
»Salvándole, mi amor pruebo á mi esposo!»

Esto dice, y en lágrimas se ahoga.  
 Su humildad, sus desgracias, sus lamentos,  
 Su dolor vivo, sus remordimientos,  
 La franca confesión de su flaqueza,  
 Todo en el corazón de Adán aboga  
 En favor de su esposa arrepentida.  
 Viendo á sus plantas su mitad rendida,  
 Marchita la belleza  
 De aquella á la que había amado tanto.  
 Derramar afligida un mar de llanto  
 Y su amparo implorar, determinada  
 A morir, si ha de ser de él separada,  
 Su justo enojo poco á poco espira:  
 En silencio la mira,  
 Y al fin la dice así, menos severo:  
 «¿Qué nuevo error, peor aún que el primero,  
 »¡Oh mujer imprudente!  
 »Viene ahora á deslumbrar tu débil mente?  
 »¿Sola á arrostrar te ofreces la tormenta,  
 »La ira horrenda del Todopoderoso,  
 »Tú, que aun no puedes con la de tu esposo?  
 »Con razón debes darte por contenta,  
 »Si sabes sostener tus solos males.  
 »Aun no has formado tú ideas cabales  
 »De nuestra desventura. Es un ensayo  
 »No más el que nos causa tal desmayo.  
 »Si yo esperanza la menor tuviera  
 »De doblar la severa  
 »Justicia del Señor, al punto iría  
 »A pedir que el castigo en mí agotase,  
 »Y á que á mi costa á tí te perdonase.  
 »Ante su tribuna! precedería  
 »Tus pasos á exponerle la flaqueza  
 »De un sexo débil por naturaleza.  
 »De tu sexo, que puesto á mi cuidado,

»Jamás solo debiera haber dejado;  
»Pero estas disensiones desterremos,  
»Que hartas penas sin ellas padecemos.  
»Levántate, Eva, y que desde este instante  
»La dulce unión, la paz y el más constante  
»Amor, sean de entrambos el consuelo:  
»Uno al otro ayudémonos con celo  
»A llevar nuestras penas. Persuadido,  
»Por lo que en la sentencia hemos oído,  
»Estoy de que la muerte que anhelamos,  
»De nosotros aún no está cercana.  
»Se viene á paso lento la inhumana,  
»Para que nuestros males más sintamos.  
»¡A qué subido precio de dolores  
»Nos vende aun del sepulcro los horrores!  
»¿Y está á las mismas penas condenada,  
»Oh Dios, toda la prole que tengamos?  
»¡Oh infeliz padre! ¡Oh prole desgraciada!»

A estos lamentos, Eva con modesta  
Ternura de este modo le contesta:

«La memoria fatal de mi extravío,  
»Y de mi poco juicio la experiencia,  
»Debieran imponerme, esposo mío,  
»Un silencio perpetuo y riguroso.  
»Mas, puesto que á tus brazos, generoso,  
»Movido de tu amor y tu indulgencia,  
»Te has dignado volverme,  
»¿Cómo he de poder yo desentenderme  
»De exponer cuantos medios mi desvelo  
»Discurrir pueda para tu consuelo?  
»Permíteme, pues, que uno te presente,  
»Para calmarte en parte, suficiente.  
»Según te oigo, tu pena la más viva  
»Es una inmensa y triste perspectiva  
»De los males que nuestra inobediencia

»A nuestros nietos deja por herencia,  
»Y cuya serie, larga cual la vida,  
»La muerte sola acabará homicida.  
»¡Qué pena no ha de darnos, en efecto,  
»Ver que nuestro linaje está sujeto  
»A una sentencia que hemos merecido  
»Nosotros solos, y que en su carrera,  
»De las mismas desgracias oprimido  
»Ha de ser, hasta su hora postrimera!  
»Pues de tí pende, Adán, el que libre mos  
»A nuestros nietos de esta infeliz suerte.  
»Todavía no existen, y sabemos  
»Que sólo goza el privilegio, ¡ay triste!  
»De no padecer nada, el que no existe.  
»No te costará más, que resolverte  
»A no dar nunca el sér á esa perdida  
»Raza, proscrita aun antes que nacida:  
»Que la muerte voraz, chasqueada lllore  
»Tantas víctimas, ya que nos devore.  
»Y si es que te parece cosa dura  
»No gozar los derechos de un esposo,  
»Ni del nombre de padre la ternura,  
»En nuestra mano está el hallar reposo,  
»Y acabar de sufrir: con pecho fuerte  
»Llamemos juntos á esa misma muerte,  
»Remedio de los males infalible:  
»Y si sorda á las voces, ó insensible,  
»No acude, sin cansarnos más en vano,  
»Que por su dardo supla nuestra mano:  
»De todos modos, más vale buscarla,  
»Que con tan largas penas aguardarla:  
»Corramos, pues, á aquel tranquilo puerto  
»De todas las tormentas de la vida.  
»Para escapar de este hórrido desierto,  
»La más pronta y más cómoda salida,

- »Sin titubear tomemos,
- »Y dulce fin á nuestros males demos,
- »Que contigo, será para tu esposa
- »Hasta la misma muerte deliciosa.»

Dice: y la muerte que ha invocado ardiente,  
 Su palidez ha impreso ya en su frente.  
 Adán, más resignado y más juicioso,  
 De este modo la anima cariñoso:

- «¡Cara Eva! ese desprecio de la vida
- »Y sus placeres, muestra que ya sabes
- »Reprimir tus deseos, y las suaves
- »Delicias del amor con generoso
- »Corazón desdeñar; mas seducida
- »Estás por tu pasión, si acaso esperas
- »Eludir con la muerte los severos
- »Justos decretos del Omnipotente.
- »Anticipadamente
- »Se burla, créeme, de esas quimeras,
- »De tus vanos proyectos lisonjeros.
- »La vida y muerte están á su obediencia:
- »Teme irritarle más con tu impaciencia;
- »Tiembra que agrave nuestra desventura,
- »Que eternice la muerte, de manera
- »Que nuestro sér, bajo su mano dura
- »Esté siempre muriendo, y nunca muera.
- »Pensemos, oh Eva, pues, con más cordura.
- »Acuérdate de aquella misteriosa
- »Expresión que Dios dijo
- »A la Serpiente cuando la maldijo:
- »Que la mujer, bajo sus pies, un día
- »Su cabeza orgullosa
- »Con triunfante valor quebrantaría;
- »¡Tarda venganza, pero inapreciable,
- »Contra el autor de nuestra lamentable
- »Ruina! ¿Y quién sabe si era la Serpiente...

- »Satanás mismo, que de su figura
- »Se habría revestido astutamente,
- »Para hacer nuestra pérdida segura?
- »Si esto es así, cual yo me lo sospecho,
- »Se daría tal vez por satisfecho
- »Con su castigo el Cielo, y apiadado.
- »Perdonaría al hombre su pecado.
- »Y si nuestra impaciencia adelantara
- »De nuestra vida el fin, ó del fecundo
- »Lecho los castos frutos estorbara,
- »En que sus esperanzas tiene el mundo,
- »Nuestra dicha tal vez no se cumpliera,
- »Y la venganza justa se perdiera
- »Del fiero Satanás: el triunfaría:
- »Dios con mayor rigor nos trataría
- »Cual súbditos soberbios y obstinados,
- »Rebeldes á sus leyes nuevamente,
- »Y seríamos más desventurados.

»Tú te acordarás, Eva, cuán clemente  
 »Su paternal piedad templó el severo  
 »Rigor de su justicia, en la sentencia  
 »Que dió contra nosotros: ni un ligero  
 »Ceño, ni una expresión amarga, ó dura:  
 »Su ira el tono tomó de la indulgencia:  
 »Temíamos morir en el instante,  
 »Y dilató la muerte á una futura  
 »Época incierta, al parecer distante.  
 »A tí te dió á entender que vivirías,  
 »Diciendo que tus hijos parirías  
 »Con dolor. Tal fué todo tu castigo,  
 »Y la esperanza de esa prole amada,  
 »En aquel hecho mismo prometida,  
 »Te dejó de algún modo consolada.  
 »No menos compasión tuvo conmigo:  
 »Mi pena fué, volver la endurecida

- »Tierra fecunda á fuerza de labores,
- »Y recoger el pan con mis sudores:
- »Sentencia nada cruel, aunque severa,
- »Pues más castigo la ociosidad fuera.
- »Mis manos bastarán á alimentarnos
- »Y Dios mismo, alabémosle, piadoso
- »Nos ha vestido ya, para guardarnos
- »Del calor, ó del frío riguroso,
- »Que desnudos podría incomodarnos.
- »Con la oración, en fin, conseguiremos
- »Enternecerle más. Si los horrores
- »De la piedra y del hielo, ó los ardores
- »Del destemplado sol temer debemos,
- »Dios nos enviará las industriosas
- »Artes: con ellas nos defenderemos.
- »Mas, de las altas cimas de los montes
- »Descienden presurosas,
- »Como ves, á cubrir los horizontes
- »Oscuras nieblas, y silbando el viento,
- »Quiere arrancar los montes de su asiento:
- »Busquemos un abrigo, y con destreza,
- »Del sol amortiguado, reunidos
- »En un foco los rayos esparcidos.
- »Las secas hojas, de que la maleza
- »Nos provee, encendamos, ó ludiendo
- »Unos cuerpos con otros, el ocioso
- »Fuego en ellos oculto, conmoviendo,
- »Inflamaremos aun más fácilmente
- »La materia dispuesta, y con gozoso
- »Placer, un calor dulce lograremos,
- »Con que una noche cómoda pasemos,
- »Sin que nos dañe el destemplado ambiente.
- »Así has visto, del aire en las llanuras,
- »Chocar unas con otras las oscuras
- »Nubes, hacer saltar el encendido

- »Rayo, y con él ardiendo el pino  
 »Enviarnos un calor más agradable  
 »Que el del sol, y no menos saludable.  
 »Créeme, Eva querida, ha de mirarnos  
 »Dios con piedad: benigno ha de inspirarnos  
 »Artes, con que podamos los prolijos  
 »Trabajos abreviar, el duro suelo  
 »Fertilizar, y hallar consuelo  
 »En nuestros males, hasta que á sus hijos  
 »La tierra en sus entrañas cariñosa  
 »Guarde, tal vez para otra edad dichosa.  
 »Vamos al puesto en que con tal clemencia  
 »El Señor moderó nuestra sentencia:  
 »Allí, postrados ante su divino  
 »Acatamiento, humildes suplicando,  
 »Nuestra culpa sinceròs detestando,  
 »Á su bondad abramos el camino  
 »Con nuestro amargo llanto: deploremos,  
 »Oh Eva, con corazón arrepentido,  
 »La ingratitud en que hemos incurrido:  
 »Á su trono eminente  
 »Nuestros tristes gemidos elevemos.  
 »Si hasta ahora ha sido sólo un indulgente  
 »Padre, y no un juez severo, cuando osados  
 »Excusábamos aún nuestros malvados  
 »Placeres, confiados esperemos  
 »Que, con nuestro dolor enternecido,  
 »Nos volverá su amor que hemos perdido.»

Á estas palabras, en deshecho llanto  
 Ambos prorrumpen; lágrimas de un santo  
 Movimiento nacidas,  
 Que el mismo Dios á sus reconocidas  
 Almas infunde misericordioso.  
 Al puesto, pues, en que su riguroso  
 Fallo se dió, caminan, y postrados,



Confiesan al Eterno sus pecados.  
Amargamente su ingratitude lloran,  
Y humildes la bondad divina imploran.  
Sus ardientes suspiros, sus gemidos,  
Al trono eterno suben dirigidos;  
De Dios desarmen la ira,  
Y con nueva piedad á entrambos mira.

---

---

---

## LIBRO UNDÉCIMO.

---

### SUMARIO.

El Hijo de Dios intercede por nuestros primeros padres, que confiesan su culpa; presenta sus oraciones á su Padre, que las oye, pero que declara que deben salir desterrados del Paraíso. Envía á Miguel con una guardia de Querubines para echarlos de él, y le encarga que para su consuelo les revele su suerte futura y la de su descendencia. Adán, entre tanto, hace observar á Eva algunos signos funestos. Sale al encuentro de Miguel, que le anuncia su destierro. Lamentos de Eva con este motivo. Adán suplica su revocación, y al fin se somete. El Angel le coloca sobre una altura del Paraíso, y le descubre en una visión lo que debe suceder hasta el diluvio.

Como el dulce rocío matutino  
Por los áridos campos se derrama,  
Así del seno del amor divino,  
Suave desciende la celeste llama  
De la gracia, á los pechos afligidos  
De Adán y de su esposa,  
Y sus remordimientos y gemidos  
En consuelo convierte y esperanza.  
Rendidos oran, y la poderosa  
Oración, que acompañan la confianza  
Y el sincero dolor, rápida vuela  
Los vastos campos de la luz cortando,  
En sus flamantes alas sostenida,  
Al templo del Eterno dirigida:  
De ser de él rechazada no recela,

Con la infalible protección contando  
Del Pontífice Sumo que allí habita,  
Hijo de Dios, y Dios y medianero  
Entre el hombre y su Padre, que ejercita  
Su sacerdocio eterno, intercediendo  
Por el linaje humano, y ofreciendo  
A su Padre los ruegos que sincero  
Le dirige. Llevados por sus manos  
A su Padre, aunque en sí ningún aprecio  
Merezcan, á sus ojos soberanos  
Al punto adquieren infinito precio.  
Así la oración de uno y otro esposo,  
Envuelta en aquel humo puro y denso  
Que del altar eterno del incienso  
Asciende, ofrece al Todopoderoso.

«¡Padre mío! le dice, tu propicia  
»Vista sobre mí vuelve: la primicia  
»Te ofrezco de tus gracias: el rendido  
»Dolor de un corazón arrepentido:  
»El propósito fiel: la fervorosa  
»Oración confiada y respetuosa,  
»Frutos divinos, aun más agradables  
»A tí, que cuantas frutas admirables  
»El Edén deleitoso producía,  
»Que el hombre aun inocente te ofrecía.  
»Han subido estos ruegos fervorosos,  
»Del altar de oro entre los olorosos  
»Sacros perfumes, y los he admitido  
»Como un sincero fruto  
»Del arrepentimiento, y un tributo  
»De gloria que yo mismo he bendecido.  
»Recibe, pues, del hombre las rendidas  
»Oraciones, por tu Hijo conducidas.  
»Pues que por los humanos ser yo quiero  
»Víctima, sacerdote y medianero,

- »Les consagro desde hoy mi vida y muerte.
- »Justos ó delincuentes, de su suerte
- »Yo me encargo; yo haré que sean puras
- »Sus buenas obras, y de las impuras
- »Satisfará mi sangre la indulgencia:
- »El suplicio de un Dios, en los derechos
- »Los restablecerá de la inocencia.
- »Con todo, mientras duren los estrechos
- »Límites puestos á su mortal vida,
- »Se verán por los males angustiados.
- »Que sufran el castigo resignados:
- »Que mueran; pues que yo, de tu clemencia
- »Nunca pretenderé sea abolida,
- »Sino sólo aliviada, la sentencia.
- »Pero llegará un día en que conmigo,
- »Borrada de sus culpas la memoria,
- »Unidos, como yo lo estoy contigo,
- »A la dicha renazcan y á la gloria.

- »Todo cuanto me pides, oh Hijo amado,
- »Responde el Padre eterno, está otorgado.
- »Mi justicia y mi piedad han decidido
- »La suerte de los hombres; pero deben
- »Desterrados salir de ese florido
- »Edén en que aun habitan; que se lleven
- »Consigno su impureza y su quebranto,
- »Pues ni culpas ni penas aquel santo
- »Suelo permite. Sí: esos malhechores
- »Habitar deben ya en otros lugares
- »Menos puros; usar de otros manjares
- »Más groseros, pues que ellos del inmundo
- »Pecado han sido los introductores.
- »Los que con él han contagiado el mundo,
- »Que paguen de algún modo esos perjuicios.
- »El hombre recibió en su nacimiento
- »De mí, entre otros, dos grandes beneficios,

- » Á saber, que feliz é inmortal fuera.
- » Perdida ya su dicha, si siguiera
- » Siendo inmortal, sería su tormento
- » Interminable: así, por piedad pura,
- » Le he señalado un término en que muera,
- » Y breve: si él aprovecharlo sabe;
- » Si á mis preceptos leal, triunfa glorioso
- » En el combate cruel, está segura
- » Su recompensa para cuando acabe.
- » Al salir, como el oro refinado,
- » Del crisol doloroso
- » De las tribulaciones que ha pasado,
- » Su alma sublime, suelta
- » Del inocente barro en que está envuelta,
- » Pasará á un lugar puro sin tardanza,
- » Por la calma habitado y la esperanza,
- » Hasta que llegue el venturoso día,
- » En que mis numerosos escogidos
- » Completen nuestra corte reunidos.
- » El Cielo ha visto ya su rebeldía
- » Castigada, y la tierra delincuente
- » La pena ha de sufrir correspondiente.
- » Este rigor hará que los humanos
- » Observen mis preceptos soberanos.»

Dice, y su Hijo, inclinado, acatamiento  
Le hace: al punto resuena  
La celeste trompeta, cuyo acento  
Sonoro el Cielo dilatado llena:  
La misma es que después en la alta cumbre  
Del Sina, envuelta en espantable lumbre,  
Al bajar el Eterno, aterró tanto  
De Israel acampado al pueblo santo,  
Y la propia también que en lo futuro  
Hará salir los muertos del oscuro  
Sepulcro, cuando en llamas consumido

Exhale el mundo el último gemido.  
 Apenas del Señor ha publicado  
 El heraldo celeste con robusto  
 Pecho el decreto augusto,  
 Cuando de nuevo el Cielo se estremece  
 Al són de la trompeta replicado,  
 Que repetido por los ecos crece.  
 Los hijos de la luz, los deliciosos  
 Verjeles de amaranto presurosos  
 Dejando, y las orillas deleitables  
 Del río de la vida, en que bebiendo  
 El néctar puro, alegres disfrutaban  
 De la felicidad, vienen corriendo  
 Al templo eterno: sus innumerables  
 Turbas aquel vasto ámbito llenaban,  
 Y silencioso cada uno adorando  
 A Dios, su silla de oro iba ocupando.

De esta manera entonces, del divino  
 Eterno trono, de donde el destino  
 Del universo pende, á su luciente  
 Celeste corte habló el Omnipotente:

«¡Hijos míos! habéis visto que, ansioso  
 »De saber todo, el hombre ha pretendido  
 »De su alto Dueño conseguir la ciencia.  
 »Puede estar orgulloso  
 »De ese conocimiento que ha adquirido  
 »Del bien y el mal, con su desobediencia.  
 »¡Cuán cara ha de costarle esa soñada  
 »Ventaja! Más feliz hubiera sido  
 »El triste, en mantenerse en la ignorancia,  
 »Inevitable en su alma limitada,  
 »Que en dejarse cegar por su jactancia.  
 »Víctima al fin de los remordimientos,  
 »Desengañado ahora  
 »De su locura, mi piedad implora

- »Con sincero dolor: si sus lamentos
- »Compadeciendo, yo le perdonara
- »Desde luego, del árbol de la vida
- »Quizá también el fruto le tentara,
- »Y un fatal beneficio para él fuera
- »Que, haciéndose inmortal, de su afligida
- »Y miserable suerte la carrera
- »Funesta para siempre prolongara.
- »Toma, pues, oh Miguel, una escogida
- »Hueste de Querubines:
- »Con ellos vé, y que guarden vigilantes
- »Del Edén en contorno los confines:
- »No escuches la piedad: parte, y destierra
- »A aquellos dos profanos habitantes
- »De su sagrada y venturosa tierra;
- »Pero no te armes de un ceño severo:
- »Al paso que castigues al culpable,
- »No agraves más su suerte miserable.
- »Trátale en lo posible con dulzura:
- »De sus remordimientos el sincero
- »Clamor á mí ha llegado: si se humilla
- »Su corazón, y observa con sencilla
- »Obediencia mis leyes, su amargura
- »Tira á suavizar, con la esperanza
- »De una futura y próspera mudanza (1).
- »Indícales de lejos el sagrado
- »Medianero, á salvarlos destinado.
- »Vé, pues: cerca de guardias prontamente
- »A Edén; desnuda tu resplandeciente
- »Espada; que centellas inflamadas
- »Vibrando, cierre todas las entradas:
- »Cuida que el Angel infernal astuto,
- »De seducir al hombre no haga prueba
- »Con ese otro ahora más funesto fruto,
- »Y su hambre y sed sacrílega no mueva.»

Así acaba, y Miguel en el instante,  
 Ordenada su escuadra fulminante,  
 Parte: cada guerrero cuatro frentes  
 Presenta, y en las alas relucientes,  
 Como en sus cuerpos, brillan encendidos  
 Miles de vivos ojos esparcidos,  
 Nunca cerrados, que con fácil vela  
 Hacen eterna, exacta centinela.  
 En esto, la mañana ya nacía,  
 Y perlas en las flores esparcía:  
 A los perfumes que éstas exhalaban,  
 Los de las oraciones se mezclaban  
 Que humilde Adán al Todopoderoso  
 Dirigía. Su pecho, desmayado  
 Hasta entonces, de un nuevo y vigoroso  
 Calor por grados siente ya animarse,  
 Y el gozo en su interior equilibrado  
 Con la tristeza, opone en la balanza  
 Á su temor, un rayo de esperanza.

Más tranquilo, á su esposa así á explicarse  
 Comienza, y como bálsamo escogido  
 Su discurso conforta su afligido  
 Corazón: «¡Oh Eva, dice, cuántos bienes  
 »A la piedad de nuestro Dios debemos!  
 »Cuántos tiene tu esposo, cuántos tienes,  
 »Son suyos. ¿Y con qué pagar podemos  
 »Tanta bondad? Mas ya que no alcanzamos  
 »Á agradecerle como deseamos,  
 »Le aplacaremos con la fervorosa  
 »Oración, consagrándole rendidos  
 »Nuestros dos corazones afligidos.  
 »Una sincera lágrima es bastante  
 »Para apagar de pronto en su piadosa  
 »Mano la llama de su fulminante  
 »Rayo. Yo mismo soy de ello testigo;



- »Cuando en tu compañía con mi ruego
- »Busqué poco hace en su piedad abrigo,
- »Notar me pareció que desde luego
- »Aclaraba su ceño nebuloso
- »Y se nos sonreía bondadoso.

»Me volvió desde entonces la esperanza,

- »Y de la paz con ella la bonanza;
- »Aun oigo la promesa milagrosa,
- »Aquella su expresión consoladora:  
—«Una mujer será de la orgullosa  
Serpiente con el tiempo vencedora.»—
- »Esta palabra, que en aquel momento
- »Borró de mi memoria un miedo helado
- »Propio de la ocasión, ahora, aliviado
- »Mi corazón, de nuevo ya á mi oído
- »Suená. Aquel mismo débil instrumento
- »Por el que el hombre ha sido seducido,
- »De su venganza servirá al intento.
- »Temía antes la muerte, y ahora excita
- »Mis esperanzas. ¡Tú, mi esposa amada,
- »Eva, madre bendita
- »Del humano linaje, destinada
- »Á restaurar el mundo, cuán gozoso
- »Te doy de madre el título glorioso!»

Eva, bajos los ojos, con modesta

Expresión le responde: «¡Amado esposo!

- »¿Cómo puedes tratar con tal ternura
- »Á la autora funesta
- »De tu ruina, á la misma que, nacida
- »Para hacerte feliz, por su locura
- »Te puso en tan horrible desventura?
- »Eva, que trajo al mundo la homicida
- »Muerte, ¿es creíble que aun le dé la vida?
- »La ignominia era el único salario
- »Competente á mi exceso temerario.

»No esos amables títulos honrosos:  
 »Pero de ese jardín en que dichosos  
 »Hasta ahora hemos vivido,  
 »Cuyo suelo, ya ingrato, endurecido  
 »Desde hoy, á fuerza sólo de sudores  
 »Corresponder podrá á nuestras labores,  
 »Es ya hora que cuidemos.  
 »¡Y qué día tan triste nos espera,  
 »Tras de una noche entera  
 »De desvelo cruel, en que no habemos.  
 »Hecho más que llorar! Desentendida  
 »Con todo de estas penas, ya la aurora,  
 »Exacta en despertanos, viene ahora,  
 »Del bullicio seguida,  
 »A desterrar el plácido reposo,  
 »La entrada abriendo al astro luminoso.  
 »Vamos, pues, caro Adán, al olvidado  
 »Trabajo: en adelante, de tu lado  
 »Jamás me apartaré: en tu compañía  
 »La noche me verá, me verá el día.  
 »Y ahora, supuesto que el Señor tolera  
 »Que este hermoso paraje aún habitemos,  
 »Por mucho que nós cueste, procuremos  
 »Que fructifique. Dios no nos hubiera  
 »Dejado en él si amor no nos tuviera.  
 »Perdimos otros bienes más preciosos,  
 »Mas contentos con éste, no amarguemos  
 »Su goce con recuerdos dolorosos.»

Así Eva, humilde y tierna, discurría  
 Con Adán. Mas ¡cuál era la tristeza  
 De éste al ver toda la naturaleza  
 Mudada, y que á sus ojos no ofrecía  
 Mas que motivos de terror y duelo!  
 La alba apenas colora  
 Los campos con su luz alegre y pura.

Cuando asoma una nube asoladora  
 Que la oscurece con espeso velo;  
 Una águila feroz, desde la altura  
 Del inflamado y tenebroso Cielo  
 Se precipita sobre dos brillantes  
 Aves, que huyen al punto, y corta el viento  
 Tras de ellas. El león busca ya hambriento  
 Su presa, y deja los enmarañados  
 Bosques, al descubrir en los distantes  
 Campos dos cervatillos: aterrados  
 Con su vista, hacia Edén rápidamente  
 Huyen; pero él, no menos diligente,  
 Corre tras de ellos, con furor rugiendo.  
 Con los ojos Adán los va siguiendo,  
 Y de aquellos agüeros afligido,  
 A su tímida esposa así se explica:

«Ya lo ves, Eva, el Cielo multiplica  
 »Las señales, de que aun está encendido  
 »Su enojo. Si el Eterno silencioso  
 »Se mantiene, repite el espacioso  
 »Mundo alrededor nuestro, con gemido,  
 »El grito de la muerte, que en nuestra alma  
 »Penetra, y con terrores nos desvela.  
 »El Señor por ventura se recela,  
 »De que entregados á una falsa calma,  
 »De que hemos de morir nos olvidemos,  
 »Y con esto hace que lo recordemos.  
 »Por más que nuestra muerte se difiera,  
 »Del seno de la tierra producidos,  
 »Un día en él seremos recogidos:  
 »Esta suerte infalible nos espera.  
 »Mas ¿cuál será este día? ¿Qué camino  
 »Conducirá, por la región desierta  
 »De la vida, á cada uno á aquel destino?  
 »Una lóbrega nube nos lo oculta,

- »Y estos crueles objetos más abulta.  
 »Todo es dudoso; mas la muerte es cierta:  
 »Testigos esos tristes moradores  
 »De la tierra y del aire, cuya huída,  
 »Que has visto, á un mismo asilo dirigida,  
 »Tal vez no habrá evitado los furores,  
 »La rapidez de sus perseguidores.  
 »También lo es esa noche que oscurece  
 »La luz del día apenas aparece.  
 »Pero mira al ocaso: en este instante,  
 »¿Ves que la oscuridad de una brillante  
 »Luz se reviste, como el más hermoso  
 »Día, y en pompa dirigir parece  
 »Lentamente hacia aquí, en un luminoso  
 »Carro, algún diputado  
 »Celestial, á nosotros enviado?»

No se engañaba: el escuadrón divino,  
 Luciente, se acercaba á su destino.  
 Al paso que se aleja  
 Del Cielo, un surco de resplandor deja  
 En los líquidos aires, hasta tanto  
 Que de Edén pára sobre el monte santo.  
 ¡Cuán grata aquella escena hubiera sido  
 Para tí, Adán, si los remordimientos,  
 Las inquietudes y los sentimientos  
 De la vergüenza no hubieran roído  
 Tu corazón, tu vista amortecido!  
 No fué tan majestuosa  
 La visión de Jacob, cuando del Cielo  
 Vió pendiente la escala misteriosa,  
 Y bajar hasta el suelo  
 Las escuadras angélicas formadas,  
 De inmortales fulgores inflamadas.  
 El Arcángel radiante,  
 Manda á su escolta cerque en el instante

Al Edén, y él, calando la espesura  
Del monte, á Adán divisa en la llanura.

Adán le ve venir, y estremecido  
De un terror santo, dice así á su esposa:  
»Eva, prevente á oír una embajada  
»Celestial: estará determinada  
»Nuestra suerte, ó tal vez habrá querido  
»De nuestro Dueño la bondad piadosa  
»Darnos alguna tregua. Allá en la cima  
»Del monte, advierte aquella nube de oro,  
»Que á ella ha traído del celeste coro  
»Una escuadra: repara  
»Que solo hacia nosotros se aproxima  
»Un guerrero, que de ella se separa.  
»El aire noble, el majestuoso porte,  
»Indican que algún grande potentado  
»Es de la empírea corte.  
»Nada noto en sus ojos que motivo  
»Nos dé de recelar; mas su semblante,  
»Sin embargo, no tiene aquel agrado  
»De Rafael, aquel dulce atractivo  
»Con que nos encantaba. Yo, adelante  
»A recibirle voy, con el respeto  
»Que se debe á su clase y á su aspecto:  
»Tú, aquí espera apartada.»

Se encamina, y el sacro mensajero,  
En figura de un hombre, la elevada  
Cuesta baja: á intimar viene el severo  
Decreto del Señor; mas con dulzura  
Su resplandor templando,  
Porque Adán totalmente no se espante.  
De una fuerte y magnífica armadura  
Guerrera está vestido, y su presencia  
Es heroica: al viento van ondeando  
De su manto de púrpura brillante

Los vastos pliegues. Ni remotamente  
 Competir pudo en la magnificencia  
 Con aquélla, la púrpura luciente  
 Que se labraba en la soberbia Tyro,  
 De aquel pez famosísimo extraída  
 Y hasta tres veces con primor teñida.  
 Ni tampoco en riqueza la igualaron  
 Los bellos trajes que en el vasto giro  
 Del Asia voluptuosa trabajaron  
 Para los reyes y los más famosos  
 Héroes, cuando de sus belicosos  
 Triunfos, brillando de esplendor y gloria,  
 En la paz celebraban la memoria.  
 Su varonil belleza presentaba  
 La juventud florida,  
 Á la prudencia de la edad unida:  
 En el hermoso tahalí brillaba  
 El celeste Zodíaco, y pendiente  
 De él traía el acero fulminante,  
 Terror del arrogante  
 Satanás, que cual viva llama ardía,  
 Y la terrible lanza en su valiente  
 Derecha mano rayos despedía.

Adan, ambas rodillas en el suelo  
 Hincadas, le saluda humildemente.  
 El ministro del Cielo,  
 Guardando su elevada jerarquía,  
 Sin volverle el saludo ni inclinarse,  
 De esta manera comenzó á explicarse:

«Tus oraciones la piedad divina  
 »Admitir se ha dignado. Dios pudiera  
 »Castigar sus derechos ofendidos  
 »Por medio de una muerte repentina;  
 »Agradécele, pues, que la difiera.  
 »De bondad lleno, tiempo quiere darte

- »Para que con mil frutos escogidos
- »De virtudes, redimas por tu parte
- »El exceso fatal de haber probado
- »Aquel que con rigor te había vedado.
- »A este precio te arranca del horrible
- »Abismo del Infierno; mas desde ahora
- »Jamás habitarás este apacible
- »Jardín, pues que el Señor de él te destierra.
- »Obedece rendido sin demora:
- »Parte lejos de aquí, por ese mundo
- »Un asilo á buscar: eterna guerra
- »Haz á su vasto y árido terreno:
- »Con tu sudor lo volverás fecundo:
- »Naciste en él, y su maternal seno
- »Te dará mientras vivas alimento,
- »Y después de tu muerte alojamiento.»

A este discurso, Adán, mudo de espanto,  
 Se siente helar la sangre. Eva, escondida  
 No muy lejos de allí, en lo más secreto  
 De un bosquecillo, oído este decreto  
 De su destierro, de un mortal quebranto  
 Al punto enajenada, su guarida  
 Descubre con sollozos y clamores,  
 Que aumentan de su esposo los dolores.

- «¡Oh golpe para mi ánimo afligido,
- »Gritaba Eva, más cruel que el de la muerte!
- »¡Conque ya no hay recurso, he de perderte,
- »Oh deliciosa tierra! ¡Edén querido,
- »Felices campos en que yo he nacido,
- »Envidiados del Cielo, he de dejaros!
- »¡Ay triste! En medio de mis dolorosas
- »Penas me lisonjeaba de habitaros,
- »De haceros dividir mis lastimosas
- »Quejas y mis lamentos,
- »Y ahora, mi corazón desconsolado

- » Llevará sólo los remordimientos,
- » La memoria de haberos profanado.
- » ¡Oh vosotras, objetos preferidos
- » Por mi cariño, flores hechiceras,
- » Adiós! no me veréis ya á las primeras
- » Muestras del día, vuestros encogidos
- » Cálices presentar á los lucidos
- » Rayos de un sol benigno; tiernamente
- » Cultivar vuestra infancia; con frecuente
- » Riego animar vuestros desfallecidos
- » Retoños, y sembrar vuestra escogida
- » Semilla, para daros nueva vida
- » En una prole bella y numerosa.
- » ¿Quién desde aquí adelante sabrá diestra
- » Dar el terreno á cada tribu vuestra
- » Propio para criarla más hermosa?
- » ¿Quién nombres os dará, correspondientes
- » A vuestras calidades diferentes?
- » ¿Quién os tendrá el amor que yo os tenía?
- » Cada mañana, con afán corría
- » A cuidaros: la tarde me encontraba
- » Con vosotras: la noche me privaba
- » Sola de vuestra dulce compañía:
- » Con las aguas de Edén de refrescaros
- » Cuidaba: sólo puedo ya regaros
- » Con lágrimas amargas de mis ojos.
- » ¡Adiós, pues, para siempre, amadas flores!
- » Vuestros dulces perfumes y colores
- » No hallaré en otra parte: una desierta
- » Región sí, que de espinas y de abrojos,
- » Como mi corazón, esté cubierta.
- » Y tú, que de guirnaldas me esmeraba
- » En adornar, á cual más primorosa,
- » ¡Triste de mí! cuando aun era dichosa,
- » ¡Oh nupcial lecho! ¡cuán lejos estaba



- »De pensar que jamás te dejaría!
- »¡Adiós te queda! ¡Desgraciado día!
- »¿A qué climas, qué yermos espantosos
- »Iremos á extraviarnos?
- »¿Acaso tierra habrá que pueda darnos
- »Los frutos de este suelo deliciosos?
- »¿Qué alimentos ahora encontraremos
- »Que puedan reemplazar los que perdemos?
- »¡Adiós Edén! Un sueño lisonjero,
- »Fué tu goce, tan poco duradero.»

Al oír de estas quejas la amargura,  
Consolarla procura

El divino ministro, interrumpiendo  
Sus dolorosos gritos, y diciendo:

- «No llores, Eva; lleva con paciencia
- »Las pérdidas que bien has merecido:
- »No abandones con tanta renitencia
- »Unos bienes que tuyos nunca han sido.
- »Parte: sola no vas, sigue á tu esposo:
- »Si amándole, con él dividir sabes
- »Tus penas, serán mucho menos graves,
- »Y tu destierro menos trabajoso:
- »Con él encontrarás en cualquier suelo
- »Tu patria, y de tus males el consuelo.»

Al oírle, Adán se calma, y resignado  
Así dice al celeste diputado:

- «¡Oh tú, cualquier que seas, eminente
- »Ciudadano del Cielo,
- »Que das á conocer con tu presencia,
- »De tu dignidad suma la excelencia,
- »Cómo has sabido con bondad prudente,
- »Al ejercer tu oficio riguroso,
- »Suavizar bien su efecto doloroso!
- »Si no hubieras tenido esa indulgencia,
- »El decreto fatal que hemos oído

- »El fin de nuestra vida hubiera sido.
- »¿Y qué mayor desgracia era posible
- »Nos sucediese? ¿Qué otro más terrible
- »Golpe que ese destierro? ¡Desgraciados!
- »Á esta patria feliz acostumbrados,
- »Á estos campos celestes, su segura
- »Posesión nuestras penas consolaba.
- »En nuestra desventura,
- »Era el único bien que nos quedaba.
- »¡Y perderlo! ¡Y huir! ¿adónde iremos
- »Á dar con nuestros días lamentables?
- »Fuera de este recinto, no hallaremos
- »Otra cosa que yermos espantables,
- »Extraños totalmente
- »Para nosotros, como lo seremos
- »Para ellos. ¡Ah! ¡Si yo esperar pudiera
- »Que ese dueño, que adoro tan clemente,
- »Á mis humildes ruegos atendiera,
- »Con qué ardor á sus plantas me postrara
- »Y á implorarle de nuevo me animara!
- »Mas ¿qué harían mis súplicas rendidas?
- »¡Ah! son ya tardas para ser oídas.
- »Fuera sólo oponer mi flaco aliento
- »Al fiero impulso de un deshecho viento;
- »Y mis intancias, lejos de aplacarle,
- »No harían, puede ser, mas que indignarle.
- »Humilde, pues, la justa providencia
- »De mi Dios obedezco: lo que siento
- »Más al dejar ésta feliz morada,
- »Esta mi patria amada,
- »Es verme desterrar de su presencia
- »Divina. Si á lo menos permitiese
- »Que, para alivio de tan cruel ausencia,
- »De tiempo en tiempo á este jardín volviese,
- »Su sacro suelo todo correría,

- » Y en los lugares en que se ha dignado
- » Dejarse ver de mí, con el agrado
- » De un padre cariñoso,
- » Con el mismo fervor le adoraría.
- » Por todas partes buscaría ansioso
- » Los rastros de los dones y favores
- » Que me ha hecho, registrando los primores
- » De sus obras divinas, y podría
- » Á mis tiernos hijuelos, reunidos
- » Alrededor de mí, que con delicia
- » Me oirían, de ellos dar la útil noticia,
- » Y en sus pechos dejarlos esculpidos.
- » Sobre esa excelsa cumbre, les dijera
- » (Jamás se borrará de mi memoria),
- » Á mí se apareció por la primera
- » Vez, con toda la pompa de su gloria.
- » Entre esos verdes pinos, con frecuencia
- » Su voz oí: gocé de su presencia
- » En aquella arboleda: en la ribera
- » De aquel arroyo, recibió benigno
- » Mi humilde vasallaje.
- » Delante de mis hijos alzaría
- » Entonces un altar, en el paraje
- » Mismo, que fuese un permanente signo
- » De nuestro amor y humilde rendimiento.
- » De las piedras y céspedes haría
- » Del mismo arroyo el sacro monumento.
- » Sobre aquella ara rústica, las flores
- » Y la mirra escogida, sus olores
- » Uniendo, un puro incienso á la grandeza
- » De Dios daría la naturaleza.
- » Mas, en esos desiertos nebulosos,
- » En esos climas fríos que debemos
- » Ir á habitar, ¿en dónde encontraremos
- » De su augusta presencia los preciosos

»Vestigios, de sus dones los sagrados  
 »Recuerdos? De su vista desterrados,  
 »Objetos de su cólera seremos.  
 »Mas ¿qué digo? Algún rayo de alegría  
 »Templa al presente la tristeza mía:  
 »Dices que aun nos perdona, que difiere  
 »Nuestra muerte, que quiere  
 »Que en numerosos hijos renazcamos:  
 »Si su ira justamente nos castiga,  
 »Su piedad con dulzura nos mitiga  
 »La pena. Aun de la dicha disfrutamos  
 »De poderle adorar, bien que remotos,  
 »Y de esperar que en los desiertos cotos  
 »De ese lóbrego mundo adonde vamos,  
 »De su benigna luz alguna pura  
 »Vislumbre aclare nuestra suerte oscura.

—»Destierra un miedo que al Señor ofende,

»Le responde Miguel: ¿piensas acaso  
 »Que su presencia augusta no se extiende  
 »Mas que al terreno escaso  
 »De ese jardín? Su inmensidad contiene  
 »Y llena el universo: el soberano  
 »Cetro del aire y de las hondas tiene,  
 »Y la terrestre esfera está en su mano:  
 »Por él respira el hombre: de él recibe  
 »Cuanto alienta, la vida, y en él vive.  
 »Si de Edén el imperio te ha entregado,  
 »¿Crearás que á él esté el suyo limitado?  
 »La capital del mundo hubiera sido  
 »Tu jardín, si no hubieras delinquido,  
 »Y tu noble y fecunda descendencia  
 »De innumerables pueblos, esparcida  
 »Por todo el mundo, hubiera concurrido  
 »Aquí, para prestarte la obediencia,  
 »Como á su padre y rey á tí debida.

- »Tu crimen te privó de estos derechos,
- »Y os debéis ahora dar por satisfechos
- »De que tenga el Eterno la indulgencia
- »De dejaros vivir tranquilamente
- »En un terreno en que, aunque menos puro,
- »Hallaréis alimento suficiente
- »Para vosotros y vuestro futuro
- »Linaje. Sobre todo, aunque invisible,
- »Como en todo lugar, allí presente,
- »Dios oirá vuestros ruegos bondadoso:
- »Vuestra naturaleza corruptible
- »Sostendrá, y os hará menos penoso
- »El triste curso de la mortal vida.

- »Ahora, para instruirte y libertarte,
- »Antes de tu salida
- »De aquí, de tus terrores infundados,
- »De orden del Cielo voy á revelarte
- »En perspectiva exacta, mas ligera,
- »La suerte á que estáis tú y tu venidera
- »Raza, aun la más remota, destinados.
- »Verás en ella unas vicisitudes
- »Extrañas: una mezcla inconcebible
- »De dichas y desgracias: levantadas
- »A veces hasta el Cielo las virtudes:
- »Las viciosas pasiones sepultadas
- »Por su turno en el cieno más horrible:
- »El bien cerca del mal, con indecible
- »Confusa liga: el orbe gobernado
- »En partes, por las leyes del Eterno,
- »Y en otras, torpemente subyugado
- »Bajo el tirano imperio del Infierno:
- »Uno al otro la tierra disputando,
- »Consiguiendo, ó cediendo la victoria.
- »Si todos estos cuadros registrando,
- »Los imprimieres bien en tu memoria,

- »Tu orgullo contendrán con provechoso
- »Terror, y enseñarán á tu firmeza
- »Varonil á que lleves moderado
- »Los bienes y los males sin flaqueza,
- »Y de una incierta suerte con reposo
- »Siguiendo el curso vario, el temeroso
- »Ultimo día veas resignado.

- »¿Ves aquel alto monte? Subiremos
- »A su cumbre, y en tanto que tu esposa
- »Se entrega al sueño, que mi cuidadosa
- »Mano sobre sus ojos ha vertido,
- »En grueso, desde allí recorreremos
- »Por todo el orbe, á nuestros pies tendido,
- »La suerte que á los hombres se destina.

- »Contigo voy adonde me encamina
- »Tu bondad, dice Adán: ya mi constante
- »Ánimo corre intrépido delante
- »De todos cuantos males conjetura:
- »Sea cual sea su peso, los recibo,
- »Y con valor trepando por la dura
- »Senda que seguir debo mientras viva,
- »Arribaré, por mucho que trabaje,
- »Con feliz calma al término del viaje.»

Entrambos van en el instante mismo  
 Adonde se ha de abrir el negro abismo  
 De lo futuro. Al fin de Edén estaba  
 La alta cumbre que al orbe dominaba,  
 Y una serenidad inalterable  
 Y perpetua su asiento allí tenía.  
 No fué tan alto y claro aquel famoso  
 Monte adonde el tirano detestable  
 Del Infierno, con bárbara osadía,  
 Llevó al Hijo del Todopoderoso,  
 Y desde donde, sin saber quién era,  
 Le mostró toda la terrestre esfera;

Una por una cada monarquía;  
Su poder y riqueza; y orgulloso  
De seducirle con su ardid perverso,  
Las ofreció al Señor del universo.  
Adán de allí la vista ya extendía,  
Un espacio infinito divisando;  
Pero como debía ir registrando  
Objetos más distantes y mayores,  
Que habían de exigir ojos mejores  
Que los suyos, Miguel su vista corta,  
Por la terrestre niebla oscurecida,  
Con un celeste bálsamo conforta,  
Y después, con dos gotas de la clara  
Agua del sacro río de la vida,  
Como el cristal más puro se la aclara.  
Una llama por ella de repente  
Pasa, y su alma ilumina interiormente.  
Mas tanta luz le deja deslumbrado,  
Y su vigor de tal modo quebranta,  
Que cae desmayado.  
El Angel de la mano le levanta,  
Y su valor anima, así diciendo:  
«Toda esa muchedumbre que estás viendo  
»De infelices, de tí es originada,  
»Y por sola tu culpa condenada (2).  
»¡Oh crimen contagioso cual fecundo,  
»De cuántos otros llenarás el mundo!»  
Adán en esto ve un campo espacioso,  
Cubierto de un enjambre numeroso  
De segadores: al opuesto lado  
Un rebaño extendido por un prado,  
Y cotos que las tierras dividían  
Ya, que los varios dueños poseían.  
En el campo feraz que se segaba,  
Sobre la verde yerba se elevaba

En medio un altar rústico, y en su ara  
Una porción de espigas, recogida  
Sin elección alguna, y ofrecida  
Como primicia por la mano avara  
De un dueño escaso, que contra su gusto  
Al Cielo paga aquel tributo justo.  
Sus sudores el campo han fecundado,  
Y aun de sudor su rostro está inundado.

En aquel mismo instante,  
Con modesto semblante,  
Está un pastor en otro altar cercano  
Presentando al Eterno lo más sano  
Y más lucido de su numeroso  
Rebaño: sobre ramos inflamados  
Arden los intestinos, y mezclados  
El humo y el vapor del oloroso  
Incienso, todo junto, como nube  
Cándida, al Cielo sube.  
Cae de pronto un rayo luminoso  
Sobre el altar, é indica al inocente  
Que ha recibido favorablemente  
Su sacrificio el Cielo.

El otro, menos digno, igual consuelo  
No dió al mezquino dueño, que rabioso  
De envidia, un grueso canto arrebatando,  
Corre, lo arroja contra el virtuoso  
Pastor, y le abre una mortal herida.  
Cae el justo, y su sangre derramando,  
Pierde con ella su inocente vida.

A esta desgracia, Adán, horrorizado,  
Al Angel dice: «¿Qué furor malvado,  
»Sin respetar las aras ni el augusto  
»Dios que en ellas se adora, se ha atrevido.  
»A verter esa sangre santa y pura,  
»A privar de la vida á ese hombre justo?



»Y es éste aquel amparo, por ventura,  
»Que Dios á la virtud ha prometido?»

Su guía le responde tristemente:

«Hijos tuyos, oh Adán, esos rivales  
»Son entrambos; mas ¡oh cuán diferente  
»De cada uno es la suerte! Ese piadoso  
»Pastor, dotado de las celestiales  
»Gracias, víctima muere del furioso  
»Odio que le juró su mismo hermano.  
»Devorado de envidia el inhumano,  
»Al verle por su Dios favorecido,  
»Todo respeto y ley echó en olvido.  
»De su delito pagará la pena  
»A su tiempo ese cruel, al que enajena,  
»Cual ves ya, el roedor remordimiento,  
»Y le hace revolcar en el sangriento  
»Suelo, su horrible exceso deplorando  
»Y de obtener perdón desesperando.  
»Entonces podrá ver por experiencia  
»Cómo venga un Dios justo la inocencia.

—»¡Oh monstruo! exclama Adán, ¡rabia im-  
»En la causa y efectos execrable! [placable,  
»¡Conque, testigo de tan dura suerte,  
»Sin sufrirla aun, sé ya lo que es la muerte!  
»¿Este es, pues, el camino  
»Que ha de pasar el hombre desgraciado  
»Para volver á su primer destino?  
»¡Oh muerte, que con sólo haber mirado  
»Tu muestra me pareces tan horrible,  
»Es preciso que seas insufrible!  
»¡Oh desgraciada vida,  
»Aun es más dolorosa tu salida!

—»Destierra ese temor, cobra tu aliento;  
»Le dice el Angel; es lo que ahora viste  
»De un fratricidio cruel la imagen triste:

- »Te aterró el espectáculo sangriento;
- »Mas no siempre la muerte tan terrible
- »Aparato presenta á los vivientes:
- »Todo hombre á parar va á su alojamiento
- »Tenebroso; mas Dios por diferentes
- »Sendas los lleva: lo que más sensible
- »Se hace en aquella fúnebre morada,
- »Es la tristeza y luto de su entrada;
- »Mas para todos es un paradero
- »Indispensable. El afilado acero,
- »Del uno, antes del término debido,
- »Corta la vital trama;
- »Otro muere en las ondas sumergido;
- »A aquél consume la encendida llama;
- »A otros acaba la hambre; y la abundancia
- »A muchos más, abriendo ancha carrera
- »A la desenfrenada intemperancia,
- »De la cual nacen casi cuantos males
- »Son para los humanos tan fatales.
- »Eva la abrió la entrada la primera
- »Con su ejemplo y sus hijos desgraciados
- »Serán por ella misma castigados.
- »Ven, registra ese asilo lamentable
- »De los dolores: nota ese espantable
- »Enjambre de variados y crueles
- »Males, que en mil aspectos horrosos
- »Llenan, ministros de la muerte fieles,
- »La gran capacidad de sus inmundos
- »Muros, y con los mismos ponzoñosos
- »Hálitos de los muertos, inficionan
- »A un número mayor de moribundos.
- »Dentro de esos dominios temerosos
- »Es donde se amontonan
- »Cuantas penas padecen los humanos.
- »La rabia, con los ojos centelleantes:

- »Del delirio los ímpetus insanos:
- »La locura, variando por instantes
- »Mil ideas extrañas:
- »El cólico, torciendo las entrañas
- »Doloridas: la piedra, atormentando:
- »Las úlceras roedoras, destrozando
- »Los cuerpos á porfía:
- »La amarilla vigilia, con hundidos
- »Ojos: la tos ferina, los oídos .
- »Estremeciendo: la melancolía,
- »Con lánguido mirar: al apurado
- »Asma siempre alentando, y siempre ahogado:
- »La hidrópica hinchazón: la consumida
- »Tisis: el fiero hervor de la encendida
- »Calentura: el catarro, encrudeciendo
- »Los humores, y el pecho endureciendo:
- »De la acre gota los intolerables
- »Dolores; y entre tantas formidables
- »Calamidades, la devastadora
- »Peste, que sola más vidas devora
- »En un breve momento,
- »Que en muchos días su escuadrón sangriento.
- »Mira los infelices, entregados
- »A esos crueles verdugos, revolcarse,
- »Torcerse de dolor desesperados:
- »Repara que no cesan de quejarse,
- »De gemir, de gritar continuamente:
- »Cada sexo su clase diferente
- »Tiene de males; las edades cuentan
- »Los suyos, que á cada una la atormentan:
- »El terror, las angustias, y la loca
- »Desesperación, corren presurosas
- »De cama en cama, van de boca en boca.
- »Excitando las quejas lastimosas:
- »La muerte cruel las sigue, y su homicida

»Arma vibrando, á veces suspendida  
 »La tiene, y sorda á todos los clamores,  
 »Cien veces, cual abrigo el más propicio,  
 »Por sus víctimas tristes invocada,  
 »De oírlos lamentar regocijada,  
 »A proporción que crecen sus dolores,  
 »En prolongar se esmera su suplicio.  
 »¡Ah! ¡Qué mortal feroz será al que tanto  
 »Colmo de males no derrita en llanto!»

Al ver tales horrores,  
 Adán, por más que nada ha recibido  
 De la mujer, pues que es de Dios nacido,  
 Se siente desmayar, gime, suspira,  
 Y helado de terror al Cielo mira.  
 Un torrente de lágrimas inunda  
 Sus ojos, y con voz desfallecida,  
 A su aflicción profunda

Abre en estas palabras la salida:

«¡Oh suerte horrenda! ¡Oh raza desdichada!  
 »¡Parad, crueles tormentos!  
 »Ya que quiera el Señor que perezcamos,  
 »¿Por qué hacernos morir en tantas veces?  
 »¡Oh tú, con tales ansias invocada,  
 »Ven, Muerte, á socorrernos! Los momentos,  
 »Hasta verte llegar, tristes contamos.  
 »Si tu espantosa copa hasta las heces  
 »Ha de ser por los hombres consumida,  
 »¿Para qué se nos dió, ó se nos impuso,  
 »El yugo intolerable de esta vida?  
 »Ó darla de una vez, ó en el confuso  
 »Abismo de la nada,  
 »Dejar nuestra fatal casta olvidada.  
 »¿Formó Dios estos flacos edificios  
 »De nuestros cuerpos, para entretenerse  
 »En destruirlos á fuerza de suplicios?

- »¿Ignora que por sí han de disolverse?  
 »¡Ah! Si el hombre previera,  
 »Al ser en este mundo introducido,  
 »Los males que le aguardan en la vida,  
 »De la cuna asustado atrás volviera.  
 »¡Oh Dios que le criaste! Por malvado  
 »Que sea, ¿cómo es dable hayas querido  
 »Borrar tu misma imagen, esculpida  
 »En su rostro? ¿Ese timbre le habrás dado  
 »Sólo por adornarle  
 »Cual víctima, y al fin sacrificarle?  
 —»Adán, replica el Angel: engañado  
 »Hablas, é injusto: el hombre delincuente,  
 »De su rango caído enteramente,  
 »Ya de Dios nada tiene. Cuando hollaste  
 »Su precepto, á los brutos te igualaste,  
 »Separándote de él. En aquel punto  
 »En que se entregó el hombre á su grosero  
 »Apetito, borrado el fiel trasunto;  
 »La imagen del Señor, á su torpeza  
 »Le abandonó, y así tu lastimero  
 »Dolor no desfigura  
 »Ya las facciones de su imagen pura,  
 »Sino sola tu vil naturaleza.  
 —»Bien, dice Adán; al Cielo me someto,  
 »Y á volver a la tierra me sujeto;  
 »¿Mas para qué esa muerte, cuyo horrible  
 »Ceño me atemoriza? ¿Faltaría,  
 »Para pasar á su morada fría,  
 »Otra senda más corta y apacible?  
 »¿No podía ella misma disfrazarse,  
 »Y menos espantosa presentarse?  
 —»Pues sólo en tí consiste el despojarla,  
 »Replica el Angel, de ese fiero aspecto;  
 »Tú puedes fácilmente transformarla

- »En un süave sueño: ten sujeto
- »Tu apetito: disfruta parcamente
- »De todo lo terreno: haz que presida
- »La modesta templanza á tu comida:
- »Que el comer y el beber, no á tu golosa
- »Ansia se arreglen, sino solamente
- »A tu necesidad, á una juiciosa
- »Justa moderación: de esta manera,
- »De la vida alargada la carrera,
- »Cuando llegue tu día,
- »Sin dolor, sin tormento, ni agonía
- »Penosa, por la tierra reclamado
- »Con la marca del Cielo,
- »Será tu muerte un sueño sosegado.
- »Cual la madura fruta cae al suelo
- »En el otoño, ó cede fácilmente
- »A la mano al cogerla, dulcemente
- »Caerás también, de días buenos lleno,
- »Tú, de la tierra en el maternal seno.
- »Será después que la vejez helada
- »Haya venido: ya tu frente arada
- »De arrugas estará, y la tez oscura,
- »De la juventud toda la frescura
- »Florida habrá perdido:
- »La cabeza nevada
- »Blanqueará, y tu vigor desfallecido,
- »Cual los mismos sentidos embotados,
- »No podrán saborear ya los usados
- »Placeres. Aun tu sangre empobrecida
- »En las rígidas venas,
- »Algunas gotas conservará apenas
- »Del bálsamo süave de la vida.
- »Árida el alma misma y abrumada,
- »De la juventud pierde marchitada
- »La alegría, y mirando cual quimera

»Lo actual, en lo futuro nada espera.

—»Convengo, dijo Adán, pues me aseguras

»Que nos impone la naturaleza

»De esta pesada carga la dureza,

»Que en adelante, de mis amarguras

»No prolongará mi alma los sensibles

»Recuerdos, antes bien, su diligente

»Cuidado cifrará en hacer sufribles

»Las penas de esta vida dolorosa,

»Y en aguardar, lo más tranquilamente

»Que pueda, su catástrofe penosa.

—»No debes con exceso amar la vida,

»Le responde Miguel, ni aborrecerla:

»Con tu odio, la tendrías oprimida:

»Mucho afecto, podría corromperla:

»¡Triste el que la detesta, y desgraciado

»El que á ella ciegamente está entregado!

»Mientras vivieres, virtuosamente

»Tira á vivir; esto es lo suficiente:

»Deja que el Cielo con lo demás cargue,

»Y que abrevie tu vida, ó que la alargue:

»Pasemos ahora á más alegre escena.»

Dice: y á aquella vista dolorosa,

Otra sucede al punto deleitosa:

Se deja ver una campiña llena

De tiendas de campaña, de colores

Varios, y alrededor en las praderas,

Muchedumbre de ovejas, de terneras

Y de vacas lozanas, despuntando

La tierna hierba y olorosas flores:

Más cerca, los oídos encantando,

Sus acentos armónicos unían

Oboes y laúdes melodiosos:

Otro mortal entre ellos, se ocupaba

En recorrer con dedos primorosos

Un clave, cuyos ecos competían,  
Con los de una arpa, que otro manejaba,  
De unas en otras rápido saltando  
Las cuerdas. Entre todos, ya apurando  
Las notas, ya con sabia y moderada  
Lentitud arreglándose en los varios  
Tonos, ó concordantes ó contrarios,  
Ya con una reunión arrebatada  
De sonidos distintos,  
Forman mil agradables laberintos.

El fuego ruge allá en la fragua ardiente,  
Y el pesado martillo sobre el duro  
Yunque retumba, en que un ahumado herrero,  
Con incansable apuro,  
Doma el hierro rebelde. Diestramente  
Pule otro el bronce, cual si fuese acero,  
Sea que aquel metal, un encendido  
Fuego las densas selvas devorando,  
En su mineral haya derretido,  
Y sus negros conductos destrozando,  
Este, por algún antro haya salido  
Derramado, los campos abrasando,  
Sea que los torrentes  
Subterráneos, con rápidas corrientes,  
Sus basas arrancando á las oscuras  
Entrañas de los montes, esparcidas  
Las hayan arrojado en las llanuras:  
Lo cierto es que ya en hoyas prevenidas,  
Por diversos canales  
Corren hirviendo á hundirse los metales:  
Enfriados en la tierra,  
De su masa, el artífice industrioso  
Forma el corte de una hacha, de una sierra  
Los roedores dientes, ó un arado,  
Á abrir profundos surcos destinado.



Otros, dan al macizo y luminoso  
Material mil labores diferentes,  
Á otras obras más finas conducentes,  
Que trabajan con arte primorosa.  
En esto, ven bajar de una elevada  
Cumbre otra bella tribu numerosa  
De hombres, que llenos de un ardiente celo,  
Vienen á propagar la ley sagrada  
Del Señor, el amor á los humanos,  
Y del culto de Dios los soberanos  
Ritos, del orbe por el vasto suelo:  
Adán los va siguiendo con la vista.  
De las tiendas en esto, alegre y lista,  
De jóvenes hermosas  
Una turba escogida  
Sale, de oro y de púrpura vestida.  
Sus brillantes adornos, sus preciosas  
Galas, ceden con todo á su belleza:  
Forman diversos bailes, en que airosas,  
Lucen todo su garbo y ligereza:  
Algunas cantan, ó la dulce lira  
Tañen. Aquellos sabios que aun admira  
Adán, por sus encantos seducidos  
Arden, y con los ojos encendidos  
De impura llama, las están mirando,  
La virtud y los Cielos olvidando.  
Escoge al punto cada cual la dama  
Cuyo atractivo más su pecho inflama:  
Cada uno del deleite al aliciente  
Su alma abandona, hasta que llega la hora.  
En que caído el sol al Occidente,  
Resplandece la estrella protectora  
De los amantes, y un pronto himeneo  
Enlazándolos, colma su deseo:  
El himeneo, que divinizado

En aquel tiempo antiguo, por primera  
 vez, con cánticos sacros celebrado  
 Fué en aquella ocasión. La placentera  
 Solemnidad, banquetes abundantes,  
 Acompañados de la deliciosa  
 Música, que repiten los distantes  
 Ecos, terminan. Todos la gloriosa  
 Tierna conquista aplauden, y acabada  
 La función general, está dispuesta  
 Por cada tienda, privativa fiesta,  
 En que es con igual gozo celebrada:  
 En todas, la algazara y la alegría  
 Sigue, de aquel solemne y fausto día.  
 Al ver tal diversión, tantos gozosos  
 Bailes, cantos, banquetes abundosos,  
 Tantas preciosas galas, tantas flores;  
 Tal es la fuerza de los seductores  
 Atractivos, que Adán alucinado,  
 Los terrores de su alma ha desterrado.

«¡Oh Angel, exclama, por quien yo he leído

»Los secretos del Cielo,

»Con qué risueños cuadros el consuelo

»Has derramado en mi ánimo afligido!

»Mi corazón ya se abre á la esperanza:

»No me habias mostrado todavía

»Sino objetos de horror y de venganza;

»Mas por fin, á mi vista has ofrecido

»Otros, que acuerdan, llenos de alegría,

»La dicha ya perdida al alma mía.»

El Angel le interrumpe, así diciendo:

«¡Oh tú, que, de tu culpa prescindiendo,

»Eres la obra sublime, el fiel traslado

»Humano del Señor que te ha criado!

»¡Teme, á esas apariencias atendiendo,

»Dejarte seducir! Esos asilos

- »De los dulces delirios amorosos,
- »De placeres y cantos voluptuosos,
- »Al parecer felices y tranquilos,
- »Serán del vicio y crimen madrigueras:
- »Un día saldrán de ellos almas fieras
- »Que mancharán sus violentas manos
- »Con sangre de sus míseros hermanos
- »A raudales vertida.
- »Bien es verdad que de las industriosas
- »Artes, alivio de la humana vida,
- »Serán los inventores;
- »Mas soberbios, ingratos, sus dichosas
- »Invenciones, cual partos celebrando -
- »De su vivaz ingenio únicamente,
- »Negarán al Eterno los loores
- »Que por ellas le deben, é irritando
- »Con tal deslealtad su enojo ardiente,
- »Pagarán algún día
- »Su negra ingratitud y su osadía.
- »Distinguirá, con todo, la hermosura
- »Su descendencia. Esas mujeres que ahora
- »De tan bella figura
- »Ves, cuya gracia es aun más seductora,
- »De un himeneo casto las delicias
- »Desdeñarán, y la alegría vana,
- »La bulliciosa vanidad mundana,
- »Al doméstico gozo prefiriendo,
- »Se entregarán sin freno á las caricias
- »Del vicio; y esos sabios distinguidos
- »Con el nombre sagrado
- »De hombres de Dios, en fuego impuro ardiendo
- »Por ellas, como has visto pervertidos,
- »Todo honroso pudor abandonado,
- »Á su atractivo inmolarán su gloria.
- »Y esta indigna victoria

»Que sobre la virtud logre el inmundo  
 »Vicio, ¡qué males no acarreará al mundo!»  
 Adán, al oírle, llora amargamente,  
 Y el placer que ha gozado aquel momento,  
 De aumentar sirve su anterior tormento.  
 «¡Oh qué ignominia! exclama; ¡los secuaces  
 »De la virtud dejarse torpemente,  
 »Y tan pronto, engañar por los falaces  
 »Atractivos del vicio, y olvidarla!  
 »¿Cómo es posible que dejar de amarla  
 »Pueda el que en algún tiempo la ha querido?  
 »¡Ah! lo veo; comió la seducida  
 »Mujer aquella fruta prohibida,  
 »Y de su ingratitud son las fatales  
 »Precisas consecuencias, el olvido  
 »De la virtud y todos esos males.

—»No, no la acuses exclusivamente,  
 »El Angel le replica. ¿Por ventura  
 »El hombre indócil, que con tal flaqueza  
 »Su hecho imitó, fué menos delincuente?  
 »Como dotado de mayor cordura,  
 »Lejos de complacerla con bajeza,  
 »Debió impedir que de él se separara,  
 »Y el precepto por sí guardar fielmente,  
 »Aunque ella á quebrantarlo se arrojara.  
 »Mas mira ahora una nueva perspectiva,  
 »Aun de más extensión y más activa.»

Vastos dominios, campos cultivados  
 Se ven: la pompa de las populosas  
 Ciudades, templos, torres orgullosas,  
 Palacios de diversas estructuras,  
 Reyes, campeones, héroes armados,  
 Á las sangrientas lides preparados:  
 Su talla gigantesca, su guerrero  
 Lujo y sus espantosas cataduras

Terror infunden: unos, aflados  
Dardos arrojan; otros, con ligero  
Articioso freno, los fogosos  
Bridones guían por los polvorosos  
Campos, y raudos al combate avanzan:  
Los peones también á él se abalanzan:  
Ambos campos están ya batallando,  
La sangre humana á ríos derramando:  
A otro extremo, una tropa de feroces  
Soldados Adán nota, que veloces,  
Con horrible algazara,  
De ovejas y de vacas, numerosos  
Rebaños, todos de belleza rara,  
Consigo traen, que han sido robados  
Por su violencia á los floridos prados.

Lejos ya de sus pastos deliciosos,  
El dolor de dejarlos, con balidos  
Tiernos explican ó con sus bramidos:  
Aterrados huyendo los pastores,  
El campo con sus gritos y clamores  
Atruenan: otra escuadra bien armada  
Á su socorro vuela en el momento:  
Alcanzando á los fieros robadores,  
Una batalla empeñan obstinada:  
Se mezclan, se rechazan, un sangriento  
Diluvio riega el prado en que pastaba  
El ganado pacífico y que hollaba  
Tranquilo: de cadáveres y heridos,  
De armas rotas, de dardos esparcidos,  
La tierna y verde yerba está cubierta,  
Y á poco, el bello suelo sólo ofrece  
Á la llorosa vista una desierta  
Tierra, que la sorprende y la entristece.

De un sitio el espectáculo espantable  
Sucede á aquella serie temerosa

De combates. Se ve una populosa  
Fuerte ciudad, cercada y embestida  
Por una multitud innumerable  
De feroces guerreros:  
Los unos, la subida!  
Con escaleras á sus altos muros  
Intentando, por ellas trepan fieros:  
Otros, de aquel terreno los oscuros  
Senos, diestros minando,  
Se van á las murallas acercando:  
Y otros, al descubierto, con los duros  
Arietes, á sus masas embistiendo,  
Ya las arruinan con horrible estruendo.  
Con valor se defienden los sitiados:  
Una tempestad ciega de apiñados  
Dardos, flechas y piedras diligentes  
Hacen llover sobre los sitiadores:  
Acompañan sulfúreos torrentes  
De fuego, que con furia despedidos,  
Los devoran, sobre ellos dirigidos:  
La discordia, la rabia, sus furores  
Ejercen, precediendo á la homicida  
Muerte, con el destrozo entretenida.

Unos graves heraldos entre tanto,  
Por la cana vejez endurecidos,  
Mas que con todo, reprimir el llanto  
Apenas pueden, con el cetro usado  
En mano, á fuerza de sus repetidos  
Ruegos, al fin reunir junto á las puertas  
De la ciudad consiguen el senado:  
A los viejos se agrega una guerrera  
Turba, se habla, disputa y delibera:  
Fluctúan aun inciertas  
Las opiniones: brama enfurecido  
El pueblo, que quisiera de repente

Ver aquel grande asunto decidido:  
 Un sabio entonces, cuya edad madura  
 Pasó su primavera, y al estío  
 Ya toca, se presenta entre la gente,  
 Y arrebatado por su celo pío,  
 Les habla con vigor y con dulzura  
 De virtudes, de leyes, de obediencia,  
 De un Dios justo, del crimen juez severo,  
 Apoyo y vengador de la inocencia.  
 Los oyentes, del último al primero,  
 Todos, jóvenes, viejos, desdeñosos  
 Le escuchan, y por último rabiosos,  
 Arman contra él las homicidas manos:  
 Dios entonces de aquellos inhumanos  
 Le libra, enviando una encendida nube  
 Que por los aires le arrebatara, y sube:  
 Al verlo, el triste Adán llora y suspira:

- «¿Qué mortales son esos, embriagados  
 »De sangre humana? dice. ¿Quién inspira  
 »Tal furor en sus pechos obstinados?  
 »¿Son de la destrucción tal vez feroces  
 »Ministros, ó no son sino es atroces  
 »Monstruos que han usurpado la figura  
 »Humana? ¡Cómo! ¡el hombre, esa criatura  
 »Nacida para el bien, es el villano  
 »Asesino del hombre, y el hermano  
 »Lo es del hermano? ¡Oh crimen! ¡Oh sangriento  
 »Delirio! Mas ¿quién es ese virtuoso  
 »Noble varón que el Todopoderoso  
 »De su furor libró con tal portento?  
 —»Tú has visto, le responde el diputado  
 »Del Cielo, los fatales  
 »Lazos que á un pueblo impío han agregado  
 »Una tribu piadosa, al torpe vicio  
 »La virtud: de estos nudos desiguales,

- »La discordia funesta es el monstruoso
- »Fruto, y á un mismo tiempo es el suplicio.
- »De ese enlace, tan raro como odioso,
- »Han nacido en el mundo unos mortales
- »Bárbaros, que en la cuna se juraron
- »Eterna enemistad: de ésta tomaron
- »Principio la discordia turbulenta;
- »La ambición insaciable,
- »Seguida de la prole innumerable
- »De males que produce; la sangrienta
- »Victoria de la muerte precedida,
- »Del triste luto y destrucción seguida;
- »Y la rabia feroz encarnizada,
- »Que del valor el nombre usurpa osada.
- »Tales son los famosos vencedores,
- »De los cuales al hijo embebecido
- »El tierno padre contará la historia,
- »Cual si la más gloriosa hubiera sido;
- »Aquellos decantados triunfadores
- »Que la lisonja al templo de memoria
- »Destinará; los héroes famosos,
- »De los míseros hombres sus hermanos
- »Protectores potentes y gloriosos,
- »¡Mejor diré, verdugos y tiranos!
- »Vé ahí esos Dioses, hijos de otros tales
- »Dioses, á quienes cultos celestiales
- »La ceguedad del hombre ha tributado.
- »La sangre, los destrozos solos fueron
- »Las causas que estas honras les trajeron;
- »Y el hombre mismo, al fin desengañado,
- »Su nombre, que duró algunas edades
- »Con el rumor de sus atrocidades,
- »En el desprecio dejará olvidado.
- »Aquel varón que vistes, eminente
- »En virtudes y celo, y que elocuente



- »A un pueblo injusto corregir quería,
- »Es tu séptimo nieto, y un celoso
- »Amigo de lo justo, el más virtuoso
- »De su tiempo: es el solo que oponía
- »Un muro firme á aquella raza impía.
- »Por eso Dios, en un desconocido
- »Paraíso le tiene prevenido,
- »Para que al fin del mundo, á penitencia.
- »Llame á tu pervertida descendencia.
- »Así, cual viste, en una reluciente
- »Nube, fué por los aires de repente
- »A aquel lugar llevado,
- »En donde vive bienaventurado,
- »Interin llega el tiempo en que el segundo
- »Destino ya cumplido que en el mundo
- »Le espera, para siempre la presencia
- »Goce de Dios: tal es de la inocencia
- »El premio, y ahora en otra escena observa,
- »Cuál es el que al pecado se reserva.»

Mudada con efecto totalmente,  
 Vuelve la escena de la paz brillante:  
 La fiera guerra, su espantosa frente  
 De bronce oculta, y ya su voz tonante  
 A la tierra no tiene amedrentada:  
 Los bailes, los festines, las canciones,  
 A una loca alegría  
 Hacen por todas partes compañía,  
 Y á la disolución dan libre entrada:  
 Se desenfrenan todas las pasiones  
 Voluptuosas: los vicios más bestiales  
 La extensión de la tierra escandalizan,  
 Y cual virtudes ya se solemnizan:  
 Despreciados los sacros naturales  
 Lazos del matrimonio, sin misterio  
 A la lealtad insulta el adulterio:

La torpe embriaguez, y la insaciable  
Gula, de la lascivia el fuego inflaman:  
En vano todos los derechos claman:  
Se mira como objeto despreciable  
La justicia, y al Cielo desafia  
Con alta cara la blasfemia impía:

Entonces aparece un venerable  
Varón anciano, que con voz austera (3),  
Su moral santa opone por barrera,  
De los vicios al rápido torrente:  
A toda aquella corrompida gente  
Manifiesta la cólera divina:  
Les amenaza de una pronta ruina:  
Les muestra el rayo, sobre su cabeza  
Ya suspendido, pero inútilmente:  
Lejos de corregirse, su impureza  
Aumenta cada día. Al fin, perdida  
La esperanza de ver tan obstinada  
Generación perversa corregida,  
Hacia una alta montaña se endereza,  
De antiguos fuertes pinos coronada:  
Se ocupa allí, con ánimo constante,  
En hacer construir una flotante  
Arca inmensa: prescribe su figura,  
Su longitud, su latitud y altura:  
La arca se eleva, y en sus divisiones,  
Todos los frutos de las estaciones  
Recoge á su designio conducentes.  
Luego á su hueco oscuro y espacioso,  
Por voluntad del Todopoderoso.  
A la voz del anciano, diligentes  
Un par de cada especie de vivientes  
Animales, que el aire y tierra habitan,  
Un refugio á buscar se precipitan.  
Él mismo, habiendo en vano

Anunciado á los pueblos las postreras  
Amenazas del próximo castigo,  
Escarnecido, cual si fuera insano,  
De la arca al fin se recogió al abrigo,  
Con su mujer, sus hijos y sus nueras,  
Y cerró desde adentro toda entrada.  
La atmósfera, hasta entonces sosegada,  
Se turba por momentos:  
Con furor silba el Austro, y cuantos vientos  
Llovedores dormitan reservados,  
Del Cielo en los terribles arsenales:  
Se amontonan tormentas y nublados,  
En los aires de denso vapor llenos:  
Se inflama el horizonte con fatales  
Meteoros, y aun tiempo oscurecido,  
Queda en fúnebre noche convertido:  
Por todas partes, formidables truenos  
Retumban sin cesar: con ominosa  
Luz, los vivos relámpagos descubren,  
De un polo al otro, momentáneamente,  
Todo el horror que las tinieblas cubren:  
Se precipita á ríos espantosa  
La lluvia más espesa, interpolada  
Con otra lluvia ardiente  
De exhalaciones, rayos y centellas:  
El vasto firmamento, interceptada  
La claridad del sol y las estrellas,  
No es ya más que una bóveda enlutada,  
Un lóbrego desierto,  
Que cierra más la noche, y acrecienta  
El horror de la lluvia y la tormenta.  
El mar, al cual las puertas se han abierto,  
Saltando fiero desde su profunda  
Sima, se arroja rápido, bramando,  
Los valles con los montes igualando:

Por todas partes, la ancha tierra inunda  
La agua devastadora: de su esfera  
La superficie es ya sólo un inmenso  
Piélago sin ribera:  
El arca, encima de él, rompiendo el denso  
Diluvio como cúspide elevada,  
Por las olas en vano atormentada,  
Firme, con arreglados movimientos,  
Flota, y se ríe de ellas, y los vientos.  
Entre tanto, en la tierra sumergida  
Nada queda con vida  
De cuanto allí respira: no han podido  
Salvarse ni aun los hombres que han logrado  
A algún excelso monte haber subido,  
Pues las aguas los han sobrepujado  
Todos, y muchos de ellos se han hundido;  
En los palacios de los poderosos  
Reyes, nadan ahora los marinos  
Monstruos; sirven las calles y caminos  
De sendas á los peces escamosos.  
De un sepulcro común en los horrores,  
Enterrando á los hombres, sus honores,  
Sus placeres, su orgullo, sus riquezas,  
Y de su enorme lujo las grandezas,  
El agua lava, y purga desde luego,  
Un mundo profanado;  
Hasta que en lo futuro, por el fuego  
Quede, cual debe estar, purificado.  
Todo perece, pues, todo se arruina:  
Sólo la débil arca, la esperanza  
Del mundo, que gobierna la divina  
Piedad, burla del agua la pujanza.

Al ver aquel desastre temeroso,  
Oh Padre de los hombres, ¡qué penoso  
Diluvio de amargura

Convirtió tu esperanza en noche oscura!  
Al ver tu descendencia aniquilada  
Con la tierra, en las hondas sepultada,  
Se heló tu sangre, y el extremo espanto  
Aun del alivio te privó del llanto.  
¡Infeliz! de los males que veías  
Que devastaban la naturaleza,  
El peso todo sobre tu cabeza  
Abrumada sentías.  
Miguel con todo, con benigno celo,  
Le levanta del suelo,  
En que le ve caer desfallecido,  
Y suavizar procura,  
Con expresiones llenas de ternura,  
Las horribles escenas que ha tenido  
A su vista: consigue finalmente,  
A fuerza de bondad, que su afligido  
Pecho desahogue así, con voz doliente:  
»¿Por qué mostrarme, ¡oh Dios! ese futuro  
»Tejido de desgracias indecible?  
»¿Para qué haber rasgado el velo oscuro  
»De mi ignorancia dulce y apacible?  
»¿A qué mostrarme la desgracia ajena,  
»La ruina de mi triste descendencia?  
»¿No era bastante la desgracia mía?  
»¡Suerte cruel! hasta ahora me roía  
»El pecho tu memoria, mas tu pena  
»¡Cuánto más crece con la fatal ciencia  
»De lo que han de sufrir mis desdichados  
»Hijos, y del horrendo  
»Medio con que han de ser aniquilados!  
»¡Y quizá siglos estaré sufriendo  
»Este tormento! ¡Adiós, dulce reposo,  
»Suave sueño! ¡adiós todo consuelo!  
»¡El fin de mi progenie doloroso

- »Ha acabado de echaros de este suelo!
- »¡Vé mi aflicción, Dios justo, á quien imploro!
- »Aun no existen los males que yo lloro;
- »Pero de ser no dejan efectivos,
- »Pues han de serlo en tiempos sucesivos,
- »Sin haber de evitarlos esperanza:
- »¡Infeliz el que alcanza
- »A preveer sus tormentos venideros!
- »A sufrirlos comienza en el instante,
- »Cual si ya entonces fuesen verdaderos.
- »¡Funesta previsión, que únicamente
- »Sirves de hacer sentir como presente
- »El dolor de nosotros aun distante!
- »Pero ¿qué digo? En la total ruina
- »Del humano linaje, ¿á quién la triste
- »Voz de mi desconsuelo se encamina?
- »¡Todo habrá perecido! ¡Y si aun resiste
- »Alguno de los míos á la fiera
- »Desolación, y se mantiene vivo
- »En algún alto punto de la esfera,
- »Con fatiga trepando fugitivo
- »De risco en risco, ó ya en algún oscuro
- »Antro escondido, lejos que de apuro
- »Salga, de hambre y de miedo consumido,
- »Para muerte más cruel habrá vivido!
- »¡Ah! yo me lisonjeaba que, apagado
- »De la inhumana guerra el rayo horrendo,
- »Para siempre la paz restableciendo,
- »Del hombre el hombre amado existiría,
- »Y el hombre, por el hombre consolado,
- »De una vejez tranquila gozaría;
- »Mas ¡cuánto en mi esperanza me he engañado!
- »La misma paz, origen es fecundo
- »De más sangrienta plaga para el mundo.
- »La de la guerra, á algunos limitaba

- »Su furor, y ésta á todos los acaba.
- »Mas dime, oh santo guía, las fatales
- »Causas de tantos y tan crueles males,
- »Y si tan general su influjo ha sido,
- »Que mi raza del todo se ha extinguido.
- »Aprende, dice el Angel, su futura
- »Suerte. Aquellos intrépidos mortales
- »De robusta estatura,
- »De lujo y de deleites embriagados,
- »Con su fortuna al parecer contentos,
- »Que vistes al principio, y que sedientos
- »De sangre, unos contra otros irritados,
- »Después á hierro y fuego se envistieron
- »Haciéndose una guerra carnicera,
- »Eterno nombre conseguir creyeron
- »Con sus hazañas; mas la verdadera
- »Gloria estaba muy lejos de sus almas:
- »De su victoria atroz eran las palmas
- »Las muertes, los destrozos, los lamentos,
- »De los tristes vencidos los tormentos.
- »De este honor engañoso
- »Con todo satisfechos, no tardaron
- »En trocar de su orgullo la fiereza,
- »De la blanda molicie en la bajeza,
- »Y no se avergonzaron
- »De pasar desde el carro victorioso,
- »Al lecho del deleite voluptuoso.
- »Del ocio, de los vicios, prontamente
- »Las envidias, las crueles disensiones,
- »En medio de la misma paz nacieron,
- »Y tras de ellas las más viles pasiones.
- »Por Dios abandonados justamente,
- »En una dura esclavitud cayeron,
- »En la que, por el vicio embrutecidos
- »Los opresores y los oprimidos,

- »Cual sus costumbres, su valor perdieron;
- »Estos, y aquella turba de tiranos
- »Perversos, que de humanos
- »Nada tenían sino la apariencia,
- »Víctimas de la más brutal licencia,
- »De Dios, de la virtud, de la justicia,
- »Y de todas las leyes se olvidaron.
- »Tales progresos hizo la malicia,
- »Que hasta los mismos sabios se extraviaron
- »En esto, sobre aquella noche oscura
- »De corrupción, descuella de repente
- »Un hijo de la luz, una alma pura,
- »Que la virtud predica al universo,
- »Que solo, en medio de un pueblo perverso,
- »Opone su firmeza á la corriente
- »Del vicio; los placeres, los honores,
- »La ignominia y las penas despreciando,
- »Al crimen orgulloso avergonzando,
- »Y haciendo guerra á todos los errores,
- »Infunde en el impío un saludable
- »Temor; demuestra á todos cuán amable
- »Es la justicia; enseña aquella estrecha
- »Senda que al Cielo mismo va derecha,
- »Y que huellan en dulce compañía,
- »La virtud, la inocencia, y la alegría;
- »Pero la multitud proterva y necia
- »Le insulta, le escarnece y le desprecia:
- »Mas Dios, á cuya vista está patente
- »El corazón del hombre, prontamente
- »Al justo va á vengar de tanta ofensa:
- »Le mandará construir un arca inmensa,
- »Y cuando él con sus hijos, y elegidos
- »Animales, que el mundo nuevamente
- »Han de poblar, en ella estén metidos,
- »El Cielo, ejecutor de la divina



- »Venganza, los depósitos abriendo
- »Inmensos de aguas que su cristalina
- »Bóveda está en su espacio sosteniendo,
- »Con el diluvio universal, que viste,
- »Cubrirá el mundo y cuanto en él existe.
- »A un Edén llevará el mismo camino:
- »¡Adiós, jardín! ¡Adiós, monte divino!
- »Su río manso, vuelto en turbulento
- »Mar, los verjeles que antes fecundaba
- »Con su corriente brava,
- »Ahora, arrancados de su firme asiento,
- »Arrastrará dispersos, en las cimas
- »De sus soberbias olas, á otros climas,
- »Dejando en su lugar una desierta
- »Isla, de breñas ásperas cubierta,
- »Cuyas riberas sirvan de moradas
- »De los monstruos del mar á las manadas.
- »Mas, dejada esta escena formidable,
- »Vuelve la vista atenta
- »Á otra que sea menos lamentable.»

Ve en esto Adán calmarse la tormenta,  
 Cambiar los vientos, y las ondas fieras  
 Ir bajando del Cielo á sus riberas,  
 Las nubes huir del aquilón helado,  
 Y calmada su furia procelosa,  
 El mar ya por orillas circundado:  
 Sus olas se nivelan; su espaciosa  
 Superficie parece un claro espejo,  
 Y despide á lo lejos el reflejo  
 Del día; absorbe el sol con sus ardores  
 Gran parte de ella, en húmedos vapores:  
 Las esparcidas aguas, lentamente  
 Hacia el mar se retiran silenciosas:  
 La tierra disminuye la corriente  
 De sus arroyos, y las caudalosas

Ondas con que sus ríos se han hinchado,  
Abriéndolas sus simas tenebrosas.  
Todo calla. Ya el arca solitaria,  
Largo tiempo juguete de la varia  
Dirección de las olas, ha parado  
En la cumbre del piélagó, elevada  
Sobre la cima de un excelso monte,  
Á un descollado risco asemejada  
Del Althos, dominando el horizonte.  
Las altas sierras, de los procelosos  
Abismos sacan sus peladas frentes  
Por grados, mas sus faldas, de frondosos  
Bosques pobladas, en su fondo aun yacen.  
Así en el mar, escollos eminentes,  
Contra los que sus olas se deshacen,  
Al aire elevan su penacho erguido  
Y en ellas lo restante está escondido.  
Los últimos torrentes precipitan  
Sus aguas ya en el mar, que, furibundo,  
Las extranjeras ondas que le agitan,  
De su seno sepulta en lo profundo.  
De la arca entonces, el prudente anciano,  
Para ver si la tierra el océano  
Inunda aún, ó está ya descubierta,  
Suelta el cuervo el primero,  
Y después la paloma, mensajero  
Más fiel, que al pronto circular volando,  
Intimidada, á descubrir no acierta  
Dónde poner el pie; mas alargando  
El vuelo, vuelve al fin á la querencia,  
Y en el pico una verde fresca rama  
De olivo trae, que la paz proclama  
Del Cielo con la tierra. Esta ha salido  
Ya de las aguas: la arca en diligencia  
Vuelve al mundo su huésped escogido

y todos sus vivientes refugiados.

El anciano y sus hijos, elevados  
Los ojos y las manos hacia el Cielo,  
Al Eterno dan gracias fervorosos;  
Pronto el Señor aumenta su consuelo  
Fijando en los celajes nebulosos  
Ese arco inmenso que resplandeciente  
El horizonte abraza, matizado  
De los siete colores más preciosos:  
La púrpura, el azul y el reluciente  
Oro, entre ellos se ven. Lo ha destinado  
Por prenda del perdón que al afligido  
Mundo en lo venidero ha concedido.  
Al ver Adán el arco luminoso,  
Adora alegre al Todopoderoso:

«Si creo al Cielo, exclama, viviremos  
»En nuestra prole amada:  
»Por ese justo, y cuanto se ha salvado,  
»Restablecer veremos  
»El mundo, á mejor suerte reservado,  
»Y en él su noble raza perpetuada:  
»Dios, como justo y bueno, á los humanos  
»Ha querido probar; á los profanos,  
»De sus sagradas leyes transgresores,  
»Ha envuelto del diluvio en los horrores;  
»Pero el justo respira:  
»Él ha podido solo aplacar su ira,  
»Y su raza fecunda y mejorada  
»Restaurará la tierra devastada:  
»Mas dignate explicar menudamente  
»Los misterios que en ese milagroso  
»Arco ha ocultado el Todopoderoso,  
»Si que lo sepa juzgas conveniente.  
»Brilla en él toda su magnificencia  
»Y su dulzura, y si mi inteligencia

- »Débil consulto, al ver lo acaecido
- »Antes en el diluvio, yo creyera
- »Que indica que el Señor ha suspendido
- »Aguas inmensas en la azul esfera.
- »No te engañas, Adán, en tu supuesto,
- »Le responde Miguel: Dios ha calmado
- »De su furor el moribundo resto:
- »Antes miró á la tierra: vió admirado
- »Reinar con insolencia audaz el vicio,
- »Y de arrepentimiento penetrado
- »Asoló su magnífico edificio:
- »Castigó á los perversos; mas, piadoso,
- »Al justo protegió, y su temeroso
- »Rayo apagó al instante,
- »Á fin de que en su prole reviviera:
- »No, no se soltarán en adelante
- »Los torrentes del Cielo, ni otra fiera
- »Lluvia devastará ese renacido
- »Mundo, puesto que Dios lo ha prometido;
- »Y así, cuando en los Cielos se presente
- »Ese arco inmenso, aviva tu esperanza
- »Y lee en su extensión resplandeciente
- »Del Cielo con la tierra la alianza.
- »Desde hoy ni un solo instante
- »Dejarán de seguir su orden constante
- »Los tiempos, días, años y estaciones,
- »Y su curso apacible y arreglado
- »Todas esas magníficas legiones
- »De astros, hasta el momento señalado
- »Para que el fuego de su oculta fuente
- »Salga y devore al mundo en un ardiente
- »Diluvio. Entonces, del sepulcro oscuro
- »Dios sacará otro Cielo aún más puro,
- »Y nueva tierra, en que sus escogidos
- »Vivan eternamente reunidos.»



---

---

## LIBRO DUODÉCIMO.

---

### SUMARIO.

**MIGUEL** expone á Adán en una narración los sucesos posteriores al diluvio. Le anuncia el linaje particular de Abraham como aquel de que ha de nacer el Redentor del linaje humano. Añade su encarnación, su muerte, y demás misterios, y el estado de la Iglesia hasta su segunda venida. Adán, consolado, da gracias á Miguel, y baja del monte en su compañía. Despierta Eva, que había dormido todo aquel tiempo, pero que había sido consolada también con sueños favorables. Miguel los coge á entrambos de la mano, y los conduce fuera del Paraíso. Ven detrás de ellos la espada de fuego fulminante, y los Querubines que rodean el Paraíso, para impedir su entrada.

Cual caminante que de su jornada  
Suspende la fatiga cuando ardiente  
El sol divide en dos partes el día;  
Tal el Ángel suspende la empezada  
Relación que hechizado Adán oía;  
Y así después la sigue nuevamente:

- «Vistes salir un mundo de las manos  
»Del Eterno; con todos sus insanos  
»Habitantes le viste sumergido,  
»Y después á su ser restituído,  
»Ocupado por nuevos pobladores;  
»Mas no lo has visto todo: los portentos  
»Del Eterno, sus vivos resplandores,  
»Tu limitada vista deslumbraron:

- »Voy á decirte los acaecimientos
- »Que tus ojos entonces no alcanzaron:
- »Escucha, pues, su interesante historia,
- »Y guárdala indeleble en tu memoria.
- »Mientras que esos segundos habitantes
- »Del mundo, entre sepulcros y ruínas,
- Aun en pequeño número, y errantes,
- »Anduvieron, teniendo las divinas
- »Venganzas á su vista, escarmentados,
- »Adoraron á Dios, y le sirvieron;
- »Sus descendientes, ya más numerosos,
- »Como en las artes más adelantados,
- »Cultivando terrenos abundosos
- »En paz, copiosas mieses recogieron:
- »La parra por las uvas abrumada
- »Se dobló, y al olivo la pesada
- »Carga oprimió del fruto delicado:
- »Lo mejor del ganado,
- »De las ricas cosechas lo escogido,
- »Las puras y abundantes libaciones,
- »Las flores, los altares, el rendido
- »Culto formaban con que al soberano
- »Dueño adorando de las estaciones,
- »Imploraban sus gracias y sus dones.
- »En las varias familias el humano
- »Linaje dividido, cultivaba
- »Las virtudes, y sólo disfrutaba
- »De placeres tan simples como puros:
- »En su mesa inocente,
- »Ni embriaguez ni lujo se veían:
- »Las armas y los muros
- »Sólo contra las fieras le servían:
- »La paternal autoridad, la fuente
- »Era de las sencillas justas leyes:
- »De todos los gobiernos eran fijos

- »Los términos: los hijos
- »Eran vasallos, y los padres reyes:
  - »Mas pronto mudó todo: un hombre fiero,
- »Cazador atrevido, fué el primero
- »Que, arrebatado de ambición insana,
- »De otros hombres feroces sostenido,
- »De la violencia y del terror valido,
- »Bajo un yugo arbitrario y duradero
- »Logró oprimir la sociedad humana:
- »El dar la muerte fué para él un juego,
- »Una víctima, el hombre que opusiera
- »La menor resistencia á cualesquiera
- »De sus caprichos: con el hierro en mano,
- »La guerra ejecutando á sangre y fuego,
- »Estableció en el mundo aquel odioso
- »Imperio, y en él fué el primer tirano:
- »Su loco orgullo, al Todopoderoso
- »Insultó cara á cara, pretendiendo
- »Ser también Dios: cual de una rebeldía
- »Castigaba al que no le obedecía;
- »Y á él, rebelde al Señor que le ha criado,
- »Sobre el castigo que padece horrendo,
- »En las historias, para lo futuro,
- »El nombre de rebelde le ha quedado.
  - »Desde cerca de Edén, su victoriosa
  - »Potencia extenderá, hasta la espaciosa
  - »Occidental llanura, en donde oscuro
  - »Hay un profundo abismo, cuyo seno,
  - »Hasta la vasta boca hierve, lleno
  - »De encendido betún: por el respira
  - »El Infierno, y un río caudaloso
  - »De aquella glutinosa horrible llama,
  - »Por las campiñas del contorno gira,
  - »Y cuanto encuentra en su carrera inflama,
  - »O en las honduras duerme con reposo;



- »El material de allí saca abundante  
 »Para hacer una torre, que levante  
 »Y en las nubes esconda su orgullosa  
 »Cabeza: empieza al punto: consolida  
 »El betún, las arenas reuniendo  
 »Con fuerte trabazón, la mole erguida:  
 »Ya comienza á elevar su prodigiosa  
 »Masa, á admirar al mundo destinada:  
 »La apresura el Rey bárbaro, queriendo  
 »Que su poder ostente, y su memoria  
 »Eternice: su fin sólo es la gloria;  
 »Que sea justa, ó no, le importa nada.  
   »Tal es su intento: mas el invisible  
 »Dios, que ocultando al hombre su terrible  
 »Majestad, acostumbra á visitarle,  
 »Cuando la necia empresa considera  
 »Desde el Cielo, á que suba más no espera  
 »La obra. No pueden menos de causarle  
 »Risa aquellos ridículos rivales  
 »De su poder, y conteniendo su ira,  
 »Como tenían todos los mortales  
 »Sólo un idioma, de repente inspira  
 »Otro á cada familia diferente:  
 »Su memoria trastorna de manera,  
 »Que olvidando del todo  
 »Su común lengua en la sustancia y modo,  
 »Cada uno de ellos juzga que realmente  
 »Se explica en ella, y no en otra extranjera.  
   »Se oye un murmullo de desconocidas  
 »Palabras, una jerga incomprensible  
 »De acentos y de voces confundidas;  
 »Nadie se entiende, todo el mundo clama,  
 »Y cuanto más se esfuerzan, más horrible  
 »Confusión se levanta, más se inflama  
 »La impaciencia de todos: si pretenden

- »Entenderse por señas, se acrecienta
- »El tumulto, y aun menos se comprenden:
- »Por calmarlos en vano se porfía:
- »Crece más la algazara y gritería:
- »Cesa el trabajo, la discordia aumenta,
- »En todas partes cunde,
- »Y el desorden con ella se difunde:
- »Toda la gente al fin, desesperada,
- »Abandona la torre decantada:
- »Lo aplaude el Cielo, y en la humana historia,
- »Para eterna memoria,
- »Torre de confusión será nombrada.»

Del paternal cariño arrebatado,  
 Exclama Adán entónces: «¡Oh execrable  
 »Opresor! ¡Oh tirano insoportable!  
 »¿Conque un déspota osado  
 »Bajo un yugo cruel tendrá licencia  
 »De oprimir á mi amada descendencia?  
 »¿Cuáles son sus derechos? Dios ha puesto  
 »Bajo el imperio de los racionales  
 »Las aves, los pescados y animales,  
 »Todo cuanto respira; mas por esto  
 »No ha dado al hombre sobre sus hermanos  
 »Dominio alguno: iguales los humanos  
 »En todo, no conocen ni reciben  
 »Leyes sino del Cielo, por quien viven.  
 »Sólo Dios es su Rey, y ese atrevido,  
 »Que una ambición inextinguible enciende,  
 »Y con cetro de bronce les oprime,  
 »Más que á ellos, á su eterno dueño ofende,  
 »Cuyo dominio usurpa fementido.  
 »Esa obra, para el hombre tan sublime,  
 »De su orgullo ridículo resulta;  
 »La frente osada al Cielo levantando,  
 »Las tormentas y truenos desafiando,

- »Á Dios en su palacio mismo insulta.  
 —»Sí, Miguel le responde; á ese insolente  
 »Opresor aborreces justamente;  
 »Él ha turbado de la paz amable  
 »La dulzura, y al hombre ha despojado  
 »De aquella libertad inestimable  
 »Que antes gozaba; mas cuando engañado  
 »Por la torpe ilusión de tus sentidos  
 »Faltaste tú el primero á los debidos  
 »Respetos, y á tu Dios no obedeciste,  
 »Aquella augusta libertad perdiste,  
 »Y contigo tus hijos la perdieron.  
 »Hija de la razón y la inocencia,  
 »Sus compañeros fieles, con su ausencia  
 »Huyó, y sus privilegios fenecieron,  
 »Pues sólo en su juiciosa compañía  
 »Aprovechar la libertad podía  
 »A los hombres, y de ella separada  
 »Fuera disolución desenfadada:  
 »Así, cuando dejaron el gobierno  
 »Del hombre esclavo ya de sus pasiones,  
 »Determinó el Eterno  
 »Que una sujeción útil, y fundada  
 »Sobre leyes severas y prudentes,  
 »Que arreglase del hombre las acciones  
 »Bajo una humana autoridad, hubiera,  
 »Que amparo fuese de los inocentes,  
 »Al paso que á los malos reprimiera.  
 »Tal fué el origen de las monarquías  
 »Y otros muchos gobiernos, que en los días  
 »Posteriores los hombres adoptaron  
 »A proporción que se multiplicaron;  
 »Mas Dios á veces, cuando la malicia  
 »De los pueblos, sin freno abandonados  
 »Á los vicios, provoca su justicia,

- »Permite que en cruel opresión giman,  
 »Á un tiránico yugo esclavizados.  
 »No extrañes, pues, que opriman  
 »Á esos tus descendientes los injustos  
 »Caprichos de ese déspota orgulloso:  
 »No sucediera, si ellos fueran justos.  
 »La esclavitud comienza en el momento  
 »En que la virtud falta; es el tormento  
 »Que el Señor destinó al hombre vicioso,  
 »Pues á falta de déspotas humanos,  
 »En sus pasiones tiene sus tiranos.  
 »¿Quieres otros ejemplos? Cuidadoso  
 »Repara á ese hombre impío, que nacido  
 »Del que en el arca al mundo ha revivido,  
 »Echado atrás todo filial respeto,  
 »De su padre desnudo hizo el objeto  
 »De sus escarnios: él y su futura  
 »Prole, en castigo, esta sentencia dura  
 »Recibieron:—«Seréis perpetuamente  
 »Siervos de siervos de vuestros hermanos.»  
 »Así la humana gente,  
 »Del viejo mundo la virtud perdiendo,  
 »Víctima de los vicios, y los vanos  
 »Errores, en excesos incurriendo,  
 »Mayores aun que los de sus abuelos,  
 »Cansará la paciència de los Cielos,  
 »Y Dios la entregará á sus vergonzosos  
 »Deseos, apartando sus piadosos  
 »Ojos de aquellos hombres pervertidos,  
 »De aquellos hijos desagradecidos.  
 »Con todo, escoge un pueblo, descendiente  
 »Venidero de un justo, y le asegura  
 »Por medio de su padre su ternura.  
 »Á orillas del Eufrates residía  
 »Este varón virtuoso, que un prudente

- »Juicio á las demás prendas reunía:  
 »En misterioso sueño, de repente,  
 »Dios sus altos intentos le revela:  
 —»Deja, le dice, patria y parentela,  
 Y sígueme obediente á otras regiones:  
 Yo te haré padre de un pueblo escogido,  
 En quien mi eterno amor he establecido,  
 Y de un número inmenso de naciones.»—  
 »Se levanta, se fia en su divina  
 »Guía: Dios mismo, sí, lo estoy mirando,  
 »Con su benigna mano le encamina:  
 »Cuanto en el mundo amaba abandonando,  
 »Con fe constante, al fin el delicioso  
 »País de Canaán huella, que tenía  
 »Contaminado ya la idolatría.  
 »De esta voz aun ignoras el sentido:  
 »Sabe, pues, que ha de ser tan horroroso  
 »El extremo á que llegue en los humanos  
 »La malicia bestial, que prostituido  
 »De Dios el nombre, adorarán los frutos  
 »De la tierra, las piedras y los brutos,  
 »Y aun las más viles obras de sus manos:  
 »Mas el Santo viajero ha suspendido  
 »Ya su marcha prolija:  
 »Mira cuál de Siquem en la llanura,  
 »Junto á Amorek sus pabellones fija.  
 »Allí Dios le renueva su segura  
 »Promesa, y aun le añade que habitantes  
 »Serán de aquella tierra sus triunfantes  
 »Hijos. Pero tú mismo al Norte extiende  
 »La vista ahora, hacia Hemat, que allí situado,  
 »Limita á Canaán por aquel lado;  
 »Y para que te enteres más, atiende  
 »A conocer los sitios por los nombres  
 »Que para entonces les darán los hombres.

- »Al Mediodía tienes la espaciosa  
 »Región desierta, que la deleitosa  
 »Fértil tierra termina:  
 »Del monte Hermón los llanos al Oriente  
 »La limitan, y el mar al Occidente:  
 »¿Ves aquella alta cumbre? Es el Carmelo;  
 »Monte feliz, en donde la divina  
 »Fuente tiene el Jordán, que el rico suelo  
 »Fecundo riega, y sirve de barrera  
 »Contra toda invasión de la guerrera  
 »Gente oriental. Pues esa afortunada  
 »Región dominarán los descendientes  
 »De aquel grande varón, y dilatada  
 »Será su posesión en adelante,  
 »De Senir á las sierras eminentes:  
 »¡De aquel feliz Senir! (guarda constante  
 »Su nombre en tu memoria): allí el Eterno  
 »En tu linaje bendecirá al mundo:  
 »De él saldrá el Salvador, que Cielo y tierra  
 »Vengará del Infierno,  
 »Y hollará en la Serpiente aquel inmundo  
 »Espíritu que os hizo tan cruel guerra.  
 »Mas Dios estos sucesos misteriosos  
 »Á tus ojos oculta todavía:  
 »Abrahán (que este es el nombre que tenía  
 »Aquel justo, por cuyos numerosos  
 »Nietos será esta tierra dominada)  
 »Establece ya en ella su morada.  
 »Del tiempo mismo las vicisitudes  
 »No borrarán allí de sus virtudes  
 »La bendita memoria.  
 »Su hijo y su nieto, ya por la firmeza  
 »De su fe, ya también por la pureza  
 »De su conducta, igualarán su gloria.  
 »Doce hijos contará su venturoso

- » Nieto, que un día el suelo delicioso
- » De Canaán dejará, por la fecunda
- » Tierra que el Nilo con arreglo inunda.  
» Mira ese río allá, que con pomposo
- » Curso, cubre de Egipto la llanura .
- » Inmensa, y con el cieno provechoso,
- » Las más ricas cosechas la asegura:
- » Regada así, lo que le queda de agua,
- » Por siete bocas en el mar desagua.
- » Viendo que una hambre general destruye-
- » El país en que habita, Jacob huye
- » Á refugiarse á su feliz ribera:
- » Su hijo le llama allí, á quien su sincera
- » Fe y su pureza, desde el cautiverio,
- » Subieron al más alto ministerio
- » De aquella poderosa monarquía.
- » Establecido el padre en su terreno
- » Con su prole, murió de días lleno:
- » Su familia creciendo cada día,
- » En pocos años fué tan numerosa,
- » Que á un nuevo Rey llegó á ser sospechosa.
- » Al temor dando oídos y á la envidia,
- » La ley del hospedaje con perfidia
- » Quebranta, de crueles vejaciones,
- » De un cúmulo espantoso
- » De trabajos los carga, y con horrible
- » Crueldad condena á todos los varones
- » Que nazcan de ellos á una irremisible
- » Muerte. Entonces el Todopoderoso,
- » Compasivo, suscita dos hermanos
- » Para librarlos de tan inhumanos
- » Perseguidores. Desde allí, cargado
- » De los tesoros del amedrentado
- » Egipcio injusto, aquel pueblo escogido
- » Marcha al país que Dios le ha prometido.

- »Mas fué para este viaje necesario
- »Que el Señor obligase al temerario
- »Monarca, con su brazo omnipotente,
- »Á que al fin los dejase libremente
- »Ir de aquel reino idólatra y profano.
- »Moisés y su hermano,
- »Destinados á ser sus salvadores,
- »Fueron de orden de Dios de embajadores
- »Á persuadir primero á aquel insano
- »Y obstinado Monarca á que dejara
- »Que de Egipto su pueblo se ausentara:
- »Nada hizo efecto en su corazón duro:
- »Del poder del Eterno revestido,
- »Manda Moisés, y toda la corriente
- »Agua de Egipto, en sangre de repente
- »Vuelve: el aire se cubre de un oscuro
- »Nublado de mosquitos extendido:
- »Hierve todo aquel suelo
- »De animales inmundos, que ya á vuelo,
- »Ya caminando, inundan á millares
- »Las casas, los palacios, los lugares.
- »Grazna el sapo asqueroso aun en la mesa
- »Del Rey, y hasta en la púrpura el impuro
- »Voraz insecto es un tormento duro,
- »Cual para la soberbia vergonzoso.
- »Por orden de Moisés, con todo, cesa
- »En un día el conjunto temeroso
- »De aquellas plagas; mas la misma muerte
- »De tantos importunos animales
- »Es luego causa de otro mal más fuerte:
- »Inficionan el aire sus fatales
- »Hálitos ponzoñosos, de tal modo,
- »Y las aguas, que corre el reino todo
- »Una peste cruel: de la murada
- »Ciudad hasta la choza más aislada,



- »Hiere sin distinción la plaga fiera,
- »Que crece á proporción de su carrera,
- »Los príncipes, los nobles, los villanos,
- »Los niños, los mancebos, los ancianos:
- »Á edad ninguna ó condición perdona:
- »La sangre, los humores inficiona,
- »Con úlceras malignas devorando
- »Las gangrenadas carnes, ó elevando
- »Encima de ellas lívidos tumores:
- »Los cadáveres de hombres y ganados
- »Yacen en confusión amontonados:
- »La hambre la sigue: ya sus precursores,
- »Granizos, piedras, fieros huracanes,
- »Del labrador ansioso los afanes
- »Destruyendo, los campos han corrido.
- »Vivas nubes de insectos voladores
- »Aun lo que su furor no ha destruído
- »Lo roen; frutos, plantas, verde yerba,
- »Nada el voraz ejército reserva.
- »Desaparece el día de repente:
- »Opone el aire al sol nieblas impuras,
- »Que pronto condensadas en oscuras
- »Nubes, enlutan su resplandeciente
- »Luz, de manera que á la sombra dando
- »Cuerpo, y toda la atmósfera ocupando,
- »Cubren á los Egipcios de palpables
- »Tinieblas. Un silencio temeroso,
- »Vasto, cautiva todo el populoso
- »Reino: pero es bien pronto interrumpido-
- »Por gritos, por clamores espantables,
- »Sollozos y alaridos lastimeros,
- »De todas las familias desoladas:
- »El Angel de la muerte cruel ha herido.
- »En una noche todos sus primeros
- »Hijos: desde el palacio del malvado

- » Monarca, hasta las chozas olvidadas,
- » Todos, sin excepción, han perecido.
- » Con tan horribles males consternado,
- » La obstinación suspende el orgulloso
- » Faraón, y consiente en su partida;
- » Mas pronto en aquella alma endurecida
- » El despecho renueva su furioso
- » Empeño. Como el hielo que en el fuego
- » Se derrite, si de él lo apartan, luego
- » Su dureza recobra, así pasado
- » El primer susto, aquel Rey obstinado
- » A su malicia vuelve. Vuela al punto
- » Con poderoso ejército, que junto
- » Tiene ya, á perseguir al fugitivo
- » Pueblo, para traerlo muerto ó vivo.
- » Del Hebreo á la marcha el mar se opone,
- » Y ya por sus espaldas se dispone
- » Faraón á embestirle, cuando el Cielo
- » Dividiendo sus aguas procelosas (1),
- » En seco deja su profundo suelo:
- » Por él sigue aquel pueblo su camino,
- » Teniendo á cada lado un cristalino
- » Y alto muro, que forman respetuosas
- » Las ondas: á su espalda una brillante
- » Columna de una condensada nube,
- » Que interpuesta al Egipto, al Cielo sube,
- » De noche los alumbró; pero oscura
- » De día, ya siguiéndolos constante,
- » Ya de su multitud llevando el frente,
- » Del amparo de Dios los asegura:
- » También de pabellon contra el ardiente
- » Sol les sirvió, y de guía en la desierta
- » Arabia, que á sus ojos ya está abierta.
- » Dios, sobre la columna colocado
- » Su trono, en aquel lance, al irritado

- »Tirano opone el lado tenebroso
- »De ella, y estorba con su impenetrable
- »Noche, que á alcanzar llegue aquel medroso
- »Pueblo, á su esclavitud acostumbrado:
- »Mas con todo, á pesar de la espantable
- »Sombra, el Monarca huella sin recelo,
- »Del dividido mar el seco suelo.
- »Llegada el alba, el Dios de la victoria
- »A él se vuelve, rodeado de su gloria:
- »Mira al Egipto: tiembla: un repentino
- »Desorden, sus formados escuadrones,
- »Jefes, guerreros, carros y bridones,
- »Revuelve en un confuso remolino:
- »Tiende entonces Moisés la milagrosa
- »Vara, ¡oh terror! El mar, dando un bramido
- »Horrisono, por uno y otro lado
- »Vuelve con todo el peso suspendido
- »De su onda procelosa
- »A dar sobre el ejército espantado:
- »Sobre él se cierra, y en sus espumosos
- »Líquidos montes, rápido envolviendo
- »Al Monarca y sus trenes belicosos,
- »Cual plomo, al fondo de su sima oscura
- »Precipitados, hallan sepultura.
- » Todo perece: el pueblo hebreo viendo,
- »De la opuesta ribera aquella horrible
- »Catástrofe, su grato culto ofrece
- »Al Eterno, que así le favorece.
- »Huella de Canaán el apacible
- »Suelo al fin, y se cumple su deseo;
- »Mas le cuesta un larguísimo rodeo,
- »Porque el prudente Jefe que guiaba
- »Sus tribus, de exponerlas recelaba
- »En el camino recto á los sangrientos
- »Ataques de los pueblos que tenían

- » Que atravesar, y que en la guerra hacían
- » Ventaja á sus Hebreos, que nacidos
- » Esclavos de los amos mas violentos,
- » Además de faltarles la experiencia
- » De las armas, en ánimo abatidos,
- » No podían hacerles competencia.
- » Sus manos á una vil cadena usadas,
- » Manejar no sabían las espadas.
- » A paso lento pues, y con incierto
- » Rumbo, á atravesar tiran el desierto.
- » Mas, ya arreglando el culto, y una santa
- » Policía en su marcha, se levanta
- » Su nuevo imperio: un número de ancianos
- » Es por sus doce tribus escogido,
- » Que forme su senado, y con sus sanos
- » Consejos, á Moisés, en el temido
- » Cargo de gobernar, constante asista:
- » Dios, que sobre ellos su piadosa vista
- » Tiene, es su Rey, legislador supremo,
- » Y tal es su bondad y amor extremo,
- » Que sus leyes por sí mismo establece:
- » Bajo sus pies, la cumbre se estremece
- » Del Sina, en medio de una densa nube
- » De humo, que recto por los aires sube,
- » Con relámpagos vivos centelleando,
- » Y con estruendo horrisono tronando:
- » De una trompeta el fúnebre sonido,
- » El terror acrecienta repetido.
- » El pueblo todo, alrededor postrado,
- » Oir su voz espera amedrentado:
- » El Señor, de aquel trono majestuoso
- » Rodeado del nublado tenebroso,
- » Como Dios les intima las sagradas
- » Leyes, que como padre tiene dadas:
- » Los derechos civiles establecen,

- »Unas y otras al culto pertenecen.
- »Mas su divina voz, y la grandeza
- »De su gloria, no puede la flaqueza
- »De aquel pueblo sufrir, y así, oprimido
- »De terror, desde lejos con rendido
- »Ruego á Dios pide que se digne hablarle
- »Por Moisés, que menos asustado,
- »Podrá oírle, y sus leyes trasladarle.
- »Todo en el mismo instante está calmado:
- »Cesan los truenos, callan los sonidos
- »De la trompeta. Dios únicamente
- »Quiso enseñar á aquellos abatidos
- »Seres, que es por sí el hombre insuficiente
- »Para tratar con él; pero entre tanto
- »Que venga el Medianero eterno y santo,
- »Suple Moisés, y apoya los rendidos
- »Votos, por los mortales exhalados;
- »Anuncia su venida y su brillante
- »Reino, que cantarán en adelante
- »En sus sonoras liras los sagrados
- »Profetas, de un santo estro penetrados;
- »Él establece en fin su culto y leyes,
- »Y Dios es el primero de sus Reyes.
- »De oro puro y de cedro construído,
- »El santuario, á los ojos escondido
- »Del pueblo, guarda la arca misteriosa
- »Donde el solemne título reposa
- »Del acto en que el Señor perpetuamente
- »Hace alianza con la hebrea gente,
- »Y está sellado por su propia mano.
- »Dos Querubines, sobre el alto plano
- »De la arca arrodillados, con respeto
- »Profundo, adoran el sagrado objeto
- »De que es figura. Al frente del tremendo
- »Propiciatorio, en que el Señor reside,

- »Siete lámparas siempre están ardiendo.
- »Por todo el rededor del dilatado
- »Tabernáculo, al arca destinado,
- »Una nabe se extiende, que despide
- »Resplandecientes luces, mientras dura
- »La noche, al paso que día oscura,
- »Sirve de velo á aquel templo divino,
- »Á no ser cuando el pueblo su camino
- »Sigue; que entonces, puesta al frente, guía
- »La marcha de su campo noche y día.
- »Pero ya llega al fin de sus deseos,
- »A la tierra que Dios le ha prometido.
- »¿Contaré sus combates, sus trofeos,
- »Tanto enemigo bárbaro vencido?
- »Basta decir que de su Jefe al celo
- »Y viva fe, obedece el mismo Cielo.
- »Manda parar la luna; en el instante
- »Pára. Detente, dice, ¡oh sol brillante!
- »Se detiene, y testigo de su gloria,
- »De alumbrar se envanece su victoria.
- »Así será bendita
- »La venturosa raza israelita,
- »Que este nombre tendrá también la hebrea
- »Nación, después que á Canaán posea.
- »¡Oh intérprete del Cielo! ¡Qué bien sabe
- »Tu bondad, dice Adán, en cuanto cabe,
- »Calmar mis penas, con la lisonjera
- »Vista de mejor suerte venidera!
- »Sobre todo, me anima esa dichosa
- »Posteridad de Abraháán, de Dios querida,
- »Que con tantos sucesos distinguida,
- »Del culto guardará la religiosa
- »Tradición: mas modera mi alegría
- »Esta duda: el Señor no la daría
- »Tal ley, al parecer nimia y severa,

- »Si en mil clases de culpa no incurriera;
- »Y si así es, ¿cómo el Dios del universo
- »Podrá habitar con pueblo tan perverso?
- »Adán, responde el Angel, tú pecaste,
- »Y todo tu linaje contagiaste.
- »A precaver los males destinada,
- »Lo que prueba esa ley tan rigurosa
- »Es el grado en que está desordenada
- »Del hombre la razón: el mismo freno
- »Duro que impone, muestra la espantosa
- »Malicia, y variedades del veneno
- »De la culpa: mas no da medio alguno
- »Que para su expiación sea oportuno.
- »En vano sacrificios de animales
- »Para este fin prescribe á los mortales:
- »Ni aquella sangre vil, aunque inocente,
- »Ni la del hombre mismo delincuente,
- »Basta á satisfacer solo un pecado:
- »Siendo un Dios infinito el ultrajado,
- »La malicia en la ofensa es infinita.
- »Y así para soldarse, necesita
- »De una infinita víctima que quiera
- »Satisfacerla. Sí: es indispensable
- »Que un sér eterno emprenda esta admirable,
- »Difícil obra, y por el mortal muera;
- »Que por el vicio la virtud padezca;
- »Que el bueno, por el malo á Dios se ofrezca,
- »Y el justo, del injusto la injusticia
- »Pague, y de toda culpa la malicia.
- »Así, el hombre culpado
- »Quedará en paz, absuelto y rescatado.
- »Cuando en fin llegue el tiempo competente,
- »Por la verdad, la sombra reemplazada
- »Será, y la oscuridad de los sentidos,
- »Con abundantes rayos esparcidos

- »De la fe por la antorcha refulgente.
- »Se verá en un momento iluminada:
- »De la noble virtud el amor puro
- »Sucederá al impulso mal seguro
- »Del servil miedo, y la filial ternura
- »A la obediencia involuntaria y dura
- »Que á la esclavitud sola pertenece.
- »Tal será de los tiempos el futuro
- »Orden. Esos tributos que ahora ofrece
- »El hombre en expiación de sus defectos,
- »Cual su culto simbólico imperfectos,
- »Una preparación son solamente
- »Para otra ley más suave y excelente
- »Que anuncian, cual la aurora, el claro día.
- »Así, ese Jefe tan favorecido
- »De Dios, y de su pueblo tan querido,
- »Moisés, con toda su sabiduría
- »Y virtud, en la tierra Cananea
- »No lo introducirá como desea:
- »Esta satisfacción está guardada
- »A Josué, figura del divino (2)
- »Jesús, que en los errores de esta vida,
- »En los desiertos de esta desolada
- »Tierra, abrirá á los hombres el camino.
- »De la celeste patria, antes cerrado.
- »A orillas del Jordán, en la extendida
- »Feraz región que el Cielo le ha entregado,
- »El Hebreo, del campo delicioso
- »De mieses y de olivos coronado,
- »De su parra á la sombra, con reposo
- »Disfruta ya, y celebra las sagradas
- »Fiestas, al santo culto destinadas,
- »Hasta el día fatal en que ofendido
- »El Cielo nuevamente, le abandone
- »A las naciones que antes ha vencido;



- »Mas pronto, arrepintiéndose sincero,  
 »Logrará que el Eterno le perdone.  
 »Su piedad le dará jueces primero,  
 »Y después reyes. De éstos, el segundo,  
 »En toda clase de virtud fecundo,  
 »Religioso y guerrero,  
 »De la tierra temido, será amado  
 »Del Cielo. El Señor mismo lo ha jurado,  
 »Y le ha dicho:—«El imperio que ahora fundo  
 No acabará ni cuando acabe el mundo:  
 Será eterno.»—Describen la grandeza  
 »De aquel reino, y perpetua firmeza,  
 »Sin término ensalzando sus loores,  
 »Los sagrados cantores.  
 »Un hijo de David (y no te asombre  
 »Que Dios ya así, como mortal, le nombre),  
 »El mismo que el Señor ya te ha anunciado  
 »Que al universo todo ha de dar leyes,  
 »La esperanza del mundo, por los Reyes  
 »Acatado, y él mismo el más glorioso  
 »Monarca, como el último; que eterno,  
 »A ninguno otro dejará el gobierno  
 »Ni las insignias de su poderoso  
 »Reino, es el que, vertiendo su preciosa  
 »Sangre, inundará al hombre de consuelo,  
 »En unión amistosa  
 »Reconciliando con la tierra el Cielo.  
 »Antes que él reine, sucesivamente  
 »Habrá otros muchos reyes, de los cuales  
 »Uno, el más opulento y eminente  
 »En la sabiduría, á los mortales  
 »Monarcas dando ejemplo, á la sagrada  
 »Arca, en lugar de aquella dilatada  
 »Nube que en el desierto la escondía  
 »De la vista curiosa á la osadía,

- »Es el que la construirá primero un templo,
- »De una magnificencia sin ejemplo:
- »Sus sucesores, unos son virtuosos,
- »Otros, del país tiranos voluptuosos,
- »Profanan con orgullo temerario,
- »No sólo el trono, sino aun el santuario,
- »Hasta que ya cansada la paciencia
- »Del Señor, de los reyes las maldades
- »Castigue, y de su pueblo la insolencia:
- »Sus provincias entonces, sus ciudades,
- »Sus reyes, sacerdotes y riqueza
- »El juguete serán de la fiereza
- »De la misma nación cuyos abuelos
- »Quisieron elevar hasta los Cielos
- »La ridícula torre, y confundidos,
- »Fueron del mundo mismo escarnecidos.
- »Ellos el nombre, de la vergonzosa
- »Confusión derivado, á la orgullosa
- »Babilonia darán, de un formidable
- »Imperio corte, en donde esclavizado
- »Vivirá setenta años el culpable
- »Hebreo, de su patria desterrado,
- »Como sus sacerdotes y sus reyes,
- »Sin templo, y bajo de tiranas leyes.
- »Entonces, el Señor les dará oído,
- »Y de su situación compadecido,
- »La fiera Babilonia, de la cumbre
- »De su gloria sacrílega abatiendo,
- »Y otro imperio sobre ella estableciendo,
- »Los sacará de aquella servidumbre,
- »Renovando con ellos el sagrado
- »Pacto que había al Rey David jurado.
- »Ya vueltos á sus campos paternas,
- »Al Eterno con himnos de alegría
- »Gracias dando, su templo restablecen,

» Y sus aras, sirviéndole leales.

» En su humilde pobreza, con su pía

» Devoción sus virtudes permanecen;

» Pero, creciendo en número y riqueza,

» La ambición se despierta, y la torpeza

» Del vicio: la discordia se introduce,

» Y espantosos desórdenes produce:

» Los sacerdotes, que por los humanos

» Rogar debían y elevar sus manos

» Puras al Cielo, los ministros siendo

» De la paz, al contrario con horrendo

» Furor la guerra excitan: las sagradas

» Aras gimen, al verse ensangrentadas:

» El templo es profanado, es invadido

» El trono, y de David desconocido

» El real linaje. Así la Providencia

» Lo permitía, para que olvidada

» Del ungido de Dios la descendencia

» Que de David traía, destinada

» A aquel trono, nacer pobre pudiera,

» Y oscuro cual si un niño vulgar fuera;

» Mas una nueva estrella en el Oriente

» Su excelsa cuna anuncia refulgente:

» Del fin del mundo, á aquella luminosa

» Señal, corren los Magos á adorarle;

» Por Dios, por Rey, por hombre, á tributarle

» En incienso, oro y mirra la preciosa

» Señal de su rendido vasallaje:

» Unieron los pastores inocentes

» Con los de aquellos reyes su homenaje.

» Eclipsando á los astros relucientes,

» Les anuncian los Ángeles del Cielo

» Que Dios, vestido de la carne el velo,

» En un pesebre mísero ha nacido:

» Todos ellos, gozosos,

»El himno natalicio en las alturas  
 »Celestes entonando, presurosos  
 »Los pastores acuden al sabido  
 »Paraje, aquél Dios niño celebrando  
 »Que de una Virgen las entrañas puras,  
 »Sin dejar de ser Virgen, han parido,  
 »Y en el establo pobre está llorando,  
 »De quien Dios es el Padre,  
 »Y una hija tuya inmaculada madre:  
 »Crece aquel niño, vive, al fin muriendo,  
 »Y al trono paternal después subiendo,  
 »En él de inmortal gloria coronado,  
 »Reinará eternamente, y su reinado,  
 »De vuestras dichas manantial fecundo,  
 »Comprenderá á los Cielos como al mundo.»

Así el Angel benigno da consuelo  
 Á Adán, que ya rasgado el denso velo  
 Que la futura suerte le ocultaba  
 De su linaje, de admirar no acaba  
 De la piedad divina la grandeza,  
 Y así á exhalar su inmenso gozo empieza:

«¡Oh profeta de bienes indecibles!  
 »¡Qué no te debo! Me has hecho visibles  
 »Misterios que entender yo no podía  
 »Y en que la dicha está del mundo y mía.  
 »Salve, ¡oh Virgen sagrada y venturosa,  
 »Gloria de mi linaje, en quien reposa  
 »La esperanza del mundo! ¡Salve, oh santa  
 »Hija mía! ¡Á tu Dios tu puro seno  
 »Digno hospedaje da de gracias lleno!  
 »¡Contendrás al que el Cielo no ha podido  
 »Contener! ¡Por tí sola se levanta  
 »Al Cielo mi linaje antes perdido!  
 »¡Al Hijo del Eterno tú has formado,  
 »Bajo el cual Satanás caerá aterrado!

»Mas, ¿con qué herida, cuándo y de qué modo?

»Es natural que tú lo sepas todo.

—»Los combates que has visto, le responde

»Miguel, no han sido más que una figura.

»De otros combates de que ni aun una idea

»Puedes tener, y toda conjetura

»Que de éstos por aquéllos te aventuras

»Á hacer, es imposible que no sea

»Trocada; así, en formarla no te apures.

»Otra especie de lucha ese terrible

»Enemigo requiere, incomprendible

»Para tí, superior á la flaqueza

»Del hombre. Reconoce su fiereza

»En que en el mismo tiempo en que arrojado

»Del Cielo fué, y al golpe desmayado,

»Le sobró fuerza aún para abatirte

»Á sus plantas, vencido, y destruirte.

»El mismo á quien con tu desobediencia

»Ultrajaste, por más que esté ofendida

»Su Majestad, te curará la herida,

»Mas no aniquilará su omnipotencia

»Á Satanás, si sólo los perjuicios

»Que causó al hombre con sus artificios,

»Y aun para esto es precisa una preciosa

»Víctima: pues que tú, ¡oh mortal! ¿quién eres

»Para dar el rescate desmedido

»Por el Rey de los reyes exigido,

»Aun cuando con tu prole numerosa

»Mil veces, no una sola, perecieres?

»Sólo el hijo de Dios puede ese peso

»Soportar. Él la muerte que tu exceso

»Merece sufrirá, y únicamente

»Á ese precio podrá ser expiado

»Tu crimen, á tu prole trascendente.

»Por librarte, será Dios inmolado:

- »Se vestirá de la naturaleza  
 »De hombre para sufrir tu merecido:  
 »De pecados ajenos oprimido,  
 »Y cubierto de oprobios y bajeza,  
 »El juez del mundo se verá juzgado  
 »Por su pueblo homicida;  
 »Y cual facineroso sentenciado,  
 »En una infame cruz dará la vida.  
   »Tal será el inhumano, indigno trato  
 »Que hará á su Salvador el hombre ingrato.  
 »A su último suspiro, corresponde  
 »La tierra con temblor, el Cielo esconde  
 »Su luz, se aplaca la ira del Eterno,  
 »Se confunde el monarca del Infierno:  
 »Cada gota de sangre que derrama,  
 »Es río inmenso de celeste llama  
 »Que el mundo de sus culpas purifica  
 »Y en él gracias divinas multiplica.  
 »Mas ya de consumir el sacrificio  
 »Llega el momento: al bárbaro suplicio  
 »Cede, agoniza, muere; mas la muerte  
 »Aquel cautivo fuerte  
 »No podrá largo tiempo en sus helados  
 »Brazos tener: apenas llega la hora  
 »En que comienza ya á asomar la aurora  
 »Del tercer día, cuando quebrantados  
 »Del lóbrego sepulcro los cerrojos,  
 »De él sale vivo, vencedor, triunfante,  
 »Mil veces más brillante  
 »Que el astro de la luz. Vibran sus ojos  
 »Rayos de pura llama. Al breve sueño  
 »Como hombre se entregó; de él se despierta  
 »Como Dios, cual supremo único dueño  
 »Del universo. Ocupa el negro espanto,  
 »Al verle entrar por la forzada puerta,

»Á toda la infernal mansión del llanto,  
»Y le cede, temblando, los mortales  
»Justos que en sus cadenas retenía.  
»Tiembra la Muerte y suelta rechinando  
»La presa que ya estaba devorando.  
»Resuena el Cielo de himnos inmortales:  
»El mundo todo inunda la alegría.

»Mas, antes de volver al trono eterno,  
»Desea el vencedor, cual padre tierno,  
»Ver aún á sus discípulos queridos  
»Y enjugar de sus ojos afligidos  
»Las lágrimas, dejándoles su gloria  
»Para consuelo impresa en su memoria.  
»Como los compañeros voluntarios  
»De sus penas, y ya depositarios  
»De sus altos secretos, por su medio  
»Quiere al mundo dictar, para remedio  
»De sus males, sus leyes saludables.  
»Que la tierra corriendo infatigables,  
»Con sus santos ejemplos las prediquen,  
»Con su voz las enseñen y publiquen  
»Y con las sacras ondas del bautismo,  
»Arrostrando como él á la homicida  
»Muerte y á los furores del abismo,  
»Laven el hombre, á expensas de su vida.

»No es sola de Abrahán la descendencia  
»La que será á la salvación llamada,  
»Pues que toda tu raza dilatada  
»Gozará de la misma preeminencia.  
»Por todos muerto el Cristo, del fecundo  
»Manantial de su sangre, la sagrada  
»Fe beber se podrá por todo el mundo,  
»Y de su ley siguiendo los brillantes  
»Fulgores, el camino de la vida  
»Andarán las naciones más distantes

»Formando una familia reunida.  
 »A los Cielos al fin sube triunfando,  
 »Y al común enemigo, al tenebroso  
 »Satanás en los aires encontrando,  
 »Al momento le prende, le encadena,  
 »Trémulo, atado al carro victorioso  
 »Le arrastra. Sufre intolerable pena  
 »El orgulloso monstruo al verse expuesto  
 »A la vista del Cielo, en tan funesto  
 »Ignominioso estado.

»El triunfador, de gloria coronado,  
 »Con el cetro en la mano, al luminoso  
 »Trono del Padre Todopoderoso  
 »Sube, y en él, á su derecho lado,  
 »Da principio á su próspero reinado (3).  
 »Un día vendrá, en fin, en que un horrendo  
 »Incendio el frágil mundo consumiendo,  
 »De lo alto de los aires, revestido  
 »De su justicia y de su omnipotencia,  
 »Dará, á vista del Cielo estremecido,  
 »A los vivos y muertos la sentencia,  
 »A los justos premiando,  
 »Y á los malos severo condenando.»

Pasmado Adán, y aun tiempo enternecido  
 Al oír tales prodigios, concluído  
 El discurso, á Miguel así se exprime:

«¡Oh exceso de piedad el más sublime,  
 »Que hace nacer el bien del mismo centro  
 »Del crimen! ¡Cuánta más grandeza encuentro  
 »En esa obra de amor incomprensible,  
 »Á un infinito Dios sólo posible,  
 »Que en la que hizo sacando de la oscura  
 »Noche, de una palabra, la luz pura!  
 »¿Debo llorar yo acaso mi delito  
 »Por el que mi linaje fué proscrito,



- »O aplaudirme de un mal que ha producido  
 »Tanto bien, que con Dios ha reunido  
 »Por tan estrechos lazos los humanos,  
 »Y ha hecho llover los dones soberanos  
 »Con tal exceso sobre su flaqueza,  
 »Que ha deificado su naturaleza;  
 »Por el cual ha vencido  
 »La piedad del Señor á su justicia,  
 »Y su bondad divina á la malicia  
 »Del hombre en tantos grados ha excedido?  
 »Mas, si siempre han de ser menos los justos  
 »Escogidos respecto á los injustos,  
 »Cuando ese Salvador, en su eminente  
 »Trono, de nuestra tierra esté ya ausente,  
 »¿Quién los protegerá contra la impía  
 »Inmensa turba, llena de osadía,  
 »De los malvados? La doctrina pura  
 »De su maestro, llena de dulzura,  
 »Que al mal no opone más que la paciencia,  
 »¿No los entregará sin resistencia  
 »Como mansos corderos,  
 »Á la crueldad de aquellos hombres fieros?  
 —»Destierra, dice el Angel, tu infundado  
 »Temor: es cierto que estarán expuestos  
 »Los buenos al furor y á los funestos  
 »Lazos de un mundo siempre conjurado  
 »Contra ellos; mas el Dios que los ampara.  
 »Les dará los auxilios prometidos:  
 »Cuidará cual pastor de su grey cara:  
 »Su espíritu divino, á sus queridos  
 »Hijos enviará que les consuele,  
 »Y que en guardarlos poderoso vele,  
 »En sus pechos grabando  
 »Su ley santa, y sus almas inflamando  
 »Del fuego de su amor, de una admirable

- » Y santa fortaleza,
- » Al mundo y al Infierno formidable:
- » Animado por él el hombre justo,
- » Los peligros verá venir sin susto,
- » Sufrirá los dolores sin flaqueza,
- » Y sin horror la muerte. Ya estoy viendo
- » Aquella multitud de generosos
- » Mártires, que en amor divino ardiendo,
- » Del mundo arrostrarán los más odiosos
- » Baldones, el furor de los tiranos,
- » De su valor sublime sorprendidos;
- » Y todos sus tormentos inhumanos (4),
- » Á su constancia cederán vencidos:
- » Una santa esperanza los alienta,
- » Y así, por más que el cuerpo débil sienta
- » Las torturas, sus almas, superiores
- » Á la fuerza, desprecian los dolores:
- » Los verdugos, cansados,
- » En silencio las víctimas admiran
- » Que entre sus manos lentamente espiran,
- » Y Dios benigno aplaude á sus soldados.
- » El fuego que encendió en el escogido
- » Gremio de sus Apóstoles amados,
- » Será por todo el orbe difundido:
- » Pasará de sus santos corazones,
- » Á las remotas bárbaras naciones:
- » Sujetarán á Dios con el bautismo,
- » Á los que antes su nombre blasfemaban,
- » Á los que los tiranos del abismo
- » Infernal á su arbitrio dominaban.
- » Mas ¿qué mucho, si el soplo del Dios vivo,
- » El Espíritu-Santo, descendiendo
- » En inflamadas lenguas, con su activo
- » Fuego sus corazones encendiendo,
- » Sobre el firme valor que les influye,

- »Y el don de hacer prodigios, de repente
- »De todos los idiomas les instruye?
- »Corren el orbe de una en otra gente,
- »Los milagros de Cristo predicando,
- »Su verdad con los que hacen confirmando.
- »Los pueblos convencidos
- »Abandonan gozosos las Deidades
- »Falsas, que un largo número de edades
- »Adoraron, y prestan sus rendidos
- »Cultos á Jesucristo: no contentos
- »Aquellos Apostólicos varones
- »Con esto, duraderos monumentos
- »De su predicación á las naciones
- »Dejan en sus escritos. De esta suerte,
- »La religión florece hasta su muerte.
- »Entretanto que viven, los errores
- »Intimidados callan; pero apenas
- »Fallecen, cuando brotan mil ajenas
- »Y perversas doctrinas, mil horrores,
- »Hijos de la viciada fantasía
- »Del hombre, ó de la impía
- »Sugestión del Infierno: se oscurece
- »La fe en algunas tierras, y padece
- »Sus tormentas, mas poco duraderas.
- »Las calma el mismo que las ondas fieras
- »Del mar sujeta; pero cada día,
- »Del mundo y sus ministros la porfia
- »Debilita la fe, aunque no la apague;
- »Hace que se propague
- »El vicio; degeneran los humanos;
- »Oprime á la inocencia la injusticia:
- »Á la virtud corrompe la malicia,
- »Y aun los más que se alaban de cristianos
- »Sólo el nombre conservan, y su vida
- »Indica lo contrario, pervertida.

- »En fin, el día llega temeroso
- »En que el Hijo del Todopoderoso,
- »En las alas del viento,
- »De los buenos á hacer discernimiento
- »Y de los malos, irritado vuelve:
- »Arde el Cielo, y la tierra se disuelve
- »En cenizas: en estas, al instante
- »Que al malo ha sentenciado
- »Y á los buenos su premio ha destinado,
- »Apaga para siempre el fulminante
- »Rayo, y asienta sobre la firmeza
- »De la eternidad misma, la dulzura
- »De la felicidad y paz futura,
- »Imperturbable como su grandeza.
- »¡Oh! le replica Adán, celeste guía,
- »¡Qué no te debo yo! ¡Con qué presteza
- »Has mostrado á la torpe vista mía,
- »Has abierto del tiempo venidero
- »El curioso volumen todo entero!
- »De los siglos el rápido torrente
- »Delante de mis ojos ha corrido,
- »Hasta el punto feliz en que, concluído
- »Su señalado curso, se presente
- »La eternidad inmensa, las ruínas
- »Del tiempo hollando. Allí veo espantado
- »Un abismo, un espacio ilimitado
- »Que mi ánimo confunde; mas no obstante,
- »Gracias á tus divinas
- »Instrucciones, en esa incomprendible
- »Oscuridad, así de los humanos
- »Como de Dios, sé de hoy en adelante
- »Cuanto á un mortal ingenio es asequible,
- »Y sé que mi razón haría vanos
- »Esfuerzos, si enterarse pretendiera
- »De lo que no se incluye en esa esfera.

- »Basta: desde hoy, ¡oh Dios omnipotente!
- »Mi oficio será amarte,
- »Mi única ocupación la de adorarte
- »Y de observar tu ley exactamente:
- »¡Sé mi padre, mi guía y mi consuelo!
- »Tú con tierno desvelo
- »Nos miras; nuestras súplicas previenes:
- »Á tus divinos ojos son iguales
- »Todos tus hijos: haces que los bienes
- »Al cabo siempre triunfen de los males:
- »Cuando quieres, en fuerza la flaqueza
- »Transformas, y conviertes en grandeza
- »La pequeñez, en ciencia la ignorancia,
- »Y en sólida firmeza la inconstancia.
- Tu ejemplo me ha enseñado
- »Que en este mundo todo hombre es soldado;
- »Que sean cuales fueren del dudoso
- »Combate el fin y el premio que le espera,
- »Su obligación primera
- »Es la de pelear siempre valeroso
- »En los asaltos de esta desgraciada
- »Vida, de tempestades agitada.
- »Haz, pues, que en tu ley santa y viva muera.»

Así, por conclusión, Miguel responde:

- «Temer á Dios, amarle y admirarle,
- »Es todo lo que á tí te corresponde
- »Y en lo que pende tu sabiduría.
- »Aun cuando el Cielo examinar pudieras,
- »Y á fuerza de estudiarle,
- »Siendo tu ingenio igual á tu porfía,
- »Estrella por estrella conocieras;
- »Aunque el vasto y profundo mar midieses,
- »Y cuanto en su escondido seno cría,
- »O subiendo á la altura
- »Del aire, sus espacios recorrieses,

- »Explicases sus raros meteoros,
- »Ó fuesen tuyos todos los tesoros
- »Y cetros de los reyes, ¿por ventura
- »Fueras en realidad más poderoso,
- »Más sabio ó más dichoso?
- »De tu felicidad la rica herencia
- »No adquirirás con una vana ciencia:
- »En tu conducta sola se afianza,
- »Y no consiste sino en las virtudes:
- »Ten una fe la más constante y viva,
- »Una firme esperanza,
- »Acompañadas de la llama activa
- »Del santo amor, que aun las solicitudes
- »Terrenas purifique, adorne, anime,
- »Y á Dios, tu sola bienaventuranza,
- »Al punto el vuelo elevarás sublime
- »Con el deseo, en tanto que realmente
- »Para siempre segura
- »La goces más allá del firmamento.
- »Mas llega la hora de que de esta altura
- »Bajemos: en los aires ya impaciente
- »Está el celeste campo en movimiento,
- »Y la espada que al frente fuego lanza,
- »De que nos retiremos sin tardanza
- »Hace señal. Despierta ahora á tu esposa:
- »Alegres sueños, mientras ha dormido
- »La paz han vuelto á su ánimo afligido,
- »Y con resignación su dolorosa
- »Pena sabrá sufrir: dala tú parte
- »De cuanto se ha dignado revelarte
- »El Cielo: graba la feliz historia
- »Del destino del hombre en su memoria:
- »Dila que de una Virgen el fecundo
- »Seno, el divino Redentor del mundo
- »Dará á luz. Hasta el término apartado

- »De vuestra mortal vida,
- »Fidelidad guardaos mutuamente;
- »Pues una misma suerte os ha juntado,
- »Vivid, llorad la culpa cometida,
- »Consolaos y amaos tiernamente.
- »La dicha encontrareis al fin del duro
- »Destierro: tolerad, pues, lo presente,
- »Y fijad la esperanza en lo futuro.»

Dice, y del monte bajan al instante:

A despertar su esposa presuroso

Adán corre delante;

Pero ya de sus ojos el reposo

Lejos huído había,

Y al ver la alegre prisa que traía,

Que la confirme un sueño suyo espera,

Y se adelanta á hablar de esta manera:

- «¡Amado esposo! Nuestro eterno dueño,
- »A veces nos instruye aun en el sueño:
- »Desde que de mis ojos afligidos
- »Se apoderó y de todos mis sentidos,
- »En él se me ha mostrado nuestra suerte:
- »Ven, pues, que pronta estoy á obedecerte,
- »Y á seguirte fielmente á todas partes.
- »Contigo, ni la fuerza, ni las artes
- »De Satanás recelo.
- »¡Conque ya es nuestro el mundo y aun el Cielo,
- »Conseguido el perdon de mi pecado!
- »¡Triste de mí! por sola mi flaqueza
- »Te perdiste; por ella, al doloroso
- »Destierro te ves ahora condenado
- »Del Edén venturoso,
- »De una vida infeliz á la dureza.
- »Con todo, en medio de los males crueles
- »Que mi corazón tanto desconsuelan,
- »De un Dios piadoso las promesas fieles,

»¡Con qué dulce esperanza le consuelan!  
»El Salvador del mundo, ¡oh qué alegría!  
»De nuestra raza nacerá algún día.»

No la responde Adán, porque ha perdido  
La voz del nuevo gozo enternecido:  
Mas ya habiendo bajado la colina,  
Los alcanza Miguel, y la divina  
Guardia en el aire líquido estribando,  
Sus puestos repartida va ocupando.  
Cual sobre una laguna algún ligero  
Vapor, entre las sombras rutilante,  
Dejando un solo rastro pasajero,  
Sigue de noche al rústico viandante  
Que hacia su techo vuelve apresurado,  
De la labor del campo fatigado;  
Tal cada Angel de lejos aparece,  
Y cortando los aires, resplandece:  
Entre ellos brilla la terrible espada,  
Que en las celestes aguas fué templada,  
Como el astro fatal cuya extendida  
Cola surca los Cielos encendida,:  
De su rastro temido, reluciente,  
El mal influjo todo el orbe siente:  
La atmósfera inflamada  
Se llena de mortíferos vapores,  
Cuyo fuego no igualan los ardores  
Del ecuador, en la Africa abrasada:  
A Adán, de la triste Eva en compañía,  
De la mano Miguel al muro guía  
Del Oriente: á su puerta alta los deja:  
El vuelo toma, rápido se aleja,  
Y se pierde de vista por el viento.  
Quedados solos ya los dos esposos,  
A mirar tristemente á los hermosos  
Verjeles vuelven, que hasta aquel momento



Disfrutaron, y dan la última ojeada,  
De dolor llenos, á su patria amada.

Mas, mientras se detienen dulcemente,  
Reparan á la parte del Oriente,  
Brillar por todas partes, no distantes,  
Espadas, lanzas, armas fulminantes,  
Que el aire cual metéoros encienden;  
Que es ya hora de salir tristes comprenden,  
De su querido Edén, y sollozando,  
Su suelo delicioso abandonando,  
Ya fuera de las puertas, la dulzura  
De la esperanza viene á su amargura  
A dar consuelo. Ya tienen delante,  
A su elección patente el orbe entero:  
Animosos, con paso más ligero  
Se adelantan, por Dios mismo guiados:  
Su bondad suma alienta, y su constante  
Protección á los dos desventurados  
Guarda de riesgos y les da consuelo:  
Vueltos con todo al venturoso suelo,  
De él se despiden aun, con dolorosos  
Gemidos; pero al cabo, encaminados  
Por la extensión inmensa, y apoyados  
Uno al otro, se alejan silenciosos.

---

---

---

## NOTAS DEL TRADUCTOR.

---

### LIBRO SEXTO.

(1) Pág. 17, v. 17.—Es de suponer que no habrá lector que no se haga cargo de que estas batallas materiales entre los Angeles son otras tantas ficciones, en que se pintan con colores humanos las divisiones puramente espirituales acaecidas en el Cielo, y por consiguiente, que todos conocerán que cuanto se dice de armas, de insignias, de heridas, de sangre, de la invención de la artillería, es una mera fábula.

(2) Pág. 46, v. 22. — Todas estas expresiones y otras semejantes que se encuentran en el poema, en que parece que cuando el Padre Eterno da su poder y sus facultades á su Divino Hijo le da cosa que no tenía, deben entenderse en el mismo sentido que otras equivalentes de la Escritura, esto es, de que se las ha comunicado y se las comunica desde toda la eternidad en su divina generación, siendo su Hijo coeterno y consustancial á él, en la esencia y en la divinidad, como en todos los atributos inseparables de ella, á saber, el poder, la sabiduría, etc., igualmente que el Espíritu Santo; no siendo más que un solo Dios, trino en personas. Esto no impide que en consecuencia de las relaciones divinas se atribuya especialmente, en nuestro modo de hablar, el poder al Pa-

dre, la sabiduría al Hijo, y el amor al Espíritu Santo; pero sin que por esto dejen de ser comunes, y con la misma perfección infinita, estos y los demás atributos á las tres personas divinas: lo que deberá tener entendido el lector, para no equivocar en estos puntos el sentido de las expresiones de Milton, que es en ellas conforme al de la Iglesia, según lo da á entender en otros pasajes de estos mismos discursos, en que dice que el Hijo es Dios, Omnipotente, Eterno, como su Padre, y su imagen totalmente perfecta.

(3) Pág. 47, v. 34.—La descripción de este magnífico carro del Señor es sacada casi al pie de la letra de la que hace Ezequiel de aquel en que se le apareció á orillas del río Chobar, en la Caldea. «Vé venir, dice, un fiero torbellino de viento de la parte del Aquilón, y una gruesa nube llena de fuego y rodeada de resplandores: en medio de ella, esto es, en medio del fuego, había una especie de metal muy brillante. En medio de aquel mismo fuego se veía también la semejanza de cuatro animales, en los cuales se distinguía la semejanza del hombre. Cada uno de ellos tenía cuatro caras y cuatro alas. Sus pies eran rectos, y la planta de sus pies era como la de el pie de un ternero: despedían chispas como las que salen del bronce más encendido. Debajo de sus alas, tenían á los cuatro lados manos de hombre... las alas del uno tocaban á las del otro: no se volvían cuando andaban, sino cada uno iba recto delante de sí... iban adonde los llevaba el ímpetu del espíritu... y al verlos, parecían como ascuas ardientes y como lámparas encendidas. Se veían correr en medio de los animales relámpagos que salían del fuego... Las ruedas tenían también una extensión, una altura y una figura que horrorizaba el verla, y todo el cuerpo de las cuatro ruedas estaba rodeado de ojos... las ruedas se levantaban también cuando se levantaba el espíritu, y le seguían á todas partes, porque el espíritu de vida estaba en las ruedas. Sobre las cabezas de los

»animales se veía un firmamento, que parecía como  
 »cristal resplandeciente y terrible á la vista, extendi-  
 »do encima de ellas... El ruido que hacían los anima-  
 »les con sus alas, era como el de la más inmensa can-  
 »tidad de aguas, y como la voz que Dios hace oír des-  
 »de lo alto del Cielo. Cuando andaban se parecía al de  
 »una gran muchedumbre, y al estruendo de todo un  
 »ejército... Sobre aquel firmamento se veía como un  
 »trono, que se asemejaba al zafiro, y se percibía como  
 »un hombre sentado sobre aquel trono. Se veía como  
 »un cristal muy brillante, y semejante al fuego, tanto  
 »por dentro como alrededor de él, y desde su cintura  
 »arriba, como desde ella abajo, ví una especie de fúe-  
 »go que arrojaba su luz por todas partes alrededor, á  
 »manera del arco que se presenta en las nubes un día  
 »lluvioso. A esto se parecía la luz que brillaba por  
 »todo alrededor.» (Ezech., cap 1, vs. 4 y siguientes.)

En cuanto al número de alas de aquellos animales misteriosos, ó Querubines, como los nombra Milton, éste en lugar de cuatro les ha dado seis, tomándolas de la descripción que hace Isafas de los Serafines que rodeaban el trono del Señor, los cuales *con dos de ellas cubrían sus rostros; con otras dos sus pies, y volaban con las dos restantes.* (Is., cap. vi, v. 2.)

## LIBRO SÉPTIMO.

(1) Pág. 72, v. 9. — Todas las bellezas que el poema de Milton presenta en esta descripción de la creación son sacadas de los varios libros de la Escritura que hablan de ella, en que se nos expone tal número de ideas sublimes que, á pesar de las que él ha reunido en el discurso del Arcángel San Rafael, está tan lejos de agotarlas, como de igualar en sublimidad á sus originales, cuando no los copia exactamente. La invención del compás, de que usa el Criador para señalar los términos del orbe que va á criar, tiene su

fundamento en otras expresiones figuradas de la misma especie, que se ven en varios parajes de la Escritura; por ejemplo, en el libro de Job, en que Dios dice á éste: «¿En dónde estabas cuando yo colocaba los fundamentos de la tierra? ¿Quién tomó para esto las medidas, ó quién extendió sobre ella el nivel? ¿Sobre qué fueron consolidadas sus bases, ó quién puso en su puesto su piedra angular, cuando me alababan juntos los astros de la mañana y me aplaudían alegres todos los hijos de Dios?» (Cap. xxxviii, vs. 4 y siguientes.) También en el libro de la Sabiduría se nos dice que «Dios lo ha dispuesto todo en medida, número y peso.» (Cap. ii, v. 21.)

#### LIBRO OCTAVO.

(1) Pág. 102, v. 30.—La descripción de los sistemas celestes que pone aquí Milton en boca del Arcángel, al mismo tiempo que previene á Adán de lo poco que importa al hombre investigar los movimientos de los astros y planetas, ha sido censurada como un prurito del autor de manifestar su erudición; desdice, con efecto, de la grandeza de aquel comisionado del Señor el entrar en semejante discusión, debiéndose haber ceñido á lo que dice de verdaderamente útil acerca del destino de aquellos cuerpos celestes, con respecto á las necesidades del hombre; esto es, de sus benéficos influjos sobre la tierra, de la oportunidad de las estaciones que la proporcionan y de las reglas que la presentan, para medir con seguridad los tiempos.

(2) Pág. 113, v. 18.—La descripción de los primeros momentos de la vida de Adán es magnífica, y muy poética la investigación que hace, consultando á las criaturas, acerca de su autor, aunque no conforme á verdad, pues naciendo Adán con los dones todos de la gracia, no pudo dudar un momento de la existencia, naturaleza y grandeza de su Criador; ni á la verosimi-

litud, pues habiéndole Dios infundido en el mismo momento que abrió los ojos á la luz el conocimiento total de la lengua primitiva, no es creíble que dejase de infundirle un conocimiento tan urgente, tan indispensable, como el que necesitaba para ofrecer á su Dios el primer acto de su vida, las primicias de su existencia; no siendo compatible con la perfección con que su Dios le había criado la ignorancia de un punto tan capital: diciendo además la Escritura que al ir á criarlo, dijo Dios: «Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza;» en el sistema de Milton no se hubiera verificado esta expresión, pues mal podía ser la imagen y semejanza de Dios, en los primeros instantes de su vida, una criatura que en ellos, ni le conociese ni le amase.

## LIBRO NOVENO.

(1) Pág. 150, v. 21.—Lo que dice Milton acerca de la separación de Eva de Adán, antes de ser tentada, es enteramente conforme al texto sagrado, que supone á Eva sola en la conversación con el tentador, y cuanto añade sobre la causa de la separación es muy posible y verosímil. Parece, con efecto, una causa naturalísima de su separación la del deseo de disfrutar con ella una nueva especie de libertad; deseo nacido de un principio de soberbia y de confianza en sus fuerzas, que no puede dudarse precedió en lo íntimo de su corazón á su culpa material, y fué el primer origen de ella, pues así nos lo indica el Espíritu Santo, en el libro del *Eclesiástico*, diciendo: «*Initium omnis peccati est superbia.*» (Cap. x, v. 15.) Dios abandonó justísimamente á las artes del seductor una criatura ingrata, que olvidando que lo debía todo á su Creador, no contaba con él para resistirle, confiaba en solas sus fuerzas, y se amaba más á sí misma que á su Hacedor. El pretexto que en el poema se da á Eva

para querer trabajar separada de Adán está inventado con tanta más probabilidad, cuanto viste aquella pretensión de una apariencia de desinterés y juicio propia para persuadir á Adán, y aun para engañar sobre la verdadera intención á la misma que la hacía; no habiendo tentaciones más peligrosas para el hombre, que aquellas en que el mal se presenta adornado con los colores del bien.

Con todo, el carácter de Adán, superior en solidez y firmeza al de Eva, no le permitió equivocarse tan fácilmente su objeto, ni desconocer los peligros á que ella se exponía. Bien advirtió Satanás esta ventaja de Adán para guardarse de tentarle directamente, como á Eva; pero no ignorando tampoco el principio de corrupción que abrigaba ya su corazón por el exceso de amor que la tenía, que pasando de los límites debidos degeneraba en una flaqueza contraria á la gratitud y al amor para con su Criador, contó con que, seducida Eva, no resistiría á sus instancias para acompañarla en su desobediencia. Tal fué el artificioso método que adoptó para perderlos á ambos, según se colige de la narración misma de la Escritura y también del texto de San Pablo, que expresa que, Adán en su culpa no fué engañado, esto es, que conociendo el mal, lo cometió por flaqueza y condescendencia, y que Eva, al contrario, fué engañada, aunque no excusable por esto, pues estaba en su mano el no serlo: *Adam non est seductus; mulier autem seducta in pręvaricatione fuit.* (Ad Timoth. 1.<sup>a</sup>, cap. II, versículo 14.)

La astucia verdaderamente infernal de Satanás que se observa en el orden de aquella tentación, está pintada en el poema con la mayor propiedad y con un colorido verdaderamente poético.

(2) Pág. 166, v. 22.—La relación que hace la Escritura de la tentación de Eva es la más lacónica y la más sencilla en la apariencia; pero en realidad la más profunda y más propia para dar á conocer los flacos

del corazón humano. Sus palabras son las siguientes: «La serpiente era el más astuto de los animales de la tierra que había hecho Dios, y dijo á la mujer: ¿Por qué os ha mandado Dios que no comáis fruta alguna del Paraíso?» Á lo que Eva respondió: «Comemos libremente de todas las frutas de los árboles del Paraíso. Sólo la fruta del árbol que está en medio de él es la que el Señor nos ha mandado que no comamos ni toquemos, no sea que moramos.» Dijo entonces la Serpiente á la mujer: «De ningún modo moriréis. No hay en esto otra cosa sino que Dios sabe que en el día que la comiereis, se abrirán vuestros ojos y seréis como Dioses, sabiendo lo que es el bien y lo que es el mal.» Vió entonces la mujer que aquella fruta sería excelente para comerla, pues que era hermosa y deleitable á la vista, y tomó de ella, la comió y la dió á su marido, que también la comió: se abrieron los ojos de ambos, y habiendo conocido que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se hicieron cinturas para cubrirse.» (*Génesis*, cap. III, versículos 1 y siguientes.)

En esta narración salta desde luego á los ojos que la astucia que se atribuye á la serpiente, para un efecto como el que se sigue de ella, la facultad de hablar, la de discurrir con tanta destreza y malicia, y la de calumniar y blasfemar de Dios con tal artificio y descaró, no pueden adaptarse á un mero animal irracional, cual lo es una culebra ó serpiente, y que, por consiguiente, bajo la apariencia de una serpiente material se ocultaba y hablaba aquel espíritu perverso á quien el Señor amenazó por Isaías, diciendo: «que vendrá algún día con su espada grande, su espada penetrante é invencible, para castigar á Leviatham, á aquella serpiente inmensa y tortuosa.» (*Génesis*, capítulo xxvii, v. 1.)

Con efecto, no ha habido, ni hay, ni habrá, entre cuantos han leído el *Génesis*, desde que Moisés lo dió á luz, un lector, á no ser un insensato, que haya po-



dido pretender sinceramente atribuir aquel discurso á un animal bruto, y que no haya reconocido en él el espíritu maligno, oculto bajo su figura.

Ha habido, con todo, algunos impíos que han adoptado este modo de discurrir, aunque desmentido por la voz de todos los demás hombres y por la sabiduría, talentos y solidez de juicio que ni ellos mismos pueden negar á Moisés, pero sin otro objeto que el de hacer escarnio del texto sagrado, fatuidad con que no han conseguido más que acabar de hacerse ridículos á los ojos de todo hombre de juicio.

Estos mismos han opuesto otra dificultad no menos ridícula á la verdad de la narración, á saber: que era imposible, aun suponiendo que el diablo hubiese hablado por la serpiente, que Eva no se hubiese asustado, y en lugar de darla oídos no hubiese corrido á refugiarse cerca de Adán.

Da ciertamente compasión el ver que hay hombres tan mentecatos que, aun maliciosamente, echen mano de tales sandeces. ¿Acaso Eva, en el estado de inocencia, de ilustración y de integridad de facultades, estaba sujeta á los temores extravagantes y pueriles á que están sujetos sus degradados descendientes, y que aun ellos saben desterrar cuando llegan á adquirir algunos conocimientos y algún juicio? Eva no temía entonces más que á Dios, y aun á éste con un temor filial y acompañado de la mayor confianza. Sabía muy bien que fuera de él ningún sér había que tuviese poder para hacerla el menor daño. Por otra parte, acostumbrada á las apariciones de Dios y de sus Angeles por medio de figuras visibles, no podía causarla la menor novedad, ni desconfianza, el que alguno de ellos la hablase por el órgano de una culebra. Pero dejemos tan frívolas dificultades y examinemos la profundidad de la narración de la Escritura.

La serpiente infernal se vale de los mismos medios para tentar á Eva que pone en práctica con sus descendientes: comienza por exagerar, mintiendo la du-

reza y la dificultad del precepto divino, suponiendo que se extiende á todas las frutas del Paraíso, y por excitar una curiosidad rebelde de saber la causa que ha tenido para imponerlo, como si el hombre tuviese derecho de averiguarla para obedecerle. Aquel *por qué*, es el mismo que nos repite todos los días, tentando, ya nuestra fe, ya nuestra obediencia á sus mandamientos. *¿Por qué* nos propone Dios misterios incomprendibles? *¿Por qué* no nos ha dado aún pruebas más claras de la revelación? *¿Por qué* ha dejado en la ignorancia de ella á tantas naciones? *¿Por qué* no nos hace á todos santos y justos?

Tales son estos y otros muchos *por qué*s que nos propone para hacernos titubear en la fe, conociendo cuánto lisonjea su examen á nuestra soberbia, que quisiera juzgar á Dios mismo en el tribunal de su razón.

Si es para que quebrantemos los mandamientos, *¿por qué*, dice, os ha prohibido unos placeres, unos deleites, á que la naturaleza misma que os ha dado os inclina? *¿Por qué* habéis de creer que castigue con penas eternas los efectos de unas pasiones irresistibles y comunes á todos los hombres? *¿Por qué* os persuadís que un Señor tan grande ha de tomar tal interés en las acciones de una criatura tan despreciable como el hombre?

No ignora cuánto apoyo hallan estas dudas en el corazón del hombre, corrompido por la culpa original, y logra precipitarle con ellas en la desobediencia, si nosotros, al primer asomo de tales proposiciones, nos ponemos á conversar y á disputar con él, como hizo Eva, y no tomamos el partido de cortar de pronto el hilo de sus proyectos, siguiendo el ejemplo de nuestro divino Maestro, respondiéndole con firmeza: «Retírate, Satanás:» nos basta saber, con pruebas irrecusables, como lo sabemos, que Dios ha revelado los misterios del Cristianismo para creerlos, por incomprendibles que sean á nuestra débil razón. Si no lo

fueran, si estuvieran al alcance de ésta, que no comprende lo que es ella misma, lo que es un grano de arena, dejarían de ser divinos. Tampoco necesitamos más que saber por su revelación los preceptos que nos ha impuesto para respetarlos y obedecerlos, sin investigar los motivos que ha tenido para su establecimiento, aunque ha tenido la bondad de presentarlos con tanta claridad á nuestra razón, que, á no ser por una voluntaria ceguedad, ningún hombre que haga uso de ella puede desconocerlos.

Si Eva hubiera hecho esto, se hubiera preservado de la tentación; pero movida de una inclinación oculta á desobedecer á Dios, y deseosa, sin pensárselo quizás ella misma, de que el tentador la presentase algunas razones con que alucinarse á sí propia, justificando de algún modo á sus ojos dicha desobediencia y calmado con esto sus remordimientos, se pone en discusión con él, bajo el pretexto aparente de defender la conducta de Dios, manifestándole que no había prohibido más que la fruta de un solo árbol, y en esta misma respuesta da una nueva prueba de sus disposiciones interiores á la duda y á la rebelión, mudando los términos con que el Señor había amenazado castigar la infracción de su precepto, pues que habían sido éstos: *En cualquier día que comiereis de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, moriréis: In quocumque die comederis ex eo, morte morieris*, y Eva los trueca de este modo: «Nos ha mandado Dios que no comamos de la fruta de aquel árbol, ni aun la toquemos, no sea que moramos.» Expresión con que hace dudosa la amenaza de la muerte, y añade al precepto, para aparentarlo más riguroso, la circunstancia de no tocar siquiera el árbol, de lo que el Señor no había hecho mención.

Bien conocía Satanás estas disposiciones interiores de Eva, arrojándose, sin otro preámbulo, á dar por seguro lo que ella se contentaba con poner en duda, diciéndola: «De ningún modo moriréis:» *nequaquam*

*morte moriemini*. No contento con esto, echa el resto de su audacia, atribuyendo aquella prohibición á envidia de Dios y lisonjeando la soberbia de Eva con la seguridad de que serían Dioses y gozarían de toda la sabiduría y dotes correspondientes á aquel título. «Dios os ha hecho, les dice, esta prohibición, *porque sabe que en el día que comáis de la fruta de aquel árbol, se abrirán vuestros ojos, y seréis como Dioses, sabiendo el bien y el mal.*»

Estos fueron los grados por donde Eva llegó á oír tales blasfemias, no sólo sin horrorizarse, sino dándolas un completo asenso: poco le quedaba que hacer ya al tentador para conseguir una total victoria. La concupiscencia de los sentidos, nacida ya en Eva, excitada por sus sugerencias y por la hermosura, fragancia y apariencia deleitosa de la fruta, acabó de ponérsela en las manos. La embriaguez del deleite y la enajenación de la razón fueron los primeros efectos que hizo en Eva la ponzoñosa fruta. Siguióse el deseo de evitar las reconvenciones de Adán y disminuir á sus propios ojos la gravedad de la culpa haciéndole cómplice de ella. El corazón de Adán, corrompido ya por el mismo principio de soberbia y sucesivamente por el amor excesivo á su mujer, no resistió á sus instancias seductoras, á pesar de que la superioridad de sus luces no le permitía, como á ella, engañarse sobre las funestas consecuencias de la culpa, y de que el tentador no se atrevió á acometerle directamente; prueba harto clara de que entre los enemigos que tiene la salvación del hombre no hay otro más terrible que su propia flaqueza.

Los demás efectos que se siguieron á la pérdida de la inocencia en nuestros primeros padres, fueron los mismos que experimentamos nosotros cuando, á su ejemplo, incurrimos en algún crimen, esto es, la vergüenza, la desesperación y la corrupción del corazón, aunque muy superiores en aquéllos, como que cayeron en aquel abismo de un estado de mucha mayor al-

tura, á saber, de la perfección de la inocencia, y nosotros de un estado de notable degradación.

Manifestaron Adán y Eva aquellos tres efectos de la culpa, ya avergonzándose de su desnudez en la presencia de Dios, y huyendo de ella, más por un efecto de orgullo, que de arrepentimiento; ya no pidiendo misericordia al Señor, antes sí buscando achaques á su delito, imputándolo unos á otros, probando con esto su dureza y su desesperación; ya, por último, dando á entender, como lo hizo Adán, la total corrupción de su corazón con la audacia de echar de algún modo la culpa de su desobediencia al mismo Dios, porque le había dado la mujer por compañera. «La mujer, le dice, que me diste por compañera, me presentó la fruta, y la comí: *mulier, quam dedisti mihi sociam*, etc.»

Tales fueron las circunstancias y funestos efectos del primer pecado, del que la misericordia de Dios, según nos lo da á entender en el libro de la Sabiduría, sacó á aquellos dos delincuentes, dándoles un verdadero arrepentimiento. (*Sap.* cap. x, v. 2.)

#### LIBRO DÉCIMO.

(1) Pág. 213, v. 23.—Aunque él *Génesis* hace mención de varias apariciones de Dios á los primeros hombres, no nos expresa la figura bajo la cual se hacía visible. Milton ha supuesto, con alguna razón, que sería la humana, así porque había de ser adoptada realmente por el mismo Dios en la Encarnación venidera, como porque entre todas las figuras corporales de este mundo es la más noble y privilegiada; y también porque otras apariciones del Señor en los siglos posteriores han sido en dicha figura, como consta, entre otros, en los libros de *Ezequiel* y del *Apocalipsis*.

(2) Pág. 235, v. 4.—La transformación de los demonios en serpientes, como la de su cabeza, Satanás,

en una serpiente, ó dragón superior á las demás, es una invención totalmente conforme al modo de hablar figurado de la Escritura en muchos parajes, principalmente cuando habla de Satanás, á quien pinta con los mismos colores, como puede verse en especial en el *Apocalipsis*.

(3) Pág. 241, v. 20.—Aunque nada dice la Escritura acerca de que el orbe terrestre haya variado de posición respecto de las demás esferas, sea en la época de la expulsión de Adán del Paraíso, sea en la del diluvio, es muy probable que haya realmente acaecido, cuando no en la primera, á lo menos en la segunda. Las extraordinarias variaciones que después de esta en especial, se advierten en los fenómenos celestes, en las estaciones, en los alimentos y en la duración de la vida de los hombres, no pueden explicarse físicamente con más facilidad que con la suposición de una mutación semejante. Esto ha dado motivo á muchos sabios para presumirla, y entre ellos á Mr. Pluche, que piensa que el eje del orbe terrestre atravesaba perpendicularmente el Zodiaco, y que en tiempo del diluvio le dió Dios la oblicuidad que ahora tiene respecto de él; con lo que da una explicación muy adecuada de todas las novedades experimentadas en consecuencia. Sea lo que fuere de estos sistemas, Milton se ha aprovechado ingeniosamente de ellos para dar un nuevo adorno á su poema.

#### LIBRO UNDÉCIMO.

(1) Pág. 268, v. 25.—La misericordia de Dios para con el hombre, á pesar de su delito, comenzó á manifestarse en el momento mismo de su sentencia, por la promesa de un redentor divino que había de descender de él en lo venidero, que conseguiría su perdón y el de toda su descendencia, y le abriría las puertas del Cielo, vengándole de su seductor, expresada en estas

misteriosas palabras que dijo á la serpiente: *«pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu raza y su descendencia; ella pisará tu cabeza, y tú tirarás á morderla el talón;»* y es muy probable que no contenta su inefable bondad con este oscuro anuncio, acrecentase el consuelo de aquellos primeros padres del género humano después de su arrepentimiento, explicándoles con más claridad aquel incomparable exceso de su amor, que había de tener efecto en los futuros siglos. Milton se ha aprovechado, pues, con juicio de esta probabilidad, dándola una extensión tan grande, aunque ya menos verosímil, que ha tenido campo abierto para describir con todos los adornos poéticos las felices consecuencias de la verificación de aquella promesa hasta el fin de los siglos.

(2). Pág. 284, v. 25.—Una de las cosas que más chocan á los hombres poco instruídos, es la creencia en que generalmente están los que tienen poco conocimiento de los dogmas del Cristianismo, de que uno de ellos es el de que los niños ó los hombres adultos que mueren con sólo el pecado original, padecen la misma especie de penas eternas que los que han cometido culpas totalmente personales y han muerto en desgracia de Dios. Esta persuasión les hace formar una idea muy equivocada de la justicia divina, y sirve de ansa á los impíos para declamar contra ella, y enredarlos en mil dificultades. Por consiguiente, es muy útil el enterarles de la verdadera doctrina de la Iglesia, y desterrar de sus ánimos una preocupación tan falsa y perjudicial. Deben estar, pues, seguros de que los que mueren con sólo el pecado original, según la opinión general de los Doctores católicos, padecen la privación de ver á Dios, y por consiguiente de gozar la bienaventuranza sobrenatural prometida á los que mueren en gracia del Señor, la que llaman los teólogos pena de daño; pero con la circunstancia de que, no teniendo conocimiento alguno de lo que es aquella felicidad, no sienten la pena correspondiente á su pér-

dida, así como un hombre acostumbrado á una vida moderada y frugal, que no tiene idea de los regalos y comodidades de un hombre opulento, no tiene el menor sentimiento de carecer de ellos; cuando al contrario, los hombres que han añadido culpas personales á la original y han muerto en desgracia de Dios, reciben, por disposición de su justicia, tal conocimiento de la dicha que han perdido, que su privación es para ellos la más atroz de las penas que padecen en el Infierno.

Es también opinión general de los mismos Doctores, que los expresados niños ó adultos muertos con sólo el pecado original, no padecen otra pena alguna que la dicha privación, en los términos que acabo de explicar; cuando al contrario, los demás condenados sufren, además de la pena de daño en toda su fuerza, otras infinitas, y entre ellas la del fuego, en proporción exactísima á la gravedad y número de sus culpas.

En suma, lo que creen generalmente los católicos en el punto de que tratamos, no decidido ni por la Escritura ni por la Iglesia, es que los que mueren con sólo el pecado original, aunque, como es de fe, carezcan de la visión de Dios y del Cielo, *no serán tan infelices que sientan haber nacido*. Tal es la opinión de San Agustín mismo, que en esta materia ha sido uno de los Doctores que menos han extendido la indulgencia, como que tenía que combatir á los Pelagianos, que aniquilaban con su falsa doctrina el pecado original y todos sus efectos.

De esta doctrina de San Agustín y de la opinión general de los Doctores, se ha sacado justamente la consecuencia de que los que se hallen en tal caso, no sólo no serán enteramente infelices en su concepto, sino que gozarán alguna especie de felicidad; pues el alma del hombre es de tal naturaleza, que, á no ser que permanezca privada del uso de sus facultades y en un estado absoluto de insensibilidad, estado que no es regular les haya dado Dios para toda la eternidad,



no puede estar en un estado de indiferencia; ha de ser de algún modo feliz ó infeliz: si es feliz, aunque sea en poco grado, podrá no sentir el haber nacido, pero si no, la privación eterna de toda especie de felicidad, de cuyo ardiente deseo no puede prescindir, la hará tan desgraciada, que sentirá el haber nacido, lo que San Agustín no juzga creíble. (August., lib. v, contra Julianum, cap. II, parag.º 44.)

Debe, pues, tener entendido el lector, que si algún escritor católico ha hablado con mayor rigor en esta materia, es por una opinión particular suya, que reprueba el sentir común de los demás, y es necesario que reflexione que la justicia divina es tan exacta y tan equitativa, que al ver las penas impuestas aun á los pecadores voluntarios, cuando llegue el caso de que las sepamos con una claridad de que en este mundo carecemos, quedaremos pasmados de las erradas ideas que tenemos de aquella justicia en este mundo, á no ser en las máximas generales que la fe nos enseña, y reconoceremos que en nada se oponen dichas penas á la infinita bondad y misericordia del Señor, como tampoco hallaremos dificultad alguna en conciliar estos atributos con los castigos temporales impuestos al género humano en consecuencia del pecado original, como son los dolores, las enfermedades, la muerte, etc. Todo lo que padezcamos en este mundo será compensado con la mayor exactitud en el otro, ó con más grados de felicidad si morimos en gracia de Dios, ó con disminución proporcionada de penas si no tenemos tal fortuna. En fin, la sabiduría divina arreglará con tal puntualidad los premios y los castigos, que hasta los que más padezcan no hallarán en su conciencia el menor motivo justo de quejarse. Toda la doctrina que hemos dado sobre la situación de los párvulos muertos sin bautismo es de Santo Tomás en la *Suma* (in 3.º, c. 71, art. 1.º).

(3) Pág. 303, v. 8.—La memoria de Noé y del diluvio universal es una de las que se han conserva-

do con monumentos indelebles en el mundo, y cuya tradición, según la expresión del mismo Voltaire, ha dado bajo diferentes nombres la vuelta al mundo; esto es, se ha conservado hasta el día en la memoria de todas las naciones. La historia y la fábula concurren á asegurarla, y hacen mención de la mayor parte de las particularidades del Arca, de las personas que se salvaron en ella, de los animales encerrados en su recinto, etc.

Dicha tradición subsiste en los pueblos de América como en los del Africa, en los del Asia como en los de la Europa. Los fragmentos que han quedado de los más antiguos historiadores, como Abydeno y otros, conservados por Eusebio Cesariense, atestiguan su verdad: la fábula la repite, como puede verse, entre otros monumentos, en el libro primero de los *Metamorfoseos* de Ovidio; y el estado de la tierra, en cuyos más altos montes se encuentran conchas y otros despojos marítimos, á los que con razón se da el nombre de medallas del Diluvio, acaban de hacer esto indudable, aun para el hombre más obstinado, pues sola una inundación universal ha podido producir tales efectos en la tierra, y una tradición tan general y tan duradera en todos los pueblos que la habitan.

La memoria misma de los Gigantes, esto es, de aquella raza de hombres de prócera estatura y belicosos, cuyos vicios, soberbia é impiedad atrajeron principalmente el castigo del diluvio, se ha conservado en la Mitología de los Egipcios, Griegos y Romanos, como se ve por Hesiodo, Apolodoro, Ovidio y otros poetas antiguos, en la ficción de la guerra que Encelado, Tifón y otros enormes Gigantes hicieron contra Júpiter, siendo de resultas destruídos por él.

## LIBRO DUODÉCIMO.

(1) Pág. 327, v. 19.—El suceso de la separación milagrosa de las aguas del mar Rojo á la voz de Moisés, para dar paso á los Israelitas, fué conservado por tradición entre los Ictiofagos, pueblos que habitaban sus orillas, según lo refiere el historiador gentil Diodoro Sículo, anterior á la venida de Cristo, en el libro III de su *Historia*.

(2) Pág. 333, v. 21.—Varios documentos antiguos de la historia profana atestiguan la expulsión de los Cananeos ó Fenicios de la Palestina, por las armas de los Israelitas, mandados por Jesús ó Josué. Tales son la llegada de Cadmo con otros fugitivos á la Grecia, como también la inscripción fenicia hallada en la Numidia Tingitana, segun refiere Procopio (*De bello Vandalico*, lib. II, cap. X), y que es la siguiente: *Nos sumus qui fugimus á facie Jesu latronis filii Navé: •Nosotros somos los que huimos de las armas del ladrón Jesús, hijo de Navé.*

(3) Pág. 341, v. 15.—La futura venida de una persona enviada por el Cielo para volver al mundo la primera inocencia y la paz; y establecer en él una nueva generación de hombres que profesasen la virtud, esto es, en los términos de la mitología gentilica, desterrar la edad de hierro y renovar la de oro, fué una tradición constante entre las naciones de la antigüedad. Esta tradición, que no es otra que la de la promesa, desfigurada por los gentiles, de la venida del Mesías Jesucristo, nuestro Salvador y la del establecimiento de su Iglesia y de su reino eterno, hecha á Adán, Noé y sus hijos, y comunicada por ellos á sus descendientes, nos lo atestigua, entre otros, Virgilio, en su quinta Égloga, en tales términos, que no puede dejarse de conocer la identidad de ambas cosas en los versos siguientes, citando á Sybila Cumea:

*Ultima Cumæi venit jám ætas,  
Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo;  
Jám reedit et virgo, redeunt Saturnia regna;  
Jám nova progenies cælo dimittitur alto.*

*..... quo ferrea primum,  
Dessinet, ac toto surget gens aurea mundo,  
Casta fave Lucina tuus jám regnet Apollo.*

*.....  
Te duce, si qua manent sceleris vestigia nostri  
Irrita perpetua solvent formidine terras.*

•Ya llega la última edad anunciada por los versos proféticos de la Sybila Cumea. Ya nace con total mudanza una serie magnífica de siglos: vuelve ya al mundo la virgen Astrea, esto es, la justicia, vuelve el reino de Saturno: una nueva generación nos viene del alto Cielo, con la cual acabará desde luego la edad de hierro, y en todo el mundo brotará una gente de oro: favorece esta mutación, ¡casta Lucina! reine ya tu Apolo. Bajo su dirección, si quedan aún algunos vestigios de nuestro delito, borrados por tí, librarán á la tierra de un perpetuo terror.»

Lo más singular es que este anuncio de la fábula, según la voz que corría entre los mismos gentiles y que sin duda dió motivo á Virgilio para aplicarlo entonces, debía verificarse en la Judea y en aquella época, poco más ó menos, que fué en la que, impetando César Augusto, nació con efecto en el mismo país el objeto de aquella tradición profética, tanto sagrada como profana, esto es, el Divino Salvador y Rey eterno del linaje humano, según lo afirman Tácito y Suetonio, historiadores gentiles de aquel siglo, diciendo que *se había esparcido por todo el Oriente la fama de que en aquella época un conquistador salido de Judea se haría dueño de todo el orbe.*

(4) Pág. 343, v. 12.—Nada más admirable que los medios que eligió la Providencia para la propagación del cristianismo. La ignorancia, la humildad, la po-

breza, la mansedumbre, la debilidad, para luchar con la sabiduría del mundo, con la soberbia, la riqueza, el furor y el poder: la austeridad, la abnegación de sí mismo, el desinterés, la pureza, para vencer al regalo, al amor propio, á la codicia y á la disolución; los mártires para abatir á los tiranos, las víctimas á los verdugos, las ovejas á los lobos.

Si los Apóstoles hubieran comunicado anticipadamente el proyecto de convertir al mundo con los medios de que debían valerse para lograrlo, ¿hubiera habido un hombre de razón que no lo hubiera tenido por el más impracticable de todos los extravíos?

No lo juzgó así la sabiduría divina, que *escogió lo más débil, lo más despreciable á los ojos del mundo*, como dice San Pablo, *para confundir lo más fuerte*. Pero la misma sabiduría les dijo: *No temáis, yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos*. ¿Y quién sino es ella hubiera podido dotar de tal fortaleza, de tal magnanimidad y de tal mansedumbre y humildad al mismo tiempo, á tantos millares de gloriosos mártires de todos sexos, de todas edades, de todos países, de todas clases, que agotaron el furor de los tiranos, los vilipendios del mundo y la fuerza de los más desapiadados verdugos? Cuya sangre, derramada á la vista de los pueblos, lejos de retraerlos del cristianismo, sirvió para traerlos, al fin, todos á él, *siendo, como dice Tertuliano, una semilla fecundísima de su doctrina*.

Sé muy bien que algunos escritores impíos de nuestros tiempos, truncando, desfigurando ó despreciando con el mayor descaro y malicia los testimonios unánimes de toda la antigüedad sagrada y profana, han pretendido disminuir la muchedumbre inmensa de nuestros mártires, para contraponerles el cortísimo número de hombres ilusos de todas las sectas juntas que, por orgullo ó por una obstinada ignorancia, ha perdido la vida antes que abandonarlas. Pero ¿qué

tiene que ver la ilusión de estos pocos hombres, que, lejos de morir con paciencia y resignación, hubieran bebido la sangre á sus verdugos si hubieran podido hacerlo; que cuando han tenido fuerzas para ello no han respetado autoridad alguna, han hecho la guerra á sus mismos Soberanos, y sólo han cedido á la fuerza y á la desesperación, con aquellas inocentes víctimas, que aunque armadas muchas veces, y superiores en número y en valor á sus enemigos, han respetado siempre en ellos la autoridad legítima mientras la han tenido, dejándose degollar como corderos durante tres siglos, sin que en ellos haya un ejemplar sólo de resistencia ó de rebelión? Esto es lo que no es dado al hombre sin un auxilio extraordinario de Dios, no un mero acto de orgullosa locura.

Este carácter de obediencia y mansedumbre á que, como he dicho, no alcanzan las fuerzas humanas, es tan privativo de los mártires del Cristianismo y de la doctrina de Jesucristo, que desafío á todos los incrédulos á que me encuentren en la historia un ejemplo solo de una secta ó falsa religión que, habiendo llegado á ser bastante numerosa para resistir á la autoridad legítima, no haya tomado las armas contra ella, si ha pretendido oprimirla. Es más difícil hacer el papel de cordero que el de león; y si éste se deja matar, es cuando no tiene arbitrio para despedazar á su adversario.

Por otra parte, ¿qué tiene que ver uno ú otro fanático contado, que ha perecido por sus opiniones erradas, guiado de una falsa vanagloria, con la multitud innumerable de los mártires del Cristianismo? Pasa el ver lo que de esto dicen los mismos gentiles, testigos oculares. Ya Nerón, bajo cuyo imperio fueron martirizados los Apóstoles San Pedro y San Pablo, sacrificó, con horribles tormentos, tal número de cristianos en sólo Roma, que Cornelio Tácito, historiador gentil, contemporáneo y de la mayor autoridad, lo califica de *inges multitudo, grandisima muche-*

*dumbre*. ¿Cuál sería, pues, la que padecería en todas las provincias de aquel vasto Imperio?

Los límites de una nota, no permiten que me extienda en esta materia; pero el que quiera enterarse de ella y ver la mala fe y la desvergüenza de los incrédulos que impugnan la verdad que defendemos, acuda á las historias eclesiásticas escritas por los mejores críticos, ó pase los ojos sólo por la disertación que sirve de prólogo á las Actas de los primeros mártires, recogidas y publicadas por el célebre padre Ruinart, en que este sabio crítico responde á los que pretenden reducir el número de los mártires á un cálculo muy inferior á la verdad, y verá, con admiración, probada su inmensa muchedumbre con tales documentos y tan irrefragables pruebas, que no dejan el menor efugio á los que contradicen.



## ÍNDICE.

---

	<u>Págs.</u>
Libro VI.....	5
Libro VII.....	59
Libro VIII.....	99
Libro IX.....	137
Libro X.....	207
Libro XI.....	263
Libro XII.....	315
Notas del Traductor.....	351

---





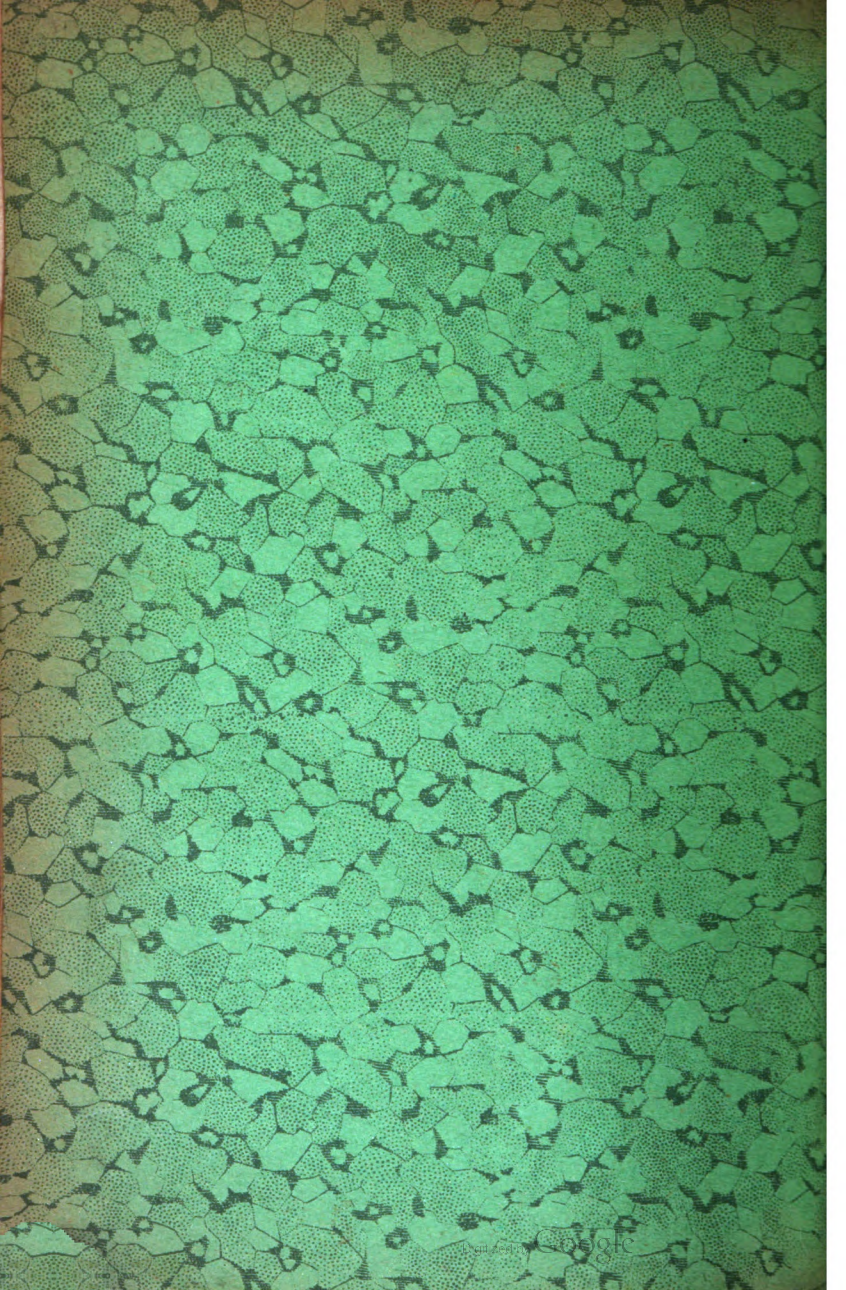


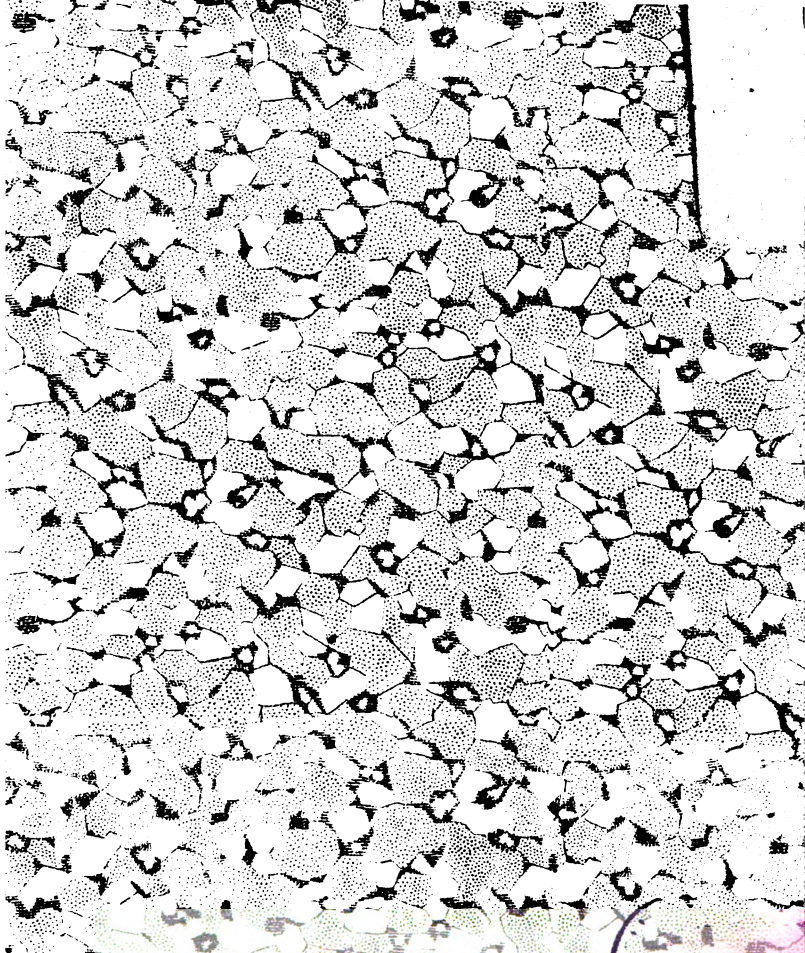












BIBLIOTECA DE CATALUNYA



10010



Adq. C-TUJ  
CB. 1001061954

